© 2026 Juan Pablo González Hollman

Todos los derechos reservados.

Primera edición digital: 2026

Cartagena de Indias, República de Colombia

Registro de obra literaria pendiente ante la

Dirección Nacional de Derecho de Autor (DNDA) — Colombia

www.derechodeautor.gov.co

ISBN: en trámite

NOTA LEGAL SOBRE FICCIÓN Y PRIVACIDAD

Esta obra es una autobiografía literaria. El narrador principal aparece bajo el nombre ficticio de Pedro Gregorio González Hollman. Algunos otros personajes, nombres, características identificatorias y detalles de ciertos episodios han sido modificados, fusionados o recreados con fines narrativos y literarios, con el objeto de proteger la privacidad e intimidad de personas reales.

Los hechos históricos documentados en los apéndices genealógicos y las referencias a figuras públicas en ejercicio de sus funciones públicas se presentan con sus nombres reales como parte del registro histórico familiar.

Cualquier semejanza entre los personajes ficticios de esta obra y personas reales, vivas o fallecidas, más allá de los hechos históricos explícitamente señalados, es resultado de la recreación literaria y no constituye afirmación de hechos sobre dichas personas.

Las referencias a estudios científicos, publicaciones académicas y obras literarias de terceros se realizan con fines de comentario, crítica y divulgación cultural, en el marco del derecho de cita contemplado en la Ley 23 de 1982 y normas concordantes del ordenamiento jurídico colombiano.

Queda prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión.

Para autorizaciones, contactar al autor:

vitalitespray@gmail.com

ᚠ Fehu · ᚢ Uruz · ᛏ Tyr · ᚹ Wunjo

Su nacimiento

Pedro Gregorio nació el siete de marzo de 1980 en Barranquilla, Atlántico — en la Clínica La Asunción. Era la hora en que el sol del Caribe ya ha subido lo suficiente para que la brisa marine empiece a moverse, ese momento del día en que la luz llega

horizontal y dorada desde el oriente y los techos de Barranquilla brillan como si la ciudad entera estuviera siendo bautizada. El tipo de hora que los poetas llaman la primera luz alta y los pescadores llaman la hora de las redes. Nació en Barranquilla — la ciudad del abuelo, del Instituto, del San Andresito, de los colores del Carnaval. La ciudad que lo recibió antes de que la vida lo llevara a Sincelejo, a San Marcos, a Cartagena, a Bogotá y al mundo.

EL ÚLTIMO HOLLMAN

Del Caribe colombiano a las raíces alemanas

la historia de un linaje que alguien quiso borrar

Pedro Gregorio Montiel Holmann

* * *

Novela autobiográfica

Cartagena de Indias, 2026

EL ÚLTIMO HOLLMAN

Una novela sobre la sangre, la memoria y el amor de un padre

Del Caribe colombiano a las raíces alemanas —
la historia de un linaje que alguien quiso borrar

Pedro Gregorio González Hollman

Cartagena de Indias, Colombia

2026

"*No heredamos la tierra de nuestros padres,*
la tomamos prestada de nuestros hijos."
— Antoine de Saint-Exupéry

"*El que no conoce su historia está condenado a repetirla.*"
— Edmund Burke

NOTA DEL AUTOR

Esta novela está basada en hechos reales.

Los nombres, lugares y algunos detalles han sido modificados para proteger a las personas involucradas y a sus familias. Los personajes son ficticios en su nombre, pero absolutamente reales en su alma. Cualquier semejanza con personas reales no es coincidencia — es intención.

El título no es metáfora. Es herencia. Los Hollmann — con H, doble L, doble N — son una familia de origen alemán con presencia en Europa desde hace siglos. Fue un Hollmann alemán quien llegó al Caribe colombiano, trajo consigo la industria del tabaco al Carmen de Bolívar, y engendró un linaje que durante generaciones ejerció poder político y económico en la región. Su bisnieto fue senador de la República durante treinta y tres años.

El autor de este libro lleva ese apellido — pero truncado. En su cédula de ciudadanía colombiana figura como Hollman: H, doble L, M, A, una sola N. Una letra menos. Una letra que representa todo lo que le fue arrebatado antes de nacer.

Sin la partida de bautismo de su abuelo materno — páginas arrancadas de los archivos eclesiásticos del Carmen de Bolívar — el autor no puede probar ante las autoridades alemanas que desciende del Hollmann original. No puede reclamar su ciudadanía europea. No puede demostrar la sangre que lleva. La

cadena documental está rota en el eslabón más importante: el que lo conecta con sus orígenes.

Alguien le robó una N. Y con esa N, le robaron un continente.

Este libro es la respuesta. Porque lo que se escribe no se puede arrancar.

El protagonista se llama Pedro Gregorio en estas páginas. Su madre lo nombró así en honor a Su Santidad Juan Pablo II, convencida de que ese niño estaba destinado al sacerdocio. La vida, como siempre, tuvo otros planes. Mejores, quizás. Más humanos, con certeza.

El recorrido chamánico descrito en esta novela ocurrió en múltiples territorios: el Putumayo, el Amazonas, la Sierra Nevada de Santa Marta, los Montes de María, las montañas colombianas, el desierto de Sonora en México, y los territorios sagrados del Perú. No fue un viaje — fueron muchos. Todos reales. Todos necesarios.

Este libro nació de una conversación en las madrugadas de Cartagena de Indias, mientras afuera el mar Caribe seguía siendo indiferente a todo el dolor humano — como siempre lo ha sido, y como siempre lo será.

Va dedicado a Sebastián José. Tú, que lees esto, ya eres un hombre — quizás más maduro de lo que cualquier adulto en tu vida ha querido reconocer. Las circunstancias duras te forjaron antes de tiempo, y eso, aunque dolió, también te hizo

extraordinario. Cuando tu conciencia siga creciendo y madurando — como la de todo hombre que se construye a sí mismo con honestidad — encontrarás en estas páginas no solo la historia de tu padre, sino el espejo de todo lo que tú ya llevas adentro. El apellido que cargas tiene raíces en dos continentes. Nunca lo olvides. Nunca dejes que nadie te lo arranque.

— J.P.G.H.

* * *

A mis maestros

A todos aquellos que tienen la generosidad de tejer la realidad que viven otras personas.

Conocer, convivir, compartir con quienes construyen mundos — es uno de los privilegios más grandes que existe, y una responsabilidad enorme que no siempre se sabe cargar con la dignidad que merece.

Gracias por educarme.

Gracias por corregirme.

Gracias por instruirme.

Gracias por tener paciencia conmigo.

Sé que soy difícil de digerir.

Y gracias porque así puedo comprender el porqué de las cosas. Uno tiene que encontrar su propia respuesta, sus propias certezas, para poder tener eso que uno llama seguridad. Tan frágiles somos. Tan necesarios los unos para los otros.

Hay algo que vale la pena decir con honestidad:

La gente no habla bien de sí misma — menos va a hablar bien de ti a tus espaldas.

Yo también lo hice. Por eso lo digo. Y lo he visto. Y lo sigo viendo.

Esa es la sociedad en la que vivimos — y de la que todos somos parte.

Gracias a los que eligieron, a pesar de todo eso, enseñar.

Pedro Gregorio González Hollman

Cartagena de Indias, 2026

* * *

A las mujeres — a todas

Quiero agradecer especialmente a todas y cada una de las mujeres que han estado en mi vida.

A todos esos portales que me han permitido el ingreso.

Comenzando por el portal de mi madre — por el que vine a la vida. Mi puerta de ingreso al mundo. Mi madre, que me concibió primero en el mundo astral, el mundo de la mente, de lo no tangible, y mediante el sentimiento y el poder del amor de mi padre, hizo posible mi llegada aquí.

Gracias, mamá. Gracias, papá.

A Sofía — Sophia en alemán, la sabiduría — y a Emma — en francés, la totalidad. Mis ángeles. Las que me decían: nos liberaste de la prisión de Mara. En sánscrito, Mara es la ilusión que encadena al alma, el velo del ego que impide ver la realidad tal como es. Salir de la prisión de Mara es despertar. Ellas también despertaron. Y fue mutuo.

A todas esas mujeres que han estado en mi vida. A todos esos amores. A todas esas decepciones que también fueron maestras. A todas esas madres.

A mi tía la docente. A todas mis otras tías. A mis primas. En especial a aquellas que incondicionalmente han estado en pensamiento, palabra y acción.

A ti, Marita hermosa.

Y a ti, Valentina.

Por todo lo que viví contigo. Por enseñarme. Por mostrarme esa versión que me enamoró y que hizo que te eligiera como madre de mis hijos.

Gracias por enseñarme a conocer el verdadero amor — el de los padres hacia los hijos.

Gracias por tu luz y por tu sombra.

Aquí estoy — y estaré siempre — para ti, cuando me necesites.

Gratitud.

A las que ya no están. A mis abuelas. A mis primeras maestras. Y a todas y cada una de esas mujeres que hacen de cada momento que comparto con ellas algo especial — a través de su pensamiento, de su accionar, de su sonrisa.

A mis amigos — los reales y también los hipócritas. A los que en la infancia y en la adolescencia tiraron muñeca por mí. A mis

hermanos: los de sangre y esos otros que hoy estarían dispuestos a ir hasta la guerra por mí.

Gracias.

Esto lo hago por todos nosotros.

Humanidad.

Nota del autor

El narrador de esta obra lleva el nombre literario de Pedro Gregorio González Hollman. Esta es una autobiografía que recurre a recursos narrativos propios de la literatura para dar forma a experiencias vividas. Algunos nombres, circunstancias y detalles han sido modificados para proteger la privacidad. Los hechos sustanciales son reales.

PRÓLOGO

* * *

A Don Gabriel

Hay maestros que enseñan con el discurso.

Y hay maestros que enseñan con el ser.

Tú eres de los segundos.

Verte trabajar fue una clase magistral sin aula ni pizarrón. Verte ordenar, estructurar, decidir — con esa parsimonia que solo tienen los que saben exactamente lo que hacen y no necesitan demostrarlo. Verte reír. Verte comer. Ver esa sincronía perfecta entre lo que piensas, lo que dices y lo que haces — ese privilegio raro del hombre que no tiene fisuras entre su pensamiento y su acción.

Encontrarnos en Miami — en el Centro de Convenciones, en la feria médica más grande que se hacía en el Caribe, con miles de personas llegadas de todo el mundo — sin habernos puesto de acuerdo, sin buscarnos, y de repente vernos aparecer el uno frente al otro entre esa multitud inmensa. Tú con Margarita. Yo con la mía. Y ese cruce de caminos que el universo organizó sin consultar a nadie fue, cada vez, una confirmación de que los caminos que valen la pena tienen su propia geometría. Se encuentran solos.

Bailar, trabajar, gozar, disfrutar, vivir.

Qué buenos momentos. Qué buenos momentos, Don Gabriel.

Fuiste un maestro formidable. Intachable. Impecable. Y debí escucharte más — con respecto a otras cosas. Ahora lo veo con la claridad que solo da el tiempo. Y no hay arrepentimiento en ese reconocimiento, solo gratitud profunda por lo que sí recibí.

Eres testigo vivo y fiel de mi historia. Te veo como una figura familiar — así se siente estar junto a ti, con esa calidez que no se aprende ni se finge.

Gracias por la formación. Por la educación. Por la autoridad otorgada con confianza. Por el respeto que nunca condicionaste. Por el reconocimiento generoso. Por tu genialidad discreta — la que no necesita aplausos porque sabe su propio valor.

Gabriel Antonio García Romero.

En mi corazón permaneces.

Con admiración, afecto y gratitud.

* * *

Barranquilla · 7 de marzo de 1980

Llegó al mundo un siete de marzo de 1980, en la Clínica La Asunción de Barranquilla, en la hora en que el Caribe empieza a respirar — cuando el sol ya ha subido lo suficiente para que la brisa marine se mueva y la luz llega dorada desde el oriente, bautizando los techos de la ciudad con ese resplandor horizontal que los pescadores conocen como la hora de las redes. La primera luz alta del día. La hora en que el mundo todavía huele a amanecer pero ya tiene todo el calor que necesita para crecer.

Así llegó. En Barranquilla — la ciudad del abuelo Álvaro, del Instituto Técnico Electrónico, de los San Andresito y el Banco Colmena. La ciudad que lo recibió antes de que la vida lo llevara a Sincelejo, a San Marcos, a Cartagena, a Bogotá y al Caribe entero.

Los primeros recuerdos

Sincelejo · Los Zumiga · El vuelo · El gallito blanco

Los recuerdos más tempranos que tengo son de cuando era un bebé, de meses. Vivíamos en un apartamento en Sincelejo, en un edificio bastante particular que me gustaba. Y en la esquina de nuestro departamento estaba una casa muy especial — una casa llena de vida, de luz, de sabiduría. La casa del doctor Zúñiga y la casa de Rebe. Con ellos, su familia: padre, madre y tres hijos. Nosotros también éramos tres. Era bastante especial para mis padres juntar su camada de tres varones con tres mujeres. Con principios y estándares muy similares. Personas que a su manera atravesaron la forja, como todos.

La familia González Hollman · Barranquilla, años 80 · #TBT · Archivo personal @maberyck

Recuerdo cuando gateaba. Recuerdo esa casa con una nitidez que todavía me asombra. El aire acondicionado. El color de los vasos. La nevera. Los pasillos. El olor. Y el eco — ese eco particular que hacía el sonido de mi voz cuando le gritaba a mi padre que no se fuera, que no me dejara, que no me abandonara.

Aquellos gritos de desesperación de un bebé son la forma más pura de comunicación que existe. El alma expresándose sin filtros. El sonido, la frecuencia, la vibración — tres, seis, nueve. Gracias, Tesla.

Teníamos como mascota un gallito quirikirí blanco — una gallinita blanca, chiquitita, miniatura, con su crestita roja. Una belleza inmaculada. Quisiera ser poeta para poder describirla con el lenguaje que tienen los que lograron esa conexión con lo sublime y pudieron manifestarla al mundo material.

Recuerdo los paseos en carro — siempre me encantó estar montado en un vehículo. Era una experiencia increíble. Lo fue siempre. He vivido mi vida a velocidades extraordinarias en todo sentido.

Recuerdo que mi madre pensaba que sería tartamudo, porque tenía problemas del habla. Era gago — y entendí después que esa gaguera era producto del trauma de los primeros impactos en mi ser. La vulnerabilidad a flor de piel. La naturaleza actuando.

* * *

El primer vuelo

El abuelo Álvaro le pidió permiso al padre para llevar a sus tres nietos a Bogotá — él, la abuela, y los tres hermanos — en avión. En Avianca. En clase ejecutiva.

Eso fue fenomenal. Unos aviones eran verdes, otros rojos. La atención era impecable. Las azafatas de Avianca eran las mejores — divinas. Nos llenaban de golosinas y éramos tan extrovertidos y tan simpáticos y tan curiosos, nuestra camada, nuestra manada, que juntos causábamos admiración.

Y el universo se alineó. El avión estaba casi solo. Había una que otra persona en aquel vuelo. Y se nos permitió correr, jugar a las escondidas. Hicimos de todo. Fue genial, fue inolvidable.

Gracias, abuelo Álvaro. Gracias, abuela.

* * *

El suegro

Con el paso de los años, Pedro Gregorio tuvo la fortuna de construir una relación profunda con su suegro — ese hombre que lo exprimió, que le sacó historia por historia, que lo escuchó con una paciencia de padre sin serlo del todo. Un día Pedro Gregorio le dijo que le agradecía por todo lo que le daba. Y él respondió:

— Es que no tienes un trabajo fácil. Estás casado con mi hija.

Y soltó una lágrima. Y se echó a reír después de esa lágrima, como para disimularla.

Qué gran hombre. Qué gran ser. Cuánta sabiduría, cuánta resiliencia, cuánta persistencia. Se quebró, lo intentó, lo logró. Igual que el padre. Igual que el abuelo.

* * *

La coca sagrada y lo que hicieron de ella

Hay algo que Pedro Gregorio necesita decir sobre la coca. Sobre la diferencia abismal entre la hoja sagrada que los pueblos andinos han usado por milenios — en la minga, en el ritual del mambe, mezclada con cal y ambil — y la aberración industrial que el hombre blanco fabricó con ella.

A la hoja de coca hay que hacerle un altar. Es una de las plantas maestras más extraordinarias que existen — estimulante suave, adaptógena, nutritiva, sagrada en contextos rituales bien conducidos. Hay que inclinarse ante ella con respeto.

Lo que se fabricó con ella — eso que corroe lentamente el alma y la conciencia del hombre — es una blasfemia. Una aberración industrial creada con un propósito que nada tiene que ver con la

planta. Y es también el karma de quienes la convirtieron en instrumento de destrucción: los espíritus tejieron sus hilos, hicieron lo suyo, llevaron y trajeron información a quien debían.

El alma humana que no está motivada desde un centro propio — desde el reconocimiento, la autoestima, la fortaleza espiritual — no puede avanzar con alegría. Y entonces busca el estímulo externo que la ayude a seguir. La coca, la droga. No el problema — la solución desesperada de un ser que perdió su centro.

La respuesta no es condenar. Es restaurar el centro.

* * *

CAPÍTULO I

La Ciénaga

San Marcos, Sucre — 1985

El agua lo recordaba todo.

Eso lo entendió Pedro Gregorio mucho más tarde, cuando ya era hombre y la ciénaga de San Marcos era apenas una imagen borrosa en el fondo de sus ojos. Pero de niño, parado en la orilla con los pies descalzos hundiéndose en el barro tibio, lo que sentía no era nostalgia sino pertenencia. Como si ese espejo de agua marrón y quieta que se extendía frente a su casa fuera parte de él — de su sangre, de su apellido, de algo que nadie le podía quitar.

Había llegado a San Marcos con cuatro años, quizás cinco, sacado de Barranquilla por las decisiones de su padre. Don **don Luis José** era un hombre de política — secretario, diputado, concejal, gobernador encargado — y la política, en Colombia, no es una carrera sino una corriente. Te arrastra. Te lleva donde necesita que estés. Y en aquel momento necesitaba que la familia estuviera en Sucre, en esa provincia de sabanas verdes, ganado gordo y ríos lentos donde el poder se ejercía de otra manera: de frente, con nombre, con saludo.

La casa quedaba sobre la avenida principal. Al frente, la ciénaga. Detrás, el pueblo entero.

Una ciénaga no es un lago. Un lago lo construye el hombre o lo forma la roca. Una ciénaga es distinta — es la tierra que decide llenarse de agua todos los años cuando llegan las lluvias, y vaciarse cuando llega el verano. Es algo vivo. Algo que respira. Cuando el invierno era generoso, el agua subía hasta cubrir las tierras bajas y dejaba asomando apenas los montículos de tierra como islas pequeñas, fantasmas marrones en medio del espejo. Cuando el verano se imponía, el agua se retiraba despacio y dejaba al descubierto un mundo escondido: raíces, huesos de animales, lodo negro con olor a origen.

Pedro Gregorio crecía mirando ese ciclo. Sin entenderlo todavía, lo absorbía.

* * *

* * *

Los que habitaron esta tierra antes

Antes de que existiera San Marcos como municipio, antes de que llegaran los colonizadores españoles con su cruz y su espada, antes de que se trazara ninguna calle en esas sabanas del Caribe colombiano, la tierra que Pedro Gregorio pisa de niño ya había

sido habitada durante mil trescientos años por una de las civilizaciones más avanzadas de América.

Los Zenú.

Desde el 200 antes de Cristo, los cacicazgos Zenú construyeron en los valles del río San Jorge, el Sinú, el bajo Cauca y el Nechí — exactamente el territorio de La Mojana, exactamente las tierras donde Pedro Gregorio nació y creció — el sistema hidráulico más grande que jamás se haya construido en América precolombina: 650.000 hectáreas de canales y camellones elevados que durante más de mil trescientos años controlaron las inundaciones, distribuían los sedimentos fértiles y sostenían a más de un millón de habitantes.

Los camellones eran montículos de tierra elevados dos o tres metros sobre el nivel de las aguas — construidos con la misma tierra extraída al cavar los canales. Sobre ellos vivían las familias, cultivaban sus alimentos y pescaban en los canales que los separaban. La región permanece inundada ocho meses al año. Los Zenú no huyeron de esa realidad: la convirtieron en su mayor ventaja, igual que los aztecas con sus chinampas flotantes en el lago Texcoco y los mayas con sus sistemas de canales en Yucatán. Tres civilizaciones distintas, en tres territorios distintos, con la misma respuesta inteligente al mismo problema: no pelear contra el agua sino trabajar con ella.

En la tierra de San Marcos hay canales Zenú. Todavía están ahí, bajo la superficie, documentados por las arqueólogas Clemencia

Plazas y Ana María Falchetti para el Banco de la República. Pedro Gregorio los pisó de niño sin saberlo. Los pisó yendo a la ciénaga, yendo a la finca del abuelo, yendo a defender el cultivo de yuca.

Su orfebrería — la filigrana de hilos de oro tejidos con la misma lógica de los canales, los pectorales con aves acuáticas, las figuras de mujeres que acompañaban a los muertos en túmulos redondeados que simbolizaban gestación y renacimiento — se conserva en el Museo del Oro del Banco de la República en Bogotá y en el Museo del Oro Zenú en Cartagena de Indias, a pocos kilómetros de donde Pedro Gregorio vive hoy.

Nadie contó esta historia en el colegio de San Marcos. Esa omisión también es una forma de destierro.

La hacienda de su abuelo materno quedaba en Polo Nuevo, Atlántico — pero los veranos pertenecían a ese lugar. El abuelo **Álvaro Holmann Medina** era un hombre hecho de silencios y de disciplina, veterano de la guerra de Corea, con una historia que muy pocos en la familia se atrevían a contar completa.

Había ido a la guerra siendo casi un niño. Él y sus dos hermanos menores se presentaron juntos al servicio militar, y cuando Colombia mandó su contingente al otro lado del mundo — en el buque *Almirante Padilla*, ese barco que hoy reposa convertido en museo en el Parque Jaime Duque de Bogotá — los tres hermanos Holmann iban a bordo. El menor tuvo que mentir sobre su peso

para que lo dejaran embarcar. Su madre, según la historia que se contaba en voz baja, los trataba mal. La guerra fue su escape.

Lo que nadie contaba abiertamente era lo que encontraron al zarpar. Frente a las costas de La Guajira, el buque interceptó uno de los cargamentos de contrabando más grandes que se recuerden: cajas y más cajas de whisky, cigarrillos, tabaco. Todo incautado. Todo subido a bordo. El contingente colombiano llegó a Corea siendo el más querido de la coalición — no por su armamento, que también era bueno, sino porque tenían licor, tenían tabaco, tenían todo lo que necesitan los hombres cuando esperan la muerte fumando.

El abuelo Álvaro volvió de esa guerra siendo otro. Volvió con una pensión militar, con la mirada de quien ha visto cosas que no se pueden explicar en una mesa familiar, y con un proyecto: construir algo sólido. Lo logró. El Instituto Técnico Electrónico del Atlántico fue su obra — un colegio técnico en el corazón de Barranquilla donde formó generaciones enteras con una mezcla peculiar de disciplina militar y conocimiento práctico. Una logia, casi. Un mundo propio.

Y la hacienda de Polo Nuevo era su paraíso personal.

Pedro Gregorio la recordaba como se recuerdan los sueños: con más colores de los que la realidad permite. Pavos reales caminando sueltos. Vacas Holstein de Alemania con campanitas al cuello, los establos limpios como casas. Galpones ordenados. Conejos. Aves silvestres de todas las especies. Un Jardín

Botánico Granja Doña Geo que nadie había diseñado pero que existía con la perfección de las cosas que crecen solas cuando alguien las cuida con amor. Y en el colegio del centro de Barranquilla, el abuelo tenía algo que parecía salido de una película: vitrinas llenas de reliquias de guerra, equipos de radio de los años cincuenta, instrumentos técnicos, medallas, uniformes. Un museo privado de un hombre que había sobrevivido a la historia.

* * *

Pero había una sombra sobre ese paraíso.

Se llamaba Rodrigo.

El único hijo varón del abuelo Álvaro era un hombre que medía casi dos metros. Blanco, piel clara, ojos verdes, pelo rojizo — parecía sacado de otra latitud, de otro país, de otra sangre. Simpático como pocos. Inteligente de ese tipo de inteligencia que no necesita libros para desplegarse. Cuando era joven había descubierto, con la intuición de los listos, que entre Colombia y Estados Unidos existía una corriente de dinero fácil para quien supiera moverse. Y Rodrigo supo moverse.

Volvió un día a la hacienda con dieciocho o diecinueve años, cargando maletas llenas de dólares. Millones. Orgulloso. Convencido de que su padre lo recibiría como un héroe, de que juntos construirían algo grande.

El abuelo Álvaro lo recibió a cachetadas.

La Iglesia. El ejército. La moral. Esos tres pilares sostenían al veterano de Corea, y ninguno de ellos tenía espacio para maletas de dólares con olor a coca. Lo que para Rodrigo era un triunfo, para su padre era una vergüenza. Y en esa colisión entre dos orgullos — el del hijo que quería ser reconocido y el del padre que no sabía reconocer de esa manera — se rompió algo que nunca volvió a soldarse.

Con ese dinero se compraron bienes. Se construyó el paraíso de Polo Nuevo. El colegio creció. La familia prosperó. Pero Rodrigo quedó por fuera de todo eso — desempoderado, humillado, convertido en la historia que se cuenta en voz baja en las familias: el que se perdió, el que se volvió loco, el drogadicto.

Pedro Gregorio lo vio de niño en contadas ocasiones. Siempre que estaba con él a solas, Rodrigo lo trataba bien. Le enseñaba cosas. Lo miraba a los ojos con esa intensidad de los que saben que el tiempo se les acaba y quieren transmitir algo antes de que se vaya. "*Sé avispado, pelao. Sé más vivo que los demás. No seas tonto.*" Y el niño lo escuchaba sin entender del todo, pero guardando cada palabra en ese lugar donde los niños guardan las cosas que importan.

Lo que Pedro Gregorio no sabía entonces — lo que entendería décadas después, mirando a su propio hijo y sintiéndose reflejado en una historia que no era suya pero que cargaba en la sangre — era que Rodrigo estaba reclamando lo suyo. Que esas apariciones en la hacienda, esas escenas que todos recordaban

como los episodios del loco, eran en realidad los actos desesperados de un hombre que veía cómo su nombre y su contribución habían sido borrados de la historia familiar.

Lo internaron en psiquiátricos. Lo sometieron con inyecciones y camisas de fuerza. Lo fueron a visitar con la comida como si fuera un demente, y Pedro Gregorio de niño iba también, y miraba a ese gigante de ojos verdes reducido a eso, y algo en él — sin poder nombrarlo todavía — sentía que allí había una injusticia.

Rodrigo murió acuchillado en una habitación de la casa donde creció. Solo. Sin que nadie lo viera llegar ni irse.

Su historia quedó enterrada bajo la versión oficial: el loco, el drogadicto, el problema de la familia. Pero hay hojas arrancadas en los archivos eclesiásticos de un pueblo del Caribe colombiano — Pedro Gregorio las buscó años después, tirado en el piso de un archivo público con un primo, como dos detectives de su propio linaje — y esas hojas arrancadas cuentan, a su manera silenciosa, que alguien quiso borrar algo.

Las cosas que se entierran no desaparecen. Se transmiten.

* * *

El niño Pedro Gregorio crecía mientras todo eso ocurría encima de él, invisible como el aire. Crecía con escoltas militares desde los siete años. Con policías en la puerta de su casa. Con la conciencia temprana, incómoda, de pertenecer a una familia que

tenía poder — y de que ese poder tenía un precio que alguien, siempre, estaba pagando.

Crecía también con sus miedos. Las amígdalas infectadas lo tenían enfermo con frecuencia. Episodios de fiebre alta, de delirio, de ese terror nocturno que tienen los niños enfermos y que nadie puede explicar del todo. Años después aprendería — en una maloca del Putumayo, con el humo del tabaco sagrado subiéndole por el pecho — que el miedo vivido en la infancia se instala en los riñones. Que el cuerpo guarda lo que la mente no puede procesar. Que la sanación no es un concepto abstracto sino algo que duele y huele y tiene forma.

Pero eso vendría después.

Por ahora era un niño de cinco años parado frente a una ciénaga, mirando cómo el agua subía y bajaba sin pedirle permiso a nadie.

Y ya en ese niño había algo que no se rendiría. Una terquedad suave, como el agua misma — que no rompe la roca de golpe, sino que la va horadando, milímetro a milímetro, durante años, hasta que un día la roca ya no está y el agua sigue su camino.

* * *

Cuando llegaron a San Marcos, los primeros años los vivieron en la casa de la abuela paterna. Doña **Carmen Anaya de González** — esposa del abuelo paterno **Manuel Montiel Guerrero** — era una mujer que entendía el dinero con esa naturalidad práctica

de quien creció cerca de él sin haberlo tenido siempre. Era prestamista en el pueblo. Prestaba dinero a quien lo necesitara, con la seriedad discreta de los que manejan la economía informal de las provincias colombianas — esa economía que no aparece en los libros pero que sostiene a miles de familias cuando los bancos están demasiado lejos o son demasiado complicados.

Pero además del préstamo, doña Carmen tenía el almacén.

No era una tienda cualquiera — y aquí hay que ser preciso, porque doña Carmen lo era. No se vendía comida. No había abarrotes ni granos sueltos en el mostrador. Lo que había era todo lo demás: telas, botones, cremalleras, hilos, agujas. Artículos de papelería y útiles escolares — cuadernos, lápices, colores, témperas, tizas, cajas y cajas de todo. Zapatos. Artículos deportivos. Juguetería. Champús, jabones, cremas dentales, cepillos, peines, espejos, velas. Una miscelánea completa donde el pueblo entero encontraba lo que necesitaba para la casa, la oficina, el colegio y la vida diaria.

Al fondo del almacén, bajo llave permanente, estaba la bodega — un espacio separado que era a la vez despensa de la casa y almacén de reservas. Ahí sí había alimentos: pero no para la venta — para el consumo familiar. Bultos enteros de arroz, frijol, garbanzos, lenteja. Todo comprado por mayor, todo guardado en tanques herméticos, impecablemente organizados. En el centro de ese espacio, un escritorio donde reposaban los libros de

cuentas, las letras de crédito, los documentos, y una caja fuerte. Era como una bóveda. La caja fuerte de una familia que entendía que el orden es una forma de respeto por lo que uno ha construido.

Por las noches, la tarea era suya.

Doña Carmen lo sentaba a la mesa y le entregaba los fajos de billetes del día. Pedro Gregorio organizaba — por denominación, por orden, en pilas perfectas. Conoció todos los billetes que circulaban en Colombia en esos años: los de dos pesos, los de cinco, los de veinte, los de cincuenta, los de cien. El billete de doscientos pesos, verde, con granos de café en el reverso — ese era el de mayor denominación cuando era niño, y lo tocaba con el respeto que merecen las cosas importantes. Después vendría el de quinientos, con el rostro severo de Santander mirando desde el papel.

Nadie le enseñó contabilidad. Nadie le explicó el valor del dinero con palabras. Se lo enseñaron las manos — contando, organizando, sintiendo el peso de los fajos — y esa lección no se olvida nunca.

Había algo más que doña Carmen enseñó sin proponérselo: el trabajo.

Cuando llegaban los camiones a descargar, Pedro Gregorio se metía. Cargaba cajas. Las acomodaba en orden. Sudaba. Y

cuando terminaba, su abuela le pagaba — porque doña Carmen era una mujer que entendía que la mejor forma de enseñarle el valor del dinero a un niño no es explicárselo sino pagárselo.

— Abuela, yo descargo esas cajas. Págame a mí.

— Tú eres el jefe, mijo. Los jefes no cargan.

— Abuela.

Y ahí estaba, cargando cajas igual que los hombres, con cinco años menos que todos y el doble de entusiasmo. Porque lo que le gustaba no era exactamente el trabajo — era lo que venía después: los billetes. Pedro Gregorio organizaba los billetes por denominación, todos en la misma dirección, todos en la misma cara. Luego las monedas. Luego los contaba. Luego los volvía a contar. Se quedaba dormido contando plata — y siempre, siempre, tenía dinero.

Lo que siguió a tener siempre dinero fue tener siempre acceso a las golosinas del pueblo. Lo que siguió a las golosinas fue una cantidad de caries que sus padres trataron con amalgamas de mercurio — el estándar de la época, el protocolo de entonces, el que nadie cuestionaba porque la información disponible no lo cuestionaba. Años después, ya adulto, Pedro Gregorio tuvo que someterse a un protocolo de desintoxicación de metales pesados. El mercurio afecta la cognición. Afecta la concentración. Afecta la capacidad de atención. Sus padres no pudieron verlo porque nadie se los dijo — y porque, como todos los padres, estaban muy ocupados buscando el pan para que nada faltara.

No los culpa. Entiende el círculo.

Para el recreo del colegio, los tres hermanos recibían cincuenta pesos entre todos. Los mayores cogían veinte cada uno. A Pedro Gregorio le daban diez. Con esos diez pesos — divididos en dos recreos de cinco — se compraba una gaseosa, una empanada, un boli. El arte de hacer rendir lo poco es una forma de inteligencia que solo se aprende cuando el poco es real.

* * *

El primer colegio se llamaba **Nuestra Señora de Lourdes**. Un lugar grande — más grande de lo que un niño de provincia esperaba — con patios amplios, zonas verdes, árboles frutales de todas las especies. Mango. Tamarindo. Frutas tropicales que cambiaban según la estación y que los profesores prohibían terminantemente que los estudiantes tocaran, lo cual era, naturalmente, una invitación irresistible.

* * *

El niño y el aula — lo que el colegio no supo manejar

Había que hablar de esto con honestidad.

Pedro Gregorio tenía, muy probablemente, lo que hoy se llamaría déficit de atención con hiperactividad. No era un diagnóstico que existiera en los colegios de San Marcos en los años ochenta — era simplemente un niño que no se podía quedar quieto, que mandaba para el carajo cualquier clase que no le interesara, que peleaba con los profesores, con los compañeros, con el sistema entero.

Lo que le gustaba, le prestaba atención total. Lo que no, era como si no existiera.

El resultado diario era predecible: lo sacaban del salón, lo ponían a mirar la pared, lo sentaban al final, lo castigaban afuera. En el colegio había un lugar especial — el sitio de los que se habían portado mal. Un espacio al sol, donde los niños arrodillados pagaban sus culpas frente a todos. Pedro Gregorio lo conoció muy bien.

Y doña Carmen recibía la llamada. Todos los días, casi.

Hubo un día que cambió las reglas.

Estaba arrodillado en el lugar de los castigados — junto con otros niños que también habían cometido sus respectivas travesuras — cuando pasó su hermano del medio. Su hermano lo vio, lo miró, y sin bajar la velocidad dijo:

— Párate de ahí. ¿Qué castigo ni qué carajo? ¿Acaso esa señora es tu mamá? ¿Acaso ese señor es tu papá? Solo ellos nos pueden castigar a nosotros. Párate.

— No, que después me pegan.

— Si te van a pegar, corres y le avisas a mamá. Pero no te dejes arrodillar así.

Y su hermano lo paró a la brava. Lo tomó del brazo, lo puso de pie. Una de las señoras del lugar intentó decir algo — y su hermano le lanzó una mirada que cerró cualquier conversación antes de que empezara, y le dijo: corre.

Salieron corriendo. Era la hora de salida — o casi. Los otros niños del castigo los miraron irse. Y luego, uno por uno, se levantaron y se fueron también.

Pedro Gregorio se ríe al recordarlo. Y desde ese día comenzó, despacio, a entender que la autoridad legítima y la autoridad impuesta no son la misma cosa.

Desde ese día en el sol — arrodillado, junto a otros pequeños culpables de travesuras y risas — comenzó a ser liberado de su propio Misraím por sus hermanos.

A ti, hermano del medio — que me cargaste cuando no podía caminar, que me diste coraje cuando me faltaba, que fuiste

cómplice de las mejores y de las peores aventuras, que celebraste mis glorias y me aguantaste en las caídas:

Gracias. Te quiero incondicionalmente.

Y a ustedes, pequeños cucarrones celosos — mis otros hermanos de sangre — también los quiero incondicionalmente, aunque mi cosmovisión del mundo no siempre les haya agradado. Con sus cosmovisiones y las mías, los adoro. Los amo.

San Marcos, gracias. Padres, gracias. San José, gracias. Por habernos llevado a vivir en ese sueño formidable. Por los momentos duros y los de gloria. Por la región hermosa de la Mojana, de nuestro Sucre, de ese Córdoba hermano con el que me siento también cordobés por la infinidad de amigos y gente amorosa que hay en sus tierras.

A mis abuelos — por su legado, su historia, su trayectoria. Los honro entendiendo que todos hacen lo que pueden con el grado de conciencia que tienen en ese momento.

La misión diaria era conseguir la fruta sin que lo vieran. Arte que Pedro Gregorio perfeccionó con el tiempo.

Pero el lugar sagrado del colegio era **la Platanera** — una zona en el fondo del terreno donde crecían plátanos en tal densidad

que formaban algo parecido a una jungla en miniatura. Alta, oscura por dentro, con el olor particular de la tierra húmeda y la hoja de plátano. Ahí se construían bases y cuevas. Se tendían trampas. Se jugaba a las escondidas con una eficacia que ningún otro rincón del colegio ofrecía. Pero la Platanera también era territorio de otras cosas — encuentros amorosos de los más grandes, peleas que se resolvían lejos de los ojos adultos, cortaduras y accidentes que se curaban en silencio para no tener que dar explicaciones.

Era un mundo dentro del mundo. Como todos los lugares que los niños conquistan y hacen suyos cuando los adultos no están mirando.

* * *

El padre de Pedro Gregorio era un hombre de Estado — en el sentido literal y en el sentido cotidiano. Concejal, diputado en dos oportunidades, secretario de despacho de varios gobernadores del departamento de Sucre, gobernador encargado en múltiples ocasiones. Un funcionario público ejemplar, puntual, entregado, de esos que el sistema produce cuando funciona bien. Pero el Estado colombiano tenía su capital departamental en Sincelejo — lejos de San Marcos — y eso significaba ausencia. Viajes. Semanas enteras donde la casa era solo la madre y los tres hermanos.

No era abandono. Era el precio que pagan las familias de los hombres que sirven a algo más grande que su propio hogar.

Pedro Gregorio lo entendería con los años. De niño, simplemente lo vivía — con las libertades y los vacíos que genera crecer con una figura paterna presente a ratos, ausente los demás.

Esa ausencia tuvo un efecto inesperado: lo mandó hacia afuera. Hacia la calle. Hacia los vecinos. Hacia el muelle del señor Domingo.

Al frente de la casa quedaba la ciénaga. Y en la orilla de esa ciénaga, el señor **Domingo** había construido un muelle que era, en la práctica, el puerto informal de San Marcos. Llegaban allí todas las embarcaciones — desde las canoas artesanales de los pescadores locales hasta las lanchas de motor más modernas de la región. El señor Domingo reparaba botes y construía canoas con esa maestría de los artesanos que aprendieron viendo y haciendo, sin escuela ni manual. Conocía cada pieza de madera, cada tipo de resina, el ángulo exacto para que una embarcación cortara bien el agua.

Pedro Gregorio cruzaba la calle todos los días para sentarse en ese muelle. Miraba al señor Domingo trabajar. Le hacía preguntas. Aprendía los nombres de los motores fuera de borda — los *Johnson*, que daban nombre genérico a toda embarcación de madera en la región. Aprendía a leer el nivel del agua, a distinguir cuándo la ciénaga subía y cuándo bajaba, a entender los ritmos del río San Jorge y de toda la red hídrica que hacía de esa región algo casi mágico.

* * *

Porque esa región era, en efecto, mágica.

San Marcos hace parte de La Mojana — una zona donde el agua y la tierra coexisten en una negociación permanente y milenaria. Tierra fértil como pocas en el mundo. Rica en minerales, alimentada por ríos y ciénagas que la renuevan cada año con el ciclo de las crecientes y las sequías. Los expertos en agricultura dicen, y no exageran, que esa región podría abastecer de alimentos a continentes enteros si se tecnificara y se organizara bien.

Pero antes de que llegaran los colonizadores con sus ideas de propiedad privada y sus sistemas de drenaje, esa tierra la manejaban las tribus indígenas con una precisión que la ingeniería moderna todavía admira. Los **canelones** — montículos de tierra cuidadosamente construidos que servían como caminos elevados entre las zonas inundadas — eran el sistema de infraestructura de una civilización que entendía el agua como aliada, no como enemiga. Cuando el verano secaba la zona y los niveles bajaban, esas construcciones emergían del fango como fantasmas de piedra y tierra, recordando que antes de este pueblo había otro, mucho más sabio en muchas cosas.

Pedro Gregorio los vio con sus propios ojos — recorriendo la región en bicicleta, a pie, en canoa, con su carabina de aire y sus sueños de cazador que todavía no sabía que algún día lamentaría profundamente. Vio los canelones emerger del agua como vértebras de un animal prehistórico. Vio las aves posarse en

ellos. Vio cómo la tierra, cuando la dejan, recuerda perfectamente lo que fue.

Algo de ese paisaje se quedó en él para siempre. Esa comprensión visceral de que el mundo tiene capas — que debajo de lo que vemos hay siempre otra cosa, más antigua, más sabia, esperando que alguien tenga la paciencia de bajar el nivel del agua para verla.

* * *

El señor Domingo fumaba calillas.

Así les llamaban en el pueblo — calillas, tabaco puro enrollado a mano, la hoja sin procesar, sin filtro, sin los aditivos que los cigarrillos modernos usan para disfrazar lo que son. El señor Domingo las encendía con una cerilla y soltaba un humo espeso y aromático que Pedro Gregorio asociaría para siempre con las historias de pesca, con el sonido del agua contra los cascos de madera, con esa sabiduría práctica de los hombres que viven cerca de los ríos y aprenden de ellos lo que los libros no pueden enseñar.

Un día, con unos once años, el señor Domingo le regaló una calilla.

Pedro Gregorio la guardó con el cuidado de quien guarda un tesoro. Esperó el momento indicado. Y cuando la cocina estaba vacía y su madre estaba en el cuarto del segundo piso, salió al patio, se trepó al árbol de mango — ese mango que el abuelo

Álvaro había sembrado con sus propias manos, que daba sombra a todo el patio y que era territorio exclusivo de los niños — y desde allá arriba, entre las ramas, encendió la calilla.

El efecto fue inmediato y devastador. La hoja de tabaco puro, sin mezcla ni suavizante, golpeó el sistema de un niño de once años como un puño en el pecho. El mundo giró. Las ramas del mango se volvieron inestables. Y Pedro Gregorio, borracho de nicotina a siete metros de altura, se aferró a la rama con las dos manos mientras el patio daba vueltas debajo de él.

Su madre estaba en el segundo piso. Desde la ventana, mirando el patio de rutina, vio algo extraño: el árbol de mango estaba echando humo.

La historia de cómo bajó del árbol y lo que siguió pertenece a esa categoría de recuerdos que los hombres guardan con una mezcla de vergüenza y orgullo que solo el tiempo convierte en anécdota.

* * *

Pero el señor Domingo también le enseñó a mirar las aves.

Llegaban cada año desde Canadá — los **barraquetes**, patos pequeños de un verde esmeralda en el cuello y el pecho, con tonos azules y blancos y negros que los hacían parecer joyería viva. Y los **piscingos** — más grandes, marrón oscuro con manchitas blancas alrededor de los ojos, el cuello negro, una seriedad digna en su manera de nadar. Llegaban en bandadas de

millares, millares, millares — números que hoy ya no existen porque el mundo que los recibía tampoco existe de la misma manera.

La ciénaga se llenaba de vida. Los pescadores tendían sus redes y sacaban bocachicos y bagres de dos, tres metros — peces que hoy solo existen en los relatos de los viejos porque el mercurio de las minería ilegal los fue envenenando despacio, sin que nadie lo viera venir. En aquellos años el río San Jorge era abundancia pura: miles y miles de peces en las subiendas anuales, suficientes para alimentar a toda la región y sobrar.

Pedro Gregorio lo vio todo. Lo absorbió todo. Y luego, cuando tuvo su carabina de aire, comenzó a cazarlo todo — sin entender todavía que hay cosas que se ven una sola vez en la vida y que cuando se van, no vuelven.

* * *

Aprender a montar bicicleta fue una odisea.

La bicicleta era la de su hermano mayor — heredada, como casi todo en su infancia. Los hermanos mayores usaban las cosas hasta el límite y luego las pasaban. Ropa, zapatos, juguetes, bicicletas. Pedro Gregorio era el tercero y recibía todo con las marcas del uso ajeno, lo cual desarrolló en él algo valioso: la capacidad de encontrar valor en lo que otros ya no querían.

Su hermano Luis José le había adaptado la bicicleta quitándole la *culimba* — la extensión trasera — para hacerla más

aerodinámica, según su criterio de ingeniero adolescente. Quedó una bicicleta extraña, recortada, pero era suya.

El día que aprendió a montar, su hermano lo empujó desde la acera.

— Pedalea — le dijo.

— ¿Y cómo freno?

— Tú pedalea y ya.

Lo que siguió fue una vuelta completa a la manzana sin poder frenar. Y otra vuelta. Y otra. Cada vez que pasaba frente a su casa, su hermano y los amigos se reían desde el andén. Pedro Gregorio pedaleaba más rápido porque no sabía hacer otra cosa, y el circuito se repetía con una regularidad cómica que hoy, cuatro décadas después, todavía provoca risa al recordarlo.

Finalmente metió el pie en la llanta trasera para frenar. Aprendió que eso no debe hacerse. También aprendió, de manera que prefería no recordar con detalle, cómo una cadena de bicicleta puede destrozar un talón en décimas de segundo. Fue el primero de muchos puntos de sutura — llegaría a acumular más de cien a lo largo de su infancia, suficientes para que los médicos del hospital del pueblo lo reconocieran con esa familiaridad incómoda que tienen los que atienden al mismo paciente demasiadas veces.

Pero la bicicleta terminó siendo una extensión de su cuerpo. Después de ver una película sobre acrobacias en BMX, los

andenes de la iglesia — elevados, de piedra, perfectamente diseñados para fracturarse la clavícula — se convirtieron en su pista de entrenamiento. Desde allá arriba brincaba hacia la calle. Una y otra vez, hasta que el miedo dejó de existir.

* * *

Los carnavales eran la guerra.

No la guerra de verdad — esa la conocería después, y era muy diferente. Los carnavales eran una guerra de niños, festiva y brutal a la vez, con reglas no escritas que todos respetaban porque nadie las había redactado. Se llenaban bolsas de agua. Se les echaba azulín — ese colorante azul intenso que las familias usaban para blanquear la ropa y que en manos de un niño de diez años se convertía en arma química de carnaval. Y se salía a la calle a mancharlo todo.

Los del centro — los hijos de las familias que vivían cerca de la iglesia, los *riquitos* como los llamaban con esa mezcla de envidia y respeto que caracteriza a los pueblos pequeños — contra los de la periferia, los que venían de los barrios del otro lado. Cuarenta, cincuenta niños por bando, empapados de azulín, corriendo por calles que durante esos dos o tres días de carnaval perdonaban todo.

A veces ganaban. A veces perdían. Siempre terminaban jugando juntos al final, que es como terminan todas las guerras que no tienen razones adultas detrás.

* * *

San Marcos tenía sus tiendas especiales. Las que uno recuerda de por vida no por el letrero sino por el olor.

La más memorable era la tienda de la niña Sol. Ahí se conseguían las mejores bolitas de tamarindo del pueblo — esas esferas de pulpa ácida y azúcar que te dejaban la lengua morada y las manos pegajosas. Ahí se conseguía el buche de pavo. Y ahí se conseguía la **uña de diablo** — el dulce más particular de toda la infancia de Pedro Gregorio.

La uña de diablo era un turrón hecho a base de azúcar de caña y miel decurosa — esa miel oscura y espesa que queda como subproducto del proceso de refinación del azúcar. La cocinaban hasta que cristalizaba, y la moldeaban en forma de cono puntiagudo, como la punta de una lanza, como una puya larga y amenazante. Le clavaban en el centro una varita de caña a modo de paleta para poder agarrarla. El resultado era un dulce duro, ambarino, con ese sabor particular de la miel de caña que no se parece a nada más en el mundo — dulce pero con una profundidad amarga de fondo, como tienen las cosas buenas de verdad.

Le decían uña de diablo porque la punta era peligrosa. Uno podía hacerse daño con ella si no tenía cuidado. Pedro Gregorio nunca tuvo cuidado y nunca se arrepintió.

Estaba también el turrón de don Presentado. El de anís era el mejor — esos cristales blancos de azúcar con semillas de anís

dentro que crujían entre los dientes y dejaban ese aroma fresco que en la infancia de Pedro Gregorio significaba fiesta, significaba domingo, significaba que algo bueno estaba pasando. Y el turrón de coco. Y las galletas de ajonjolí que vendían los panaderos.

Los panaderos pasaban todas las tardes. Era una de esas certezas del pueblo — como el amanecer y el río y el calor — que uno daba por hecha sin saber que la extrañaría. Un hombre con una canasta grande cubierta con un paño blanco, vendiendo pan recién horneado que llegaba a la puerta de la casa todavía caliente. Uno lo compraba sin ir a ningún lado. El pueblo llevaba las cosas hasta uno. Esa era su manera.

Y el muchacho que vendía los **kids bebés de Catarina**.

Los kids bebés de Catarina merecen su propio párrafo en cualquier historia honesta sobre San Marcos. Eran pequeñas empanadas fritas — crujientes por fuera con esa dureza perfecta del trigo bien frito, doradas y tostaditas, que crujen entre los dientes de una manera que no tiene equivalente. Por dentro: leche cortada, carnecita, cebolla, pimienta negra. La leche cortada daba una cremosidad ácida que contrastaba con el exterior crujiente de manera que hoy, décadas después, Pedro Gregorio puede reconstruir ese sabor exacto con solo cerrar los ojos.

El muchacho que los vendía pasaba por la calle con su canasta. El padre de Pedro Gregorio lo paraba invariablemente. Y con sus

tres rémoras — así les decía, sus tres rémoras, los tres hijos que lo seguían a todas partes — más toda la gente que hubiera en la casa, se comían veinte, treinta kids bebés de un solo impulso. De pie en el andén, calientes todavía, con los dedos grasosos y la felicidad sencilla de quien come exactamente lo que quiere en el momento exacto en que lo quiere.

Todo pasaba así. Recién hecho. Por la puerta de la casa. Sin ir a ningún lado.

Pedro Gregorio sigue convencido de que esa es la forma correcta de relacionarse con la comida y con quien la hace. Hoy, cuando ve un vendedor en la calle, prefiere comprarle a él antes que entrar a un almacén. La energía de quien produce algo con sus manos y lo vende caminando está en ese producto. Eso también se come.

Donde la niña Sol también vendían las mejores **bolitas de uñita** — y no cualquier uñita. Las chinas. Las de porcelana. Las más codiciadas: ese peso exacto y ese brillo específico que hace que rueden perfectas y que al chocar contra otra uñita suenen diferente a todas las demás. Las de cristal eran también buenas, pero las chinas eran las mejores. Las de cristal de colores, esas, las tenían donde la abuela — en un frasco de vidrio, guardadas como el tesoro que eran.

Después del panadero llegaba el señor del peto. El **peto** — esa bebida espesa de maíz pelado cocinado con leche y azúcar y canela, que en el Caribe colombiano es patrimonio cultural

aunque nadie lo haya declarado formalmente. Todas las noches, las familias se sentaban afuera de sus casas con el pan y el peto, y comenzaban los saludos.

Porque en San Marcos, sentarse afuera de la casa en las noches era una institución social. Pasaban las personas. Todas las personas. Y a todas había que saludarlas.

— *Buenas noches, don Manuel.*

— *Buenas noches, doña Carmen.*

— *Buenas noches, fulano.*

Si pasaban trescientas personas, eran trescientos saludos. No había opción de omitir ninguno. La decencia ante todo — ese código tácito del pueblo que nadie había redactado y que todos conocían: el saludo era obligatorio, el tono importaba, el que no saludaba estaba diciendo algo que prefería no decir en voz alta.

Pedro Gregorio lo hacía. Y aprendía, sin saberlo, que la cortesía cotidiana es una forma de decir: *yo te veo, existes, este pueblo nos contiene a los dos.*

* * *

Entre las seis y las siete de la tarde llegaba la hora de los mosquitos.

No era una metáfora. Era literal — había una ventana de tiempo, precisa como un reloj de insectos, en que los zancudos del

Caribe decidían que era su momento. El pueblo entero lo sabía. Y el pueblo entero respondía con sus herramientas.

Los más modernos prendían espirales de insecticida. Los más tradicionales usaban el **musengue** — ese artefacto primitivo y eficaz que venía de las tradiciones indígenas de la región. Se tomaba una rama de un árbol específico y se golpeaba contra una piedra, repetidamente, pacientemente, hasta que la madera se separaba en fibras largas que quedaban adheridas al tronco. El resultado era algo parecido a un mazo con cola de caballo: un mango de madera del que colgaban fibras vegetales densas y resistentes. Con eso se espantaban los mosquitos — agitándolo en el aire, barriendo los cuartos — y a veces se mataban directamente, aplastándolos contra las paredes o las superficies. Era ruidoso, era físico, era completamente efectivo. Y olía a madera verde recién golpeada, un olor que Pedro Gregorio guardaría para siempre en el archivo olfativo de la infancia.

* * *

Había un lugar en San Marcos al que Pedro Gregorio llegó un día y que se convirtió en su lugar secreto: el **tanque elevado del acueducto municipal**.

Era la estructura más alta del pueblo. Un tanque de agua metálico sobre una torre, que se llenaba durante el día con bombas desde la fuente y que luego, por gravedad, distribuía el agua con presión al resto del municipio. Tecnología simple y

eficaz: lo que está arriba cae abajo. El pueblo dependía de ese tanque para tener agua en los grifos.

No tenía vigilancia. No tenía seguridad. No tenía ninguna barrera que impidiera que un niño curioso trepara por su estructura metálica hasta la cima.

Pedro Gregorio trepó.

Y desde arriba, San Marcos se volvió otra cosa. Los techos de zinc y de teja. La ciénaga al fondo, brillando con el sol del mediodía. Las calles en cuadrícula que desde el suelo parecían laberinto y desde arriba tenían un orden perfecto y visible. El campanario de la iglesia a la misma altura que sus ojos, por primera vez en la vida. El horizonte de los Montes de María cerrando el paisaje por el occidente como una pared verde suave.

Era el nido del águila. El único punto de San Marcos desde donde se podía ver todo sin que nadie te viera a ti.

Pedro Gregorio volvió muchas veces. Solo, generalmente. Subía con la agilidad de quien ha practicado el ascenso hasta memorizarlo, se sentaba en la estructura metálica caliente por el sol, y miraba. No buscaba nada específico. Miraba. Y en ese mirar desde arriba estaba entrenando algo que más tarde las plantas medicinales desarrollarían del todo: la capacidad de ver el mapa completo. De salirse de la escena y observarla desde una altura donde los detalles se vuelven patrones y los patrones revelan cosas que desde abajo son invisibles.

Ese niño sobre el tanque de agua era el mismo que décadas después se sentaría en balcones de madrugada mirando las estrellas. La forma era distinta. La necesidad era la misma.

* * *

Había casas de bahareque en San Marcos. Muchas. Las casas de bahareque eran construcciones de varas de corozo y palma, armadas con una técnica que los pueblos indígenas del Caribe habían perfeccionado durante siglos: la estructura de madera flexible cubierta con una mezcla de barro y estiércol de vaca, que al secarse formaba paredes firmes, frescas, con una capacidad de regulación térmica que ningún material moderno ha logrado replicar exactamente.

Por fuera se veían humildes. Por dentro mantenían una temperatura que en el calor del Caribe era un lujo. Pedro Gregorio lo sabía porque había entrado muchas veces a las casas de sus amigos que vivían en bahareque, y siempre le sorprendía lo mismo: afuera cuarenta grados, adentro una frescura suave, casi inexplicable. La física del barro y la palma haciendo lo que la civilización moderna llama climatización.

Pero había personas en el pueblo que usaban esas casas como arma de humillación. *Tú qué vas a hablar, si vives en una casa de mierda de vaca.* Ese era el insulto. Lo escuchó muchas veces. Dicho por unos vecinos a otros. Por adultos a adultos. Por niños, repitiendo lo que habían escuchado en sus casas, sin entender

todavía que las palabras heredadas son las más peligrosas porque llegan sin responsabilidad.

Pedro Gregorio lo escuchaba y sentía algo que no sabía nombrar todavía. Una incomodidad. Una injusticia de forma que no necesitaba explicación teórica para hacerse sentir. El niño que tenía la casa de ladrillo insultando al niño que tenía la casa de palma por la única razón de que sus familias habían nacido con distintas posibilidades.

Ese pueblo no era ajeno al veneno instalado en el alma humana. El de la división. El de la segregación. El de la humillación de un hermano igual al otro, queriendo someterse o humillarse por la simple carencia de este o aquel recurso material.

Eso también lo formó. Ver de niño cómo funciona ese mecanismo — desde adentro, desde ambos lados, desde la casa que tenía ladrillo mirando hacia las casas que tenían palma y entendiendo que la diferencia era circunstancia, no valor — le dio una claridad sobre la injusticia social que ningún libro de sociología hubiera podido darle con la misma precisión.

El maldito materialismo que divide a la humanidad. Que convierte la carencia en vergüenza y la vergüenza en crueldad. Que le enseña a los pobres a despreciar a los más pobres para no sentirse ellos los últimos.

Pedro Gregorio lo vio. Lo guardó. Y décadas después, cuando las plantas le abrieron los ojos a la igualdad fundamental de todos los seres — la que no depende de la casa ni del apellido ni del

dinero — reconoció en esa claridad algo que había empezado a formarse en San Marcos, en los andenes, escuchando insultos que no iban dirigidos a él pero que le hablaban directamente.

* * *

Su madre era una mujer muy emocional. Asustadiza, sensible, presente de una manera que a veces era protección y a veces era una red tan densa que el aire no pasaba. Esa emocionalidad se le transmitió a Pedro Gregorio — no por genética solamente sino por imitación, por absorción, por los años de ver cómo ella respondía al mundo y aprendiendo sin saber que estaba aprendiendo.

Antes de absorber eso del todo, había una versión de él que exploraba sin miedo. Tenía seis años cuando se cortó la rodilla en el patio de su casa. Una herida profunda — los vidrios que él mismo había roto en alguna travesura anterior y enterrado en la tierra del patio para que su madre no los encontrara. El sistema funcionó hasta el día en que hicieron labores de limpieza, removieron la tierra, y los filos quedaron expuestos exactamente donde él corría descalzo.

Se cortó. Profundo. La sangre empapó su piernita y comenzó a escurrir hacia el pie. Y en ese momento — con seis años, herido, sangrando — Pedro Gregorio tomó una decisión que dice todo sobre quién era ya entonces:

Se agarró la herida con la mano para contener la sangre. Caminó hasta donde estaba su madre. Y antes de que ella pudiera reaccionar, le dijo:

— Mamita, me corté. Hay mucha sangre. Pero no te asustes, mira, yo estoy bien. No me vayas a pegar.

La madre se conmovió. Lo abrazó. Y se fueron al hospital a que le cosieran la rodilla.

Los médicos del hospital municipal de San Marcos quedaron desconcertados. No por la herida — esas las veían todos los días. Sino por la tranquilidad del niño. Esa serenidad casi adulta de quien ya en esa edad había desarrollado una relación particular con el dolor: no negarlo, no dramatizarlo, sino nombrarlo y seguir adelante. Con el tiempo, de tantas visitas a urgencias — porque explorar tiene sus costos y Pedro Gregorio pagó varios de ellos con puntos de sutura — se hizo amigo de los cirujanos del pueblo. Lo conocían por nombre. Lo recibían sin sorpresa.

Esa frase que le dijo a su madre antes de que pudiera asustarse — "*yo estoy bien, no te asustes*" — es quizás la frase más reveladora de toda su infancia. El niño herido que cuida a la madre de la noticia de que está herido. El que protege al adulto del susto antes de pedir ayuda para sí mismo. Eso también se aprende. Eso también se transmite.

* * *

Su madre tenía esa vocación de resolver las injusticias que veía a su alrededor. Pedro Gregorio la vio ejercerla toda la infancia — esa mujer que se conmovía con el que tenía menos, que buscaba la manera de hacer algo cuando percibía que algo estaba mal cerca de ella. Esa cualidad se transmitió también. A él y a todos sus hermanos.

Con los años aprendió la distinción que esa vocación requiere para no convertirse en otra cosa: una cosa es la ayuda que sale de la conciencia pura — la que se da en el momento donde no hay nadie que te aplauda, donde no hay testigos, donde no hay palmaditaen la espalda ni gratitud que recibir. Esa es la ayuda real. La que no necesita reconocimiento porque no nace del ego sino de algo más hondo.

Otra cosa es ese impulso de querer arreglar lo que uno percibe que está mal en el hermano — que puede ser genuino pero que también puede ser el ego disfrazado de generosidad, queriendo controlar el entorno, queriendo que el mundo alrededor funcione según el mapa que uno tiene en la cabeza. Esa distinción — entre la ayuda que libera y la ayuda que controla — tardó años en aprenderla. Y todavía, de vez en cuando, hay que revisarla.

Porque no se puede ayudar a quien no desea ser ayudado. Esa es la lección más dura de la compasión: que tiene límites. Que hay personas que no están listas. Y que insistir más allá de ese límite no es amor — es necesidad propia vestida con ropa de amor.

Hubo una vez en que Pedro Gregorio entendió esa diferencia de la manera más física posible. No en una meditación ni en una ceremonia. En una carretera entre Chinú y Sincelejo, con las manos llenas de sangre ajena.

Tenía veinte y pico de años. Venía de San Marcos hacia Sincelejo — la familia ya se había mudado a la capital departamental por las actividades de su padre — en la camioneta de su hermano mayor. Una Ford F-150 Lobo negra, edición Adrenalina, una de solo cuarenta en Colombia. Venía con su padre y un primo. Los tres con cinturón de seguridad, como siempre.

Una camioneta blanca de taxi se metió de frente en su carril.

El impacto fue violento. Las bolsas de aire se activaron en todos los puestos — esas explosiones de TNT que salvan la vida y al mismo tiempo dejan hematomas profundos donde golpean. La cabina se llenó de humo. Pedro Gregorio revisó a su padre. Revisó a su primo. Los dos desorientados pero enteros. Los sentó en la parte trasera del carro. La frente del vehículo estaba destruida. La cabina, intacta.

Entonces buscó el otro carro.

Estaba a ciento cincuenta metros. El impacto lo había lanzado por el aire y había caído dentro de una finca a la orilla de la carretera. Pedro Gregorio cruzó el alambre de la cerca, caminó hasta él, y vio el letrero: **transporte escolar**. Y en la carretera, un maletín infantil.

El carro estaba aplastado como acordeón. Como papel aluminio doblado por una mano enorme. Arrancó la puerta del conductor como pudo. Adentro, en el espacio entre los pedales y el tablero — ese espacio que no está diseñado para contener un cuerpo humano pero que lo estaba conteniendo — había una persona. Totalmente cubierta de sangre. La cara irreconocible.

La sacó con la delicadeza que pudo. La puso en tierra firme. Le limpió la boca — pedazos de dientes, sangre — para que pudiera respirar. Le tomó la mano. Le habló al oído. No sabe qué le dijo exactamente. Le dijo lo que se le dice a alguien que está entre los dos mundos y necesita escuchar una voz que lo ancle al que todavía puede habitar.

Pasaron carros. Pidió ayuda. La montaron y la llevaron al hospital más cercano. El padre y el primo fueron con ella. Pedro Gregorio fue a Sincelejo a buscar a sus hermanos y más ayuda.

La señora se salvó.

En el hospital, las pruebas de alcoholemia que el padre había exigido confirmaron lo que el olor ya decía: la señora estaba totalmente ebria. Tenía una novia en Sincelejo. Viajaba los fines de semana a verla. Y de lunes a viernes transportaba niños en ese carro.

Semanas después, la señora se presentó a la oficina del padre. Enyesada, con muletas, con la cara de quien viene a cobrar. Pretendía, con una desfachatez que Pedro Gregorio recuerda

todavía con incredulidad, sacarle dinero al padre por el accidente que ella misma había causado borracha.

El padre la escuchó. Y le dijo lo que tenía que decirle:

— Descarada. Por tu embriaguez y tu irresponsabilidad, casi nos matas. A mi hijo, a mi sobrino y a mí. Y aun así, en ese accidente, mi hijo te salva la vida a ti. Y tú vienes aquí hoy a hacer esto. Le pido misericordia a Dios por ti y que saque ese veneno de tu alma.

La señora dio una vuelta y se fue.

No hubo aplausos. No hubo gratitud. No hubo nadie que le diera a Pedro Gregorio una palmada en la espalda y le dijera que bien lo hizo. Solo la carretera, la sangre que se limpió en algún momento, y la certeza de que lo que hizo lo hizo porque no había otra opción que hacerlo.

Esas son las ayudas reales. Las que no necesitan reconocimiento porque no nacieron de la necesidad de reconocimiento.

* * *

El sol del Caribe le oscureció el cabello con los años — de los tonos rojizos y castaños de la infancia al negro azabache que llevaría después. Le multiplicó las pecas en la cara y en los hombros. Y le dio esa piel dorada que solo se consigue con cientos de horas en el agua, bajo ese sol que en la Mojana no pide permiso.

Cada día había que buscar la justificación para ir al agua. A la ciénaga preferiblemente — sus aguas quietas eran más predecibles, más manejables. Al río le tenía respeto. No miedo exactamente, sino ese respeto informado que le había dado el señor Domingo con sus historias de pescadores hábiles que habían perecido en las corrientes. El río es más vivo que la ciénaga, decía Domingo. Y lo que está más vivo es más peligroso.

Domingo le había enseñado también a reconocer las culebras por su movimiento antes de ver su forma. A no tocar ciertas plantas de hojas brillantes que dejaban ampollas en la piel. A no acercarse a los escorpiones que en las noches calientes bajaban de las palmas. Un catálogo entero de peligros del Caribe, transmitido en las tardes de dominó y parqués y damas chinas y ajedrez, con esa naturalidad de quien sabe que el conocimiento que se da entre partidas se queda mejor que el que se enseña con seriedad.

Domingo murió años después, cuando Pedro Gregorio ya no vivía en San Marcos. La noticia llegó como llegan esas noticias de pueblo — por alguien que alguien conoce, sin velorio al que se pueda ir desde lejos. Murió en el agua. Borracho, manejando su canoa con motor Johnson, cayó y la hélice lo alcanzó. Se desangró en el río que él había conocido mejor que nadie.

Pedro Gregorio lo pensó mucho cuando supo. El hombre que le había enseñado a respetar el agua murió en el agua porque no

se respetó a sí mismo. Esa paradoja tiene algo de enseñanza también — aunque sea una enseñanza que duele.

Gracias, Domingo. Por los conejos que no disparé. Por las iguanas que dejé correr. Por haberme dicho, con esa franqueza que solo tienen las personas que no necesitan impresionar a nadie: "*Tú tienes plata, tú no tienes necesidad de cazar. Deja a esos pobres animales para que puedan morir de viejos o ser el pan de alguien que los necesite.*"

* * *

Diagonal a la casa de Pedro Gregorio vivía su amigo **Régulo José**. Al lado de la casa de una tía de su padre — hermana de la abuela Carmen — que nunca se casó y que tenía dos cualidades que coexistían en ella con perfecta incomodidad: era muy querida y era muy chismosa.

La tía sufría. No de enfermedad sino de los niños de la cuadra — ese caos constante, esa risa y ese bullicio que Pedro Gregorio y sus amigos generaban frente a su casa y que perturbaba la quietud que ella había construido alrededor de su soledad. Respondía a ese sufrimiento de la única manera que encontraba eficaz: contándole a los padres todo lo que los niños hacían.

Los niños respondían a eso de la única manera que encontraban justa: metiéndose al patio de su casa.

El patio de la tía era casi media hectárea y llegaba hasta la ciénaga. Tenía mango, guama, anones, jamon — árboles frutales

que ella nunca aprovechaba, que prefería ver pudrirse en el suelo antes que dejar que alguien los cogiera. Pedro Gregorio y sus amigos resolvían esa injusticia botánica con discreción y velocidad: entraban por la parte de atrás, llenaban las camisetas, y salían antes de que nadie los viera.

Solo el tío Manuel — hermano mayor de la abuela y de la tía, el que sí sabía aprovechar las cosas — entraba por la puerta principal con toda la legitimidad de quien se crió en esa casa y recogía las frutas con calma de propietario. Pedro Gregorio lo admiraba por eso: el tío Manuel nunca pidió permiso para lo que era suyo.

Régulo José vivía con su abuelo — un hombre conservador, sabio, correcto, amigo político del padre de Pedro Gregorio en ese partido que en los pueblos del Caribe era más que una bandera, era una forma de relacionarse con el mundo. La amistad entre los dos abuelos era la raíz de la amistad entre los dos niños. Régulo era moreno. Y la tía, con esa mezcla de prejuicio y soledad que a veces produce el aislamiento, le tenía algo de rabia por eso. Se la montaba. Lo señalaba.

Pedro Gregorio y sus hermanos lo defendían. Siempre. Régulo era su cómplice, su confidente, su amigo de todas las travesuras — el que vivía al frente y por eso estaba disponible para todo, para lo bueno y para lo que salía mal.

Lo que salió mal una vez fue el revólver.

Uno de sus hermanos tomó el revólver del padre — ese revólver que el padre guardaba en la casa con la discreción de quien sabe que las armas son herramientas, no juguetes — y se lo llevó al patio de la casa de Régulo. Ahí, entre los frutales y las canoas a medio reparar que quedaban cerca de la orilla, disparó. El sonido atravesó el pueblo. Doscientos, trescientos metros de distancia entre ese patio y la casa del padre. Suficiente para que el sonido llegara claro.

El padre supo de inmediato. Esas corazonadas que tienen los padres que conocen bien a sus hijos — o que conocen bien el sonido de su propio revólver. Fue a buscar a su hijo. El hijo había dejado el arma en el patio de Régulo y corrido a la casa. Y cuando el padre llegó a la casa de Régulo, descargó sobre él una parte del regaño que le correspondía al hijo.

Fue injusto. Régulo no había hecho nada salvo estar ahí, que es lo que hacen los amigos — estar. Pero alguien tenía que pagar el plato roto. Y para la tía chismosa, como para muchos adultos de ese pueblo, Régulo siempre resultaba ser el culpable más disponible.

Eso tampoco se olvida. Las injusticias que se cometen contra los amigos dejan una marca diferente a las que se cometen contra uno mismo. Duelen de otra manera.

Régulo, donde quiera que estés: gracias. Por tu lealtad, por tu complicidad, por haber sido el amigo del frente de la casa que

siempre estaba disponible. Por tu abuelo, que en paz descanse. Por ese conservatismo honesto que compartía con mi padre.

Y gracias a todos — Domingo, Régulo, Ana, Guillermo, la tía chismosa, el tío Manuel con sus frutas legítimas, el señor de la canoa que maldijo al barco — a todos los que cruzaron la infancia de Pedro Gregorio y dejaron algo en ella. A los que le dieron lo mejor de sí. A los que, sin saberlo, lo estaban formando.

A todos ustedes, donde quiera que estén — en esta vida material o en el plano espiritual — gracias.

* * *

En la casa vivían también Ana y sus hijos.

Ana era la nana. Pero la palabra nana no alcanza a contener lo que era — una mujer que había llegado a trabajar y se había quedado a pertenecer, que había criado a Pedro Gregorio junto con sus propios hijos con esa generosidad particular de las mujeres que no distinguen entre lo que es suyo y lo que necesita cuidado. La quería como a una segunda madre. Y lo fue, en los hechos, en muchos momentos.

De sus hijos, el que más marcó fue **Guillermo** — de la misma edad que Pedro Gregorio, criado en la misma casa, sentado en la misma mesa. Estudiaron juntos. Se pelearon juntos. Guillermo lo defendió en el colegio cuando los más grandes se metían con el

niño del alcalde, y esa deuda no se paga con dinero sino con lealtad, que es la moneda que de verdad vale en los pueblos.

Un día llegaron los militares al colegio. No con aviso, no con protocolo — llegaron y se llevaron a Guillermo al servicio militar. Diecisiete años, dieciocho. La edad en que el Estado colombiano decidía que los hijos de los pobres ya eran suficientemente adultos para cargar un fusil.

El padre de Pedro Gregorio intentó intervenir. Había límites que un hombre honesto no podía cruzar, y rescatar a un muchacho del servicio militar a base de favores políticos cruzaba esa línea. Así que Guillermo se fue.

Y lo que el ejército colombiano de los años noventa le hizo a un muchacho sensible que creció entre libros y conversaciones de cocina — eso es una historia que Pedro Gregorio carga con dolor y no termina de contar todavía.

Ana perdió otros hijos de maneras más definitivas. El río se llevó a uno. Las circunstancias del pueblo se llevaron a otros. Era una mujer que había aprendido a seguir viviendo después de cada golpe con esa dignidad silenciosa que solo desarrollan los que han sido golpeados demasiadas veces para seguir sorprendiéndose.

Pedro Gregorio la quería así — con todo su dolor y toda su fuerza. Y el amor que ella le dio, sin condiciones, sin esperar nada a cambio, fue uno de los pilares invisibles que lo sostuvieron en los momentos en que todo lo demás temblaba.

* * *

Al final de la pista del aeropuerto estaba Gallinazo.

Siete, diez kilómetros del casco urbano — suficientes para que el camino fuera una aventura y la llegada una recompensa. El aeropuerto había sido en algún momento un aeropuerto de verdad, pero para cuando Pedro Gregorio lo conoció era ya territorio de nadie: pista larga y plana perfecta para carreras de moto, cabinas abandonadas perfectas para jugar, y al final de todo, escondido entre vegetación que olía a hierba mojada, el arroyo de agua cristalina que le daba nombre al lugar.

Gallinazo era el balneario secreto de los niños del pueblo. El agua transparente sobre piedras limpias. Vegetación a los lados como si alguien hubiera diseñado el lugar exactamente para que un grupo de muchachos sudorosos llegara en bicicleta un sábado de verano y se tirara de cabeza.

Iban con frecuencia. Compraban plátanos y cosas en las casitas del camino. Hacían sancochos en improvisados fogones de piedra. Jugaban fútbol en la orilla hasta que llegaban las tormentas — esas tormentas del Caribe colombiano que no avisan, que en diez minutos convierten un cielo azul en una muralla de agua y relámpagos que parten los árboles al medio.

A veces los sorprendía la noche. Y entonces llegaban los padres — o más específicamente, llegaba la madre de Pedro Gregorio, que tenía un radar especial para saber exactamente en qué

arroyo o en qué pista abandonada estaban sus hijos haciendo lo que no debían.

La voz de ella atravesando la vegetación era más efectiva que cualquier sirena.

* * *

El punto de encuentro del pueblo era el atrio de la iglesia.

No por devoción — aunque la iglesia estaba siempre presente en la vida del pueblo de esa manera inevitable que tienen las iglesias en los municipios colombianos. Sino porque el atrio era el espacio más amplio y más central que tenía San Marcos, el lugar donde confluían los caminos y desde donde se podía ver quién llegaba y hacia dónde iba. Los niños llegaban en bicicleta desde sus casas y se iban reuniendo en grupos que se formaban y se disolvían con la lógica espontánea de la infancia: este grupo se iba a jugar fútbol, este otro a las escondidas, este a hacer travesuras.

El **rin rinco recorre** era una de esas travesuras. Un juego de pueblo que consistía en ir a las casas ajenas, tocar las puertas con fuerza y salir corriendo antes de que alguien abriera. Completamente inocente en concepto. Completamente terrorífico para los vecinos que abrían la puerta y encontraban la calle vacía por tercera vez en la misma noche.

La variante más sofisticada involucraba **carpetas** — pequeños explosivos en forma de triángulo con una mecha corta, que se

ponían en el umbral de la puerta antes de tocar. Cuando la víctima abría, la carpeta explotaba con un estallido que en el silencio de la noche provinciana sonaba como un disparo. También había **truenos** — cartuchos diminutos de pólvora negra que al pisar producían una detonación seca y contundente.

Era inocente. Era la travesura de los niños que crecían rodeados de espacio y de tiempo libre y de calles que todavía no tenían miedo. Una inocencia que duró hasta que a finales de los ochenta y principios de los noventa llegó la violencia sangrienta que perturbó la paz no solo de San Marcos y la Mojana sino de todo el país.

Pero antes de eso — en esa franja de años que Pedro Gregorio recuerda como territorio de luz — hubo una noche en que desde el atrio de la iglesia se escuchó el sonido de un avión despegando de la pista. En el silencio del pueblo, sin el bullicio que tapa todo, el sonido era inconfundible. Un motor esforzándose. Demasiado esforzándose.

* * *

La avioneta iba cargada de marimba.

Demasiado cargada. El peso de los bultos superaba lo que la aeronave podía sostener en el aire, y lo que debió haber sido un despegue nocturno discreto se convirtió en un problema de física elemental: el avión despegó pero no pudo mantener altitud. Y tuvo que aterrizar de emergencia en la carretera

asfaltada a la entrada del pueblo — la única pista improvisada disponible en ese momento.

Llegó la policía. Algunos de los que iban en la avioneta se volaron hacia el monte con lo que pudieron cargar. Otros fueron capturados. Varios bultos de mercancía quedaron tirados en la carretera junto con la aeronave varada. Y la avioneta — decomisada, abandonada, sin que nadie la reclamara ni el Estado la moviera — se quedó ahí, a la orilla de la carretera de entrada a San Marcos.

Durante más de una década.

Lo que la lógica adulta veía como evidencia de un delito y síntoma de una época, los niños de San Marcos lo vieron como algo completamente distinto: un juguete del tamaño de una avioneta, abandonado exactamente donde ellos pasaban todos los días.

Cientos de niños crecieron jugando dentro de esa avioneta. Pedro Gregorio entre ellos. Se trepaban al fuselaje, se sentaban en los asientos del piloto, movían los controles que todavía respondían, exploraban cada compartimiento con esa minuciosidad de los arqueólogos improvisados que no saben exactamente lo que buscan pero saben que algo interesante está ahí.

Uno de sus amigos fue más lejos. Con una paciencia y una determinación que en retrospectiva son admirables, ese muchacho desvalijó absolutamente todo el tablero de

instrumentos de la avioneta — el radio, las baterías, los indicadores, la antena, cada pieza de tecnología que tenía tornillo y podía ser removida. Se lo llevó a la finca de su familia. Y ahí, en una habitación que debió haber sido un cuarto cualquiera, instaló todo el sistema: el radio operativo, la antena apuntando al cielo, los instrumentos dispuestos como si fueran el puente de mando de algo mayor.

Lo convirtió en una nave espacial.

Y en esa nave espacial improvisada — con tecnología de narcotráfico reciclada por la imaginación de un niño de la Mojana — Pedro Gregorio y sus amigos jugaron a explorar el universo durante años. Mandaban mensajes al espacio por el radio de la avioneta. Monitoreaban frecuencias que nadie les había explicado. Inventaban misiones.

Eso también es Colombia. Esa capacidad de tomar lo que el mundo adulto arruina y convertirlo en algo que los niños puedan habitar. Esa creatividad sin recursos que es quizás el talento más colombiano de todos.

* * *

El padre de Pedro Gregorio era un hombre que nunca se enriqueció con la política.

En un país donde la política era frecuentemente sinónimo de enriquecimiento, don Luis José fue secretario de despacho, diputado en dos períodos, gobernador encargado en múltiples

ocasiones — y vivió siempre de su sueldo. Cuando no había cargo, litigaba como abogado. Cuando tampoco había eso, buscaba la manera con la dignidad callada de los que no piden favores que comprometan su nombre.

Los amigos le regalaban trago — los gerentes de licoreras, los empresarios de Antioquia, los que agradecían de esa manera que tienen los hombres poderosos de agradecer. En la casa siempre había aguardiente, whisky, botellas de todo. Pero Pedro Gregorio nunca vio a su padre borracho de esa manera que destruye. La única vez que lo vio ebrio — realmente ebrio — fue el día en que su padre saludó con abrazo sincero a su archienemigo político, el hombre con quien llevaba años en trincheras opuestas. Lo saludó con esa generosidad que solo da el alcohol cuando encuentra a alguien que en el fondo es buena persona.

Hoy esos dos viejos rivales se juntan a escuchar porros y fandangos en las sabanas de Sucre, con los años encima y la política atrás, recordando batallas que ya no importan.

La madre organizaba fiestas. Buenas fiestas — de esas que en los pueblos son un arte y una institución. Fiestas para presentar a los hijos en sociedad, para tejer los vínculos que en las provincias colombianas son la verdadera infraestructura de la vida. Y el padre los llevaba a recorrer el país — de gobernación en gobernación, de fiesta en fiesta, de región en región, conociendo la Colombia que no sale en los noticieros: la

Colombia de las cocinas, de los festivales, de los patios con música y de los ríos que todavía no habían sido envenenados.

Pedro Gregorio creció en esa burbuja. Una burbuja construida con esfuerzo honesto, con sacrificio real, con la convicción de que los hijos merecen más de lo que uno tuvo. Y cuando la burbuja se rompió — cuando el mundo real irrumpió con toda su complejidad y su violencia y su desilusión — la caída fue dura precisamente porque el lugar desde el que cayó había sido tan bueno.

* * *

Había otra hora en San Marcos que Pedro Gregorio guarda con una nitidez particular: las cuatro de la mañana.

Cuando había que llegar a Sincelejo — para reuniones médicas, para gestiones del padre, para acompañar en alguno de los eventos que marcaban la agenda de un funcionario público activo — la familia salía de madrugada. Cuatro, cuatro y media de la mañana. La Silverado cargada, los hijos somnolientos en la parte de atrás, la madre organizando lo que siempre organizaba antes de que nadie más estuviera despierto del todo.

Hora y media de carretera en condiciones normales. Más de dos horas, a veces tres, cuando la carretera estaba en mal estado — que era frecuente. En invierno, los barrizales se formaban con una profundidad que paralizaba cualquier vehículo ordinario. El barro rojo de la sabana caribeña tiene esa consistencia pegajosa

e implacable que se traga las ruedas como si tuviera opiniones propias. Había que esperar a que saliera el sol, calentara la tierra, comenzara a solidificarse la capa superficial. Solo entonces se podía avanzar.

Para ellos casi nunca era problema. La Silverado Cheyenne lo resolvía todo.

Pero lo que Pedro Gregorio recuerda de esas madrugadas no es el barro ni la espera. Es lo que pasaba cuando los faros del carro iluminaban la carretera oscura: los ojos de los conejos.

Eran destellos. Rojos, naranjas, brillantes como brasas pequeñas en la oscuridad de la sabana. Los conejos silvestres se quedaban quietos en el borde de la vía cuando la luz los alcanzaba, y sus ojos devolvían ese reflejo específico que solo existe en la oscuridad completa. Grandes y pequeños. A veces uno solo, a veces tres o cuatro juntos. El carro avanzaba despacio y ellos permanecían inmóviles, mirando sin moverse, hasta que la luz los dejaba atrás y volvían a ser parte de la oscuridad.

Era algo que Pedro Gregorio esperaba en cada viaje. Esa franja entre la salida de San Marcos y el primer caserío donde la carretera se internaba entre potreros y vegetación espesa — ahí estaban los conejos. Y los zorrillos cruzando rápido de un lado al otro. Y las aves que dormían en los postes y levantaban vuelo cuando la luz las asustaba. Y la vegetación que en la madrugada tenía un olor diferente al del día — más húmeda, más densa, más viva.

Crecer en la sabana le dio eso: el conocimiento físico, corporal, de que la naturaleza no es un paisaje sino un sistema vivo que opera con su propia lógica y su propio horario. Esa comprensión — que al principio no era consciente, que era simplemente bienestar, simplemente el corazón ensanchado sin saber por qué — se convertiría décadas después en uno de los pilares de su transformación. El chamanismo no llegó de la nada. Llegó a alguien que desde niño había aprendido a escuchar lo que la tierra dice cuando nadie la interrumpe.

* * *

En San Marcos siempre había burros y vacas en las calles.

No como curiosidad ni como accidente — como parte del paisaje cotidiano, tan normal como los andenes o las tiendas. Uno caminaba por el pueblo y se encontraba un burro amarrado a un poste y tres vacas pastando en el solar de la esquina. Era parte de la textura del lugar.

Y los niños, con esa lógica irrefutable que tienen los niños para convertir cualquier animal disponible en juego, se montaban en las vacas. No en las bravías — en las mansas, en las que conocían el barrio y dejaban que les pusieran encima a un muchacho de diez años con más atrevimiento que equilibrio. El que se caía se levantaba. El que se quedaba arriba más tiempo ganaba algo que no tenía nombre pero que todos entendían.

Ese entrenamiento tenía su versión oficial en diciembre: las **corralejas**. El legado de España, transformado por el Caribe colombiano en algo completamente propio. En el coliseo improvisado de madera y tablas que se armaba cada año, los hombres del pueblo y los visitantes de los pueblos vecinos entraban al ruedo con los toros — sin matar, sin capotes elegantes, solo con el cuerpo y la audacia y esa mezcla de valor y locura que en la Costa colombiana se llama simplemente *ganas*. Las corralejas eran caóticas, ruidosas, peligrosas y absolutamente vivas. Nadie que las haya visto de niño las olvida.

Y alrededor de las corralejas: los bailes. Las fiestas patronales. La Virgen del Carmen con su procesión que salía de la iglesia y recorría las calles del pueblo entre velas y flores y rezos y la música de banda que en el Caribe nunca espera a que termine la oración para empezar. San Marcos celebraba con esa intensidad de los pueblos que saben que la alegría también es una forma de resistencia.

Era una tierra rica. No en el sentido del dinero — en el sentido de lo que produce. Escritores, compositores, cantantes. Científicos que han patentado inventos. Cirujanos reconocidos. Personas que salieron de esas calles de tierra y de esos andenes donde se tomaba el peto y llegaron a lugares que el pueblo nunca imaginó cuando los vio nacer. San Marcos da buenos frutos. Siempre los ha dado.

Pedro Gregorio es testigo de ello. Creció criado por uno de esos buenos hijos.

* * *

Su padre.

Ese que madrugaba a las cuatro de la mañana para llevar a su familia a donde tenía que ir. Ese que nunca se enriqueció con la política aunque pudo haberlo hecho. Ese que dijo que no cada vez que le ofrecieron atajos que habrían comprometido su nombre. Ese que cuando llegaba a una ciudad nueva buscaba el mercado local antes que el restaurante turístico, porque quería que sus hijos supieran cómo huele la comida antes de que la cocinen.

A través del ejemplo de su honestidad sembró en todos sus hijos algo que no tiene precio en ningún mercado: el estándar. La referencia interna de cómo debe comportarse un hombre. Ese norte que uno lleva adentro y que en los momentos de extravío — cuando el ego está suelto y las decisiones son malas y los caminos de espina se presentan como atajos — opera como una voz que no grita pero que se escucha.

A pesar de cualquier error cometido. A pesar de los años oscuros. A pesar de todo lo que Pedro Gregorio hizo y deshizo en el camino entre San Marcos y la persona que es hoy, ese ejemplo del padre siempre estuvo ahí — callado, firme, esperando que su hijo volviera al centro.

Al origen del que viene. Al este. A donde sale la luz.

* * *

El abuelo Manuel, el bastón y los merengues de limón

Había dos abuelos. Uno era el abuelo Álvaro — el veterano de Corea, el rector del Instituto Técnico Electrónico, el que cargaba en silencio todo lo que la guerra le había dejado. El otro era el abuelo Manuel, el papá del padre. Y el abuelo Manuel era diferente.

El abuelo Manuel lo adoraba. Y lo demostraba de esa manera en que los abuelos demuestran las cosas cuando ya no tienen nada que probar y todo el tiempo del mundo: caminando. Todas las tardes, Pedro Gregorio salía con él a caminar hasta la esquina. El abuelo con su bastón — ese bastón que tenía la cadencia perfecta de los hombres que ya saben a dónde van y no necesitan apurarse. Y en esa esquina, o en el camino hacia ella, aparecían los panaderos, los reposteros del pueblo, con esas cosas que solo existen en los pueblos del Caribe colombiano y que ninguna ciudad grande ha podido replicar del todo.

Los merengues de limón. Los postres María Luisa. Pedro Gregorio no ha vuelto a comer merengues de limón como esos. No porque no haya buscado — sino porque esos merengues no

eran solo merengues. Eran la tarde, eran el bastón, eran el abuelo Manuel al lado, eran San Marcos en su versión más quieta y más perfecta.

Esos mismos postres los compartió también con su padre. Con toda la familia en la casa de la abuela, recién llegados al pueblo mientras el padre construía la casa propia — esa casa frente a la ciénaga, con vista al oeste, mirando exactamente hacia donde el sol se oculta todos los días.

Al este sale la luz. Al oeste se despide. Pedro Gregorio creció viendo despedirse al sol — y algo de esa dirección quedó en él para siempre. La orientación hacia el ocaso no como final sino como promesa de que mañana, desde el otro lado, volverá a salir.

Cuando llegó a Cartagena, durante catorce años vio salir el sol. Y no se perdió una sola puesta tampoco. Algunas personas tienen ese instinto: el de estar presentes en los extremos del día, cuando la luz cambia y el mundo por un momento parece más honesto de lo que es el resto del tiempo.

El abuelo Manuel le transmitió mucho. No todo lo que le transmitió está escrito — hay cosas que el abuelo le dijo caminando que no pueden escribirse, no porque sean secretos sino porque pertenecen al lenguaje de la experiencia directa, ese que solo se entiende cuando se vive. Como el carnaval de Barranquilla: quien lo vive es quien lo goza.

Pero lo que sí puede decirse es esto: de los dos abuelos — Manuel y Álvaro — viene la estructura de aprendizaje que define a Pedro Gregorio. La curiosidad. La disciplina de la observación. La disposición de ir, investigar, y dejar que la vida enseñe lo que los libros no alcanzan.

Gracias, abuelo Manuel. Por el bastón y los merengues. Por las tardes en la esquina. Por todo lo que dijiste caminando.

* * *

La abuela Carmen, las colmenas y los San Andresito

La mamá del padre se llamaba Carmen. La abuela Carmen. Y tenía una costumbre que Pedro Gregorio recuerda con una gratitud que no ha envejecido: cada vez que salían de viaje — a Barranquilla, a donde fuera — a todos los nietos les daba plata. No una monedita simbólica. Plata de verdad. Para que llegaran al destino con su propio dinero, sin tener que pedirle nada a nadie.

La lección que eso enseñó sin pronunciar una sola palabra de pedagogía: la autonomía es un regalo que se da antes de que uno sepa que lo necesita.

En Barranquilla el destino era siempre el mismo: las colmenas frente al Banco Colmena — esos locales comerciales que en Barranquilla llevan ese nombre, colmenas, porque son celdas pequeñas llenas de cosas que zumban con actividad permanente. Al frente del Banco Colmena, en la esquina, había un vendedor de dulces típicos costeños: panelitas de leche, bocadillos, bolitas de tamarindo, bolitas de ajonjolí. Los mismos dulces de siempre, los que huelen a infancia de la Costa.

Y más adentro, los San Andresito — esos bazares donde Colombia conseguía todo lo que venía de afuera antes de que existiera ningún centro comercial. Desde los dulces gringos hasta los juguetes que no llegaban todavía a las tiendas normales. El abuelo Álvaro llevaba a Pedro Gregorio ahí. El padre Luis José llevaba a la familia ahí. Era el lugar donde el mundo exterior cabía en un pasillo lleno de promesas.

Gracias, abuela Carmen. Por traer a la vida a nuestro San José. Por darnos plata para el viaje antes de que supiéramos para qué servía la plata. Por ser tierna cuando nadie te miraba. Siempre he recibido la mejor parte de casi todos — y de ti también.

* * *

* * *

Los cumpleaños, los pudines y la autosuficiencia

Era maravilloso cumplir años en una familia tan grande. Durante un tiempo vivieron en la casa de la abuela Carmen, con varios tíos que todavía no se habían casado — y cuando llegaban los cumpleaños, esa casa se convertía en algo que ningún restaurante ni ningún salón de eventos puede replicar: la fiesta hecha en casa, por las manos de la propia familia.

La madre de Pedro Gregorio los educó haciendo. No explicando — haciendo. Así que él sabe planchar, cocinar, barrer, trapear, pegar un botón, arreglar lo que se rompe, resolver lo que se presenta. De todo. Literalmente de todo. Y saber hacer de todo en la vida produce algo que ninguna comodidad comprada puede producir: autosuficiencia real. La que hace que uno necesite muy poco de molestar a los demás para resolver sus propios asuntos.

Y los pudines. Los postres de cumpleaños hechos en esa casa. Pedro Gregorio fue demasiado mimado — lo reconoce sin vergüenza ninguna. Creció rodeado de amor, de cariño, de libertades, de postres que ninguna pastelería ha igualado porque ninguna pastelería tiene lo que tenía esa cocina: las manos de las mujeres de su familia haciéndolos para él.

Su padre tomó decisiones importantes — y una de las más importantes fue mantener perfil bajo, mantener la humildad de los que saben que la ostentación no es riqueza sino miedo disfrazado de abundancia. Eso también lo educó. No la humildad como resignación — sino la humildad como claridad sobre lo que realmente importa.

Todo eso fue antes. Antes de las ayahuascas y las hongueras. Antes del peyote y el San Pedro. Antes de la chacruna y el rapé. Antes de la psilocibina. Antes de la melena de león, el shiitake, el ashwagandha, el cordyceps militaris, la moringa, la espirulina, el sea moss — el musgo de mar irlandés que llegó a limpiar lo que los años habían acumulado. Antes de todo lo que ayudó a limpiar el cuerpo del trauma reprimido.

Antes de conocer tanto el dolor.

Y en ese antes — en esa infancia de pudines y bastón y Nintendo y merengues de limón — fue feliz.

Lo reconoce ahora. Lo dice con claridad ahora que tiene la perspectiva completa:

SOY FELIZ.

A pesar de supuestamente haberlo perdido todo. Porque no perdió nada. Nunca nada fue suyo de verdad — esa es la ilusión de la que salió. Y de la que se ríe ahora, con esa risa limpia del que ya entendió el chiste.

Como dice una amiga:

"*No he visto al primer entierro con un camión de mudanzas detrás.*"

Exacto.

Continúa en el Capítulo II: "La Sangre de los Holmann"

* * *

Los atardeceres de la ciénaga — una postal del alma

Había atardeceres en San Marcos que no eran de este mundo.

Pedro Gregorio los vio cientos de veces. Quizás miles. Desde el balcón de la casa, desde el muelle de madera que crujía con cada ola pequeña, desde la orilla misma donde el agua lamía la tierra con esa paciencia infinita que solo tiene lo que lleva siglos haciendo lo mismo.

El sol en la Mojana no se pone — se instala. Se toma su tiempo. Convierte el cielo entero en un espectáculo que ningún pintor ha podido reproducir del todo porque la escala lo hace imposible:

era todo el firmamento, de horizonte a horizonte, cambiando de color en tiempo real.

Primero el amarillo. Ese amarillo cálido que parece comestible, que huele a tierra mojada y a campano en flor. Luego el naranja — un naranja que no tiene nombre preciso en ningún idioma porque es demasiado intenso para caber en una palabra. Luego el rosado que se vuelve rojo, que se vuelve violeta, que se vuelve el azul más oscuro del mundo antes de convertirse en la noche.

Y en la época seca — cuando la ciénaga bajaba hasta mostrar su lecho y el paisaje cambiaba completamente, de espejo a desierto húmedo, de azul a ocre — el sol se veía gigante. Desproporcionado. Como si la falta de agua lo acercara, como si el cielo sin obstáculos lo agrandara hasta el absurdo de lo hermoso.

Y cuando había agua — cuando la ciénaga estaba llena y el firmamento la usaba como espejo — ocurría el milagro. El cielo de arriba y el cielo reflejado abajo se unían en el horizonte. Era imposible saber dónde terminaba el mundo real y dónde empezaba su imagen. Pedro Gregorio se quedaba mirando eso sin moverse, sin hablar, solo él y su pensamiento y el universo entero doblado sobre sí mismo.

Era un evento casi ritualístico.

Y sobre todo ese cielo — pasando, siempre pasando — las aves.

En semana santa, cuando la ciénaga se secaba y las orillas quedaban al descubierto, llegaban. Llegaban de todas partes. Golondrinas en nubes que oscurecían el sol — millones de golondrinas, su canto llenando el pueblo entero como si el mundo hubiera decidido cantar todo al mismo tiempo. Patos silvestres en hordas. Garzas blancas de cuello largo, garzas de cuello corto, garzas de pata amarilla que caminaban por las orillas con esa elegancia fría de quien sabe que nadie las va a molestar.

Y los patos rosados. Los flamencos.

Había una punta que se llamaba la punta de los patos — porque ahí llegaban en cantidades que hoy serían inconcebibles. Todo el cielo rosado. No una bandada — el cielo entero, rosado, moviéndose como un organismo único. Pedro Gregorio lo vio de niño y lo vio ir desapareciendo, año tras año, a medida que los cazadores hacían su trabajo. Él mismo cazó patos — los cocinó, comió sancocho de pato silvestre con esa carne negra y dura que la mayoría del pueblo rechazaba y que él devoraba con la satisfacción del que captura lo que come.

Pero los patos rosados no. Esos no los tocó. Eran demasiado hermosos.

Un día encontró anillas en las patas de unos patos que había cazado. Anillas con códigos. Venían de Canadá. Habían recorrido miles de kilómetros — el continente entero — para llegar a

anidar a la ciénaga de San Marcos, Sucre, Colombia. Alguien en Canadá los había marcado con cuidado, con amor, con la intención de seguirlos, de entenderlos, de proteger su ruta.

Y él los había matado.

Esa imagen — la anilla, el número de Canadá, el pato muerto en sus manos — no la olvidaría jamás. Años después, cuando la psilocibina abrió lo que estaba cerrado y le permitió ver lo que había estado frente a él todo el tiempo, ese recuerdo llegó con todo su peso. Con dolor real. Con ese arrepentimiento que no es culpa sino comprensión tardía de lo que se hizo.

El pato iba a morir de todas formas — el frío, el hambre, un predador mayor. Eso también es verdad. Pero la conciencia no negocia con la lógica cuando llega a mostrar algo que duele. Solo muestra.

Y hay otro sonido que Pedro Gregorio lleva consigo desde entonces — el del agua golpeando el muelle de madera. No el sonido del mar, que es violento y grande. El sonido de la ciénaga: pequeño, rítmico, constante. Las olas diminutas que se forman con el viento y llegan a la orilla con esa delicadeza que solo tiene lo que no necesita demostrar nada. El agua pegando en la madera una y otra vez, como un metrónomo del universo, como el latido de algo muy antiguo que respira debajo de todo.

En ese sonido — y en el canto de las golondrinas, y en el crujido de los árboles gigantes que custodiaban la orilla, los campanos inmensos del patio de la casa de su tía — había algo que cultivaba el espíritu sin que nadie lo nombrara así. Nadie le dijo: esto que estás viviendo es meditación. Nadie le dijo: este silencio que compartes con la naturaleza te está formando.

No hacía falta. Estaba pasando de todas formas.

* * *

Las delicias del pueblo — don Presentado y las chichas de Ledis

No se puede hablar de San Marcos sin hablar de lo que se comía.

Don Presentado hacía los mejores terrones del pueblo. Terrones de azúcar prensada — blancos, verdes, rojos — con sabores que hoy sonarían artesanales pero que entonces eran simplemente lo que había: anís, vainilla, chocolate, coco, fresa. Los favoritos de Pedro Gregorio eran los de anís. Ese sabor limpio, fresco, que se deshacía en la lengua con una lentitud deliberada.

Don Presentado también hacía bucheparros — esos bocados que solo existen en la memoria de quien los comió en el momento

exacto, con el hambre exacta, en la infancia exacta. Y los diabolines. Y las panochas de coco de la niña Sol.

Pero los que resistieron el tiempo fueron las chichas de Ledis.

Al frente del parque, en la casa de ese gran amigo y querido del pueblo. Las mejores chicas — esa bebida fría de maíz fermentado que es chicha y es medicina y es identidad caribeña condensada en un vaso. Pedro Gregorio las sigue tomando cuando va a San Marcos. Llega con Sebastián directo a la casa de Ledis — el ritual no ha cambiado, solo ha ganado un compañero más pequeño que lo hereda sin saber todavía que lo está heredando.

Toda esa comida orgánica de San Marcos — la chicha fermentada, los quesos frescos, las frutas directas del solar, la carne asada sin intermediarios — construyó una microbiota intestinal que la ciencia hoy reconoce como el segundo cerebro. Esa nutrición que nadie llamaba funcional pero que lo era, esa diversidad de fermentos y alimentos no procesados, es parte de lo que hizo que Pedro Gregorio creciera sin enfermedades mayores — salvo las suyas propias, que ya merecen su propio párrafo.

Y las familias árabes del pueblo — esa presencia libanesa y siria que marcó la cultura del Caribe colombiano con su generosidad culinaria — aportaban lo suyo: los kibbés crudos, los kibbés fritos, las croquetas de pescado, los postres de miel y nuez que

aparecían en las fiestas y que sabían a otro mundo sin necesitar pasaporte para llegar.

La cultura culinaria de Córdoba y Sucre es un universo en sí mismo. Rico en mineralidad, en sabor de tierra negra, en la herencia de sabanas que producen ganados imponentes y campos que regalan con una generosidad que los que crecieron en ciudades no pueden imaginar del todo.

* * *

Las picaduras — un cuerpo puesto a prueba

San Marcos también enseñó al cuerpo.

No con libros ni con clases — con venenos. Con picaduras. Con el contacto directo y sin anestesia con todas las especies que habitaban ese ecosistema y que de vez en cuando decidían que Pedro Gregorio era territorio.

Le picaron escorpiones. Más de una vez. El último — ya adulto, en Sincelejo — le pareció la ironía más absurda de su vida: que después de haber sobrevivido a los escorpiones de San Marcos, uno lo fuera a encontrar en un apartamento de ciudad. Los escorpiones de San Marcos no eran pequeños — eran del tamaño de su dedo índice, gordos, negros, con esa lentitud

amenazante de lo que no necesita apresurarse para ser peligroso. Los pisó, los encontró debajo de zapatos, los madrugó debajo de almohadas. Y sobrevivió a todos.

Le picaron arañas. Le picaron insectos de todos los tipos que ese ecosistema tropical y húmedo produce con una generosidad que la entomología todavía no ha terminado de catalogar.

Pero la picadura que no olvidará nunca fue la de la raya.

La raya y el doctor Ortega

Había un lugar en la ciénaga donde la gente iba a bañarse. Un lugar conocido, habitual, de esos que el pueblo usa por generaciones sin cuestionarse si algo puede salir mal. Pedro Gregorio entró al agua, caminó hacia el fondo, y pisó.

Sintió algo enterrarse en su pie derecho. En el dedo gordo.

Cuando miró, alcanzó a sentir la textura de la aleta antes de que el animal escapara. Era una raya. La versión de agua dulce de ese animal que años después se haría tristemente famoso cuando mató a Steve Irwin — ese australiano extraordinario que Pedro Gregorio veía con admiración genuina, ese hombre que le enseñó más sobre la naturaleza que cualquier clase de ciencias, que fue una inspiración real y cuya partida lo entristeció como la de alguien que uno conoce aunque no se hayan cruzado nunca.

El dolor fue inmediato. Clínico. De esos dolores que no permiten duda sobre su naturaleza — no es el dolor que uno puede ignorar ni el que puede esperar a que pase. Es un dolor que ordena atención desde el primer segundo, que sube por la pierna con una velocidad y una intensidad que no tiene equivalente en ninguna otra experiencia que Pedro Gregorio haya tenido antes o después.

Hubo alguien presente que sabía — o que pensaba que sabía — lo que había que hacer. Lo puso boca abajo, le tomó el pie, y comenzó a drenar: chupaba la herida, escupía, volvía a chupar, volvía a escupir. Una y otra vez. Con una dedicación y una determinación que en ese momento, con ese dolor, a Pedro Gregorio le pareció lo más formidable que había visto. Luego le hizo un masaje desde la herida hacia fuera — como extirpando el veneno, como empujándolo hacia la superficie para que saliera.

¿Funcionó? No se sabe con certeza. Lo que sí se sabe es que terminó en el consultorio del doctor Miguel Ortega.

El doctor Ortega.

El internista más increíble que Pedro Gregorio haya conocido. Un hombre de una inteligencia clínica que se nota desde la primera consulta — no de la inteligencia que repite protocolos sino de la que entiende, que conecta, que responde a las

preguntas con la precisión de quien domina su campo con una pasión que no ha disminuido con los años. Un ser humano con unas calidades que van mucho más allá de la medicina.

Pedro Gregorio le hacía preguntas — infinidad de preguntas, porque su curiosidad nunca ha sabido callarse en presencia de alguien que sabe. Y el doctor Ortega siempre tenía una respuesta científica, coherente, que llenaba exactamente el vacío que la pregunta había abierto. Lo admira. Lo quiere. Le tiene un afecto y un respeto que incluye a su familia entera — una familia muy querida y admirada también por sus padres.

Hay una historia del doctor Ortega que se parece mucho a la historia de su padre. Su padre es uno de ocho hermanos. Costear la universidad de ocho personas es una hazaña — y sus abuelos Manuel y Carmen la lograron con trabajo mancomunado, con la simbiosis perfecta de dos personas que operaban en unidad y en dedicación constante. Ahí había orden, disciplina, propósito compartido. Y de ahí salieron tíos profesionales realizados que son, para Pedro Gregorio, figuras de admiración genuina.

No necesita buscar héroes afuera de su familia.

Los tiene adentro.

Los gladiadores del hogar

Gladiadores. Esa es la palabra.

El padre que trabaja. La madre que sostiene. El médico que estudia ocho años para poder curar. La mujer que camina quince kilómetros desde la vereda hasta San Marcos — Pedro Gregorio la vio, más de una vez — para ahorrar el pasaje del bus porque esa plata alcanzaba para una libra de arroz, y esa libra de arroz daba de comer a cinco personas esa noche.

Eso es heroísmo. Sin cámara. Sin aplauso. Sin estatua.

Hay un momento en que esa comprensión le llegó de golpe. Estaba en el apartamento de Bogotá que su padre le había comprado — un esfuerzo real, un sacrificio concreto de un hombre que destinó recursos propios para que su hijo tuviera un lugar donde reposar en esa ciudad. Pedro Gregorio lo llamó. Conmovido. Y le dio las gracias — por ese apartamento, sí, pero sobre todo por todo lo demás. Por los años de servicio público sin enriquecerse. Por mantener a la familia unida. Por los sacrificios que no se ven porque se hacen en silencio.

Su padre fue servidor público. No se enriqueció con la política.

Eso, en Colombia, es suficiente para ser un héroe.

* * *

* * *

La camioneta que iba sola

Hay historias que con el tiempo se convierten en leyenda familiar. Esta es una de ellas.

La camioneta Silverado de su padre estaba en el taller. Trabajo eléctrico. Cuando quedó lista, llamaron a la casa. Su padre estaba en Sincelejo. Su madre también. Y quien contestó el teléfono fue Pedro Gregorio. Once años, quizás doce.

— El carro está listo.

— Bien, ahora lo voy a buscar.

Y fue. Así. Con la seriedad de quien tiene todo bajo control — porque desde pequeño Pedro Gregorio hablaba con una parla y una aplomo que confundía a los adultos sobre su edad real.

En el taller todos lo conocían. Era el hijo del patrón. Y llegó solo, con sus once años encima y su convicción intacta, a recoger la camioneta.

— ¿Sabes manejar?

— Claro que sé.

— ¿Y te vas a llevar ese camionetón tú solo?

— Sí, claro.

En su mundo, todo era posible. Y arrancó.

El problema — si se puede llamar problema — era la escala. Pedro Gregorio era tan pequeño, tan flaco, tan chiquito, que desde afuera no se le veía sobre el volante. La camioneta tenía los vidrios con ese polarizado azul degradado que venía de fábrica en esa época, y con las proporciones del conductor ocultas detrás del vidrio, la Silverado avanzaba sola por las calles de San Marcos.

La camioneta va sola.

En esa época había una película que se llamaba Auto Man — y San Marcos tuvo su propio Auto Man ese día, sin efectos especiales ni presupuesto de Hollywood. Solo un niño de once años manejando una camioneta full size con la convicción de quien ha decidido que el tamaño es un detalle irrelevante.

Su padre le había enseñado a manejar. En los campos, en los potreros, en los caminos que rodean a San Marcos donde hay espacio para aprender sin que nadie salga herido. Le enseñaba también a volar barriletes — los papalotes, como los llaman en México — en esos campos abiertos donde el viento de la Mojana coopera con una generosidad que los barriletes agradecen subiéndose hasta desaparecer de vista.

En esos vuelos estaba también Jaime Castañeda.

Jaime Castañeda y Dorita — familia del alma

Jaime Castañeda era un buen amigo de su padre. Bien cascarrabia — del tipo de cascarrabia que en el fondo esconde una ternura que él mismo no siempre sabe cómo mostrar. Un tipo fenomenal. Su temperamento era su idioma y, una vez uno aprendía ese idioma, lo que había detrás era afecto real.

Dorita, su esposa. Su casa. Sus hermanas. Su hermano Álvaro Diego, a quien Pedro Gregorio considera un hermano — sin apellidos ni protocolos, simplemente un hermano. Las sobrinas. Las aventuras compartidas en San Marcos que quedan en la memoria con esa nitidez especial de las cosas que ocurrieron cuando todo era por primera vez.

Gratitud, Jaime. Gratitud, Dorita. Gratitud, familia Castañeda.

Jaime tenía la fábrica de hielo de San Marcos. Y Pedro Gregorio pasaba horas ahí — entendiendo el proceso, mirando cómo el calor se convierte en frío por obra de la máquina, jugando a la industria con la seriedad de quien ya sabe que eso también es un juego que vale la pena aprender. La fábrica de hielo como primer acercamiento a lo que significa producir, transformar, crear valor donde antes no había nada.

El Yeyó — el pescado, el río y la icotea

Después de la fábrica de hielo, el comercio del pescado. El Yeyó — ese señor moreno, bien simpático, cariñoso, servicial, cortés, de los principales en el negocio del pescado en San Marcos. Cuando llegaba el hijo de Lucho González, el Yeyó lo atendía con una atención especial que el niño recibía con la naturalidad de quien todavía no sabe que ese trato no se da a todo el mundo.

Su esposa tenía un restaurante a orillas de la ciénaga. Ese restaurante sigue ahí. Y el pescado que sirven sigue siendo lo que era: bocachico, bagre, todo lo que el río San Jorge y la ciénaga de San Marcos producen con esa generosidad de los ecosistemas que todavía no han sido destruidos del todo.

Y en Semana Santa — la icotea.

La icotea es una tortuga de agua dulce. En San Marcos se comía en Semana Santa con una tradición que tiene siglos. Y Pedro Gregorio vio cómo esa tradición casi acaba con la especie: camiones enteros, costaladas y costaladas de tortugas vivas, un proceso industrial de destazamiento que requiere de la persona que lo ejerce una desensibilización completa — no porque sea mala persona, sino porque es lo que hace el trabajo repetitivo a cualquier ser humano con cualquier tarea que involucre muerte sistemática.

Pedro Gregorio lo vio. Lo procesó. Y lo nombra no como crítica sino como radiografía — para que el lector pueda leer entre las líneas lo que la imagen transmite sin necesitar que nadie lo explique.

La hipocresía de las especies protegidas

Hay una pregunta que Pedro Gregorio lleva años haciéndose y que todavía no ha encontrado una respuesta que no sea cínica:

¿Por qué la vaca no tiene los mismos derechos que el jaguar?

La ley protege al pato yuyo, al pisingo, al barraquete. Protege al tigre, al rinoceronte, al avestruz. Pero el pollo, la gallina, la vaca — esos animales temporalmente quedan fuera del marco de la benevolencia legal porque los necesitamos en el plato. Y la humanidad acepta esa hipocresía con una tranquilidad que solo es posible cuando uno ha dejado de mirarse al espejo con honestidad.

No es una crítica al carnicero ni al pescador ni al que destaza tortugas. Es una observación sobre el sistema que decide qué vidas importan y cuáles no — y que toma esa decisión basándose en qué tan sabrosas quedan en la olla, no en ningún principio filosófico coherente.

Pedro Gregorio comió icotea. Mató patos. Cazó. Y ahora lo mira con esa conciencia que llegó después — sin autocastigo, porque la conciencia que no existía en ese momento no podía guiar decisiones. Pero con la honestidad de quien ya no puede hacerse el de la vista gorda cuando la lógica no cuadra.

Hay muchos que ya dejaron ese mensaje — en películas, en canciones, en arte. Pedro Gregorio sigue ese legado. Para los que logren comprender a lo que se refiere.

La integración — de religiones, de culturas, de la humanidad entera

Pedro Gregorio no comulga ya con el catolicismo en el sentido dogmático. Su conciencia se ha expandido — hacia el islam y la comprensión del Corán, hacia el budismo, hacia la cábala judía con toda su profundidad y su sistema de comprensión del cosmos, hacia las tradiciones de la naturaleza, hacia cualquier camino que lleve al mismo lugar: la fraternidad, la comprensión, el amor que no divide.

Toma lo más hermoso de cada tradición. Lo integra. Y esa integración no lo debilita — lo hace más grande. Porque quien puede abrazar la verdad donde sea que esté no tiene que defender su territorio — tiene todo el territorio.

La justicia divina no se negocia.

Hay personas que son felices con la camioneta modelo cincuenta en el patio de la casa — la lavan, la limpian, la mantienen

impecable — y eso es suficiente y eso es hermoso. Hay personas que necesitan otro tipo de vehículo. Lo que importa no es el vehículo. Es hacia dónde va. Es si lleva pasajeros con bien. Es si en el camino deja algo mejor de lo que encontró.

CAPÍTULO II

La Sangre de los Holmann

Barranquilla — La Guajira — Corea del Sur, 1951

Hay historias que no se cuentan en la mesa familiar. Se cuentan afuera, en el corredor, cuando los niños ya deberían estar durmiendo pero están despiertos y escuchan. Se cuentan entre vasos de ron y humo de tabaco, entre hombres que vivieron cosas que las palabras no alcanzan a contener del todo. Se cuentan así, a medias, con lagunas y silencios que dicen más que lo que se pronuncia.

Pedro Gregorio aprendió a escuchar esas historias desde pequeño. Aprendió que el silencio de un hombre viejo no es vacío — es memoria comprimida. Y que si uno se quedaba quieto el tiempo suficiente, la memoria terminaba saliendo sola.

La historia de cómo su abuelo fue a la guerra de Corea se la contó su tío **Daniel Holmann**, veterano también de aquel conflicto, en una de esas tardes largas de la provincia donde el calor obliga a sentarse y el tiempo no tiene el mismo peso que en las ciudades. El tío Daniel era un hombre de pocas palabras y muchos recuerdos. Cuando hablaba, uno sabía que cada frase había sido guardada durante años esperando el momento exacto para salir.

— Mijo — le dijo una tarde, con esa cadencia lenta del Caribe que convierte cada oración en una hamaca — ¿tú sabes por qué los colombianos éramos los más queridos en toda la guerra de Corea?

Pedro Gregorio negó con la cabeza.

El tío Daniel sonrió. Una sonrisa de hombre que sabe algo que el mundo no sabe.

* * *

Todo había comenzado en un puerto. Puerto López, en la costa caribeña colombiana, desde donde zarpó el buque *ARC Almirante Padilla* cargando el contingente nacional que Colombia enviaba al otro lado del mundo en cumplimiento de sus compromisos con las Naciones Unidas. Era 1951. La guerra de Corea llevaba ya un año de sangre y trincheras, y Colombia era uno de los pocos países latinoamericanos que había decidido mandar soldados de verdad, no solo declaraciones diplomáticas.

Colombia fue el único país latinoamericano que envió tropas a Corea. Participaron 4.314 hombres del Ejército Nacional y 748 de la Armada Nacional, en cuatro relevos entre 1951 y 1954. El abuelo Álvaro fue parte de la Armada — oficial técnico de telecomunicaciones, el hombre que mantenía las comunicaciones funcionando en medio del caos del frente. Una especialidad que requería inteligencia y precisión, no solo valentía.

Entre esos soldados iban los tres hermanos Holmann.

Entre esos soldados iban tres hermanos de apellido Holmann — el abuelo Álvaro, su hermano mayor Daniel, y el menor: el tío **Willy**. El tío Willy era el problema. Era demasiado flaco — tan flaco que no pasaba el peso mínimo que la Armada exígía para embarcar. Y era muy joven, posiblemente menos de la edad requerida, aunque eso también se iba a resolver con una pequeña mentira en el papel.

El peso era más difícil de falsificar.

Los hermanos mayores le plantearon la situación con la directa simplicidad de los que no tienen tiempo para rodeos:

— ¿Usted quiere irse con nosotros o se quiere quedar aquí con mi mamá?

El tío Willy, que llevaba toda la vida queriendo escapar de esa casa y que no iba a dejar que unos kilos de menos le arruinaran la única oportunidad que había tenido, dijo que se quería ir con ellos.

— Entonces coma plátano.

Lo que siguió fue uno de esos episodios que las familias guardan durante generaciones porque contienen, en su absurda especificidad, toda la verdad sobre quiénes son. Durante los días previos al embarque, el tío Willy fue sometido a un régimen de plátanos que lo hizo llorar. No de hambre — de lo contrario. Plátanos en el desayuno, plátanos en el almuerzo, plátanos en la cena. El abuelo Álvaro y el tío Daniel velando por el

cumplimiento del régimen con esa implacabilidad de los hermanos mayores que confunden el amor con la exigencia.

El tío Willy lloraba. Y seguía comiendo plátano.

Cuando llegó el día de pasar el examen médico, el tío Willy pesó lo suficiente. Lo justo. Con todos los plátanos adentro y la determinación de un muchacho que prefería la guerra a quedarse en casa, pasó la revisión.

Y los tres hermanos zarparon juntos. Eso era lo que importaba.

Tenían la misma determinación: cualquier cosa antes que quedarse con una madre que los trataba mal. La guerra, paradójicamente, era la libertad.

El *Almirante Padilla* zarpó. El mar Caribe se abrió frente a la proa con esa indiferencia suya de siempre. Y entonces ocurrió algo que ningún manual militar había contemplado.

Frente a las costas de La Guajira — esa lengua de tierra árida que Colombia extiende hacia el mar como señalando algo que está más allá del horizonte — el buque interceptó uno de los cargamentos de contrabando más grandes que se recuerden en la historia del Caribe colombiano. Cajas y más cajas de whisky escocés. Cigarrillos americanos. Tabaco de primera. Todo destinado a los circuitos ilegales que florecían en Maicao, en Riohacha, en todos esos puertos informales donde la Guajira le ponía precio a lo que el resto del país no podía conseguir legalmente.

El dueño de ese cargamento era un hombre conocido en toda la costa. Lo llamaban el Pipe Socarrás. Contrabandista por vocación y por necesidad, conocedor de cada ruta marítima entre el Caribe y las islas, hombre que había convertido el contrabando en un arte y en un negocio que sostenía a familias enteras de la región. Ese día, el Pipe Socarrás perdió todo.

El *Almirante Padilla* incautó el cargamento completo. Lo subió a bordo. Y siguió su camino hacia Corea.

El contingente colombiano llegó al otro lado del mundo siendo el más celebrado de toda la coalición — no solo por su valentía en combate, que también era legendaria, sino porque tenían whisky, tenían cigarrillos, tenían tabaco. Tenían todo lo que necesitan los hombres cuando esperan la muerte fumando en una trinchera a veinte grados bajo cero.

Los colombianos eran bien recibidos en todos los campamentos. Los buscaban. Los invitaban. Los querían cerca.

Todo gracias al Pipe Socarrás, que nunca supo que su cargamento había viajado hasta el otro extremo del mundo a calentarle el alma a unos soldados que peleaban por una causa que nadie en Colombia terminaba de entender del todo.

* * *

El maestro Rafael Escalona lo inmortalizó en un vallenato que se cantaría por generaciones:

Allá en la Guajira arriba

donde nace el contrabando
el Almirante Padilla barrió a Puerto López
y lo dejó arruinao.

Pobre Pipe, pobre Pipe,
pobre Pipe Socarrás…
ahora se encuentra muy triste,
lo ha perdido todo por contrabandeá.

Barco, pirata, bandido,
que Santo Tomás me crea.
Una fiesta le he ofrecido
cuando un submarino lo volteé en Corea.

— Rafael Escalona, compositor vallenato colombiano

El Pipe maldijo al barco. El barco llegó a Corea. Y entre los soldados que bebieron ese whisky maldito iba el abuelo Álvaro Holmann Medina, que volvería años después convertido en otro hombre — más duro, más sabio, más callado — a construir un instituto, una hacienda y una familia sobre la que pesaría, sin que nadie lo supiera del todo, toda la complejidad de lo que había vivido.

Lo que el abuelo Álvaro construyó al volver de Corea no fue pequeño. Fundó el **Instituto Técnico Electrónico del Atlántico** en Barranquilla — una institución de formación técnica en electrónica que funcionó durante décadas, en los años setenta, ochenta y noventa, y de la que él fue rector. Un

veterano de guerra que volvió del frío de Corea con una especialidad en telecomunicaciones y la convicción de que esa misma tecnología — la que había mantenido las comunicaciones del Batallón Colombia funcionando bajo fuego enemigo — podía enseñarse, podía transmitirse, podía convertirse en el oficio de otra generación de jóvenes del Caribe colombiano.

El abuelo Álvaro rector. Ese detalle dice mucho de quién era el hombre detrás del silencio y los delirios nocturnos. La guerra no lo quebró — lo formó. Y lo que aprendió en Corea lo puso al servicio de Barranquilla durante años. Los archivos del periódico *El Heraldo* de esa época registraron su paso por la institución — aunque esos registros, como tantas otras cosas de esa generación, esperan ser recuperados del papel amarillo donde duermen.

* * *

La melancolía de los que han visto la guerra

Los tres — el abuelo Álvaro, el tío Daniel y el tío Willy — volvieron de Corea con algo que no se puede dejar en la aduana. Una melancolía particular. Esa que tienen los hombres que han visto la muerte de cerca y que saben, desde entonces, que el mundo de los vivos es más frágil y más precioso de lo que la gente cree cuando todavía no lo ha comprendido de esa manera.

Era una humildad que no se enseña. Una quietud que no era pasividad sino profundidad. Los tres eran hombres de pocas

palabras sobre lo que importaba, generosos con las anécdotas de superficie, herméticos sobre lo que quedaba debajo.

El abuelo Álvaro deliraba a veces. Especialmente hacia el final — cuando el cáncer pulmonar avanzaba y la fiebre que traían las infecciones lo sacaba de la realidad cotidiana y lo llevaba de regreso a otra parte. En esos delirios volvía a Corea. Se incorporaba en la cama, los ojos abiertos y fijos en algo que nadie más podía ver, y gritaba:

— ¡Viene el avión! ¡Vienen las bombas! ¡Cúbranse!

Y su familia — sus hijos, sus nietos, Pedro Gregorio entre ellos — lo miraban desde la puerta del cuarto sabiendo que no estaba ahí con ellos. Estaba en una trinchera al otro lado del mundo, cuarenta años atrás, con sus hermanos, con el frío de Corea en los huesos y el ruido de los MiG soviéticos sobre las colinas.

Murió joven para quien había sobrevivido Corea. Cuando tenía cuarenta y pico de años los médicos lo desahuciaron — el cáncer pulmonar estaba demasiado avanzado para tratarlo. La abuela, sin rendirse, se convirtió entonces en experta en nutrición. Aprendió todo lo que pudo sobre alimentación terapéutica y lo puso a comer con una disciplina y una devoción que los médicos no habían prescrito pero que funcionó: el abuelo vivió bastante más tiempo del que le habían dado. La abuela le ganó años al diagnóstico a punta de comida y de amor incondicional.

Pero los traumas vividos, la dureza de la infancia, la madre que los maltrató, el crecer refugiados en la Armada y cobijados por

el dogma de la iglesia — todo eso dejó sus marcas en el sistema nervioso de un hombre que nunca tuvo la oportunidad ni las herramientas para procesarlo. Las preocupaciones. Las cosas que fueron sucediendo. El cuerpo que guardó todo lo que la mente no pudo soltar. El Marlboro que calló lo que el alma no podía decir.

El hábito lo había adquirido en la guerra. La Armada tenía de todo para los soldados colombianos en Corea — comida, dulces, ron, ropa, juguetes, y tabaco en cantidades industriales. Marlboro, Camel, todos los cigarrillos importados del mundo, disponibles y abundantes para quien los quisiera. Esos cigarrillos venían con cargas enormes de alquitrán y con nicotina adicional en los filtros — una tecnología de adicción diseñada por las tabacaleras para hacer el producto lo más difícil posible de dejar. En condiciones normales eso ya es peligroso. Imagínense en la guerra: un muchacho joven, con estrés extremo, con frío y miedo, con tiempo muerto entre combates, rodeado de cigarrillos gratuitos e infinitos. El cuerpo de ese muchacho no tuvo ninguna posibilidad.

El abuelo fumó Marlboro el resto de su vida. Muchos años después no pudo dejarlo. Tampoco quiso, quizás. La Coca-Cola, la leche y el cigarrillo eran su trinidad diaria — litros y litros de los primeros dos, cajetilla tras cajetilla del tercero. Su cuerpo lo metabolizó durante décadas hasta que dejó de poder.

Murió en su casa. Rodeado de toda su familia. Escupiendo coágulos de sangre. Pedro Gregorio no estaba ahí en ese momento — lo dejaron en San Marcos mientras los demás viajaron a Barranquilla a estar con el abuelo en sus últimos días. Su madre estuvo presente. Sus hermanos estuvieron. Él supo del final por teléfono, desde San Marcos, a solas con esa distancia que duele de otra manera.

Lo que sí recuerda con una nitidez total es el entierro.

Fueron ríos de gente. No es un decir: era imposible contar las personas que llegaron a despedir al abuelo Álvaro Hollmann Méndez. El veterano de Corea. El hombre que había vuelto callado y con las fotos guardadas en una caja, y que durante décadas había sido presencia, abrigo, fiesta para todos los que lo rodeaban. Barranquilla salió a despedirlo.

La Armada Nacional le rindió honores. Como en las películas — pero real, en Barranquilla, bajo el sol del Caribe. Los disparos de la guardia de honor retumbando en el cementerio. Los uniformes blancos. La bandera doblada con esa precisión geométrica que los militares aprenden y que parece diseñada para decir algo que las palabras no alcanzan a decir. El abuelo que había ido a Corea siendo un muchacho flaco que tuvo que comer plátanos para pesar lo suficiente, recibía al final los honores que la República le debía desde hacía décadas.

Pedro Gregorio lo vio. Y eso también forma parte de quien es.

* * *

El tío Daniel y el edificio El Galeón

El tío Daniel — hermano del abuelo Álvaro, uno de los tres que fueron a Corea — tenía dos cosas en Cartagena que Pedro Gregorio recuerda con la nitidez de las cosas que se viven en la infancia cuando uno todavía no sabe que las está memorizando para siempre.

La primera era un colegio en el centro histórico de Cartagena. Un edificio de esos que tienen la arquitectura colonial que el tiempo ha ido transformando — patios internos, paredes gruesas, corredores con historia. El tío Daniel lo dirigió durante años. Cuando lo vendió, el comprador lo convirtió en hotel. Eso dice todo sobre el valor de lo que tenía: el tipo de propiedad que el turismo devoraba con apetito en la Cartagena que se estaba convirtiendo en destino internacional.

La segunda era su apartamento en el edificio **El Galeón**, en el barrio El Laguito. El tío Daniel no alquilaba el apartamento — era el dueño. Era el dueño del piso entero. El tío Daniel tenía dinero: era una persona adinerada, y el edificio El Galeón en El Laguito, con vista al mar Caribe de un lado y a la ciudad del otro, de punta a punta, era exactamente el tipo de lugar donde un hombre como él vivía. Desde las ventanas se veía todo — la bahía, los cerros, la ciudad amurallada, la franja de mar que se extendía hasta donde la vista alcanzaba.

El apartamento tenía un piano. Un bar bien surtido — ron, whisky, lo que hubiera — con esa atmósfera de quien sabe recibir. Y tenía esa vista. Pedro Gregorio pasó muchas vacaciones ahí, y el tío Daniel era de esas personas que saben hacer que uno se sienta el centro del mundo: lo llevaba al Portal de los Dulces, le compraba muñequitas de leche y todo tipo de golosinas, lo consentía con esa generosidad particular de los tíos sin hijos que se dan el lujo de mimar al sobrino sin las limitaciones del día a día.

Una de las cosas más divertidas era el piano. El tío Daniel tocaba. Y cuando Pedro Gregorio estaba ahí, lo sentaba en el banco del piano — "*Toque, mijo, toque. Hunda ahí mismo, tranquilo. Toque.*" Y el niño hundía las teclas con esa libertad del que no sabe que está haciendo algo que otros estudian años, mientras el tío Daniel se reía con su vaso en la mano, siempre bien vestido de blanco, impecable, la corbata en su lugar.

Era así el tío Daniel: vestido de blanco siempre, impecable en todo momento, con esa elegancia caribeña que no es ostentación sino costumbre. Y generoso hasta el exceso — al menos con Pedro Gregorio. Porque en más de una de las visitas a ese apartamento, llegaba el tío Willy, el menor, y le pedía plata. Y el tío Daniel siempre se la daba. Sin preguntar mucho, sin condiciones. Pedro Gregorio veía los billetes cambiar de manos — bastantes billetes — y pensaba que con esa suma él habría comprado la tienda entera un par de veces.

Y en algunas de esas noches — cuando el calor bajaba y la brisa desde el mar era lo suficientemente fuerte como para que el tío Daniel dejara la ventana apenas entreabierta, ese pedacito exacto que producía un zumbido específico, un susurro del viento que llenaba el cuarto con un sonido de fondo que parecía diseñado para acompañar historias — el tío Daniel contaba.

Contaba Corea. Con ese detalle de quien la vivió y que nunca termina de salir del todo de ella. Las escenas. Los nombres. Los fríos y los miedos y los compañeros que no volvieron. Lo contaba de una manera que te ponía adentro de los lugares — que te hacía sentir el frío de Corea desde el calor de Cartagena como si las dos cosas pudieran coexistir en el mismo cuerpo sin contradicción.

Y el colegio. El tío Daniel tenía un colegio de niñas en el centro histórico — ese mismo edificio colonial que después vendió y que se convirtió en hotel. En una de las visitas, Pedro Gregorio prefirió ir al colegio con su tío antes que ir a la playa con sus hermanos. No por amor al estudio sino por una niña del colegio de quien se había enamorado, con esa intensidad del amor infantil que dura dos semanas y media y al niño de provincia le parece para siempre. La oficina del tío era un festín: gaseosa, dulces, de todo. Las Postobón que ya no existen: la Piña, la Tamarindo. La Pony Malta con su pizca de alcohol que le producía ese mareo suave y divertido mientras comía deditos de queso y hablaba con las niñas del recreo. Algunas de las vacaciones más felices de su vida.

El abuelo Álvaro también le había contado. Desde que Pedro Gregorio tiene memoria — desde que tiene un año, dice — el abuelo le fue transmitiendo esa historia en pedazos: sucesos de la guerra, cosas del mundo que había conocido, una perspectiva del siglo XX que ningún libro de colegio podría haber dado.

Pedro Gregorio lo absorbió todo. Con esa capacidad de los niños que todavía no filtran, que guardan todo porque no tienen todavía el mecanismo adulto de la selección. Esas historias están en algún lugar de él — mezcladas con el zumbido del viento en la ventana del tío Daniel, con el olor del mar de El Laguito, con el sonido del piano que nadie tocaba pero que estaba ahí, testigo silencioso de las noches en que la guerra de Corea viajaba en palabras desde el otro lado del mundo hasta un apartamento con vista al Caribe.

* * *

El abuelo que hacía posible lo imposible

El abuelo Álvaro era especial. Cariñoso, amoroso, con esa forma de hacer que todo el que estuviera cerca se sintiera el centro del mundo. Pedro Gregorio sabe que así de especial como era con él era con todos — con sus hijos, con sus nietos, con sus amigos. Pero eso no le quita la sensación de haber sido querido de una manera particular. Siempre tuvo la mejor parte del abuelo. Y de todos. A él siempre lo trataron bien.

Una vez, estando en Barranquilla, el abuelo anunció con esa naturalidad suya: "*Muchachos, pónganse una ropa buena. Hoy va a haber una visita.*" Y llegó **Paola Turbay** a la casa. La reina más bella y más inteligente que Colombia había tenido en años, acompañada de actores del Canal Caracol. Pedro Gregorio consiguió fotos, las hizo firmar, y luego salió a venderlas en la cuadra porque todos en el barrio sabían que la reina estaba ahí y la policía no dejaba pasar a nadie. Cobró por cada una. Nadie en San Marcos le creyó cuando lo contó.

Cuando el bisabuelo Juan Federico Hollmann atendía en su consultorio — porque Juan Federico era también odontólogo, hombre de múltiples talentos y múltiples oficios — llegaba gente de todas partes de la costa con lo que podían llevar. Atendía gratis a quien no podía pagar, y la gente retribuía como podía: gallinas, pavos, huevos, cabras, cerdo, lo que hubiera en la parcela ese día. Su consultorio y su oficina eran un fluir constante de personas que venían a pedirle un favor, a resolverle una situación, a que les escuchara. Así era Juan Federico — un hombre cuya puerta nunca estaba cerrada.

El señor Salvador Frieri era conocido del bisabuelo Juan Federico — un vínculo que venía de esos tiempos, de esos círculos en los que Juan Federico se movía. No tenía relación con el abuelo Álvaro. Su conexión era directamente con Juan Federico, con esa generación y con ese mundo.**Frieri** — un hombre que había sido amigo íntimo del bisabuelo Juan Federico en Bogotá y en El Carmen de Bolívar. Años después, cuando el

señor Frieri estaba en sus últimos días con un cáncer que avanzaba rápido, Pedro Gregorio lo visitó en su apartamento frente a la bahía de Cartagena, haciéndole terapias de desintoxicación iónica. El señor Frieri agradecía con historias del bisabuelo — cómo llegaba gente de todas las regiones a visitarlo, los banquetes interminables, la generosidad sin límite. El nieto cuidando al amigo del bisabuelo, recibiendo a cambio la memoria de quien lo conoció.

Y el alcalde de Cartagena, **Dumé Turbay**, estudió en el Instituto que fundó el bisabuelo Juan Federico en El Carmen de Bolívar. Fue compañero de Pedro Gregorio en un retiro espiritual. Y uno de los hijos del alcalde es amigo cercano de Sebastián José y comparten salón de clases.

Diocidencias. Siempre las Diocidencias.

* * *

La Andian y el relleno del Caribe

El barrio donde vivía el tío Daniel no siempre existió. El Laguito — ese triángulo de tierra entre el Caribe y la bahía donde se erige el edificio El Galeón — fue literalmente construido desde el agua.

La historia empieza con una compañía norteamericana de petróleo: la **Andian National Corporation**, que llegó a Cartagena en los años veinte buscando gas y petróleo en las costas del Caribe colombiano. La Andian compró los terrenos de

la península de Bocagrande — donde entonces vivían pescadores en casas de palma y bahareque — pagando precios irrisorios a quienes muchas veces no sabían leer y no podían verificar lo que firmaban. Los sacaron. Los llevaron a Tierrabomba. Y sobre esa tierra comenzaron a construir.

Inspirada en el éxito del barrio El Prado en Barranquilla, la Andian decidió hacia 1930 urbanizar la península completa. Construyó el club para sus empleados norteamericanos y nacionales, la cancha de golf, las casas al estilo norteamericano — esas townhouses de fachadas rectas y jardines frontales que aún hoy dan a Bocagrande su aire de otro lugar, de ciudad dentro de la ciudad. Entre 1941 y 1945 se construyó el **Hotel Caribe** — esa construcción formidable con arquitectura impecable que todavía hoy es la referencia visual del sector, el edificio que define el horizonte de Bocagrande desde el mar. Fue el primer gran hotel de lujo del Caribe colombiano. Cartagena era entonces lo que Cuba era para el resto del continente: el destino del esplendor.

El Laguito propiamente dicho — la punta final de la península, más allá del Hotel Caribe — era en esa época un lago natural con una boca abierta al mar. En los años sesenta, la sociedad **Inversiones El Laguito Ltda.** dragó el fondo del lago y con la arena y el caracolejo extraído estabilizó los terrenos que hoy conocemos. Sobre ese relleno construyó los edificios residenciales y turísticos que convirtieron El Laguito en el sector más exclusivo de Cartagena. El edificio El Galeón es uno de ellos

— levantado sobre tierra que antes era agua, sobre arena que antes era fondo de lago, en uno de esos milagros de ingeniería que la modernidad producía entonces con naturalidad.

* * *

El destino y sus costuras invisibles

Décadas después, Pedro Gregorio se casaría con Valentina — una mujer cuya familia tenía sus propias raíces en esa misma historia.

El abuelo paterno de Valentina — el doctor Enríquez, abogado, padre de su suegro Miguel Simón Henríquez Emiliani — había trabajado para la compañía norteamericana. Fue él quien hizo posible toda la parte legal del desarrollo: los contratos, las escrituras, las cesiones de terrenos, el andamiaje jurídico que permitió que la urbanización de Bocagrande, El Laguito y Castillogrande fuera viable. Sin ese abogado, aquellos edificios quizás no habrían existido. Sin aquellos edificios, El Laguito no habría existido como lo conocemos. Sin El Laguito, el apartamento del tío Daniel no habría existido. Y si el apartamento del tío Daniel no hubiera existido, Pedro Gregorio no habría pasado esas noches de infancia con el viento zumbando por la ventana entreabierta.

Y hay más. La familia de Valentina vivió posteriormente en un apartamento en El Laguito — cedido o heredado de esa historia que conecta al abuelo abogado con los terrenos que él mismo

había ayudado a legalizar. Fue en esos años, en ese lugar, cuando sus padres se conocieron. Valentina nació de esa historia. Del mismo barrio que Pedro Gregorio frecuentó de niño en las vacaciones con su tío.

El destino tiene esa costumbre que irrita a los que necesitan que las cosas tengan explicación racional: tejerse en silencio durante décadas, cruzar hilos que nadie ve cruzarse, y revelar la costura completa solo cuando ya es demasiado tarde para pretender que fue casualidad.

Un abogado norcosteño legaliza un relleno de tierra en Cartagena en los años sesenta. Sobre ese relleno se construye un barrio. Un veterano de Corea alquila un apartamento en ese barrio y pasa las noches contando la guerra a su sobrino. El sobrino crece, vive en varias ciudades, regresa a Cartagena, y se enamora de la nieta del mismo abogado que hizo posible el barrio donde el tío contaba la guerra.

Diocidencias. Siempre las Diocidencias.

* * *

El elemental del tabaco

El tabaco no es una planta ordinaria. Las tradiciones chamánicas de todo el continente americano lo saben desde antes de que existiera ninguna compañía tabacalera. La hoja de tabaco — *Nicotiana tabacum* — tiene una relación especial con la tierra. Su raíz es profunda y su sistema de absorción es

extraordinariamente eficiente: recoge de la tierra no solo nutrientes sino información, energía, lo que los chamanes llaman el conocimiento de la madre. La planta lo concentra todo en sus hojas con una densidad que ninguna otra especie vegetal replica de la misma manera.

Por eso las tradiciones ancestrales del Amazonas, de los Andes, de Mesoamérica y del Caribe han usado el tabaco sagrado — no el tabaco industrializado y adulterado con los aditivos de las tabacaleras modernas, sino el tabaco puro, el *mapacho*, el *rapé* — como planta de apertura y de limpieza. El humo del tabaco sagrado lleva consigo ese conocimiento de la tierra. Entra en los pulmones. Se integra en la sangre. Y por un tiempo — el tiempo que dura ese elemental en el cuerpo — el hombre que fuma con intención tiene acceso a algo más antiguo que él.

El problema es que el elemental del tabaco, como todos los elementales poderosos, no distingue entre el uso sagrado y el uso compulsivo. El abuelo Álvaro fumaba sin intención ceremonial — fumaba como fumaban los soldados en las trincheras, como fumaban los hombres de su generación, para callar el ruido interno, para domar la ansiedad, para tener algo en las manos cuando el mundo se ponía incierto. Y el elemental del tabaco le dio lo que pedía: calma. Presencia. La ilusión de control.

Pero los elementales cobran. Siempre cobran. Lo que el abuelo Álvaro le pedía al tabaco cada día, el tabaco se lo devolvía con

sus propias condiciones: la dependencia, el enfisema, el cáncer silencioso que creció durante años antes de que alguien lo nombrara.

La maldición del Pipe Socarrás, diría alguien con sentido del humor oscuro. El tabaco que le robaron en La Guajira, que viajó hasta Corea, que calentó el alma de los soldados colombianos en el frío de Asia, que volvió con ellos en los pulmones — terminó cobrando su precio décadas después en esa casa de Polo Nuevo donde el bisabuelo murió rodeado de su familia.

El círculo del tabaco. Perfecto y terrible.

* * *

La casa museo

La casa del abuelo Álvaro era un museo. No de la manera formal e institucional de los museos con sus letreros y sus vitrinas con iluminación especial. Era un museo de la manera orgánica en que los acumula un hombre que ha estado en muchos lugares y que nunca botó nada que tuviera historia.

Había armas. Reliquias de guerra. Condecoraciones militares. Fotografías de Yokosuka, de Incheon, de los campamentos donde los colombianos habían dormido con el frío de Corea en los huesos. Objetos traídos del Japón — ese Japón de posguerra que los soldados colombianos habían conocido en sus rotaciones por las bases americanas de Okinawa y Yokosuka, ese país que

estaba reconstruyéndose con una velocidad y una disciplina que a los costeños colombianos les parecía casi sobrenatural.

Pero había también otra dimensión en esa casa que Pedro Gregorio solo entendió años después, cuando las plantas medicinales le abrieron otros ojos. Había símbolos. Geometría. Objetos dispuestos con una intención que no era decorativa sino semántica. Cosas que reconocería décadas después en los libros de hermetismo y de francmasonería y en las conversaciones con los chamanes de la Sierra Nevada:

El gran arquitecto del universo. El ojo que todo lo ve. El compás y la escuadra. La plomada. El nivel. Los instrumentos del hombre que construye con conocimiento, no solo con fuerza bruta.

El abuelo Álvaro era masón. Pedro Gregorio lo supo después. Y entendió entonces que esa melancolía suya no era solo el peso de la guerra — era también el peso de quien carga un conocimiento que no puede ser transmitido en una conversación ordinaria. Un conocimiento que requiere iniciación. Que requiere tiempo. Que requiere que el que lo recibe esté listo.

Pedro Gregorio no estaba listo entonces. Lo estaba mirando desde la puerta del cuarto mientras el abuelo deliraba con las bombas de Corea.

Pero algo de ese conocimiento entró de todas formas. Así entra siempre lo que está destinado a entrar — no por la puerta

principal, sino por las grietas. Por los silencios. Por las casas que son museos sin letrero.

* * *

El olor del cigarrillo

La madre de Pedro Gregorio tenía un vínculo con su padre — el abuelo Álvaro — que no se explica con ningún manual de biología familiar.

Cuando el abuelo sufría una recaída y debía ser llevado de urgencia a la UCI de una clínica en Barranquilla, su hija lo sabía en San Marcos antes de que nadie la llamara. Lo sabía porque lo olía.

El olor del Malboro del abuelo — ese humo específico, inconfundible, el mismo que había impregnado cada rincón de la casa de Polo Nuevo durante décadas — aparecía de repente en la casa de San Marcos. Sin origen visible. Sin nadie fumando. La madre salía al corredor, revisaba los cuartos, verificaba que sus hijos estuvieran durmiendo.

Nada. Nadie fumaba.

Y entonces sabía. *Mi papá está enfermo.*

A los pocos segundos sonaba el teléfono. Era su madre — la abuela — llamando desde Barranquilla:

— Mija, véngase para acá que su papá está en la clínica.

Esto no pasó una vez. Pasó cada vez. Sin excepción.

Pedro Gregorio lo vio crecer. Era parte de la normalidad de esa casa — la misma normalidad en que el abuelo deliraba con los aviones de Corea y en que la casa entera era un museo de historia sin que nadie lo hubiera planeado así. La normalidad en que las cosas que no tienen explicación coexisten con las que sí la tienen, sin que nadie pida que se elijan entre ellas.

La ciencia llama a eso intuición. Los chamanes lo llaman conexión de linaje. El que quiera puede elegir el nombre que prefiera. Lo que Pedro Gregorio sabe es que lo vio, que era real, y que de ese árbol viene.

* * *

La lluvia que no mojó el carro

Hubo un día en el Carmen de Bolívar — en esa carretera que une los Montes de María con el resto del mundo — en que la camioneta Silverado de su padre se averió a la orilla de la vía.

Era una Silverado cargada como siempre estaban cargadas las camionetas de la familia cuando se movían: comida, muebles, cosas para llevar a donde fueran. El platón trasero lleno. La familia completa adentro. Y de repente, el carro varado. Su padre tuvo que ir a buscar un mecánico, dejándolos ahí — a la madre, a los hermanos, a Pedro Gregorio — a la orilla de la carretera en los Montes de María.

El cielo cambió. Se nubló de golpe, como solo cambia el cielo del Caribe colombiano cuando decide cambiar — sin aviso, sin negociación, con esa determinación de los trópicos que no consultan a nadie. La brisa se volvió fuerte. Las nubes se pusieron negras. Y comenzó a llover.

Pero no sobre el carro.

La lluvia caía adelante del carro. La lluvia caía detrás del carro. Pero sobre el carro, sobre ese metro y medio de asfalto exacto donde estaban ellos — un serenito apenas, una llovizna suave. Y entre la lluvia que caía adelante y la lluvia que caía atrás, un arcoíris.

La madre comenzó a llorar. De esas maneras en que lloran las personas cuando algo les confirma lo que siempre creyeron pero que el mundo no siempre valida. Daba gracias. Alababa. Sus labios se movían en esa oración silenciosa que Pedro Gregorio había aprendido a reconocer desde niño.

Y entonces él se bajó del carro.

Salió corriendo hacia donde comenzaba la lluvia. Metió los pies en el agua. Se dio vuelta y miró hacia atrás — hacia su madre en la ventana del carro, hacia el arcoíris que se formaba en la frontera exacta entre el agua y el seco. Se quitó la camisa. Gritó. Entró y salió del aguacero corriendo, una vez y otra y otra, como si estuviera probando algo que necesitaba probar — que el límite era real, que podía cruzarlo, que había algo ahí que tenía forma y que él podía tocar.

Su madre los llamaba desde adentro. *¿Ustedes también ven el arcoíris?* Sí, mamá. Sí lo vemos.

Pedro Gregorio miraba hacia arriba con el agua cayéndole en la cara y el sol del Caribe iluminando las gotas y pensaba — sin tener todavía las palabras para pensarlo — que el mundo tenía capas. Que había cosas que sucedían que no se podían explicar pero que tampoco era necesario explicar. Que bastaba con estar ahí, descalzo en el agua, mirando el arcoíris.

Eso fue el inicio. Siguieron muchos más a lo largo de toda su vida. Siguen sucediendo. Pedro Gregorio tiene un nombre para eso ahora, tomado del lenguaje que encontró con los años:

Diocidencias. Esas coincidencias que tienen demasiada precisión para ser casuales y demasiada frecuencia para ser excepciones.

* * *

Llegaban empresarios de Barranquilla. Ganaderos de Córdoba. Comerciantes de Santa Marta. Políticos de todos los departamentos de la costa que necesitaban un puente hacia el poder central. Y el senador Holmann era ese puente — un hombre que conocía a todos los presidentes de su época, que había estado presente en los momentos donde se decidía el rumbo del país, y que tenía la habilidad de los grandes operadores políticos: recordar cada favor, cada nombre, cada deuda pendiente.

Su familia también había traído algo más concreto y transformador al país: la industria del tabaco. Los Holmann fueron de los primeros en tecnificar los cultivos tabacaleros en el Carmen de Bolívar — ese municipio cerca de Cartagena donde la tierra roja y el clima exacto producían un tabaco que los mercados internacionales apreciaban. Importaron maquinaria. Enseñaron técnicas. Crearon un emporio que durante décadas fue motor económico de toda una región.

Hay registros de eso en el Banco de la República. Documentos que hablan de los Holmann como pioneros de una industria que cambió la economía del Caribe colombiano. Historia grande escrita con apellidos pequeños que el tiempo fue borrando.

Porque el tiempo borra. Esa es su especialidad.

* * *

El senador Juan Federico Holmann tuvo una vida con más de un capítulo que la familia prefería no contar en voz alta. Tuvo hijos en distintos hogares — los reconocidos, los que heredaron el apellido con todo su peso social, y los otros, los que crecieron sabiendo que existía una frontera invisible entre ellos y la versión oficial de la familia.

El abuelo Álvaro era de esos otros. Hijo de un amor que el senador no pudo o no quiso formalizar del todo. Creció sabiendo quién era su padre, viendo de lejos el esplendor de un apellido que llevaba en la sangre pero que no siempre podía exhibir sin

complicaciones. Esa herida — la del hijo que sabe que existe pero que no es reconocido completamente — es una de las más profundas que puede cargar un ser humano. Se instala en el pecho y no sale nunca del todo. Se transmite.

El abuelo Álvaro fue a la guerra de Corea, en parte, huyendo de esa herida. Volvió siendo otro. Construyó su propio mundo — el instituto, la hacienda, la familia — como si cada ladrillo fuera una respuesta a algo que nunca le dijeron directamente pero que siempre supo: *demuéstrate.*

Y se demostró. Vaya que sí.

Pero las heridas que no se tratan no desaparecen con los logros. Se pasan. Como se pasó al único hijo varón que tuvo — ese Rodrigo de ojos verdes y casi dos metros que un día llegó con maletas de dólares buscando reconocimiento y recibió cachetadas. Que fue a reclamar lo suyo y lo llamaron loco. Que murió solo, acuchillado, en una habitación de la casa donde creció.

Y como se pasaría, décadas después, a un niño que crecería frente a una ciénaga en San Marcos, Sucre, escuchando historias a medias en corredores donde los adultos hablaban creyendo que nadie los oía.

Pedro Gregorio oía todo.

Y guardaba todo en ese lugar donde los niños guardan las cosas que no entienden todavía pero que saben que algún día van a necesitar.

* * *

Años después, siendo ya hombre, Pedro Gregorio haría un viaje al Carmen de Bolívar con un primo — Carlos, hijo de su tía menor. Fueron al archivo parroquial. Se tendieron en el piso entre carpetas viejas y documentos eclesiásticos que olían a humedad y a tiempo. Buscaban los registros de bautismo del abuelo Álvaro y sus hermanos. Buscaban el origen.

Encontraron hojas arrancadas.

No todas — las suficientes. Las páginas que correspondían a las fechas exactas donde debería estar el registro de bautismo del abuelo Álvaro Holmann Méndez habían sido físicamente arrancadas del libro parroquial. No deterioradas por el tiempo. Arrancadas. Con esa violencia silenciosa que tiene el gesto de quien quiere que algo deje de existir y sabe que los papeles son más vulnerables que la memoria.

Las consecuencias fueron concretas y duraderas. Cuando Pedro Gregorio fue a buscar los certificados que necesitaba para tramitar su ciudadanía colombiana — documentos que dependen de la cadena de registros familiares — encontró el mismo vacío. Las páginas arrancadas no existen. Y lo que no existe en el papel no existe para el Estado.

Hay que dejarlo claro porque el subtítulo de este libro puede generar una confusión que no corresponde a la verdad: el bisabuelo **Juan Federico Hollmann** no fue borrado. Fue un hombre ejemplar, reconocido, cuyo nombre lleva un instituto que lleva 78 años formando jóvenes y cuya historia aparece en los archivos del Banco de la República. Su legado no fue borrado — fue heredado mal, fue silenciado en algunas ramas de la familia, fue reducido a un apellido que se escribía diferente según quién lo escribiera. Pero el hombre y su obra están ahí, verificables, concretos.

Lo que fue arrancado fue el registro de bautismo del abuelo Álvaro. Y con esas páginas arrancadas, toda la cadena documental de esa rama de la familia quedó rota. Alguien, en algún momento, decidió que esa parte de la historia no debía existir oficialmente. Quién lo hizo y por qué son preguntas que las hojas faltantes no pueden responder.

Pedro Gregorio miró las páginas mutiladas durante un largo rato. Su primo lo miraba sin decir nada.

— Las cosas que se arrancan — dijo Pedro Gregorio finalmente, casi para sí mismo — no desaparecen. Solo se vuelven más pesadas.

Salieron del archivo. Afuera, el Carmen de Bolívar seguía siendo ese pueblo que alguna vez fue el corazón del emporio tabacalero de los Holmann. Las montañas de los Montes de María se veían al fondo, verdes y densas, guardando sus propios secretos.

Pedro Gregorio pensó en su abuelo Álvaro. En el Pipe Socarrás maldiciéndole al barco desde la orilla. En el senador Juan Federico y sus hijos de distintos hogares. En Rodrigo muerto en una habitación. En todas esas historias que las familias entierran porque creen que enterrarlas las hace desaparecer.

No desaparecen. Se vuelven más pesadas. Y tarde o temprano — siempre tarde o temprano — alguien las recoge del piso y las escribe.

Lo que Pedro Gregorio sí sabe es que la historia se conoce. La saben sus hermanos. La sabe su hijo. La familia es reconocida en su región, con o sin papel que lo certifique. La vida siguió con normalidad y el apellido sobrevivió a las páginas arrancadas porque los apellidos que valen algo sobreviven a los archivos. No está muriendo por obtener un pasaporte europeo. Pero la pregunta quedó.

Y las preguntas que quedan terminan siendo respondidas, de una u otra forma.

Tiempo después, su padre le pagó un diplomado de criminología y dactiloscopia en un hotel de Barranquilla. El profesor había sido docente suyo en la Universidad Simón Bolívar — un hombre que sabía lo que enseñaba y que lo enseñaba con la intensidad de quien aprendió esas cosas en el campo y no en los libros. Pedro Gregorio llamó a su padre: "*Papi, quiero hacer ese curso.*" Su padre dijo que sí, como siempre.

Fue uno de los cursos más útiles de su vida. No porque se convirtiera en criminalista — sino porque le dio las herramientas para leer lo que había visto en ese archivo parroquial con ojos diferentes. El ojo del investigador, no del descendiente confundido.

Y lo que el ojo del investigador vio fue esto: no era solo la partida de bautismo del abuelo Álvaro la que faltaba. Había otras hojas arrancadas. Todas relacionadas con los Holmann. Un patrón. Y los patrones tienen motivaciones.

Pensando como criminalista — buscando el motivo, que es siempre la primera pregunta — la respuesta más lógica es también la más antigua: **herencia**. Alguien que no quería que ciertas personas pudieran demostrar su filiación con la familia Holmann y reclamar lo que les correspondía. Alguien con acceso a los libros parroquiales y con interés en que determinadas ramas del árbol genealógico no pudieran probarse documentalmente.

No hay certeza. No puede haberla cuando las pruebas son exactamente lo que falta. Pero la hipótesis tiene coherencia: en una familia que manejó tierra, tabaco e industria durante generaciones, la herencia era un asunto de dinero real. Y el dinero real, en el Caribe colombiano del siglo XX, a veces se defendía con métodos que preferían no dejar registro.

Pedro Gregorio lo dejó ahí. No como herida abierta — como dato registrado. Parte de la historia completa del linaje. Una de esas

piezas que no encajan perfectamente en ningún lugar pero que tampoco se pueden ignorar sin que el mapa quede incompleto.

Preservar. Cuidar. Proteger. El lema que no está escrito en ningún escudo familiar pero que debería estarlo.

* * *

El senador, el fundador, el alemán del Caribe

La familia Hollmann llegó de **Bonn, Alemania**, en el siglo XIX, como parte de una ola de inmigrantes europeos que el tabaco atrajo hacia los Montes de María. Fueron precisamente los alemanes quienes inauguraron el ferrocarril en la Costa Caribe colombiana, impulsados por ese negocio. Entre las casas comerciales más poderosas de esa economía tabacalera figuraban familias de origen alemán — Hoenigsberg, Wessels, Simmonds, Wolff — junto a comerciantes judíos sefarditas de Curazao. Los Hollmann llegaron a ese mismo mundo y echaron raíces en El Carmen de Bolívar.

En 1848 se estableció la factoría del Carmen, consolidando la región como epicentro nacional de la producción tabacalera, con exportaciones que llegaban directamente al puerto de Bremen — la misma Alemania de donde venía la familia. El archivo del Banco de la República, en sus *Cuadernos de historia económica y empresarial* (número 3, CIECA, Cartagena), documenta en detalle esta economía: las casas comerciales italianas y alemanas instaladas en la región con ramificaciones hacia

Cartagena y Barranquilla, los zurrones de seis arrobas que salían por el río Magdalena, los nombres de las familias que convirtieron un pueblo de los Montes de María en el emporio tabacalero más importante de Colombia.

Juan Federico Hollmann fue el heredero y el articulador de esa historia. Ilustre miembro de la Honorable Cámara de Representantes de Colombia — no del Senado, como a veces se ha dicho informalmente en la familia, sino de la Cámara — durante más de **treinta y tres años de vida pública**. Su imagen — conservada en el archivo familiar — lo muestra en esmoquín junto a presidentes de la nación, en los salones donde se tomaban las decisiones que definían el país de mediados del siglo XX. Era uno de esos hombres que no aparecen en los libros de historia pero que estuvieron presentes cuando los libros de historia se estaban escribiendo.

El legado más duradero que dejó no fue político sino educativo. Siendo miembro de la Cámara, logró que el Congreso de la República expidiera la **Ley 102 de 1937**, que ordenó la creación de una institución educativa técnica industrial en El Carmen de Bolívar. A partir de 1938 comenzó la construcción de la planta física en un lote de doce hectáreas en la zona noroccidental de la cabecera municipal, sobre la calle 33. El **12 de octubre de 1946** — Día de la Raza, en la Colombia de entonces — se verificó la inauguración. La obra fue descrita por sus contemporáneos como el sueño y el logro de "un carmero ilustre que desde la

capital de Colombia realizó su sueño", y ese carmero ilustre era Juan Federico Hollmann.

La institución — el **Instituto Técnico Industrial Nacional Juan Federico Hollmann** — es de carácter oficial, modalidad técnica industrial, ubicada en el barrio El Prado, en una sede envuelta en un bosque de cedros, robles y orejeros con sus imponentes cocoteros que dan la bienvenida por la entrada principal. Su lema: "*Estudio y Trabajo*". Sus siete especialidades: Dibujo Técnico, Fundición, Mecánica Automotriz, Mecánica Industrial, Metalistería, Electricidad y Ebanistería. Cuenta además con tres sedes tributarias en los barrios Las Flores, Montecarmelo y Buenos Aires. En 2024 celebró sus **78 años** de funcionamiento ininterrumpido, siendo patrimonio cultural del municipio y pilar fundamental de la formación técnica en los Montes de María.

* * *

El compañero de Cámara

En el archivo fotográfico de la familia existe una imagen que Pedro Gregorio guarda con una conciencia particular de su peso histórico: su bisabuelo Juan Federico Hollmann, sentado junto a otro hombre. Los dos en traje oscuro, en un salón que huele a madera y a poder y a la Colombia de mediados del siglo XX.

El hombre de la derecha es **Jorge Eliécer Gaitán**.

Gaitán y Juan Federico Hollmann fueron compañeros en la Cámara de Representantes. Los dos legislando en el mismo Congreso, en la misma época turbulenta de un país que todavía no sabía lo que se le venía encima. Gaitán — el abogado costeño criado en Bogotá, el líder de masas más poderoso que ha producido Colombia, el hombre que convocaba multitudes con la frase "*¡Yo no soy un hombre, soy un pueblo!*" — era en esos años la figura política más temida por la oligarquía colombiana y la más amada por los que no tenían nada.

El **9 de abril de 1948**, Jorge Eliécer Gaitán fue asesinado a las 13:05 en la carrera séptima de Bogotá, frente a su oficina. Tres disparos. El asesino fue linchado por la multitud antes de que pudiera explicar nada. Lo que siguió fue el **Bogotazo** — el estallido de furia popular más devastador de la historia colombiana del siglo XX. Bogotá ardió. Las llamas se extendieron a decenas de ciudades. El incendio político que esa tarde encendió no se apagaría en décadas — algunos argumentan que todavía no se ha apagado del todo. La violencia bipartidista que siguió al Bogotazo mató a entre doscientos mil y trescientos mil colombianos entre 1948 y 1958. La época, simplemente, se llama así en los libros de historia: *La Violencia*.

Juan Federico Hollmann estaba en ese Congreso cuando todo eso ocurrió. Fue contemporáneo y colega de Gaitán. Compartió con él los pasillos, las sesiones, quizás las conversaciones de corredor que no quedan en ningún acta. Esa foto — los dos sentados juntos, mirando hacia el mismo lado, en un momento

en que ninguno sabía todavía lo que vendría — es uno de esos documentos que la historia produce sin proponérselo: un instante ordinario que el tiempo convierte en extraordinario.

Pedro Gregorio la mira y piensa en las capas del país que lleva en la sangre. El bisabuelo alemán que trajo el tabaco. El compañero de Cámara que intentó cambiar Colombia y cuya muerte la partió en dos. El abuelo que fue a la guerra de Corea el mismo año en que el Bogotazo sacudía el continente. Las páginas arrancadas. Los registros que no existen.

Una sola fotografía. Todo un país adentro.

* * *

El Tequendama

Cuando Juan Federico Hollmann no estaba en el Carmen de Bolívar ni en los pasillos del Congreso, estaba en el **Hotel Tequendama** de Bogotá.

El Tequendama era en la Colombia de mediados del siglo XX lo que su nombre sugiere: el lugar donde confluían todas las corrientes. Inaugurado en 1953 en el Centro Internacional de la ciudad — sobre los terrenos donde había estado la Escuela Militar, entre la carrera décima y el Parque Centenario — se convirtió desde sus primeros años en el epicentro de la vida política, diplomática, cultural y empresarial del país. Políticos, presidentes, escritores, diplomáticos, espías, toreros, cantantes internacionales — todos pasaban por el Tequendama. Sus

salones — el Esmeralda, el Monserrate, el Salón Rojo — fueron el escenario de conversaciones que definieron el rumbo de Colombia durante décadas. La posesión de la mayoría de los presidentes de la República del siglo XX se celebró ahí. La Constitución de 1991 fue firmada desde una de sus habitaciones.

Para un Representante a la Cámara de treinta y tres años de vida pública como Juan Federico Hollmann — hombre del Caribe establecido en Bogotá, con negocios, con contactos y con la necesidad de un lugar donde hacer lo que la política realmente se hace, que no es en los salones oficiales sino en los corredores y en las mesas de los bares — el Tequendama era el lugar natural. Ahí se reunía con sus amigos, con sus aliados, con sus adversarios. Ahí llegaban los que venían del interior del país a buscar apoyo para sus proyectos y los que venían de afuera a conocer quién era quién en la Colombia que tomaba decisiones.

En el complejo Tequendama también estaban las **Residencias Tequendama** — construidas a partir de 1962 como parte del Centro Internacional que fue creciendo alrededor del hotel. Treinta pisos, estilo racionalista, carrera décima con calle veintisiete. El tipo de edificio que en su época representaba la modernidad de una ciudad que quería verse como capital de verdad. Es probable que Juan Federico Hollmann tuviera ahí su base bogotana — el apartamento que funcionaba como oficina y como embajada informal del Caribe en la capital, el lugar desde donde se movían los hilos que sostienen los institutos y los

proyectos de ley y los treinta y tres años de presencia en el poder.

Hoy el Tequendama sigue en pie. Maltratado por el tiempo, por el abandono del Centro Internacional como zona de poder, por la migración de las élites hacia el norte de la ciudad — pero en pie. Patrimonio urbano de Bogotá. Uno de esos lugares que guarda en sus paredes una densidad de historia que el presente no siempre sabe valorar.

Lo mismo pasa con El Carmen de Bolívar. La gente que llega hoy ve una ciudad que no termina de recuperarse de las heridas de la violencia, de las masacres de los noventa y los dos miles, del desplazamiento que vació sus calles durante años. No alcanza a ver el esplendor de lo que alguna vez fue. El emporio tabacalero que conectaba los Montes de María con el mundo. El instituto que formó durante 78 años a los técnicos de toda la región. El político que sentaba a Colombia frente a Gaitán en los salones del Congreso.

Ese es el costo de no preservar. De no cuidar. De no proteger lo que funciona, lo que da bienestar, lo que tiene valor real más allá de lo que cuesta en el mercado. Cuando se pierde el hilo de la historia — cuando se arrancan las páginas, cuando se dejan caer los edificios, cuando se permite que la violencia borre los nombres de los fundadores — las generaciones que vienen no tienen con qué entender de dónde vienen ni hacia dónde pueden ir.

Pedro Gregorio lo entiende de manera personal y dolorosa. Pero lo entiende también como principio: *preservar, cuidar, proteger* no es nostalgia. Es la condición mínima para que el futuro tenga suelo firme donde pararse.

Entre sus egresados más ilustres figura **Dumek Turbay Paz** — nacido en El Carmen de Bolívar el 10 de febrero de 1971, actual Alcalde Mayor de Cartagena de Indias para el período 2024-2027 y ex gobernador del departamento de Bolívar. Turbay cursó su bachillerato en el Instituto Técnico Industrial Juan Federico Hollmann antes de estudiar Derecho en la Universidad de Cartagena. El alcalde de la ciudad donde Pedro Gregorio escribe este libro se formó en el colegio que su bisabuelo fundó. Colombia es un país donde los círculos se cierran de maneras que ningún novelista se atrevería a inventar.

Cronología del linaje Hollmann

Siglo XIX — Bonn, Alemania. La familia Hollmann parte hacia Colombia en el contexto de la expansión tabacalera que atrae capitales y apellidos alemanes a los Montes de María.

1848. Se establece la factoría del Carmen. Exportaciones de tabaco llegan directamente a Bremen, Alemania.

Finales del siglo XIX. Juan Federico Hollmann consolida su empresa tabacalera en El Carmen de Bolívar con ramificaciones comerciales hacia Cartagena y Barranquilla.

Primera mitad del siglo XX. Juan Federico ejerce como senador durante más de 33 años. Su nombre aparece en los archivos del Banco de la República como figura de la historia económica y empresarial del Caribe colombiano.

1946. Funda el Instituto Técnico Industrial Nacional Juan Federico Hollmann en El Carmen de Bolívar.

1971. Nace en El Carmen de Bolívar Dumek Turbay Paz, quien cursará su bachillerato en el instituto fundado por Hollmann.

2024. El instituto celebra 78 años. Dumek Turbay Paz es elegido Alcalde Mayor de Cartagena de Indias.

2026. Pedro Gregorio Montiel Holmann escribe este libro desde Cartagena — la ciudad que el alcalde formado en el colegio de su bisabuelo gobierna mientras él escribe.

* * *

Y pensó en su propio hijo — ese niño que en ese momento tenía pocos años y dormía en un apartamento de Cartagena sin saber nada de todo esto — y se prometió algo silenciosamente, como se prometen las cosas que de verdad importan:

A él no le voy a arrancar ninguna página.

Que sepa todo. Que cargue la historia completa. Que la conozca para no repetirla.

* * *

La yuca, el Nintendo y los árabes de San Marcos

El abuelo Álvaro era, entre muchas cosas, un educador innato. No de los que enseñan con discursos — de los que enseñan llevando. Llevaba a Pedro Gregorio a ver absolutamente todo el proceso de todo lo que hacía, desde el principio hasta el final, sin saltarse ningún paso.

Una vez cultivaron yuca. No fue una metáfora ni una actividad de fin de semana — fue trabajo real, en la finca, con el sol encima y la tierra en las manos. Plantaron la yuca. La cuidaron. Hubo un conflicto con personas que intentaban invadir esas tierras — porque los políticos a veces le decían a la gente que fuera e invadiera los predios ajenos, y el abuelo Álvaro tenía que buscar amparo policivo para proteger lo que era suyo. Y en una de esas veces llegaron a arrancar la yuca que estaban cultivando. Pedro Gregorio aprendió ese día lo que significa defender aquello por lo que uno ha trabajado. Impecablemente. Sin rendirse.

Cuando llegó la cosecha, recogieron la yuca juntos. Vieron salir los camiones cargados de la finca. Fueron a la fábrica a entregar. Fueron a las oficinas a cobrar. El abuelo recibió su cheque, fue al banco — el Banco Colmena, en Barranquilla, por

la cuarenta y pico con setenta y pico — y lo consignó. Sacó dinero. Hizo sus pagos. Y luego les dijo a los niños: vayan.

Al frente del Banco Colmena quedaban los Andrés — esos locales de Barranquilla que eran luxury, los mejores de la Costa, llenos de árabes que Pedro Gregorio conocía de San Marcos. Porque los árabes entraron al interior de Colombia por los ríos — se movilizaban por el Magdalena, por el Cauca, por el San Jorge — y en esos ríos comerciaban las cosas que traían del mar. San Marcos era una mezcla de muchas culturas, pero sobre todo árabe: había una gastronomía árabe particular, mezclada con la comida local, y amigos árabes en Barranquilla y en toda la Costa que los padres de Pedro Gregorio conocían desde siempre.

Y en uno de esos locales estaban ese día cuando el abuelo les dio su recompensa. Había salido en Estados Unidos el Nintendo — los japoneses lo habían inventado, Barranquilla lo recibió casi al tiempo que Nueva York, porque Barranquilla siempre fue así. El abuelo Álvaro tenía en su Instituto Técnico Electrónico del Atlántico una tienda de tecnología — como un Radio Shack criollo — con todo lo que había de avanzado, incluyendo tecnología que él mismo había traído de sus años en la guerra. Ese día les compraron el Nintendo full: el tapete, la pistola para los patos, la pistola para los vaqueros, los controles con turbo. El mejor Nintendo que existía.

La casa de San Marcos con el Atari, con el Betamax, con el Nintendo — era el único lugar del pueblo con esas cosas.

Entonces era un ejército de niños todos los días. La madre de Pedro Gregorio, de corazón amplio y generosidad sin límites, los recibía a todos: deditos, empanadas, kids bebés, lo que hubiera. Y su padre — Luis José, al que Pedro Gregorio llama su San José, el José de María — presidía ese caos con esa calma de los hombres que saben que la abundancia que se comparte es la única que vale.

Gracias, abuelo Álvaro. Viejo lobo de mar. Eres un hombre muy querido, muy amado, por todos los que dejaste aquí. Te extrañamos. Haces falta. No hay nada que pueda manchar esa imagen inmaculada que tengo de ti. Te quiero.

* * *

El profesor de arqueología y el Indiana Jones criollo

Cuando Pedro Gregorio estudió en la Universidad del Norte en Barranquilla, hubo un semestre de arqueología que se convirtió en algo diferente a todos los otros semestres. Había un profesor. Y ese profesor tenía la desgracia — o la fortuna — de sentarse frente a un estudiante que no llegaba con preguntas de examen sino con la hambre de alguien que sabe que debajo de la tierra de su pueblo hay algo enterrado y que lleva años queriendo entender qué.

Pedro Gregorio lo absorbió. Todo. Y más allá de todo.

El profesor era feliz respondiendo — eso se notaba. Hay personas para las que una pregunta genuina es un regalo, y ese profesor era una de ellas. Las conversaciones se extendían después de clase. Llegaron hasta el comedor. Almorzaron juntos un par de veces, el estudiante contando sus aventuras en La Mojana y el profesor respondiendo con los hallazgos más importantes de su carrera.

Lo que ese profesor le enseñó no estaba en ningún libro de texto. Era el método — ese sistema de lectura del territorio que transforma un campo en un archivo: la orientación de los vientos, la dirección del sol, la humedad del suelo, la densidad de la vegetación, los patrones de movimiento animal. Todos esos factores, leídos juntos con la misma paciencia con que un chamán lee los sueños, permiten cartografiar mentalmente lo que está debajo de la superficie. Construir el mapa de lo invisible. Imaginar la escena forense de una civilización que ya no está pero que dejó su firma en la tierra.

Eso es lo que Pedro Gregorio aprendió a hacer. Y lo practicó en San Marcos, en las sabanas del San Jorge, en esas tierras que — ya lo sabe ahora con la precisión que da el conocimiento — son exactamente las tierras donde los Zenú construyeron su sistema hidráulico durante 1.300 años.

En San Marcos había un señor. Imponente, detrás de la vitrina de su ferretería — que era en realidad un palacio personal, un

gabinete de maravillas criollo — que guardaba piezas, fragmentos, objetos que había encontrado o que la gente le llevaba porque sabía que él los valoraba. Ese señor se convirtió en otro maestro. Otro búho. Otro de los que saben porque estuvieron ahí, porque tocaron la tierra, porque les importó lo que la tierra guardaba.

Y en San Marcos le decían a Pedro Gregorio el Indiana Jones criollo.

Lo decían con la mezcla exacta de admiración y burla cariñosa que las comunidades pequeñas reservan para el que se dedica a algo que los demás no entienden del todo. El que anda por el campo buscando lo que no se ve. El que hace preguntas sobre lo que ya pasó en lugar de preocuparse por lo que viene.

Pedro Gregorio lo recibe como el mayor elogio.

A Caín y Arturito — hijos del maestro de la ferretería, hermanos en el espíritu de esa curiosidad que no se aprende en ninguna universidad — van estas palabras:

Gracias. Por todas y cada una de las palabras. Por los recuerdos mágicos. Por esa familia de astros que orbita alrededor de ustedes y que de alguna manera también orbitó alrededor de mí en los años más formadores de todo lo que soy.

Pero hay que describir el edificio. Porque sin el edificio no se entiende la escala de lo que era ese lugar.

La casa ocupaba una manzana completa — de lado a lado, de frente a atrás. En San Marcos. Un edificio de tres pisos donde cada piso tenía techos de casi cuatro metros de altura. Espacios gigantescos, con una arquitectura que recordaba — y esto no es exageración — la Buenos Aires del primer peronismo. Esa Buenos Aires vieja, la de los grandes edificios de influencia francesa que Perón mandó construir para darle al país una capital que compitiera con París. Los mismos techos altos, las mismas proporciones generosas, esa misma convicción de que una casa debe hacerle sentir al que la habita que el espacio que ocupa en el mundo vale algo.

Con el tiempo, la familia habilitó locales comerciales en la planta baja. Pero arriba seguía siendo la casa — esos pisos enormes con sus techos de cuatro metros, sus colecciones, sus vitrinas, su mundo propio.

En San Marcos. En Sucre. En un municipio del Caribe colombiano que la mayoría del país no puede ubicar en el mapa.

Eso también era San Marcos.

La ferretería era en realidad tres cosas a la vez: un negocio, un museo y un salón de conversación. El padre de Caín y Arturito tenía colecciones que no tenían nada que envidiarle a ningún

museo provincial: billetes antiguos, monedas de diferentes épocas y países, armas — rifles de colección, municiones reales, piezas que contaban cada una su propia historia de quién las fabricó, cuándo, para qué guerra, en qué manos estuvieron.

Pedro Gregorio llegaba sabiendo que no iba a comprar nada. El señor lo sabía también. Y sin embargo lo recibía, abría las vitrinas, sacaba las piezas, explicaba. Porque hay personas para las que el conocimiento no tiene precio de venta — que se transmite porque sí, porque alguien pregunta con genuina curiosidad y eso es suficiente razón para responder.

Pedro Gregorio preguntaba. El señor explicaba. Pedro Gregorio seguía preguntando. El señor seguía explicando. Y llegado un punto, aparecía el almuerzo. Porque así funciona la hospitalidad real en los pueblos del Caribe colombiano — no como gesto calculado sino como extensión natural de la conversación que ya estaba nutriendo a los dos.

Eso era San Marcos.

Un pueblo donde el señor de la ferretería guardaba rifles de colección y billetes del siglo XIX detrás de su vitrina. Donde el abuelo traía tecnología de la guerra de Corea para ponerla al servicio de la educación. Donde los árabes del Magdalena traían el mundo en sus maletas y lo mezclaban con la sabana costeña hasta producir algo que no existía en ningún otro lugar.

Pedro Gregorio creció rodeado de gente muy especial. Lo sabe. Lo supo siempre, aunque entonces no tuviera las palabras para

nombrarlo. Lo que tiene ahora — esa curiosidad que no se apaga, esa disposición de absorber hasta el último gramo de lo que alguien sabe antes de que se lo lleve el tiempo — viene directamente de esos hombres detrás de sus vitrinas, de esos maestros sin título que eligieron compartir.

Gratitud.

* * *

Continúa en el Capítulo III: "Rodrigo"

CAPÍTULO III

Rodrigo

La maldición de los que reclaman lo suyo

“Las maldiciones no las lanza el diablo.
Las lanzan los que fueron despojados y no encontraron justicia.”
— Anónimo costeño

Rodrigo no era un loco.

Eso lo entendió Pedro Gregorio mucho después de que su tío muriera, cuando ya podía mirar hacia atrás con los ojos del hombre que había sido formado, en parte, por esa historia. Rodrigo era un hombre herido. Y los hombres heridos, cuando no encuentran quién los escuche, cuando no encuentran justicia, cuando el mundo insiste en llamarlos locos para no tener que darles la razón — esos hombres a veces hacen cosas que el mundo interpreta como locura pero que son, en el fondo, el último lenguaje disponible para quien ya agotó todos los demás.

Rodrigo había agotado todos los demás.

* * *

La última vez que Pedro Gregorio lo vio con vida, Rodrigo tenía el pelo revuelto y los ojos de quien no ha dormido bien en semanas. Pero cuando miró al niño — ese sobrino pequeño que lo seguía por la hacienda con los ojos abiertos como platos — su

mirada cambió. Se suavizó. Como si el niño fuera lo único en ese mundo que todavía no lo había traicionado.

Se sentaron en el borde del establo, donde olía a tierra húmeda y a hierba recién cortada. Las vacas Holstein mascaban en silencio. Los pavos reales caminaban al fondo como si fueran los dueños de todo.

— Todo esto — dijo Rodrigo, señalando con un gesto amplio que abarcaba la hacienda entera — existe porque yo lo hice posible. ¿Tú sabes eso?

El niño asintió, aunque no entendía del todo.

— Entonces recuérdalo — dijo Rodrigo —. Cuando seas grande y te cuenten la historia, recuerda que hay una versión que no te van a contar. Y esa versión también es verdad.

Pedro Gregorio guardó esas palabras en el lugar donde guardaba las cosas importantes. No las entendería del todo hasta mucho después. Pero las guardó.

* * *

Pero antes de esa escena en el establo — mucho antes — hubo un desayuno.

Pedro Gregorio era muy pequeño entonces. Frágil, como él mismo lo recordaría después. De esos niños que lloran por todo y que el mundo adulto no sabe muy bien cómo tratar. Sus padres tenían la costumbre de dejarlo en la hacienda durante las

vacaciones — semanas enteras, a veces dos meses — y él se quedaba solo con sus abuelos maternos, sin papá ni mamá, aprendiendo a habitar ese mundo enorme y generoso que era la hacienda de Polo Nuevo.

La abuela Gabriela era una mujer extraordinaria en la cocina. No porque hubiera estudiado gastronomía en alguna escuela formal, sino porque había aprendido en las embajadas — ese privilegio silencioso que le daba ser la esposa de un héroe de guerra, un hombre condecorado que Colombia había mandado al otro lado del mundo y que había vuelto con honores. En esas embajadas, entre diplomáticos y mesas largas, la abuela Gabriela había absorbido el arte de transmitir amor a través de la comida. Y lo practicaba todos los días, sin excepción, con la generosidad de los que cocinan para dar, no para impresionar.

La mesa del desayuno en la hacienda era un espectáculo. Jarras de jugo recién exprimido. Jarras de leche fría. Gaseosa, incluso, para el que quisiera. Mermeladas de varios sabores. Mantequilla fresca. Panes dulces que compraban en el pueblo y que llegaban tibios envueltos en papel. Y en el centro de todo, los huevos en cacerola — hechos en mantequilla, con el toque exacto de sal y pimienta, la yema blanda y brillante como una promesa.

Si faltaba algo, había una campanita. Se tocaba y llegaba.

Pedro Gregorio recordaría esa mesa durante toda su vida — en los años de abundancia, cuando podía permitirse cualquier restaurante del mundo, y en los años difíciles, cuando a veces la

mesa era pequeña. La recordaría como el patrón de referencia de lo que significa la generosidad sin condiciones. El lujo verdadero no es el precio de las cosas. Es la disposición de quien las ofrece.

Ese día en particular, Rodrigo estaba en la mesa.

Solo ellos dos — el tío grande, blanco, de ojos verdes, y el sobrino pequeño y llorón que todavía no sabía bien cómo estar en el mundo. Los abuelos entraban y salían. No había nadie más.

Rodrigo miró los huevos en cacerola del niño. Miró al niño. Y con esa paciencia particular que tenía para las cosas pequeñas — la misma que no tenía para las grandes injusticias — le dijo:

— Espera. Te voy a enseñar algo.

Tomó un pan dulce. Lo partió con los dedos — no con cuchillo, con los dedos, como se hacen las cosas que importan. Y lo mojó despacio en la yema del huevo, que estaba blanda y caliente y perfecta, y lo llevó hasta la boca del niño.

Pedro Gregorio mordió.

El sabor fue una revelación. La mantequilla fresca, la yema tibia, el dulce sutil del pan, la pizca de pimienta. Todo junto, en la boca de un niño que lloraba por todo y que en ese momento no lloraba — solo comía, y se reía, y miraba a su tío con esos ojos grandes de quien acaba de descubrir que el mundo puede ser muy bueno a veces.

Rodrigo sonrió. De esa manera suya — amplia, sin reservas, como si por un momento el peso de todo lo que cargaba se levantara y quedara solo eso: un hombre enseñándole a un niño cómo saborear la vida.

Hablaron. Pedro Gregorio no recordaría exactamente qué dijeron — tenía demasiados pocos años para guardar las palabras exactas. Pero recordaría el tono. Recordaría que el tío le habló como se habla a alguien que vale la pena. Sin condescendencia. Sin el tonito de los adultos que simplifican el mundo para los niños porque creen que no van a entender. Rodrigo le habló con respeto. Con esa calidez de quien reconoce en otro — aunque sea pequeño, aunque sea frágil, aunque llore por todo — algo que merece ser tomado en serio.

Esos momentos son los que forman a las personas. No los grandes discursos. No las lecciones formales. Una yema de huevo blanda en un pan dulce, y un tío que te mira a los ojos y te trata como si fueras alguien importante.

Pedro Gregorio lo fue recordando así siempre. Y cuando el mundo le contaba la historia oficial de Rodrigo — el loco, el drogadicto, el problema — él pensaba en ese desayuno. Y no podía cuadrar las dos versiones. Porque el hombre que le había enseñado a mojar el pan en la yema con esa delicadeza, con esa paciencia, con esa sonrisa — ese hombre no era un monstruo.

Era un hombre herido que sabía amar. Y eso es exactamente lo más peligroso que puede ser alguien en una familia que prefiere no sentir.

* * *

El rebelde y su causa

Los hombres despojados buscan causas. Es inevitable. Cuando el mundo propio te ha cerrado las puertas — cuando la familia que debía reconocerte te llama loco, cuando el dinero que construiste se convierte en el argumento para marginarte, cuando eres grande y fuerte y de ojos verdes pero invisible para los que mandan — uno busca un lugar donde lo que sientes tenga nombre y donde haya otros que sientan lo mismo.

Rodrigo lo encontró en el M-19.

El Movimiento 19 de Abril era en los años ochenta una de las guerrillas más particulares de Colombia — urbana, teatral, con una capacidad para el gesto simbólico que ningún otro grupo armado tenía. Robaron la espada de Bolívar. Tomaron la embajada dominicana. Se presentaban no como una insurgencia campesina sino como algo más cercano a una vanguardia política que había decidido que la vía armada era la única respuesta disponible contra un sistema que no abría otras puertas.

Para un hombre como Rodrigo — rebelde por naturaleza, despojado por su propia familia, con una rabia legítima contra

las estructuras de poder que había visto de cerca desde niño — el M-19 debió parecer exactamente lo que necesitaba. Un lugar donde su inconformidad no era una enfermedad sino una postura política. Donde ser el que cuestiona no te llevaba al manicomio sino a la marcha.

Pedro Gregorio vio las fotos años después. Rodrigo en manifestaciones, con boina, con carteles del movimiento. Rodrigo en marchas de la costa Caribe, rodeado de personas que lo miraban como a uno de los suyos. Una sonrisa diferente en esas fotos — no la del tío que enseña a mojar el pan en la yema del huevo, sino la del hombre que finalmente ha encontrado una tribu que no lo va a internar.

El M-19 se desmovilizó en 1990. Entregó las armas. Firmó la paz. Y sus miembros entraron a la vida política colombiana con una legitimidad que pocos hubieran apostado que alcanzarían. Entre esos miembros había un joven llamado **Gustavo Petro** — militante del movimiento, hombre que también había cargado la rabia de quien ve la injusticia de frente y no puede mirar para otro lado.

Décadas después, ese joven sería presidente de la República de Colombia.

Y Pedro Gregorio — el sobrino pequeño y llorón que una mañana había aprendido a mojar el pan en la yema del huevo gracias a Rodrigo — tuvo el honor de conocerlo. De compartir con él. De cruzarle palabras y transmitirle pensamientos sobre la paz,

sobre el país, sobre todo lo que un hombre que ha visto mucho tiene para decirle a otro hombre que ha vivido también muchas cosas.

No le habló de Rodrigo. No era el momento ni el lugar. Pero pensó en él. Pensó en el tío de ojos verdes que había encontrado en ese movimiento algo que su propia familia no le había dado: reconocimiento. Y pensó en la ironía extraordinaria de que lo que en los años ochenta era perseguido, criminalizado, llamado subversivo — había terminado, cuarenta años después, en la silla presidencial.

Rodrigo no vivió para verlo. Pero de haber vivido, quizás habría sonreído con esa sonrisa suya de hombre que sabe cosas que los demás no saben todavía.

Y hay algo más que merece decirse, porque la historia tiene esa manera particular de cerrar sus propios círculos sin pedir permiso:

El sobrino del guerrillero del M-19 creció para conocer, en diferentes momentos y por razones completamente distintas, tanto a Uribe como a Petro. Colombia entera, contenida en una sola historia de familia.

* * *

Tenía seis años la tarde que Rodrigo llegó a la hacienda vestido de blanco.

Siempre llegaba así — de blanco, impecable, como si la vida que llevaba afuera no pudiera mancharle la ropa. Ese día apareció con esa sonrisa suya de hombre que sabe cosas que los demás no saben, y sin que los abuelos se dieran cuenta, reunió a todos los nietos en un rincón de la hacienda. Eran muchos — siete, quizás diez primos — y todos lo miraban con esa mezcla de fascinación y respeto que los niños sienten por los adultos que los tratan como iguales.

— Vamos — dijo simplemente. Y los llevó.

Salieron por un caminito lateral que nadie usaba, en fila india, entre la vegetación. La hacienda quedaba en lo alto de una colina y habían bajado muchas veces por esos senderos — hacia los lagos, hacia el volcán de barro donde brotaba el fango mineral caliente desde las entrañas de la tierra, hacia los cultivos. Pero esa vez no bajaron hacia los lagos. Caminaron hasta el pueblo.

La tienda local era un lugar de madera oscura y olor a panela y jabón. Rodrigo entró con todos los sobrinos detrás y le dijo al tendero algo que Pedro Gregorio no olvidaría nunca:

— Denles todo lo que quieran.

Lo que siguió fue una hora de paraíso. Golosinas, refrescos, galletas, todo lo que una tienda de pueblo podía ofrecer a un grupo de niños sin supervisión. Rodrigo los miraba comer con esa expresión de satisfacción profunda que tienen los que dan sin pedir nada a cambio. Quizás era su manera de decirles: *yo*

también soy familia. Yo también puedo darles cosas. No soy el monstruo que les cuentan.

Pero en la hacienda, el descubrimiento de la desaparición de los niños había desatado el caos.

Cuando Rodrigo se percató — por el ruido lejano, por los gritos que llegaban desde la colina, por el instinto de hombre perseguido que ya tenía bien desarrollado — su expresión cambió. Los militares. La policía. Amigos del abuelo movilizados para "*rescatar*" a los niños de su propio tío.

— Vayan — les dijo con calma. Sin rabia. Sin miedo visible —. Vayan que yo los llevo de vuelta.

Pero ya no había tiempo. Ya había sirenas. Ya había uniformes acercándose al pueblo. Y Rodrigo salió corriendo — no de sus sobrinos, que nunca le tuvieron miedo — sino de los que habían convertido una tarde de dulces en un operativo de rescate.

Pedro Gregorio volvió a la hacienda cargado de golosinas y con algo más pesado en el pecho. Una pregunta que no sabía formular todavía pero que estaría ahí durante años: *¿por qué todos tienen tanto miedo de un hombre que solo quería invitarnos a comer?*

* * *

La otra noche no fue tan dulce.

Era diciembre, o junio, o cualquiera de esas vacaciones largas que la familia pasaba en la hacienda. Los nietos dormían en los cuartos del fondo. Los abuelos en el ala principal. Los empleados en sus dependencias. La hacienda de noche era un lugar diferente — más grande, más oscuro, con sonidos que el día se tragaba y que la noche devolvía amplificados.

Pedro Gregorio no supo qué lo despertó. Un sonido, quizás. Una vibración en el aire. Salió de su cuarto descalzo y siguió las voces hasta una habitación al final del corredor.

Lo que vio no lo abandonaría nunca.

Rodrigo estaba en el centro de la habitación. Tenía a la abuela Gabriela agarrada — no con violencia de asesino sino con la desesperación de alguien que ya no tiene otro lenguaje disponible. Un cuchillo en la mano. Los ojos de quien ha llegado a un límite que él mismo no sabe cómo cruzó.

El abuelo Álvaro estaba al frente, pistola en mano. Firme. Entrenado para exactamente eso — para situaciones donde la muerte podía venir de cualquier dirección. Otro tío, desde el costado, también apuntaba.

Nadie gritaba. Eso era lo más aterrador. El silencio de los que saben que un movimiento equivocado puede romper todo.

Pedro Gregorio no se movió. Estaba paralizado en el umbral, invisible en la oscuridad del corredor, siendo testigo de algo que ningún niño debería ver: su familia desmoronándose en tiempo

real. El tío que le daba dulces apuntado por el abuelo que lo había formado a él. La abuela en el medio. El amor y el odio y la injusticia y el dolor de años encerrados en una habitación sin salida.

No supo cuánto tiempo duró. Tiempo suficiente para que algo en él se rompiera y se rearmara de una manera diferente.

Finalmente le dieron espacio. Rodrigo soltó a la abuela. Salió. La noche se lo tragó.

Nadie habló de eso al día siguiente. Ni al otro. Ni nunca. Esa era la regla no escrita de las familias que cargan cosas que no saben cómo nombrar: *debajo del tapete, que la alfombra es grande.*

Pero los niños que crecen sobre esa alfombra sienten lo que hay abajo. Lo sienten en los pies. Lo sienten en el cuerpo. Y lo cargan, callados, hasta que aprenden a hablar de ello o hasta que el peso los dobla.

* * *

Los asilos donde internaban a Rodrigo olían a humedad y a medicamento. A rendición.

Pedro Gregorio fue en varias ocasiones a llevarle comida, acompañando a su tío **Ernesto** — un tío paterno que vivía con los abuelos maternos y que con el tiempo se había convertido en algo parecido a un hijo adoptivo para ellos, llenando quizás el espacio que Rodrigo había dejado vacío. Ernesto era el puente

entre los dos mundos de la familia — el que podía cruzar hacia donde Rodrigo estaba sin que nadie lo cuestionara.

Rodrigo en el asilo era otra persona. O quizás la misma, pero sin los bordes. Sin el blanco impecable. Sin la sonrisa del que sabe cosas. Era un hombre grande y verde de ojos reducido a un cuarto pequeño, a un horario impuesto, a pastillas que le apagaban algo que Pedro Gregorio no podía nombrar pero que reconocía como *lo que lo hacía ser él*.

— Cuídate, pelao — le decía Rodrigo siempre al despedirse. Como si fuera Pedro Gregorio el que estaba en peligro. Como si desde adentro de ese lugar pudiera ver cosas que el mundo afuera no veía todavía.

Pedro Gregorio salía de esos lugares con algo instalado en el pecho que tardaría décadas en poder nombrar: la certeza de que el sistema tiene una manera eficiente de eliminar a los que lo cuestionan. No con balas — eso es demasiado visible. Con diagnósticos. Con camisas de fuerza. Con pastillas que doblan la voluntad. Con narrativas repetidas hasta que todos las creen.

La narrativa oficial sobre Rodrigo era simple y era definitiva: *el drogadicto, el loco, el problema.* Repetida por todos. Aceptada por todos. Nadie cuestionaba si la droga había sido la causa o el refugio. Nadie preguntaba qué había encontrado Rodrigo en esas sustancias que no encontraba en su propia familia. Nadie decía en voz alta lo que todos sabían en silencio: que ese hombre tenía razones.

* * *

Décadas después, en algún lugar entre el Putumayo y el mundo que existe al otro lado de lo visible, Pedro Gregorio se encontró con él.

Era durante una ingesta de ayahuasca — de esas noches largas en que la planta abre puertas que la mente racional mantiene cerradas con llave. Las imágenes llegaron sin que él las buscara: la hacienda, los pavos reales, el olor a tierra húmeda del establo. Y luego una presencia. Una energía que no tenía forma exactamente, pero que tenía *carácter*. Esa manera particular de ocupar el espacio que Pedro Gregorio había reconocido desde niño.

Rodrigo.

O lo que quedaba de él. O lo que siempre había sido, liberado ya de todo lo que le habían puesto encima en vida.

No hubo palabras exactas. En ese reino las palabras son innecesarias — la comunicación ocurre de otra manera, en imágenes y sensaciones y certezas que llegan completas, sin necesidad de ser construidas letra a letra. Lo que Pedro Gregorio recibió esa noche fue algo parecido a una confirmación: las maletas de dólares habían existido. El despojo había sido real. La injusticia no era un invento de un hombre desesperado sino un hecho que la familia había preferido reescribir.

Y algo más — algo que ninguna planta le había mostrado antes con tanta claridad:

No había odio.

Ni de parte de Rodrigo hacia los que lo habían despojado. Ni de parte de Pedro Gregorio hacia nadie. Solo esa comprensión extraña y limpia que da ver las cosas desde arriba — desde ese lugar donde todos los personajes del drama humano son apenas seres heridos haciendo lo que pueden con lo que tienen.

Las plantas tienen conciencia propia. Energía propia. Conectan con reinos que carecen de las características de lo que hemos aprendido aquí, en esta experiencia humana ajetreada por las exigencias del engranaje social que otros tejieron para nosotros. Explicarlo es traicionarlo — las palabras son demasiado pequeñas para contener lo que ocurre en esos lugares. Pero el efecto es real y permanente: uno vuelve siendo distinto. Vuelve sabiendo que lo que ven los ojos no siempre es la realidad. Que lo que se repite afanosamente no siempre es la verdad. Que la manipulación existe, que la narrativa impuesta existe, y que la única defensa contra ella es la calma — esa calma que permite ver sin juzgar, entender sin condenar, recordar sin odiar.

Pedro Gregorio volvió de esa noche sin juicios acelerados sobre Rodrigo.

Solo con gratitud. Por los dulces de aquella tarde. Por las palabras en el establo. Por la lección de toda su vida, que era

esta: *a los que reclaman lo suyo, el mundo los llama locos. Hasta que alguien, finalmente, los llama justos.*

* * *

Lo que ocurrió después nadie lo presenció directamente. O si lo presenciaron, nunca lo contaron. Rodrigo murió acuchillado en una habitación de la casa donde había crecido — la misma casa donde había llegado de niño, donde había soñado, donde había regresado tantas veces reclamando lo que consideraba suyo.

La versión oficial fue breve y fue definitiva: un loco desequilibrado, víctima de sus propios excesos. Punto. La familia enterró el tema con la misma eficiencia con que había enterrado otras cosas incómodas. El apellido debía seguir limpio. El legado debía seguir intacto.

Pero algo quedó flotando en el aire de esa familia después de la muerte de Rodrigo. Algo que nadie nombraba pero que todos, en los momentos de silencio, podían sentir.

Las personas mayores lo llamaban de distintas formas. Algunos decían que era castigo divino. Otros decían que era karma. Los más supersticiosos — y en el Caribe colombiano la superstición y la fe se mezclan con una naturalidad que el resto del país no termina de entender — decían simplemente que Rodrigo, antes de morir, había lanzado una maldición sobre su familia.

No con palabras. Las maldiciones más poderosas no se lanzan con palabras.

Se lanzan con el dolor de quien muere sintiéndose robado. Con la rabia de quien fue llamado loco cuando tenía razón. Con el silencio de quien se llevó una verdad a la tumba porque nadie quiso escucharla en vida.

Ese tipo de maldición no necesita rituales ni palabras en latín. Solo necesita una injusticia sin resolver. Y tiempo.

* * *

El tiempo hizo su trabajo.

En los años que siguieron a la muerte de Rodrigo, algo empezó a ocurrir en la familia Holmann que nadie podía explicar del todo. Las pérdidas.

No solo en una rama. En todas. Con una constancia que superaba lo estadístico y que los médicos no podían explicar y que los sacerdotes atribuían a la voluntad de Dios — esa respuesta cómoda que da la religión cuando no tiene otra. Ninguna rama de la familia se escapó. Los que no lo vivían directamente lo vivían a través de sus hijos. Los que creían haberse escapado descubrían que el siguiente en la lista era alguien cercano.

La tía **Graciela** perdió un hijo. La tía **Margarita** también — ese vacío que una madre carga para siempre y que aparece en sus ojos en los momentos más inesperados, en una mesa de navidad, en un cumpleaños, en cualquier celebración donde se cuentan los presentes y hay uno que falta.

La madre de Pedro Gregorio también perdió. Más de una vez. El hermano mayor de Pedro Gregorio tuvo su propia pérdida. Los primos de distintas ramas. Como si el patrón se replicara con una fidelidad perturbadora a través de cada generación, a través de cada línea de sangre.

Pedro Gregorio era el tercero de cuatro hermanos — tres hombres, él el menor de los varones, y una hermana que llegó trece años después de él, como si la familia hubiera necesitado ese tiempo para prepararse para ella. Cuatro vidas distintas. Y todos, sin excepción, con su propia versión de la pérdida.

Hoy todos tienen sus familias. Todos tienen sus hijos — vivos, sanos, presentes. Pero todos pasaron por la pérdida primero. Como si hubiera que pagar un peaje invisible antes de poder quedarse con lo que más se ama.

Y Pedro Gregorio, siendo muy joven — demasiado joven para entender el peso completo de lo que estaba ocurriendo — también perdió.

* * *

Tenía poco más de veinte años cuando ocurrió. Una mujer con quien compartía su vida en ese momento llegó un día con los ojos distintos — ese brillo particular que tienen las mujeres cuando saben algo que el mundo todavía no sabe — y le dijo que no le había llegado el período.

Pedro Gregorio sintió algo que no supo nombrar en ese momento. Algo entre el miedo y la maravilla. Entre la responsabilidad y la fuga.

No llegaron a hablar mucho sobre eso. Días después, la mujer tomó unas pastillas. Dos semanas más tarde, hubo un coágulo pequeño, casi imperceptible, que se fue en silencio como se van las cosas que nunca llegaron a tener nombre.

Pedro Gregorio lo supo. Lo supo con esa certeza que no necesita confirmación médica ni explicación científica. Algo que podría haber sido — que *era*, en algún nivel que él no podía demostrar pero sí sentir — había dejado de ser.

Cargó ese peso en silencio durante años. La culpa de los que no actuaron cuando podían. La pregunta sin respuesta de cómo habría sido. El rostro imaginado de alguien que nunca tuvo rostro.

La maldición de los Holmann también lo había tocado a él.

* * *

Y entonces apareció Valentina.

Valentina Henao Leal llegó a la vida de Pedro Gregorio con treinta y pocos años, divorciada, con el pelo largo y esa manera de entrar a una habitación que hace que el resto de la habitación pierda importancia. Era la hija de un hombre poderoso. Había

vivido en Miami. Había conocido el mundo y el mundo la había conocido a ella.

Y llegó con un niño.

Se llamaba **Mateo**. Tenía cinco años. Los ojos grandes de quien observa el mundo con más atención de la que los adultos creen que los niños tienen. Y una manera de mirar a Pedro Gregorio — desde el primer día, desde ese primer encuentro incómodo donde los niños evalúan al extraño que ha entrado en su vida — que le llegó directo al centro del pecho.

Pedro Gregorio hizo el cálculo sin querer. Lo hizo como se hacen los cálculos que duelen: automáticamente, sin poder evitarlo.

Cinco años.

El hijo que había perdido tendría exactamente esos años si hubiera nacido.

No se lo dijo a nadie. Ni a Valentina, ni a sus amigos, ni a ninguno de los chamanes con quienes años después exploraría los rincones más oscuros de su propia conciencia. Era una certeza privada, casi sagrada, que guardó en el mismo lugar donde guardaba las palabras de Rodrigo y las hojas arrancadas del Carmen de Bolívar.

Pero desde ese día, amó a Mateo como solo se puede amar a alguien a quien el universo te manda dos veces.

* * *

Lo crió. Lo llevó al colegio. Lo acompañó en las enfermedades y en los cumpleaños. Le enseñó lo que sabía y lo protegió de lo que no debía saber todavía. Le dio su apellido en el corazón, aunque no en el papel.

El padre biológico de Mateo tenía su propia historia — una de esas que el mundo no ve cuando juzga desde afuera. Había crecido sin padre ni madre, trasladándose de casa en casa, de tía en tía, encontrando finalmente en los amigos la familia que la sangre no le había dado. Su hermano mayor — el que sí había logrado salir adelante, el que vivía bien en Estados Unidos y desde allá lo sostenía y lo protegía — era quizás el único vínculo estable que había tenido desde niño. No era un hombre malo. Era un hombre incompleto, como lo somos todos cuando nadie nos enseñó a estar presentes.

Pedro Gregorio no lo juzgaba. Había aprendido que juzgar a los padres ausentes es fácil cuando uno tiene todo lo que necesita para estar presente. Él mismo había estado a punto de perderse — de dejarse llevar por la comodidad, por el dolor, por la rabia — y había elegido quedarse. Pero esa elección había sido posible porque tenía ciertas fortalezas que el padre de Mateo quizás nunca tuvo. El lector sacará sus propias conclusiones. Pedro Gregorio ya sacó las suyas: la ausencia no siempre es abandono. A veces es simplemente lo único que alguien sabe hacer con lo que le dieron.

Lo que sí era cierto, e innegable, era que ese espacio estaba vacío. Y Pedro Gregorio lo llenó.

Cuando el matrimonio con Valentina se rompió — cuando todo se rompió de la manera violenta y dolorosa en que se rompen las cosas que alguna vez fueron hermosas — Mateo se quedó del lado de su madre. Era inevitable. Era lo correcto, incluso. Una madre y su hijo son un vínculo que ningún hombre tiene derecho a interrumpir, por mucho amor que sienta.

Pero dolió.

Dolió de una manera específica, distinta al resto de los dolores del divorcio. Dolió como duelen las pérdidas que ya tuvieron práctica.

Valentina le contó al muchacho su versión de la historia. Le llenó los oídos con la versión de una madre herida, que es siempre la versión más convincente porque viene del lugar más íntimo y más doloroso. Mateo se alejó. No de golpe — los alejamientos reales nunca son de golpe — sino despacio, con esa gradualidad cruel que tiene el enfriamiento de los afectos.

Pedro Gregorio no lo buscó. No porque no quisiera, sino porque entendía algo que le había costado años entender: hay amores que no te pertenecen del todo. Que los cuidaste, que los formaste, pero que tienen dueños que no eres tú. Y reclamarlos con demasiada fuerza es hacerle daño al niño que ya no es niño.

Lo dejó ir. Lo siguió amando desde la distancia — esa distancia extraña que mantienen los amores que no tienen categoría oficial, que no son padre ni hermano ni amigo exactamente, pero que son algo real e irreemplazable.

Mateo seguía en contacto con los hermanos de Pedro Gregorio. Con su madre. Los trataba como familia porque *era* familia — de esa familia que uno construye más allá de la sangre, que es muchas veces la más sólida.

Y Pedro Gregorio, cuando lo veía, lo saludaba con todo el cariño que tenía guardado. Sin reclamarlo. Sin pedirle que recordara. Solo con esa presencia limpia de quien ama sin condiciones y sin agenda.

* * *

La maldición de los Holmann — si es que existía, si es que las maldiciones existen de la manera en que las entiende la gente del Caribe colombiano — no era solo muerte. Era pérdida. Era el patrón de los vínculos que se rompen antes de tiempo. Los hijos que no llegan. Los que llegan y se van. Los que crecen y se alejan. Los que uno ama de lejos porque no tiene otra opción.

Pedro Gregorio lo entendió una noche en el Putumayo, años después, cuando la medicina de la selva le mostró cosas que la mente racional no puede mostrar. Vio el hilo que conectaba a Rodrigo con su propio hijo perdido, con Mateo, con Sebastián —

ese niño que aún no había nacido pero que ya existía en algún lugar esperando su turno.

Y entendió que la única manera de romper una maldición no es con otra maldición. No es con venganza ni con silencio ni con páginas arrancadas.

Es contando la historia completa.

Es mirando a los ojos a los que vienen después y diciéndoles: esto ocurrió, esto dolió, esto no debe repetirse.

Es lo que Pedro Gregorio estaba haciendo ahora.

Con este libro. Con estas palabras.

Para Sebastián. Para Mateo. Para todos los hijos — los que nacieron, los que no llegaron, los que se fueron demasiado pronto.

Para que la maldición termine aquí.

* * *

Continúa en el Capítulo IV: "El Rey del Pueblo"

* * *

La vida que no fue — integración de una sombra

Hay una cosa que el ego sabe hacer con una eficiencia brutal cuando algo duele demasiado: esconde el recuerdo. Lo toma, lo envuelve, lo mete en algún lugar interior donde no interfiera con el funcionamiento cotidiano. No desaparece — está ahí. Pero queda como una sombra pequeña, un nudo energético que persiste en silencio hasta que alguien lo nombra.

Esto es lo que la psicología jungiana llama la sombra — ese conjunto de contenidos psíquicos que el ego rechaza o esconde porque resultan incompatibles con la imagen que uno tiene de sí mismo. El psiquiatra Carl Gustav Jung describió el proceso en Psychological Types (1921) y en Aion (1951): integrar la sombra no significa justificar lo que se hizo. Significa verlo. Reconocerlo. Y desde ese reconocimiento, liberarse de la carga que lleva el ocultamiento.

Pedro Gregorio tenía una sombra de ese tipo.

Cuando estaba en la Universidad CECAR de Sincelejo — la Corporación Universitaria CECAR, donde se había matriculado en Derecho por su inclinación política — conoció a una mujer. Salieron un par de veces. Tuvieron relaciones. Y de eso surgió un embarazo.

No había amor profundo. No había proyecto común. No había la sincronicidad que debe existir cuando dos personas deciden

traer vida — esa simetría, ese balance entre opuestos complementarios que es la base estructural del vínculo familiar más sólido. Lo que había era la inmadurés de quien todavía no entiende del todo las consecuencias de sus acciones, y la reactividad del sistema: el aborto como solución exprés. Las pastillas de citotec. El procedimiento rápido. Y luego el silencio.

Nunca más volvieron a hablar. Nunca más se cruzaron sus caminos. El recuerdo quedó guardado en algún lugar donde el ego lo pusiera, fuera de la línea de visión cotidiana.

Pero los estudios sobre duelo reproductivo — como los trabajos de la Dra. Joanne Cacciatore, autora de Grieving Is Loving (2020), y las investigaciones recogidas en el Journal of Psychosomatic Obstetrics and Gynaecology — documentan que el aborto, independientemente de las circunstancias o la voluntad de quienes participan en él, produce en muchos casos un duelo real. Una pérdida que el cuerpo y la psique registran aunque la mente intente ignorarla. Una vida que no fue — y que merece ser reconocida como tal para que el duelo pueda completarse.

Pedro Gregorio lo ha llorado. Lo ha sufrido. Lo ha procesado en ceremonias, en silencios, en conversaciones con su conciencia que no tienen testigos. Siente que fue una pérdida. Y desde esa honestidad, puede decirlo.

A esa mujer — cuyo nombre la memoria no guardó, o guardó en un lugar al que todavía no tiene acceso — le dedica estas palabras:

Donde quiera que estés:

Espero que la vida haya sido más honesta, más responsable y más amorosa contigo de lo que yo fui en ese momento. Éramos dos personas inmaduras navegando en la corriente del sistema que nos había enseñado a reaccionar en lugar de reflexionar, a resolver en lugar de sentir.

Lo que hubo entre nosotros, por breve que fuera, produjo algo. Una vida que existió, aunque brevemente, en la posibilidad. Y esa vida merece ser reconocida — no con culpa, sino con la ternura de quien finalmente tiene la madurez de ver lo que entonces no pudo ver.

Me gustaría encontrarte, si algún día fuera posible, para decirte esto en persona. Para conversar. Para cerrar lo que quedó abierto con la honestidad que entonces no tuve. Si eso no es posible — si los caminos no se vuelven a cruzar — que estas palabras lleguen a donde lleguen, y que de alguna manera te encuentren.

Y a quien lee esto y ha vivido algo parecido — sea hombre o mujer, sea cual sea la circunstancia — estas páginas también son para ti. El arrepentimiento no es una opción como camino permanente. Es el primer paso. El siguiente es la integración: ver el error, reconocerlo, y hacer las cosas diferente la próxima vez. Eso no borra lo que fue. Pero libera la tensión energética del nudo. Y en esa liberación hay algo parecido a la gracia.

Del caos surge el orden. De la oscuridad, la luz. De la tormenta necesaria, un camino más limpio.

* * *

El hombre que capturaron — reflexión sobre el poder familiar y la violencia institucional

Imaginen a un hombre. Un hombre que ha vivido años de frustración, de destierro, de exclusión. Un hombre al que la vida no le dio la protección que necesitaba cuando era niño, y que creció a merced de un mundo que no pregunta si estás listo antes de devorarte. Un hombre que cargó solo lo que debería haber sido cargado entre muchos.

Ahora imaginen que la familia de ese hombre — usando el poder que da el dinero, la influencia y los contactos — manda a capturarlo. No a buscarlo. No a hablar con él. A capturarlo. Hombres que lo sujetan, que restringen su movimiento, que lo forcejean mientras él lucha porque su cuerpo sabe, antes de que su mente pueda procesar, que lo que está ocurriendo no está bien. Y mientras está así — inmovilizado, sometido, reducido a objeto — le inyectan medicación psiquiátrica a la fuerza. Y se lo llevan.

A un psiquiátrico. Donde recibe lo que algunos llaman tratamiento. Lo que ocurre adentro de esas paredes no necesita ser descrito en detalle para que el horror se entienda. Basta saber que el objetivo no era sanar — era someter. Mantenerlo dopado, sedado, controlado. Un cuerpo vivo pero una mente apagada. Un reo sin condena formal. Un hijo que se convirtió en problema que había que resolver, en vergüenza que había que esconder, en inconveniencia que había que silenciar.

¿Qué tipo de familia hace eso? La respuesta incómoda es: familias normales. Familias que creen que están actuando por el bien del otro. Familias donde el poder se ejerce porque se puede ejercer, y nadie dentro del sistema tiene los ojos suficientemente abiertos para preguntar si debería ejercerse. Familias donde el dolor de un miembro se convierte en amenaza para la reputación de los demás, y la reputación vale más que el alma.

Cuando el materialismo entra en la mente de una familia y se apodera de ella — cuando lo que importa es la apariencia, el nombre, el patrimonio, lo que la gente dirá — el alma de sus miembros más vulnerables queda expuesta a ser sacrificada en el altar de esa apariencia. No con malicia premeditada, la mayoría de las veces. Con la ceguera de quien vive demasiado cerca de las sombras de la caverna para poder ver la luz.

Los demonios se crean así. No nacen — se crean. Cuando un ser humano es desechado, cuando deja de ser visto como alma y pasa a ser visto como problema, como medio, como inconveniencia, algo en él se oscurece. Y esa oscuridad, si nadie la alcanza con luz suficiente a tiempo, se convierte en la misma oscuridad que lo dañó. El ciclo del dolor replica el dolor.

Pedro Gregorio lo vio de cerca. Lo vio en su familia, en las familias de su entorno, en la historia del hombre que fue apuñalado y que antes de ser apuñalado fue internado, y antes de ser internado fue desterrado, y antes de ser desterrado fue un niño que necesitaba ser sostenido y no lo fue.

La cadena tiene nombre. Y el nombre es trauma no atendido.

* * *

CAPÍTULO IV

El Rey del Pueblo

San Marcos, Sucre — Bogotá — 1990 / 1999

“No es que el mundo sea cruel.
Es que nadie te avisa que tienes que aprender a defenderte.”

I. El colegio público

Cuando sus hermanos se fueron a Bogotá a estudiar el bachillerato, Pedro Gregorio quedó solo.

No completamente solo — estaban sus padres, estaba Ana, estaban los amigos del barrio. Pero solo en ese sentido específico que solo entienden los hermanos menores: sin el escudo humano que representan los mayores, sin la jerarquía fraterna que organiza el mundo de los niños y que, aunque a veces se expresa como pelea o competencia, también es protección.

Sus hermanos habían estudiado en el colegio privado. Pedro Gregorio fue al colegio público — la institución departamental donde su tfa era docente de español y literatura, esa mujer extraordinaria que había decidido no casarse para dedicarse a la educación y que se había convertido en su segunda madre. Esa decisión de cambio de colegio tenía sentido económico y

familiar. Lo que nadie le explicó a Pedro Gregorio era que también tenía un precio.

El precio se cobraba en los recreos.

Era el niño nuevo. El del colegio privado que llegaba al público. El del sector bueno de la ciudad que aterrizaba en el mundo de los muchachos de los barrios perifericos, donde las reglas de convivencia eran distintas y donde la manera de establecer jerarquía era directa, física, sin rodeos. Pedro Gregorio recibió golpes en los primeros recreos con la regularidad de quien paga una cuota de ingreso no solicitada.

Lo golpeaban. Él aguantaba. Y en ese aguantar, algo se estaba forjando.

* * *

II. Los dulces

La solución no llegó de los puños. O no solamente de los puños.

Llegó de una observación. Pedro Gregorio miraba a los bravucones del salón con esa atención minuciosa que había desarrollado desde niño — la misma con que miraba al señor Domingo reparar las canoas, la misma con que miraba a su abuela negociar con los agentes viajeros. Y lo que vio fue simple: esas personas tenían hambre. No de comida, necesariamente. De cosas. De atención. De sentir que alguien los tenía en cuenta.

En su casa, los cumpleaños se celebraban con una bolsa de golosinas que la madre preparaba para repartir en el salón. La tradición era darlas. Pedro Gregorio decidió venderlas.

No ese día específico. Todos los días. Con la plata del recreo y con lo que conseguía de otras maneras, compraba dulces al por mayor y los vendía con margen en los pasillos del colegio. Era el mismo instinto comercial que lo había llevado a los ocho años a lavar un camión durante la subienda para ganar sus primeros cien pesos — el instinto de quien ve una oportunidad donde otros solo ven un día cualquiera.

Y con las ganancias, compraba empanadas. Y con las empanadas, compraba paz.

No de manera servil — no era el niño que pagaba para que no le pegaran. Era más sofisticado que eso. Era el niño que entendió que la generosidad estratégica — la empanada dada en el momento correcto, al muchacho indicado — crea obligaciones invisibles que el puño no puede crear. Los bravucones comenzaron a hacerle favores. A cuidarle la espalda. A incluirlo en lugar de excluirlo.

Pedro Gregorio había descubierto, sin saberlo, el principio más antiguo de la diplomacia: que la gente que come contigo raramente te golpea.

* * *

III. El coraje

Pero los dulces no eran suficientes. Llegó el momento en que tuvo que pelear.

Había un muchacho que se la tenía montada desde séptimo. Le escondió las cosas. Le hizo bromas que no eran bromas. Le puso trampas que Pedro Gregorio aguantó durante meses con una paciencia que no era cobardía sino cálculo — esperando el momento correcto, la situación adecuada, la escena que tuviera suficientes testigos para que lo que pasara quedara claro.

En noveno grado, Pedro Gregorio cogió el maletín de ese muchacho durante el recreo y lo subió al tanque elevado del colegio. Lo dejó ahí arriba, bien visible, inal canzable. Cuando la clase empezó y el muchacho fue a buscar su tula, no estaba. Cuando la encontró — trepada en la altura, mirando hacia abajo como un trofeo — entendió quién lo había hecho.

Vino hacia Pedro Gregorio con la cara conocida de quien viene a cobrar. Pedro Gregorio lo recibió de pie, sin retroceder, y antes de que el otro pudiera establecer el ritmo de lo que iba a pasar, ya había metido el primer puño.

Lo que siguió fue intenso, breve y definitivo. Y lo que vino después fue inesperado: ese muchacho se convirtió en uno de sus mejores amigos. Así funcionan algunas relaciones masculinas en los pueblos del Caribe colombiano — el conflicto resuelto con honestidad física crea un respeto que la evasión nunca puede construir.

Ese amigo vivía en uno de los barrios más pobres de San Marcos. Una humildad real, de esa que no se puede fingir ni disimular. Pedro Gregorio lo visitó, compartó con su familia, le regaló cosas cuando podía. Y ese muchacho lo llevó a su mundo — a los arr oyos, a las canchas de tierra, a las casitas de los amigos del barrio donde se cocinaba en leña y se dormía con el ruido de la noche tropical entrando por las ventanas sin vidrio.

Esa amistad le dio algo que el colegio privado nunca le hubiera podido dar: el conocimiento directo de una Colombia que existía a pocas cuadras de su casa pero en un universo paralelo. Una Colombia que iba a moldear su comprensión de la justicia, de la violencia y de por qué los hombres terminan siendo lo que son.

* * *

IV. Los años de la violencia

Los años noventa en San Marcos fueron los años de la limpieza social.

No fue de repente. Fue gradual, como son las cosas que cambian para siempre — un rumor aquí, una ausencia allá, alguien que no aparece al día siguiente en el colegio. Hasta que una noche se iba la luz — así, de golpe, toda la corriente del pueblo — y cuando volvfa una o dos horas después, alguien llegaba en bicicleta con la noticia: mataron a fulano.

Era un ritual sin nombre oficial. La luz que se apagaba era la señal. Los que sabían lo que significaba se metían a sus casas.

Los que no sabían aprendfan rápido. Y al día siguiente el pueblo seguía su ritmo normal con un muerto más en el registro y menos preguntas de las que cabría esperar.

Pedro Gregorio vio todo eso. No desde la distancia de quien lo lee en el periódico. Desde adentro, desde los patios y los andenes y los ranchos donde se cocinaba panela, desde las noches en que andaba con sus amigos del barrio que estaban, sin que él lo supiera del todo, en el borde de ese mundo.

Uno de esos amigos — uno de los que el amigo del maletín le había presentado — se llamaba John. Un muchacho del barrio, callado, que a Pedro Gregorio le habían presentado como alguien de confianza. Y otro se llamaba Ferney. Ferney era quien lo controlaba a John — lo usaba para transportarse cuando iba a hacer sus trabajos, y cuando terminaba le ponía el cañón caliente de la pistola en la frente para garantizar su silencio. John llegó un día al colegio con un círculo quemado en la frente. Cuando le preguntaron, contó la verdad con esa desesperación de quien no tiene otro lugar a donde ir con lo que sabe.

Pedro Gregorio escuchó. Y guardó silencio. Ya había aprendido que hay cosas que se guardan no por cobardía sino porque hablar no cambia nada y puede costarte todo.

Una noche, estaban en el cumpleaños de un amigo — el hijo de un profesor que conocía a su tía, sentados afuera en el andén con sus piernas hacia la calle. Por la avenida asfaltada — la única con asfalto en el pueblo — venía una moto a toda

velocidad. El que iba en la parte de atrás estiró la pierna para patear a todos los que estaban sentados en el andén, como si fuera un juego, como si quince muchachos fueran un obstáculo en su camino. La moto cayó. Se deslizó por el asfalto con un chispazo que pareció durare ternidad. La moto se prendió en llamas brevemente.

El que iba atrás se levantó del piso tamba leándose y sacó una pistola.

Alguien gritó: "*Ese es el Ferney, corran.*"

Pedro Gregorio no esperó a ver qué pasaba. Nadie esperó. Se volaron la pared del patio trasero de la casa del profesor y corrieron cada quien hacia su casa, tropezando con la oscuridad. Ese día venían de matar a alguien. El cañón todavía caliente.

Tiempo después, a John y a Ferney los mataron a los dos.

Eso es todo lo que Pedro Gregorio dirá sobre esa parte de la historia. No por miedo — esa época ya terminó y las personas involucradas ya no están. Sino porque algunos relatos merecen respeto en su brevedad. Lo que pasó, pasó. Lo importante es lo que hizo con ello: aprendió a distinguir entre el mundo que se ve y el mundo que opera debajo, y aprendió que esa distinción puede salvarle la vida a uno.

* * *

V. El rey

Pero la adolescencia no fue solo violencia y tensión. Fue también libertad — esa libertad particular de los que quedan siendo el único hijo en casa cuando los hermanos mayores se van.

Sus hermanos Luis José y el mayor se fueron a Bogotá a estudiar bachillerato cuando la situación de orden público en el pueblo se puso muy seria. Pedro Gregorio se quedó. Con catorce, quince años, quedó siendo el dueño absoluto de todos los juguetes, todos los carros, todas las cosas que antes había tenido que compartir o ceder o heredar en tercer lugar.

Los carros de control remoto eran suyos. La videoconsola era suya. La bicicleta — esa bicicleta sin culimba que había aprendido a frenar metiéndole el pie a la llanta — era completamente suya.

Y la camioneta Silverado era suya también. Al menos los fines de semana, en los lugares correctos.

Su padre lo había llevado por primera vez a las sabanas inundadas que se secaban en verano dejando praderas planas e infinitas — esas extensiones de tierra sin obstáculos donde era literalmente imposible chocar contra algo. Ahí, a los doce años, sentado sobre un almohadonc ito para alcanzar los pedales, Pedro Gregorio aprendió a manejar una Silverado Cheyenne. Cinco kilómetros por hora al principio. Diez después. Hasta que aprendió a sentir el peso del carro, la respuesta de la dirección, el momento exacto en que el motor pide cambio de marcha.

A los catorce, manejaba de noche. No con permiso — con audacia. Sacaba el carro después de que sus padres dormian, recorría el pueblo con esa sensación de poder que solo tiene el que hace exactamente lo que no debe y sale impune. Su padre tenía una manera infalible de detectarlo: le ponía la mano en el capó a la mañana siguiente. Si estaba tibio, sabía. A qué hora había llegado, cómo había estado la noche. El capó del carro como cronista silencioso de las aventuras de su hijo.

Era, en todos los sentidos prácticos, el rey del pueblo.

* * *

V-b. Indiana Jones criollo

En algún momento entre los doce y los quince años, Pedro Gregorio descubrió la arqueología. No en un salón de clases — en el barro.

En la región de la Mojana, cuando la ciénaga bajaba su nivel en verano, quedaban expuestos terrenos que durante el resto del año permanecían sumergidos. Y en esos terrenos, aflorando desde el barro negro con una frecuencia que nunca dejó de asombrarlo, había piezas: vasijas indígenas, fragmentos de cerámica, muñequitos de barro cocido, objetos de culturas que habían habitado esas tierras siglos antes de que existiera ningún pueblo ni ningún municipio. Las culturas Zenú, los herederos de las tradiciones de Mompox, los pueblos que supieron leer los

ciclos del agua con una precisión que los ingenieros modernos todavía estudian.

Pedro Gregorio llegaba en bicicleta. A veces en moto. Con sus herramientas improvisadas — brochas, palitos, los utensilios que había visto usar en las películas. Demarcaba cuadrículas con cuerdas y estacas, tal como había aprendido que se hacía la arqueología formal. Se daba rabia cuando alguien llegaba y las pisaba sin mirarlas. Pero seguía volviendo, y seguía excavando, y seguía encontrando.

No encontró oro. Pero encontró vasijas completas, fragmentos extraordinarios, piezas que guardó con el cuidado del que sabe que está tocando algo que tiene quinientos años. Sus amigos sí encontraron oro en sus propias expediciones — tesoros que Pedro Gregorio fue a ver con sus propios ojos y de los que tiene las fotografías guardadas. Ese material llegará en su momento.

Años después, cuando estudió en la Universidad del Norte de Barranquilla, tomó la cátedra de arqueología con el profesor **Giancarlo Manosalva** — un arqueólogo que dictaba la clase con esa intensidad de quien no está transmitiendo información sino pasión. Pedro Gregorio lo absorbió todo. El profesor Giancarlo le dio la estructura teórica para lo que ya había estado haciendo de manera intuitiva: la noción de los contextos estratigráficos, la sacrópolis, la necrópolis, el yacimiento, la ficha técnica. La arqueología como ciencia de leer el tiempo en las capas de la tierra.

Lo que el profesor Giancarlo formalizó, Pedro Gregorio ya lo había vivido en los barrizales de la Mojana a los doce años, con una carabina en la espalda y una pistola nueve milímetros en el cinto — porque en esa Colombia de los noventa, ir solo a terrenos despoblados sin protección era una ingenuidad que ningún sanmarquero de ese período se podía permitir.

A veces llevaba dos galiles. A veces granadas. No por alarde — por prudencia. En el botín de guerra que la violencia de esa época había dispersado por toda la región, las armas circulaban con una fluidez que hoy parece imposible. Él las conseguía, las intercambiaba, las usaba como herramienta de trabajo de campo en una Colombia donde el campo era, literalmente, zona de guerra.

Cuando la ciénaga bajaba y los terrenos quedaban accesibles, el ejército también llegaba. Había hangares de bienestar familiar cerca del área — construcciones que servían de cuartel temporal para las tropas acantonadas en la zona. Pedro Gregorio pasaba tiempo ahí. Jugaba fútbol con los soldados, con los subtenientes, con los sargentos. Llegó a ser uno más en esos campamentos — el muchacho civil que traía comida, que escuchaba, que era de confianza porque nunca contaba lo que no debía contar y siempre mostraba respeto.

Había paramilitares también. Había guerrilla a cierta distancia. Había policías. Había militares. Había traficantes de armas. Había arqueólogos de domingo con revólver en el cinto. En la

Colombia de los noventa en la Mojana, todos esos mundos coexistían en un radio de veinte kilómetros, y la frontera entre uno y otro dependía muchas veces de quién te había presentado a quién.

Pedro Gregorio los conoció a todos. Con respeto para todos. Sin juzgar a ninguno. Entendiendo desde muy joven que Colombia es un país donde las circunstancias hacen a las personas de maneras que los libros de moral no contemplan. El teniente que defendía el territorio por la patria, el paramilitar que defendía su tierra de otra manera, el guerrillero que tenía su propia lectura de la justicia — todos actuaban con la lógica de sus mundos, dentro de un conflicto que ninguno de ellos había inventado.

Donde quiera que estén hoy — ese teniente, ese subteniente, ese sargento, ese teniente de policía — Pedro Gregorio espera que estén bien. Que sus vidas sean dignas. Que hayan encontrado algo que valga la pena después de todo lo que vieron. *Gracias por su actuación impecable en mi vida.*

La plata del banco ganadero del pueblo llegaba en helicóptero cuando el banco se quedaba sin efectivo — aterrizaba en la finca del amigo del padre, que era tan rico que le prestaba dinero al banco cuando al banco se le acababa el cash. Esas eran las anécdotas del ambiente donde Pedro Gregorio creció. Donde un niño de doce años podía ser arqueólogo, conductor de Silverado, amigo de soldados y coleccionista de armas tropicales, todo en el mismo verano.

A los once años jugaba a Indiana Jones. A los doce lo era, en versión criolla, sanmarquera, alemana, árabe — porque la influencia árabe en la región era impresionante. Los árabes habían entrado por los ríos, que eran la red comercial que comunicaba todo el Caribe interior. Los comerciantes sirio-libaneses que se instalaron en los pueblos de la Mojana y del bajo Cauca traían mercancías, crédito, y una cultura del intercambio que se integró al tejido local de una manera que todavía es visible en los apellidos y en los negocios de toda la región.

Todo eso — la televisión, el betamax que su hermano traía a la casa, las películas de Indiana Jones que veía rentadas donde el hijo del hombre más rico del pueblo, la arqueología de barrizal con cuadrículas de cuerda, los hangares del ejército, las armas, el museo de la Atocha que vendría años después — fue formando un hombre para quien lo imposible simplemente no existe como categoría. Que todo sea posible no es una frase motivacional. Es la consecuencia lógica de haber experimentado, desde niño, que el mundo tiene más capas de las que se ven desde la superficie.

En medio de todo eso, había una tfa.

Era la hermana de su madre — una mujer que había decidido dedicar su vida a la educación con esa entrega total de los que encuentran en su vocación algo que ningún matrimonio ni ningún compromiso domes tico hubiera podido darles. Se había escalafonádo hasta el nivel más alto del magisterio colombiano.

Había hecho su maestría en lenguas modernas. Había viajado, comprado su propio carro, vivido su propia vida — sin esperar que nadie le diera permiso para ninguna de esas cosas.

Era profesora de español y literatura en el mismo colegio donde Pedro Gregorio estudiaba. Lo cual tenía la ventaja de que ella lo venía y lo vigilaba. Y la desventaja de que ella lo vefa y lo vigilaba.

Pero lo que esa tía le dio, más allá de la vigilancia, fue algo que vale mucho más: el amor por las palabras. La noción de que los libros no eran un objeto de tortura escolar sino una puerta — que adentro de esas páginas había mundos que la ventana de San Marcos no podía mostrar. Le leía. Le explicaba. Le hacía preguntas que lo obligaban a pensar más allá de lo inmediato.

Fue la que cubría sus necesidades maternas cuando su madre no podía estar. La que se quedaba con él cuando había que quedarse. La que lo cuidó a su abuela hasta el último día — soltando el matrimonio y la vida propia por quedarse junto a quien la necesitaba. Pedro Gregorio la quería como a una segunda madre. La sigue queriendo así.

Ella nunca supo — o fingió no saber — que el sobrino que le gustaban los libros también andaba de noche en la Silverado de su padre.

Esa es la gracia de los buenos maestros: te ven completo sin pretender que eres perfecto.

* * *

VII. Bogotá

La ciudad llegó por partes.

Primero en los viajes con su padre — ese hombre que tenía la costumbre de llevar a sus hijos a recorrer el país, a las fiestas nacionales y a los eventos donde se cruzaban con gobernadores y políticos que sus amigos del colegio solo conocían por el noticiero. Pedro Gregorio había visto la cumbre nevada del Ruits, los llanos orientales, el Amazonas, las playas del Pacífico. La Colombia que no aparece en los paquetes turísticos sino en los carros de los funcionarios que conocen el país de verdad.

Luego llegó Barranquilla, donde estudió un tiempo. Y en ese circuito de las amistades de su padre apareció **Lucía** — la hija de **Humberto Vergara**, hacendado sincelejano, gran amigo del padre de Pedro Gregorio, un hombre al que él recuerda con genuino afecto y admiración. La familia de Lucía tenía peso en la historia política de la región — su abuelo materno, **Alfredo Mercado Orwell**, había sido congresista de la república. Lucía estudiaba psicología en la Universidad Javeriana de Bogotá.

Eso fue suficiente para que Pedro Gregorio tomara su decisión. Consiguió trabajo en el Congreso de la República, a través de las redes de su padre. Su padre, con esa generosidad discreta de los que no hacen discurso de sus actos, compró un apartamento en Bogotá para que su hijo tuviera estabilidad. Pedro Gregorio se fue a vivir a la capital. Casi dos años con Lucía, compartiendo la

ciudad y la vida cotidiana con esa intensidad de los que todavía no saben que el amor y la convivencia son habilidades distintas.

Y se compró una moto.

Una Yamaha R6 — deportiva, rápida, de esas que en las carreteras rectas de la sabana bogotana alcanzaban velocidades que los adultos responsables no mencionarían en voz alta. Sus amigos de Bogotá ya tenían. Luego su hermano Luis José — gerente de una IPS, que venía seguido a Bogotá por razones propias — se animó a comprar la suya con la ayuda de Pedro Gregorio.

Cuando Luis José llegaba, salían juntos por la autopista norte hacia Sopó, subiendo por La Calera, a doscientos, doscientos treinta kilómetros por hora. La ciudad quedaba atrás y adelante solo estaba el asfalto y el frío bogotano y esa sensación de invulnerabilidad que tiene la juventud cuando todavía no sabe que no es invulnerable.

Esos eran los mejores momentos con su hermano. A doscientos kilómetros por hora no se habla — solo se existe. Luis José era y sigue siendo el hermano con quien mejor se entiende. El más cercano.

La relación con Lucía terminó. Lo que vino después fue más complejo: un romance breve con una joven de Córdoba cuyo apellido — sobrina de quien era en ese momento el jefe más temido de los grupos paramilitares en Colombia — decía mucho sobre los mundos que se tocaban en ese Bogotá de finales de los

noventa. Pedro Gregorio no profundizará sobre eso. Solo dirá que Colombia en ese período era un país donde las fronteras entre el poder legal y el poder armado eran más porosas de lo que ningún manual de ciencias políticas podía describir con honestidad.

Después llegó Valentina. Pero esa es otra historia — y ya tiene su propio capítulo.

* * *

VIII. El Congreso

Trabajar en el Congreso de la República a los diecinueve años tenía la cualidad de las experiencias que forman sin avisar que están formando.

Pedro Gregorio vio cómo funciona el poder desde adentro. No el poder de las películas — el poder real, cotidiano, con sus rutinas y sus atajos y sus compromisos y sus silencios calculados. Vio cómo los políticos se relacionan entre sí cuando no hay periodistas presentes. Vio cómo se construyen las alianzas y cómo se cobran los favores. Vio cómo algunos de los hombres que su padre conocía y respetaba fueron acumulando deudas con personas que no debían nada bueno.

La parapolítica no era todavía un escándalo nacional. Era un murmullo. Una tensión que se sabía pero no se nombraba. Pedro Gregorio trabajaba en el Congreso gracias a Jairo — un senador al que le tiene mucho cariño, mucho respeto, mucho afecto. Fue

Jairo quien lo ayudó a instalarse en Bogotá, quien le consiguió empleo mientras echaba raíces en esa ciudad a la que había llegado enamorado, con la energía de quien decide que una ciudad entera va a ser su próxima aventura. Jairo era hermano de Jaime Merlano — el magnífico alcalde que tuvo Sincelejo, gran amigo del padre de Pedro Gregorio. Una familia a la que Pedro Gregorio guarda gratitud, cariño y respeto profundo. Que lo que vino después — el proceso, la condena, todo lo que la parapolítica significó para esa familia y para el país — no borre lo que fue: un gesto de generosidad real de un hombre que tendió la mano cuando hacía falta.

Los años siguientes le darían la confirmación brutal: más de treinta congresistas que había conocido personalmente terminarían presos por parapoltica. Algunos de los que él había admirado. Algunos de los que habían sido amigos de su padre.

Esa experiencia — ver de cerca cómo el poder corrompe y cómo la corryпción se disfraza de normalidad — fue la que finalmente apagó en él la ambición política. No de golpe. Gradualmente, como se apagan las convicciones que no tienen suficiente combustible honesto para seguir ardiendo.

Su padre había pasado por ese mismo sistema durante décadas y había salido entero. Impecable. Con su nombre limpio y su pensión merecida y su finca sencilla donde ahora escucha porros y fandangos con sus amigos de siempre.

Pedro Gregorio lo admiraba por eso — más que por cualquier cargo, más que por cualquier discurso. Porque la honestidad en ese mundo no es la ausencia de tentación. Es la decisión cotidiana, a veces muy costosa, de no ceder.

Ese ejemplo fue el único legado que le importó conservar.

* * *

IX. El padre, las fiestas y el Padre Leo

Hubo una diferencia entre la primera comunión de sus hermanos y la suya que Pedro Gregorio recordó siempre — no con amargura, sino con esa claridad que dan los contrastes cuando uno es suficientemente honesto para nombrarlos.

A sus hermanos les hicieron una fiesta grande. Invitados, amiguitos del colegio, música, todo lo que corresponde cuando la familia quiere celebrar un rito de paso con la solemnidad que merece. Cuando llegó el turno de Pedro Gregorio, la celebración fue más modesta. No porque hubiera menos amor — el amor en esa familia nunca faltó. Sino porque las circunstancias económicas de un funcionario público honesto son las que son: suficientes para vivir dignamente, insuficientes para reproducir exactamente lo que se hizo antes.

La honestidad de su padre tenía ese precio. Y Pedro Gregorio lo entendió así desde niño, aunque no tuviera las palabras para decirlo.

Porque las ofertas habían llegado. Su padre tenía amigos de todos los estratos y de todos los mundos — esa capacidad de las personas genuinamente carismaticas de atraer hacia sí tanto al intelectual como al bohemio, tanto al funcionario como al hombre de negocios que operaba en los márgenes de lo legal. Colombia en los años ochenta y noventa era un país donde esas fronteras eran porosas y donde el dinero del narcotráfico buscaba activamente a las personas con posiciones, con nombres, con redes. A su padre le ofrecieron enriquecerse. Más de una vez. De maneras que habrían cambiado completamente la vida de su familia.

Siempre dijo que no.

Pedro Gregorio lo sabe porque uno de esos amigos, años después, en una de las fiestas que su padre organizaba en Sincelejo para el **veinte de enero** — esa festividad que en Sucre es al mismo tiempo carnaval, reencuentro familiar y celebración de todo lo que el departamento tiene de más autentico — se lo contó sin filtros, con esa franqueza que da el trago y la confianza de los amigos viejos.

Las fiestas del veinte de enero en casa de su padre eran legendarias. No ostentosas — su padre no era hombre de ostentación. Eran generosas. Cuatrocientos, quinientos invitados a veces. Una finca modesta, chicharrones, trago bueno, música de banda y vallenato desde la tarde hasta que el sol del Caribe volviera a salir. Amigos del país entero que correspondían la

hospitalidad que él había ejercido en sus años de gobernación. Una red de afectos genuinos que ningún dinero mal habido puede construir.

En algunas de esas fiestas estuvieron los **Corraleros de Majagual** — ese grupo formidable del Caribe colombiano que había definido el sonido de una región entera. Pedro Gregorio los conoció en persona. Compartió con los integrantes que todavía vivían. Y con **Alfredo Gutiérrez** — uno de sus líderes, acordeonero excepcional — que compartió con su padre en múltiples festivales. Su padre también organizó un festival regional en Sincelejo durante la alcaldía de uno de sus grandes amigos, Jaime Merlano, un buen alcalde que la ciudad merecía. El hermano del alcalde fue después uno de los congresistas que Pedro Gregorio conoció trabajando en el Congreso y que terminó preso por parapoltica.

Colombia entera, siempre, contenida en una sola historia.

* * *

El cura que lo preparó para su primera comunión se llamaba, para efectos de esta historia, el **Padre Leo**. Era amigo de su padre — jugaban softball juntos, en un equipo que su padre había formado con amigos del pueblo y que se llamaba los *Azulejos*. El Padre Leo jugaba de campo, tomó trago después de los partidos y se enamoró, con la naturalidad de un ser humano completo, de una amiga de la madre de Pedro Gregorio. Le hizo

un hijo. Y eventualmente, así lo cree Pedro Gregorio sin certeza absoluta a estas alturas, dejó el sacerdocio para vivir con ella.

Era, en pocas palabras, un hombre. No un santo, no un icono — un hombre con sus contradicciones y sus impulsos y su manera genuina de relacionarse con el mundo. Y eso, paradojicamente, lo convirtió en el mejor maestro de catequesis que Pedro Gregorio pudo haber tenido.

Le explicó a Dios como un padre le explica las cosas a un hijo. Sin la solemnidad hueca de quien recita un guion aprendido, sin el tono inquisitorial de los curas españoles que habían pasado por ese pueblo antes que él. Le habló de la misericordia como algo vivo, no como un concepto. Del perdón como una práctica, no como un ritual.

Pedro Gregorio lo escuchó. Y aprendió algo que la Iglesia institucional rara vez enseña con esa claridad: que lo sagrado no vive en la perfección del quién lo transmite, sino en la honestidad con que se transmite. Que un cura que ama a una mujer y le hace un hijo es más cercano a la esencia del mensaje evangélico que un cura impecable que esconde sus sombras detrás del alba.

No lo dice como crítica a la Iglesia. Su madre es devota y él la respeta profundamente. Lo dice como obervación de lo que vio: que la humanidad plena de ese sacerdote lo protegió, paradojicamente, de los daños que otros sacerdotes — los que

reprimen su humanidad en lugar de integrarla — han causado a miles de niños en el mundo entero.

Al Padre Leo, donde quiera que esté, Pedro Gregorio le guarda gratitud. Por haberle enseñado que Dios cabe en una conversación honesta entre dos personas que no pretenden ser lo que no son.

* * *

CAPÍTULO V

La Academia

Cartagena — Barranquilla — Bogotá — 1997 / 2004

“El conocimiento es el único tesoro
que nadie puede robarte.”

I. La isla Manzanillo

La vocación sacerdotal no prosperó — el Padre Leo había resuelto ese asunto con su propia vida. Quedaba la otra opción, la que en San Marcos siempre había estado presente como referencia de hombres de autoridad y de mundo: la carrera militar.

Las hermanas de su madre se habían casado con dos hermanos oficiales de la Armada Nacional — un capitán de navío y un jefe de ingenieros que manejaban sus tripulaciones en los buques de la Flota Mercante Gran Colombiana, la empresa estatal que en esa época operaba las rutas marítimas del país. Esos tíos habían recorrido el mundo en buque. Habían estado en los puertos de Europa, en los canales del Caribe, en los atracaderos de Norteamérica. Representaban, para Pedro Gregorio, ese tipo de vida que él venía intuyendo desde niño — la del hombre que no se queda quieto, que tiene el mundo por territorio.

Con diecisiete, dieciocho años, Pedro Gregorio llegó a Cartagena con la determinación de ingresar a la Armada. Se instaló en el apartamento del tío Daniel Méndez — el veterano de Corea, el hermano del abuelo Álvaro — que vivía en El Laguito cuando El Laguito todavía era ese lugar donde el mar entraba por la parte trasera y los edificios tenían playa privada en el patio. Los que conocen la Cartagena de hoy no pueden imaginar lo que era entonces: salías al patio del edificio y estabas en la orilla. Las lanchas pasaban. La gente esquiaba. Era el mundo que correspondía a esa vida.

El tío Daniel escuchó los planes de su sobrino con esa atención particular de los que han vivido demasiado para sorprenderse fácilmente, pero que reconocen el brillo específico de quien todavía no sabe cuánto le va a costar lo que quiere. Le ayudó. Facilitó los contactos. Y Pedro Gregorio se presentó a los exámenes de aspirante naval en la isla Manzanillo.

* * *

II. La llamada

Los resultados llegaron por teléfono.

La casa tenía dos pisos y dos teléfonos — uno abajo, uno arriba. Pedro Gregorio estaba arriba cuando sonó. Descolgó en silencio. Escuchó la conversación entre su tío y su madre sin que ninguno de los dos supiera que él estaba en la línea.

El tío le explicaba a su madre los resultados: el puntaje no había alcanzado para oficial naval. Pero sí alcanzaba para **oficial de infantería de marina** — que era, en realidad, lo que Pedro Gregorio quería. El combate. La acción. No la administración de un buque sino el terreno.

La madre escuchó. Y luego dijo algo que Pedro Gregorio tardó años en poder procesar sin rabia: que no le dijeran nada de infantería. Que simplemente le dijeran que no había pasado y ya. Sin explicaciones.

El tío aceptó.

Pedro Gregorio colgó despacio. Bajó. Recibió la versión oficial de la historia: no pasó, no hay más que hacer. Y no dijo nada. No reveló lo que había escuchado. Pero lo guardó en el lugar donde se guardan las cosas que no se dicen y que sin embargo forman en silencio una parte central del carácter de quien las carga.

Su madre tenía razones que Pedro Gregorio entendió con los años. La infantería de marina colombiana en los noventa no era una carrera administrativa — era combate real, en territorios donde el narcotráfico y la guerrilla operaban con una violencia que los noticieros solo capturaban en su versión más depurada. Una madre que había visto crecer a sus hijos en medio de los bombazos de Medellín y de las limpiezas de San Marcos tenía razones muy concretas para no querer que su hijo menor entrara a ese mundo.

Pero la manera importa. Siempre importa la manera.

Y lo que Pedro Gregorio recibió no fue una conversación honesta sobre los riesgos reales. Fue una decisión tomada sobre su vida sin su conocimiento, envuelta en una mentira de protección. Un gesto de amor que también era una subestimación. Y esa combinación — amor y subestimación juntos — puede dejar heridas más duraderas que el rechazo directo.

* * *

III. Las universidades

Lo que vino después fue un recorrido académico que desde afuera parece desordenado y desde adentro tenía su propia lógica: la de alguien que quiere el conocimiento pero no acepta la forma en que el sistema lo administra.

Pedro Gregorio pasó por varias universidades. La Universidad del Norte en Barranquilla. La Simón Bolívar. La Universidad Rafael Núñez en Cartagena. La Sergio Arboleda en Bogotá. Ingresó, estudió, aprendió lo que le interesaba, y luego — cuando la combinación de interés más trabajo más dinero no cuadraba con el requisito del grado — se marchaba sin el diploma.

Hizo una formación técnica. Asistió a cursos de especialización. Llegó hasta una maestría — pagó hasta donde las clases permitían acceder, absorbió el contenido, y cuando llegó el momento de pagar el derecho de grado, simplemente no lo pagó. No porque no pudiera. Porque en ese momento de su vida él ya

sabía que no iba a graduarse — que el papel no era el objetivo, que el objetivo era siempre otra cosa.

Una vez mandó a sus padres un diploma. Fabricado. Para que dejaran de preguntar. Lo dice ahora sin orgullo pero sin verguenza excesiva: era el acto de un joven que no había encontrado todavía la manera de decirle a su familia que su relación con el conocimiento no iba a seguir las reglas que ellos habían imaginado. Era más fácil inventar el diploma que tener esa conversación.

La rebeldía rara vez es elegante. Casi siempre es torpe y costosa. Pero tiene la virtud de ser honesta en su motivación, aunque no en sus métodos.

* * *

IV. Lo que sí aprendió

El inventario real de lo que Pedro Gregorio aprendió en esos años no cabe en ningún expediente académico.

En los pasillos del Congreso aprendió cómo funciona el poder cuando nadie está mirando. Aprendió la diferencia entre el discurso y la acción, entre la alianza formal y la deuda informal, entre el político que sirve y el político que usa. Aprendió, sobre todo, cómo reconocer cuál es cuál — y ese conocimiento, que no existe en ningún programa de ciencias políticas, valió más que cualquier título.

En los quirófanos aprendió anatomía con una precisión que los libros de medicina no enseñan. Vio corazones latiendo. Vio arterias intervenidas. Vio cómo el cuerpo humano responde a la agresión controlada de la cirugía con esa resiliencia que los médicos conocen y que el resto de las personas solo descubre cuando les toca vivirla desde adentro.

En las ferias médicas de Düsseldorf aprendió a negociar en el idioma del capital internacional — no el inglés solamente sino el lenguaje universal de quien conoce su producto mejor que el comprador y tiene la confianza para demostrarlo. Aprendió que la credibilidad se construye no con títulos sino con presencia y con conocimiento demostrado en el momento en que importa.

Y en los laboratorios donde desarrolló el spray y los suplementos aprendió bioquímica aplicada — cómo una molécula interactúa con un receptor, cómo la microbiota intestinal procesa lo que comemos, cómo el sistema endocannabinoide regula el dolor. No como teórico sino como alguien que tenía un problema que resolver y que buscó las herramientas donde estuvieran.

Ese es el modelo educativo que Pedro Gregorio, consciente o inconscientemente, construyó para sí mismo: aprender siguiendo las preguntas, no los programas. Moverse hacia donde el conocimiento resuelve algo real. Ignorar los formatos cuando los formatos son un obstáculo y no un camino.

No lo recomienda como estándar universal. Sus hermanos — que siguieron la ruta académica completa, que se graduaron y

ejercieron y construyeron carreras sólidas dentro del sistema — tienen algo que él no tiene: la protección que da el papel en un mundo que todavía pide el papel. Él no tiene ese papel. Tiene otras cosas.

La diferencia entre los dos caminos no es cuál es mejor. Es qué persona los recorre.

* * *

V. Ciento quince mil dólares en una sola venta

En el mejor momento del negocio de insumos médicos, Pedro Gregorio cerró una venta que le dejó ciento quince mil dólares de utilidad. Una sola operación. Las ventas mínimas estaban en treinta y cinco mil, setenta y cinco mil dólares. Los márgenes, gestionados con la lógica de quien conoce tanto el producto como al comprador, llegaban al cuarenta y cinco, cincuenta por ciento.

Era dinero real. El tipo de dinero que cambia la percepción que uno tiene de sí mismo — que confirma que la intuición comercial que se formó contando billetes en las noches con la abuela Carmen no era ilusión sino capacidad genuina.

Pedro Gregorio decidió, con ese dinero, no acumular propiedades. La familia de Valentina ya tenía suficientes. Él prefirió recorrer el mundo, disfrutar, vivir. Una propiedad que compró la vendió después a su suegra para cubrir deudas. El dinero que entró salió — en viajes, en joyas, en experiencias, en

esa manera generosa y algo imprudente de vivir que tiene la gente que creció viendo cómo la prosperidad puede desaparecer y que por eso decide no posponerla.

La mayor pérdida no fue la suya. Fue la de sus padres.

Su padre había prestado cien millones de pesos para que Pedro Gregorio arrancara un negocio con una EPS — la más grande del país en ese momento. El negocio funcionó. Hasta que la EPS fue intervenida por el Estado y quebró. Le quedaron debiendo trescientos cincuenta millones de pesos. Hubo proveedores a los que les quedaron debiendo treinta y cinco mil millones. A él le quedaron debiendo trescientos. No fue el único afectado. Pero sí fue el que no pudo pagarle a su padre.

Ese peso no se mide en pesos colombianos. Se mide en cómo mira un hijo a su padre cuando sabe que el hombre más honesto que ha conocido en su vida pagó con sus ahorros el costo de una decisión que él tomó. Y se mide en cómo lo miró después su madre — con esa distancia que algunas personas construyen alrededor del error ajeno cuando el error toca sus propios miedos.

Pedro Gregorio lo entiende. No lo justifica ni lo minimiza. Lo entiende con la compasin que da saber que todos — su madre incluida — actuaron desde su propia herida, desde su propio miedo, desde la única conciencia que tenían disponible en ese momento.

Lo que no acepta, con la misma claridad con que no acepta muchas cosas desde que la conciencia se abrió, es el amor condicional. El amor que se retira cuando uno falla. El amor que castiga con el silencio.

Un hijo que falla merece ser corregido. Merece consecuencias. Merece honestidad. Lo que no merece es dejar de ser visto.

Esa convicción — forjada en el dolor de recibirla y en la decisión consciente de no reproducirla — es la que lo tiene todas las mañanas a las seis y cuarto frente al edificio de Sebastián José. Sin importar qué haya pasado el día anterior. Sin importar la rodilla. Sin importar nada.

El amor incondicional no es una frase. Es una práctica diaria. Y a veces se aprende mejor en su ausencia que en su presencia.

* * *

VI. Gracias, mamá

Hay una cosa más que decir sobre la llamada de la isla Manzanillo. Algo que Pedro Gregorio tardó décadas en poder ver con claridad y que hoy dice sin ambigüedad:

Gracias a Dios no pasó.

No como resignación. Como gratitud genuina, de esa que solo llega cuando uno tiene suficiente distancia para ver el mapa completo.

Pedro Gregorio conoció el paramilitarismo desde dentro — no como perpetrador sino como testigo, como joven que creció en un pueblo donde esas estructuras operaban con normalidad y donde la frontera entre el poder legal y el poder armado era una línea tan delgada que muchas veces era invisible. Vio cómo funcionaban. Conoció a sus integrantes. Entendieó su lógica interna.

Ahora imagina ese joven — con ese bagaje, con ese subconsciente cargado de imágenes de violencia normalizada, con ese ego que todavía no había encontrado la manera de ser controlado — dentro de una estructura militar con armas, con autoridad, con el permiso institucional de ejercer la fuerza.

Pedro Gregorio ha tenido sus momentos oscuros. Lo ha dicho ya en este libro sin eufemismos. Ha estado drogado y ha escuchado salir de su propia boca cosas que después lo dejaron mirando al techo preguntándose quién era el que había hablado. Eso que salía en esos estados alterados no era invencion — era el subconsciente devolviendo lo que había absorbido durante años sin procesarlo: el miedo, la violencia vista, la rabia acumulada, la basura que se guarda cuando uno no tiene herramientas para limpiarla a tiempo.

Esa misma basura, con una pistola en el cinto y una jerarquía que la legitima, puede hacer cosas que no tienen reparación.

Su madre no sabía nada de subconscientes ni de plantas medicinales ni de neuroplasticidad. Sabía lo que sabía una

madre de la Costa Caribe colombiana en los noventa: que los hombres que entraban a la infantería de marina llegaban a lugares donde se disparaba de verdad, donde morían de verdad, donde a veces los que sobrevivían quedaban con heridas que ningún médico militar podía diagnosticar. Y no quiso eso para su hijo menor.

Se equivocó en la manera. La mentira no fue la respuesta correcta. Pero el instinto — ese instinto animal e irracional con el que las madres a veces aciertan donde los razonamientos fallan — ese instinto tenía razón.

Pedro Gregorio no habría llegado hasta aquí por ese camino. No habría llegado hasta las plantas y los libros y el balcón con las estrellas y el hombre que medita en el río y los ocho gatos y las seis y cuarto de la mañana frente al edificio de Sebastián. Habría llegado, con mucha probabilidad, a un lugar mucho más oscuro.

Gracias, mamá. Apenas ahora puedo verlo.

* * *

CAPÍTULO VI

Los Dólares

Key Biscayne — Cartagena — Düsseldorf — 2004 / 2012

“El dinero es un buen sirviente
y un pésimo amo.”
— Francis Bacon

I. El vecino de Key Biscayne

La familia de Valentina tenía un apartamento en Key Biscayne — esa isla frente a Miami donde el dinero latinoamericano ha construido durante décadas una especie de provincia propia, discreta y cómoda, con el Caribe al frente y Manhattan al teléfono. Pedro Gregorio la acompañó en una de esas temporadas y, como suele pasar con las cosas que cambian una vida, lo que importó no fue el destino sino el vecino.

El piso de arriba pertenecía a un hombre de origen puertorriqueño que había construido una fortuna en el negocio de los insumos médicos para Latinoamérica. Pedro Gregorio lo conoció en el ascensor, entabló conversación con esa facilidad suya para conectar con personas de cualquier mundo, y terminó en el apartamento de arriba aprendiendo, durante varias horas, los fundamentos de un negocio que estaba a la vista de cualquiera que supiera mirar en la dirección correcta.

Ese hombre de Puerto Rico se convirtió en algo más que maestro: se convirtió en socio. Trabajaron juntos durante años. Pedro Gregorio compraba directamente a los fabricantes europeos — en Düsseldorf, en Italia, en el norte de Europa — y él mismo importaba los contenedores por el Caribe hacia Colombia. La mercancía llegaba a puerto, él la gestionaba, y desde ahí distribuía a clínicas y hospitales de toda Colombia y el Caribe. Al socio de Puerto Rico le vendía una parte del inventario para el mercado americano. Jugaban con un mercado gris que existía y que los dos sabían navegar.

El negocio era simple en concepto y complejo en ejecución. Stents coronarios para desobstruir arterias, catéteres de intervención, material de cirugía bariátrica, dispositivos de cirugía cardíaca de última generación. Productos de alto valor unitario, márgenes generosos y ciclos de venta que dependían casi exclusivamente de la confianza: la confianza del médico en el producto, y la confianza del gerente del hospital en el representante que lo vendía.

Pedro Gregorio tenía ambas palancas disponibles. La universidad de la familia de Valentina era propietaria de una clínica y gerenciaba otras. Sus hermanos operaban dentro del sistema de salud colombiano. Y la red de amistades de su padre, construida durante décadas de servicio público honesto, le abría puertas en hospitales departamentales y regionales de la Costa Caribe que ningún vendedor externo podía tocar de la misma manera.

Consiguió varias representaciones internacionales. Empezó a importar. Empezó a vender.

Y el destino, como tiene costumbre de hacer cuando quiere que algo funcione, jugó sus cartas con precisión. El socio de Puerto Rico era exactamente lo que el negocio necesitaba: alguien que podía absorber absolutamente todo lo que Pedro Gregorio pudiera comprar y traer. Esa certeza — tener un comprador fijo del otro lado que no dejaba inventario sin salida — era el tipo de ventaja que convierte un negocio difícil en uno que funciona.

Comercializaron a través de **zona franca** — ese mecanismo que en Colombia permite operar con cargas bajo condiciones arancelarias especiales, con la eficiencia logística que el negocio requería. Para Pedro Gregorio era grande. En la escala de los billones que se mueven en el comercio internacional de dispositivos médicos, era una operación modesta. Pero era suya.

Viajaba constantemente. Miami para los proveedores del mercado americano. Nueva York para los contactos que le abrían puertas con fabricantes que de otra manera no habrían hablado con un colombiano sin representación formal. Una red de comercio establecida que le enviaba catálogos, muestras y cotizaciones por correo — la logística invisible de un negocio que desde afuera parecía espontáneo y que por dentro era un sistema de relaciones construido visita a visita, vuelo a vuelo.

Él hacía absolutamente todo. Vendía. Visitaba los clientes. Entraba a los quirófanos. Gestionaba los contenedores en el

puerto. Coordinaba con el socio de Puerto Rico. Viajaba a las ferias europeas. Era el área comercial, la logística, el servicio posventa y la representación legal, todo en una sola persona.

El negocio funcionó divino.

Y no lo hizo solo. En esos primeros años, cuando estaba construyendo los vínculos y aprendiendo a navegar el mercado americano, lo acompañaban Valentina y su suegra. Recorrían la Florida de un lado para el otro — la vuelta del uno, la vuelta del otro, la vuelta del otro. Las diligencias del negocio entrelazadas con las diligencias de la familia, todo en el mismo día, todo en el mismo carro bajo el sol de Miami. Era divertido. Era la vida que estaban construyendo juntos, y en esos días tenía la textura de algo que valía la pena.

Pedro Gregorio lo agradece. Agradece esos tiempos, esos privilegios, esa vida que pudo vivir. Hay un dicho costeño que lo resume bien: "*Al que le van a dar, se lo ponen en bandeja de plata*." Lo que le correspondía llegó. Y lo que es de uno es de uno — porque hay una conexión desde las estrellas, y hay un mundo invisible, y hay un universo paralelo que la mayoría de la gente no percibe pero que existe y que teje sus redes con una precisión que ninguna planificación humana podría imitar.

Lo que le arrancaron no lo perdió. Lo que le robaron no desapareció. Lo que le tocaba llegó igual, por otras rutas. Porque lo que es tuyo es tuyo — y ni arrancando las páginas de un libro de registro parroquial se puede romper ese hilo.

* * *

Mario Sabán y la Cábala

En algún momento de ese período — en esa época de abundancia y de búsqueda simultánea — Pedro Gregorio encontró a un maestro que no buscaba.

Se llama **Mario Javier Sabán**. Argentino, de origen judío sefardí, descendiente de los judíos expulsados de España en 1492. Doctor en Filosofía, en Antropología, en Psicología, en Historia, en Teología — una acumulación de doctorados que no es ostentación sino coherencia: la de alguien que no puede dejar de aprender porque el conocimiento, para él, no es un título sino una forma de estar en el mundo. Es el fundador de la red **Sod 22-Internacional** — la mayor plataforma de difusión de la Cábala en español en el mundo — y ha publicado más de veinticinco libros sobre pensamiento judío, misticismo y Cábala aplicada.

Lo que Pedro Gregorio encontró en Sabán no fue una doctrina ni una religión. Fue un lenguaje. Una forma de articular lo que él ya sabía de manera intuitiva — las redes invisibles, los patrones del destino, la arquitectura oculta de las coincidencias — con un marco conceptual que lo hacía coherente, transmisible, preciso. Como escuchar una canción que uno ya conocía de memoria pero que nunca había oído bien ejecutada. Todo encajaba. La información llegaba con una simplicidad y una paciencia que Pedro Gregorio no había encontrado en ningún otro maestro: sin

dogma, sin imposición, con la honestidad de quien enseña lo que aprendió y no lo que heredó.

La Cábala no es esoterismo decorativo. Es psicología del alma. Es la cartografía de la conciencia humana trazada hace siglos por personas que no tenían el lenguaje de la neurociencia pero que describían los mismos territorios con una precisión que asombra cuando uno la lee con ojos del siglo XXI. Pedro Gregorio la estudia. La vive. La reconoce en las Diocidencias, en las páginas arrancadas, en los galeones, en el hijo que mira a su padre en el ascensor.

Liberar la conciencia de lo que la Cábala llama las *klipot* — las cáscaras, las capas de ego que bloquean la luz — es exactamente el trabajo que Pedro Gregorio lleva años haciendo con las plantas, con los ayunos, con la meditación, con el desprendimiento de los objetos que alguna vez consideró suyos. Distintos lenguajes para el mismo proceso. Distintos caminos hacia el mismo centro.

II. Los quirófanos

Lo que lo diferenció de los demás representantes de su categoría no fue el catálogo ni el precio. Fue que él entraba a los quirófanos.

Los médicos que le compraban — cirujanos cardiovasculares, especialistas en intervención mínimamente invasiva, bariátricos que operaban ochenta pacientes al mes — lo invitaban a entrar vestido de bata, con gorro y mascarilla, a observar el

procedimiento en el que se utilizaba el dispositivo que él había suministrado. Pedro Gregorio aceptó siempre. Entró a más de cuarenta intervenciones quirúrgicastl a lo largo de la Costa Caribe colombiana.

Vio cómo se coloca un stent en una arteria coronaria con el corazón latiendo. Vio cómo se navega un catéter por el sistema venoso hasta llegar a donde el trombo obstruye el flujo. Vio la precisión extraordinaria de los médicos que operan con instrumentos del tamaño de una aguja en espacios que no toleran el margen de error.

Ese conocimiento no estaba en ningún brochúr de ventas. Le permitió hablar con los médicos de igual a igual — no como vendedor sino como alguien que entendía lo que el producto hacía adentro de un cuerpo. Esa diferencia, en un negocio donde la confianza lo es todo, valió más que cualquier descuento.

* * *

III. Düsseldorf

La feria **MEDICA** de Düsseldorf es el evento médico más grande del mundo. Cada noviembre, en esa ciudad renana que combina la eficiencia alemán con la comunidad japonesa más numerosa de Europa, más de cinco mil fabricantes de diecisiete países presentan lo último en tecnología médica a compradores y distribuidores de todo el planeta.

Pedro Gregorio fue con Valentina. Ella hablaba inglés, francés, italiano, español — esa poliglotía adquirida en una formación internacional que Pedro Gregorio no había tenido y que en las reuniones con fabricantes europeos y norteamericanos valió oro. Era su traductora, su compañera de viaje y, en esas semanas de noviembre en Europa, la persona con quien mejor funcionaba todo.

Lo que Pedro Gregorio recuerda de Düsseldorf no es tanto la feria sino la ciudad. Los museos a orillas del Rin. Los restaurantes japoneses del barrio Immermannstraße. El frío seco de noviembre que en el Caribe colombiano no existe y que en Europa da una textura particular a las mañanas — un frío que invita a entrar en sitios calientes y a tomarse el tiempo que la vida en Cartagena no siempre permite.

De Alemania iban a Italia. Florencia primero — esa ciudad que es casi un insulto al resto del mundo por la cantidad de belleza que concentra en unos pocos kilómetros cuadrados. Venecia después. Roma al final. Valentina conociendo iglesias con la devoción de su formación católica. Pedro Gregorio mirando los mármoles y los frescos con esa mezcla de reverencia y curiosidad que dan los años de leer sobre la historia sin haberla visto.

Era una buena vida. Hay que decirlo con honestidad, sin nostalgia y sin romanticismo excesivo: era una buena vida.

* * *

IV. Los Rolex y los diamantes

Pedro Gregorio ganaba bien. Y gastaba de una manera que, en ese momento, le parecía perfectamente coherente con lo que ganaba y con lo que quería demostrar — que no era el niño de San Marcos que heredaba la ropa de sus hermanos sino un hombre que podía darle a su mujer lo que ninguno de sus predecesores le había dado.

Relojes. Rolex, Cartier. Joyas compradas en Europa y en Colombia — pulseras de diamantes para los aniversarios, aretes de las joyerías de Florencia, anillos. Cada viaje traía su regalo. Cada logro económico se materializaba en algo que ella pudiera ponerse y que él pudiera ver puesto. Era una forma de decir cosas que en ese matrimonio no siempre se decían con palabras.

Lo ve ahora con la claridad que da la distancia y entiende qué era: una inversión emocional disfrazada de generosidad. Dar para que la otra persona valide. Dar para que el amor — que ya empezaba a tener fisuras que ninguna pulsera podía tapar — se sostuviera un poco más sobre la base tangible de las cosas materiales.

Lo curioso es que también era, en términos estrictamente financieros, una manera inteligente de ahorrar. Las joyas de calidad no se deprecian. Una pulsera de diamantes comprada en Itália vale, con los años, lo mismo o más. Pedro Gregorio lo sabía desde niño, desde las noches contando billetes con su abuela

Carmen en San Marcos: que el valor real no siempre vive en el banco.

* * *

IV-b. El sueño

Detrás de todo el negocio — detrás de los contenedores en el puerto, de los viajes a Düsseldorf, de los cuarenta quirófanos visitados, de los márgenes y las representaciones internacionales — había un sueño que Pedro Gregorio nunca dejó de cargar.

Una **torre universitaria**. Un centro de salud biointegrativamente concebido — no un hospital convencional, no una clínica de tratamientos invasivos y medicación permanente, sino un espacio donde todo lo que había aprendido en ferias médicas europeas, en ceremonias chamánicas, en las enseñanzas de las plantas sagradas y en los estudios propios sobre bioquímica y nutrición pudiera ponerse al servicio de las personas.

Terapias depurativas del organismo. Dietas ricas en antioxidantes y anti-envejecimiento. Limpieza intracelular. Resultados inmediatos y longevos sin medicación, solo con cambio de hábitos y protocolos de bienestar que la medicina convencional no prescribe porque no los patenta nadie. Lo que las plantas le enseñaron sobre cómo el cuerpo sana cuando se le

dan las condiciones correctas — no cuando se lo suprime con fármacos sino cuando se lo acompaña hacia su propio equilibrio.

Salud **biointegrativa**. Ese era el nombre que le daba. La integración de lo que la ciencia médica occidental tiene de mejor con lo que las tradiciones ancestrales saben desde antes de que existiera ningún laboratorio farmacéutico. No como alternativa romántica a la medicina — sino como complemento honesto de lo que la medicina sola no puede hacer: tratar al ser humano completo.

El sueño persiste. Los recursos para construirlo no llegaron en el momento en que llegó la conciencia para diseñarlo bien. Pero las dos cosas raramente coinciden en el tiempo justo — y Pedro Gregorio aprendió a no confundir el momento del sueño con el momento de su realización.

Lo que se sabe no se olvida. Y lo que se construye desde la claridad dura más que lo que se construye desde la prisa.

* * *

La oficina, el suegro y el tío Sam

En los años buenos, Pedro Gregorio compró una oficina en el edificio más exclusivo de Bocagrande — el más alto, el más elegante, el que tiene esa vista al mar Caribe que desde el piso correcto parece que el mundo entero le pertenece a quien está sentado frente a la ventana. A pocas cuadras de su casa. En la

misma península donde todo estaba: su vida, su familia, su trabajo, su futuro imaginado.

Su suegro la arrendó. Con ese arriendo pagaba la cuota mensual de la oficina — una ecuación perfecta en el papel: el activo se pagaba solo, la oficina quedaba disponible, y la relación con la familia de Valentina tenía ese carácter de apoyo mutuo que en los buenos momentos de un matrimonio parece la forma natural de hacer las cosas.

Al final, cuando el matrimonio se fracturó y las conversaciones sobre bienes y deudas reemplazaron las conversaciones sobre planes y sueños, la oficina fue vendida por la suegra. Una de esas resoluciones prácticas del caos de una separación — que dejan al que las observa con la extraña sensación de haber construido algo con sus propias manos que termina en las manos de otros.

Pedro Gregorio lo vio venir. Y no lo vio venir. Eso también es parte de la forja.

Lo que sí planeó con absoluta consciencia, en medio de todo ese caos, fue algo que nadie le podría quitar jamás:

Sebastián José tiene ciudadanía norteamericana. Pedro Gregorio se aseguró de que así fuera — lo planificó, lo gestionó, lo ejecutó. Para que su hijo tuviera esa herramienta adicional. Para que el tío Sam lo protegiera si algún día lo necesitara. Para que ninguna turbulencia familiar, judicial o económica colombiana pudiera cerrarle completamente las puertas.

En medio de todo lo que se perdió, de todo lo que se vendió, de todo lo que el caos de esos años deshizo — eso está. Firme. Sellado. Con el número de pasaporte y todo.

Lo que es tuyo es tuyo. Y lo que construyes para tu hijo, también.

* * *

V. La caída

Los negocios no son lineales. Los que duran lo saben, y los que no duran aprenden cuando ya es tarde.

El negocio de los insumos médicos funcionó bien durante varios años. Luego empezaron las dificultades — no de golpe sino de la manera en que se deterioran las cosas cuando uno no quiere ver lo que está pasando: gradualmente, hasta que un día el nivel del agua ha bajado tanto que ya no hay manera de pretender que todo sigue igual.

Pero en lo que sí falló no fue el negocio. Fue el amor. La emocionalidad mal manejada. La falta de mesura, de discreción, de aplome. La falta de serenidad. La falta de comprensión — de sí mismo primero, de los demás después. Los vacíos que existían en esa versión de Pedro Gregorio y que el éxito material tapaba sin resolver. El ego inflado por la abundancia, la incapacidad de estar quieto, la necesidad de demostrar que se puede siempre más.

El destino forja. Y la forja duele. Pero lo que sale del fuego, si no se rompe, es más sólido que lo que entró.

Las peleas con Valentina consumían energía que el negocio necesitaba. Las decisiones se tomaban desde el estado emocional, no desde el análisis. Se gastaba más de lo que se producía — primero un poco, luego más, luego demasiado. Y cuando el ciclo se invirtió y los ingresos no alcanzaban para el estilo de vida construido en los años buenos, la única salida disponible fue la que más costaba en términos de independencia: pedir ayuda a la familia de ella.

Pedro Gregorio la pidió. Le dieron empleo. Y en ese momento — en ese gesto que parecía una solución y que era en realidad una trampa bien intencionada — terminó de perder el último reducto de autonomia que le quedaba dentro del matrimonio. Pasó a depender financieramente de la familia de su esposa. Y la dependencia financiera, en un hombre formado como él, tiene un peso que va mucho más allá del dinero.

El control que el dinero había ejercido sobre él de manera lateral y elegante se volvió directo y total. Ya no era el proveedor. Era el proveído.

* * *

VI. El spray y la conciencia

Paralelo a todo eso, Pedro Gregorio había inventado un producto.

Un aerosol de aplicación tópica — el spray **Vita-Lite** — que aliviaba el dolor muscular y articular con una eficacia que los

primeros usuarios confirmaron con la fidelidad de quien ha encontrado algo que funciona. Lo comercializó en gimnasios, farmacias y consultorios deportivos a lo largo de toda Colombia. Se recorrió el país entero — Cali, Medellín, Bogotá, los sanandrecitos, la Costa — con un amigo emprendedor que conocía el mercado de los productos naturistas y que le ayudó a abrir puertas en cada ciudad.

Los equipos de fútbol profesional colombiano lo adoptaron. **Miguel Ángel Borja**, delantero de la selección colombiana y jugador del Junior de Barranquilla en ese entonces — equipo cuyo dueño era el empresario **Fuad Char** — apareció en la publicidad del producto. El spray se vendió en las principales cadenas de farmacias del país. Fue, por un tiempo, un éxito real y medible.

Luego llegó el momento en que Pedro Gregorio quiso escalar el producto — llevarlo a la máxima categoría de certificación disponible, abrir mercados internacionales. Y en ese proceso de certificación, descubrió algo que no tenía respuesta fácil: los aerosoles presur izados requerían pruebas que involucran maltrato animal. El producto, tal como estaba formulado, no era compatible con los estándares de bienestar animal que la nueva conciencia que él estaba construyendo — en los balcones, en las ceremonias, en los libros de Dispenza y McKenna — ya no le permitía ignorar.

Dejó de fabricarlo.

No fue una decisión fácil en términos económicos. Sí fue una decisión clara en términos de quién estaba eligiendo ser. La conciencia, cuando llega, no acepta negociaciones. Uno puede taparse los ojos un tiempo, pero una vez que ha visto algo con claridad genuina, la ignorancia voluntaria tiene un costo interno que ningún margen comercial puede compensar.

Ese fue el fin del spray. Y con él, el fin de la última fuente de ingresos autónoma que Pedro Gregorio tenía antes de que todo se terminara de derrumbar.

* * *

VII. A mi manera

El acuerdo de divorcio fue sencillo. Cada uno se hace cargo de lo suyo. Sin reclamaciones, sin litigios, sin la batalla de los haberes que tantos divorcios convierten en una guerra de desgaste que termina destruyendo lo poco que quedaba intacto.

Pedro Gregorio no pidió nada. Ni a Valentina ni a su familia. Se fue con lo que tenía puesto — en sentido casi literal. La fortuna que había ganado en los años buenos había sido gastada en los años malos con una eficiencia que solo es posible cuando uno no tiene claro para qué está ganando. Las joyas se quedaron con ella. Los relojes. Los viajes estaban en la memoria.

Lo que se llevó Pedro Gregorio fue algo que no aparece en ningún inventario notarial: el conocimiento. Lo que sabía de cirugías y de cuerpos y de plantas y de química y de cómo se

mueve un negocio desde la representación hasta la factura. Lo que había aprendido recorriéndose el país con un spray y una maleta. Lo que le había enseñado el vecino de Key Biscayne y los cirujanos de Cartagena y los fabricantes de Düsseldorf.

Y algo más: la certeza, construida a golpes, de que él sabía hacer dinero. Que siempre había sabido. Desde los ocho años lavando un camión en la subienda de San Marcos por sus primeros cien pesos. El problema nunca había sido la capacidad de generarlo. El problema había sido el para qué.

Hoy esa pregunta tiene respuesta. No la misma respuesta que tenía a los veinte años — el consumo, la demostración, la acumulación. Una más modesta y más sólida: el dinero como herramienta, no como fin. Como medio para estar cerca de su hijo todos los días a las seis y cuarto de la mañana. Como recurso para vivir con dignidad sin depender de nadie. Como instrumento al servicio de un propósito que ninguna factura puede medir.

A su manera. Como dice la canción.

* * *

Continúa en el Capítulo VII: "*Valentina*"

CAPÍTULO VII

Valentina

Cartagena de Indias — Miami — Nueva York — 2008 / 2011

“Hay personas que llegan a tu vida como una tormenta.
Te sacuden todo. Te cambian el paisaje. Y cuando se van,
lo que queda ya no es lo mismo — pero tampoco es menos.”
— Anónimo

Valentina Henao Leal llegó a la vida de Pedro Gregorio con esa precisión que tienen las personas que cambian todo: en el momento exacto en que él estaba lo suficientemente seguro de sí mismo para no huir, y lo suficientemente ciego para no ver lo que venía.

Pero antes de La Carbonera, hubo un amigo.

Carlos Alberto era uno de los mejores amigos de infancia de Pedro Gregorio — de esos amigos que se forman en los años en que todavía no se sabe bien quién va a ser uno, y que por eso duran para siempre. Compartirían fiestas y viajes a lo largo del país. Carlos Alberto terminaría siendo un reconocido cirujano plástico. En ese entonces era simplemente su amigo, y eso era suficiente.

Pero esa noche en La Carbonera no fue Carlos Alberto quien lo acompañaba. Fue un primo suyo — un hombre que con el tiempo se convertiría en algo más que amigo: Pedro Gregorio y

Valentina serían padrinos de uno de sus hijos. El destino tejiendo sus hilos con esa precisión que tiene cuando quiere que algo ocurra.

Esa noche fue increíble. Una de esas noches que uno recuerda con la claridad específica de los momentos que cambian el rumbo — no por lo que pasó sino por lo que empezó.

Cuando finalmente se vieron en **La Carbonera** — esa discoteca de Cartagena donde la noche caribeña tiene esa temperatura particular de los lugares que saben que son el centro de algo — Pedro Gregorio ya sabía quién era ella por las fotos y las redes. En ese momento salía con una presentadora de televisión — una mujer hermosa que años después se iría a Miami a consolidar una carrera que el país entero conocería.

Y aún así, verla en persona reorganizó todo.

Valentina lo vio a él.

Y Pedro Gregorio vio a Valentina.

Una mujer de treinta y tres años, divorciada, con una cara de esas que no necesitan ayuda para destacar y la seguridad de quien sabe exactamente lo que quiere. Pedro Gregorio pensó que se había sacado en la lotería. Un chamán se lo diría después con más precisión: era un jilguero confiado. Hermoso el canto, generosa el alma, demasiado abierto al mundo para ver lo que el mundo a veces tiene intenciones de hacer con eso.

El noviazgo duró un año. Intenso, largo, lleno de señales que Pedro Gregorio vio y no quiso ver. Pero estaba enamorado. Y cuando uno está enamorado, la razón suele llegar tarde.

* * *

La familia de Valentina había construido su poder sobre la educación.

Su padre había llegado a Cartagena desde el interior de la Costa con una visión y con la terquedad de los que no aceptan que las cosas no se pueden hacer. Fundó la **Universidad Rafael Núñez** cuando la educación superior era privilegio de las grandes ciudades. Construyó un apellido que en su ciudad era sinónimo de poder. Y también tuvo su batalla más dura.

En septiembre de 2014, la revista **Semana** publicó un artículo titulado "*Otra universidad en líos*" que ocupó portada nacional. Un fundador de la institución denunciaba que miembros de la familia Henríquez López se habían apoderado de ella para desviar recursos en su beneficio. La portada circuló por todo el país. Los medios amarillistas se dieron un festín, como suelen hacerlo cuando hay un apellido conocido y una acusación que vende.

En esa portada aparecía la familia. Pedro Gregorio también aparecía — pero su cara y la de otro concuñado estaban borradas. No estaban dentro de las investigaciones judiciales.

No eran parte de ningún proceso. Solo eran familia, y eso bastó para que los medios los incluyeran en la imagen.

Lo que los medios no contaron con la misma energía fue lo que vino después: la familia se defendió. Demostró que todo lo que hacía estaba dentro del marco de la ley. Las acusaciones eran calumniosas — fabricadas por alguien de la junta con intereses propios, que usó sus influencias de manera arbitraria cuando la familia se negó a ceder a sus chantajes y extorsiones. Las arbitrariedades no prosperaron porque no podían prosperar contra alguien que estaba jugando el juego como se debe jugar.

Los juzgados les dieron la razón. La Corte confirmó la absolución. Salieron airosos. Como salen siempre los que tienen la verdad de su lado y la paciencia de defenderla hasta el final.

Eso también es Colombia: las portadas se recuerdan, las absoluciones se olvidan. Los medios que hicieron el festín con la denuncia no pusieron la misma portada cuando llegó la absolución. Así funciona el periodismo amarillista — el daño se hace en primera plana, la reparación en letra pequeña si acaso.

Pedro Gregorio entró a esa órbita y se dejó envolver. El suegro era generoso — de esa generosidad de los hombres poderosos que saben que dar es también una forma de controlar. Apartamento. Carro. Yate. Y la sensación de pertenecer a algo más grande que uno mismo.

El precio era el control. Silencioso, constante. Pedro Gregorio lo aceptó durante años porque la jaula era cómoda. Esa es la

trampa de las jaulas cómodas: uno no las siente como jaulas hasta que intenta moverse.

* * *

El suegro también bebía. Y en eso — en ese detalle que en otra familia habría sido motivo de vergüenza — Pedro Gregorio encontró uno de los momentos más entrañables de toda esa época.

Una noche de puente festivo, con Cartagena rebosada de turistas y la temperatura caribeña haciendo lo suyo, don Miguel Simón decidió que los guardaespaldas que su familia le había asignado eran, básicamente, un exceso de protocolo para un hombre de su talla y su carácter. Y así, con la elegancia discreta de quien sabe muy bien lo que hace — aunque en ese momento el whisky tenía algo que decir al respecto — se las ingenió para desaparecer del radar familiar. Setenta y pico de años, impecable sentido de la aventura, y una ciudad entera dispuesta a colaborar sin saberlo.

La odisea terminó en una esquina de Bocagrande, donde don Miguel Simón había tenido un pequeño malentendido con una fila de vehículos estacionados — el tipo de malentendido que se resuelve con paciencia, billetera y la capacidad de mantener la compostura que solo tienen los hombres que han visto cosas más complicadas que esa. Su hijo lo llamó. Su hijo llamó a Pedro Gregorio. Llegaron con una patrulla de un contacto — porque en

Cartagena siempre hay un contacto — y encontraron al suegro en la esquina, tan campante como si estuviera esperando el bus.

— Suegro. Soy yo. Bájese de ahí.

El suegro se bajó con la dignidad intacta — esa dignidad que algunos hombres conservan en cualquier circunstancia, lo cual es en sí mismo un talento. Le pagaron a todos los dueños de los retrovisores sin mayor drama. Los policías miraron hacia otro lado con esa discreción profesional que en Colombia se cultiva como arte. Y el asunto quedó en familia, como quedan las mejores historias.

Pedro Gregorio guarda ese recuerdo con genuino afecto. Don Miguel Simón Henríquez es un hombre que construyó desde cero, que levantó una familia y una institución con la terquedad de los que no aceptan límites, y que tuvo la honestidad — en una conversación que Pedro Gregorio no olvidará — de advertirle con franqueza sobre el carácter de su hija. No todo suegro hace eso. Ese gesto, esa lealtad extraña y directa, dice más de un hombre que mil discursos. Con él no hay deudas pendientes. Solo gratitud.

* * *

Valentina también bebía. Pedro Gregorio lo sabía desde el principio. Pero en esa época él también bebía — fines de semana de whisky y vino y quesos y jamones en los mejores lugares de la

ciudad. Nadie tiraba la primera piedra porque todos vivían en la misma casa de vidrio.

Lo que no vio — o no quiso ver — era el patrón. El padre alcohólico que había marcado a todos los hijos. Los hermanos que habían buscado ayuda, que habían ido a terapia. Y Valentina que había decidido que ella era como era y que no iba a cambiar.

Esa frase — "*así soy yo y no voy a cambiar*" — es la más costosa que puede decir una persona con heridas sin sanar. Significa que esas heridas van a seguir sangrando hacia los que están cerca. Y los que estaban más cerca eran Mateo. Y luego Sebastián José.

Sebastián José, con nueve años, tuvo que bajar al garaje del edificio porque su madre llegaba en un taxi tan borracha que no podía subir sola. No había empleada — Valentina las despedía cada vez que su estado emocional se desbordaba, que era con frecuencia. Y el niño bajó en pijama, a las once de la noche, a ayudar a su madre a llegar al ascensor.

* * *

Los últimos cuatro años del matrimonio, Pedro Gregorio vivió en el balcón.

Su lugar verdadero en esa casa se había convertido en ese rectángulo de concreto con vista al mar donde por las noches se sentaba a mirar las estrellas. Leía. Meditaba. Hacía trabajos de respiración. Cambiaba su alimentación. Dejaba de beber. Perdía

treinta y tres kilos — los kilos del matrimonio, los kilos del whisky y los quesos y las noches largas.

El cuerpo, cuando uno lo trata bien, tiene una memoria perfecta de lo que fue. Solo necesita que uno deje de maltratarlo.

Las distancias que ya existían se hicieron más grandes. La casa empezó a sentirse como un territorio dividido. Pedro Gregorio lo vio venir. Y eligió quedarse de todas formas, porque Sebastián José estaba ahí.

Hasta la noche que dejó de estarlo.

* * *

Lo que fue real

Antes de seguir, hay que decir algo que este capítulo no puede omitir sin mentirle al lector:

Hubo mucho amor.

Pedro Gregorio amó a Valentina. No de la manera calculada de los que eligen pareja con criterios de conveniencia — la amó con esa intensidad desordenada de quien no ha aprendido todavía a amar sin perderse. La vio hermosa y la creyó la respuesta a preguntas que todavía no sabía formular. La vio poderosa y pensó que el poder de ella lo completaba. La vio libre y quiso esa libertad para los dos.

Un chamán que lo conocía bien se lo dijo una vez con esa precisión despiadada que tienen los chamanes para nombrar lo que los demás evitan:

"*Querido jilguerillo confiado.*"

El jilguero es un ave del interior colombiano — pequeña, de canto extraordinario, que se acerca a las personas con una confianza que otros animales no tienen. No porque sea tonta. Sino porque es así, generosa, abierta, incapaz de imaginar que el mundo quiera hacerle daño.

Pedro Gregorio era ese pájaro. Y esa confianza — que era también su mejor cualidad — fue lo que más le costó en ese matrimonio.

No fue solo Valentina quien falló. Él también falló. Se dejó llevar por el ego, por las carencias no resueltas, por esa arrogancia particular de los que han tenido demasiado demasiado pronto y confunden la abundancia con la invulnerabilidad. Tomó decisiones que generaron rencor donde pudo haber generado unidad. Reaccionó con el catálogo de respuestas que le había enseñado una infancia entre hombres de armas y poder, que no es el mejor manual para construir una familia en paz.

Si hubiera tenido entonces la conciencia que construyó después — despacio, en los balcones nocturnos, en las malocas del Putumayo, en las madrugadas con siete gatos y sin nada que demostrar — las cosas habrían sido diferentes. No necesariamente juntos para siempre. Pero diferentes. Más

amables. Menos costosas para todos, especialmente para Sebastián José.

Valentina tiene amor adentro. Pedro Gregorio lo vio. Lo sigue viendo. Detrás de todo lo que salió mal hay una mujer que también fue formada por heridas que no eligió, por un padre que bebía, por una infancia que la puso a cuidar cuando debería haber sido cuidada. Eso no justifica nada. Pero lo explica todo.

Y a veces, entender es la única forma de soltar.

* * *

Los galeones

La familia de Valentina tenía un yate.

No uno de esos veleros modestos que la gente de clase media alquila los fines de semana. Un yate de verdad — de esos que tienen nombre propio y tripulación y que hacen que el Caribe se sienta como un territorio privado cuando uno está encima de ellos. Pedro Gregorio aprendió a moverse en ese mundo con la naturalidad de quien ha pasado la vida adaptándose a entornos que otros consideran excepcionales.

Y en ese yate, recorriendo las aguas de la bahía de Cartagena y sus alrededores, encontró algo que no esperaba: una obsesión.

La bahía de Cartagena fue durante siglos el banco central de la Carrera de Indias. Por aquí pasaba la plata de Potosí. El oro del Nuevo Reino. Las esmeraldas, los cueros, el cacao. Todo lo que

los españoles extrajeron de este lado del mundo salía hacia Europa en los grandes galeones que esperaban en la bahía, cargados hasta la línea de flotación con la riqueza de un continente que no había sido consultado sobre la transacción.

Muchos de esos galeones nunca llegaron. Las tormentas, los piratas, los accidentes de navegación, los errores de pilotaje en aguas que los marinos europeos no conocían bien — todo eso fue llenando el fondo del Caribe colombiano de barcos hundidos, y con ellos, de todo lo que transportaban.

Pedro Gregorio lo sabía. Todo el mundo que vive en Cartagena lo sabe. Pero saber y hacer algo al respecto son cosas distintas.

Un día encontró un cañón.

Fue en una de esas excursiones en el yate, en aguas poco profundas cerca de las islas, donde el fondo se ve con claridad suficiente para distinguir las formas. Una forma que no era roca ni arrecife. Una forma demasiado regular, demasiado simétrica para ser natural.

De ahí en adelante, todo cambió.

Compró un dinghy — una embarcación pequeña y maniobrable, perfecta para explorar zonas donde el yate no podía entrar. Le instaló un motor. Consiguió el mejor equipo de buceo disponible — cámaras submarinas, detectores de metales, todo lo necesario para documentar cada hallazgo.

Y en ese proceso, recorriendo la Calle Larga del centro histórico de Cartagena en busca de información y de piezas, entró a una tienda de antigüedades. Y conoció al señor **Álvaro**.

El señor Álvaro era uno de esos personajes que solo existen en Cartagena — ciudad que tiene una capacidad particular para producir hombres con historias que ningún novelista inventaría porque sonarían demasiado inverosímiles. Había estado preso en Estados Unidos. Le contó la historia con esa tranquilidad de quien ya pagó su deuda y la tiene suficientemente digerida como para contarla sin drama.

Piloteaba una aeronave cargada de cocaína. Los cálculos no le dieron para llegar al aeropuerto de destino. Y tuvo que aterrizar de emergencia en una autopista de Fort Lauderdale. En la autopista. Con el avión. Con la carga. A plena luz del día en la Florida.

Para Pedro Gregorio, que escuchaba con los ojos abiertos, era la historia más increíble que había oído en mucho tiempo. Para el señor Álvaro, que la había vivido y pagado con años de cárcel federal americana, era simplemente lo que le había pasado. Pagó su condena. Volvió a Cartagena. Abrió su tienda de antigüedades en la Calle Larga. Y se convirtió en uno de los personajes más interesantes y más informados sobre el mundo submarino y los tesoros del Caribe colombiano que Pedro Gregorio jamás conocería.

El señor Álvaro lo conectó con sus amigos en la Florida.

Y esos amigos lo llevaron hasta el museo más increíble que Pedro Gregorio había visitado en su vida: el museo del **Nuestra Señora de Atocha** — el galeón español hundido en 1622 frente a los cayos de Florida, cargado con cuarenta toneladas de plata, oro y esmeraldas que el legendario cazador de tesoros **Mel Fisher** encontró en 1985 después de dieciséis años de búsqueda. El museo guarda los lingotes, las monedas, las esmeraldas, los instrumentos de navegación, los artefactos personales de los que se ahogaron con el barco — toda la evidencia de lo que fue y de lo que se recuperó.

Ahí conoció a **Carl Johnson** — un hombre de setenta y pico de años, americano, que había pasado décadas buscando galeones en el Caribe y que llevaba en la cabeza un mapa de naufragios que ningún libro oficial tenía completo. Y que había inventado algo que Pedro Gregorio no olvidaría: la brújula de Jack Sparrow.

La brújula de Jack Sparrow — ese instrumento de la película que señala no el norte sino lo que más deseas — existe. Carl Johnson había desarrollado un dispositivo de localización submarina que funcionaba con una lógica parecida: no buscaba el campo magnético terrestre sino las anomalías magnéticas producidas por metales ferrosos en el fondo marino. Con ese artefacto, Pedro Gregorio, Carl Johnson y su equipo pasaron **cuarenta y cinco días** en una lancha Intrepid de cuarenta y dos pies con dos motores fuera de borda de doscientos cincuenta caballos cada uno — equipada con motobombas, luces para operaciones

nocturnas, sistemas de buceo completos y los protocolos de seguridad para trabajar en aguas abiertas del Caribe.

Encontraron cañones. Encontraron anclas. Encontraron monedas. Y aprendieron algo que nadie les había enseñado antes: **el proceso de restauración submarina**.

Un cañón de hierro que ha estado en el fondo del mar durante quinientos años tiene un equilibrio químico con su entorno que, una vez roto, destruye el objeto en cuestión de días. Pedro Gregorio lo aprendió a las malas — perdió piezas valiosas por ignorancia, por sacarlas del agua sin el protocolo correcto. Carl Johnson le enseñó a construir piscinas de restauración: recipientes con soluciones electrolíticas donde los metales recuperados pasan por un proceso de cátodos y electrodos que extrae gradualmente las concreciones y los sulfatos sin destruir el metal original.

Las **concreciones** son esas estructuras minerales que el océano construye alrededor de cualquier objeto que cae en sus aguas — una costra de carbonato de calcio y material orgánico que el mar produce para envolver, aislar y eventualmente reciclar todo lo que perturba su fondo. La sabiduría del océano: lo que cae en él es inmediatamente procesado, cubierto, incorporado al ciclo. El oro no cambia debajo del agua — puede estar quinientos años en el fondo del Mercedes y salir brillante tal como se hundió. La plata sí cambia, cubierta de concreciones. El hierro se

transforma lentamente. Pero todo permanece, preservado por la misma lógica que lo está digiriendo.

Pedro Gregorio piensa en el océano como piensa en todo lo que no tiene nombre preciso en el lenguaje ordinario: como un sistema vivo, inteligente, con su propia memoria y su propio ritmo. Este planeta no es una bola en el espacio. Es un plano vasto con sus propios límites y sus propios reinos, y el océano es su archivo — el lugar donde todo lo que fue queda guardado en capas, esperando a que alguien con las herramientas correctas y el respeto suficiente lo descifre.

De eso habla este libro. De los otros, en otro momento.

Pedro Gregorio creó un pequeño museo en la sala de su casa. Vitrinas con los hallazgos. Fotos y videos de cada expedición, de cada momento en que el detector de metales emitía ese sonido particular que significa que algo metálico yace debajo de la arena del fondo.

* * *

Pedro Picapiedra submarino

Para reconocer los tesoros en el fondo del mar hay que entender cómo piensa el océano. La gente cree que va a encontrar la moneda brillando en el fondo, tal como la imaginan. No. La moneda está cubierta de concreción — esa costra mineral que el mar construye sobre todo lo que cae en él. Se agranadan. Se

magnific. Pierden su forma original y adquieren la forma de lo que el mar decidió que debían ser.

Hay que aprender a ver de otra manera. A imaginar en forma de precio, de concreción. A entender la salinidad, los ciclos de corriente, la biología marina, cómo se nutre el fondo, cómo la contaminación modifica los depósitos. El mástil de un barco hundido no se ve como un mástil — se ve como una formación alargada de coral y concreción. El cañón se ve como un tronco rugoso. El ancla como una roca con forma extraña. El cráneo como una piedra con cuencas.

Pero cuando uno aprende a leer esas formas — cuando el ojo hace click y empieza a ver el objeto original debajo de la capa que el mar le puso encima — se abre un mundo que no tiene precio. Reconocer un mástil. Reconocer un cañón. Reconocer los clavos de cobre de una caravela dispersos en un radio de veinte metros alrededor de donde se hundió el casco. Reconocer un uniforme naval reducido a su estructura metálica — los botones, la hebilla, la vaina de la espada — que el mar preservó mientras consumía el tejido.

Pedro Gregorio llevó a vivir esa experiencia a personas que no olvidarán el día. Amigos de Valentina, sus esposos — personas del mundo corporativo de Cartagena que nunca habían estado en el fondo del mar con un propósito que no fuera recreativo. Los llevó a ver lo que él había encontrado. Los llevó a ese momento de reconocimiento — ese instante en que el cerebro

procesa la forma de la concreción y de repente dice: eso es un cañón. Y la adrenalina que produce esa comprensión no tiene equivalente en ningún deporte de superficie.

También llevó a su amigo **Max** — Maximiliano, un italiano que vivía en Cartagena, chef por vocación y pescador submarino por pasión. Con Max aprendió otra dimensión del océano: la pesca de apnea, la paciencia de quien baja sin tanque y espera en el fondo a que el pez llegue hasta él. Max le enseñó a leer las corrientes desde abajo, a conocer los fondos por sus texturas, a cocinar lo que sacaban del mar con esa precisión italiana que convierte la sencillez en excelencia.

Con Max vivieron aventuras en bote, en el yate, en la lancha — siempre había una justificación para ir al océano. A pescar, a bucear, a meter el detector de metales, a escarbar el fondo con las manos cuando el detector emitía su señal. Pedro Gregorio siempre encontraba la manera de estar en el agua.

La comunidad buceadora de Cartagena — los que practican apnea, los que hacen pesca submarina, los que conocen cada arrecife entre Bocachica y las islas — le pusieron un apodo: **Pedro Picapiedra submarino**. Se lo ganó. Literalmente. La imagen del hombre prehistórico excavando con sus herramientas, aplicada al fondo del Caribe colombiano.

Hasta que un día alguien le explicó cómo funcionaba la ley. Los tesoros en aguas colombianas son patrimonio del Estado. Lo que él había estado haciendo, aunque con la mejor intención y con el

rigor arqueológico que había aprendido, tenía implicaciones legales que no podía ignorar. Pedro Gregorio leyó la normativa. Entendió el marco. Y se quedó quieto.

No vendió las coordenadas. No las compartió. Las guardó.

Tiene el mapa completo. Sabe dónde está todo. Los sitios que encontró, las anomalías magnéticas que el detector registró y que no pudo investigar por falta de tiempo, las formaciones que su ojo ya entrenado reconoció desde la lancha como lo que probablemente son. Eso no se olvida. Es como montar bicicleta.

El Caribe sigue guardando sus secretos. Y él sigue guardando los suyos.

* * *

La Hermione

Pedro Gregorio cartografió los pecios con metodología propia. Mapas impresos a gran escala. Coordenadas digitalizadas. Capas de información superpuestas: el punto donde el ancla tocó fondo, la dirección de la corriente, el radio de dispersión del casco. Una aspiradora submarina artesanal para remover el sedimento sin destruir lo que estaba debajo. La juguetería submarina, como él la llama.

Y un día identificó la **Hermione**. Un barco francés a doce metros de profundidad. No venía a comerciar — venía a apoyar a los independentistas contra los españoles. Armas, municiones, uniformes militares para la tropa insurgente del Nuevo Mundo.

Los cañones de bronce de ese barco — marcados con escudos reales borbónicos — están hoy como patrimonio en el colegio municipal de la isla de Manzanillo. Pedro Gregorio los reconoció. Son los mismos.

Lo que queda en el fondo cuenta la historia con precisión matemática. Más de mil mosquetes. Las hebillas de bronce de los uniformes — intactas, en concentraciones uniformes que solo tienen sentido si venían en baúles empacados para entrega. No eran marinos muertos: eran uniformes para tropa que nunca llegó a recibirlos. Cajones de balas. Cajones de pólvora. Munición de pistola personal. Balas de cañón.

Lo que no han encontrado todavía: la **caja menor del capitán**. El camarote. Las monedas de oro. Las monedas de plata. Las tres anclas gigantes en el fondo marcan el punto de entrada. La línea cae justo encima de una de ellas. De ahí se deriva siguiendo la corriente hacia el norte — hacia Barranquilla. Las coordenadas están guardadas.

* * *

Isla Arena y el avión Hércules

Cuando la visibilidad era buena — esas raras jornadas en que el Caribe se ponía cristalino como las Bahamas — no había opción de volver a tierra. La buena visibilidad no se desperdicia. Las expediciones se extendían tres días. Dormían en **Isla Arena** — una isla paradisíaca donde no hay nada, solo los cambuches de

los pescadores y el sonido del océano de noche. Pedro Gregorio y su tripulación durmieron ahí tres veces. El Caribe sin ciudad, sin luz eléctrica, con los motores apagados. Eso también fue una forma de riqueza.

En uno de esos viajes, navegando a alta velocidad hacia el sitio de buceo, apareció un avión. Un **Hércules de patrullaje antinarcóticos de la Marina de los Estados Unidos** — radar, sonar, cámara de largo alcance, la bola de detección sobre el fuselaje, metralleta en la portezuela abierta. La lancha Intrepid de cuarenta y dos pies yendo a toda velocidad en esa dirección era, para el sistema de detección del avión, indistinguible de una go-fast cargada de coca.

El avión bajó. El capitán habló por radio. Preguntó cuántos iban, qué hacían, a dónde iban. Pedro Gregorio respondió. Explicó. Dio su nombre. La aeronave descendió hasta quedar muy cerca — el sonido de los turbopropulsores llenando todo, el lente gigantesco apuntando hacia la lancha, el personal militar visible en la portezuela.

Lo tiene todo filmado.

El capitán verificó. Elevó la aeronave. Y antes de alejarse, soltó bengalas. Y por el radio, con esa formalidad americana que a veces tiene humor que no anuncian:

— Buena pesca.

Refiriéndose al tesoro. El capitán de un avión de patrullaje antinarcótico de la Marina norteamericana, bendiciendo la búsqueda de un colombiano que buscaba un barco francés hundido hace doscientos años para los independentistas del Nuevo Mundo.

* * *

El Rambo del Caribe y la pista de la Guajira

Max le presentó un hombre que parecía salido de una película. Físicamente idéntico a Rambo — la constitución, la mandíbula, el gesto del que ha visto demasiado para usar muchas palabras. Era un **comandante rana de la Armada Nacional**. De los que estuvieron en el puente de Maracaibo cuando Colombia y Venezuela tuvieron el conflicto por el Golfo. Un escuadrón secreto de hombres rana que colocó explosivos. La orden de detonación nunca llegó porque el conflicto no escaló. Los explosivos siguen ahí o no — eso depende de a quién le preguntes.

Cuando uno viaja hacia La Guajira y pasa por Maicao, hay un tramo de la carretera donde el asfalto se ensancha de manera inexplicable. Demasiado ancho para ser una carretera. Pedro Gregorio lo notó. Le preguntó al comandante rana: fue una pista táctica de emergencia para los **Kfir** — los aviones de combate israelíes de la Fuerza Aérea Colombiana. Demasiado costoso moverlos. Habilitaron ese tramo como pista de operaciones. Desde ahí llegaban rápido a donde tenían que llegar.

Pedro Gregorio pasó por ese tramo de carretera varias veces después de saber eso. Historia militar clasificada disfrazada de asfalto extra, esperando a quien tenga la información correcta para reconocerla.

El amor por el país que le produce todo eso no necesita discurso. Es la emoción física de quien ve con sus propios ojos lo que leyó, de quien toca con sus manos lo que estudió. De quien entiende de dónde viene porque ha estado literalmente en el fondo del mar donde parte de su historia quedó enterrada.

De dónde vengo. Quién soy. Por qué estoy aquí. El fondo del Caribe tiene respuestas que los libros no tienen.

* * *

El naufragio de entrenamiento y los cuarenta y cinco metros

El comandante rana los llevó a un naufragio diferente. Un carguero que la Armada Nacional hundió deliberadamente — volcado en el fondo del Caribe colombiano — para que sus buzos de combate tuvieran un escenario de entrenamiento real. Adentro del casco hay una escultura, un monumento submarino que la Armada instaló como marcador del sitio.

El comandante rana le enseñó algo que Pedro Gregorio no olvidaría: dentro del casco volcado hay una recámara de aire atrapado. Para entrar, hay que quitarse el tanque y todo el equipo de buceo, empujarlo por la abertura, y meterse detrás. Al

otro lado, uno puede respirar. Un aire denso, condensado, cargado de nitrógeno acumulado durante años — no el aire limpio de la superficie sino el residuo de todo lo que el barco guardó antes de hundirse y de todo lo que el océano fue añadiendo. Un aire que se respira con la conciencia de que está ahí hace tiempo y que tiene su propio carácter.

El comandante también le habló de la codicia. Con esa franqueza de quien ha visto lo que la codicia produce en el fondo del mar:

— Allá abajo la codicia hace que la gente mate a otro por quedarse con una moneda de oro. Por una esmeralda. Por un tesoro. Tú no tienes idea de lo que la codicia es capaz de hacer en el alma humana. Lo mejor es quedarse callado. Y saber muy bien con quién estás antes de bajar.

También le enseñó a llenar los tanques con **Nitrox** — la mezcla de nitrógeno y oxígeno enriquecida que permite tiempos de fondo más largos en profundidades donde el aire común aumenta el riesgo de narcosis. Tenía un contacto en la base de buceo de las fuerzas especiales de la Armada. Un comandante amigo que les permitía llegar a cargar los tanques con la mezcla especial. Eso también es Colombia: el conocimiento correcto abre puertas que para la mayoría están cerradas.

Con ese equipo y ese entrenamiento hicieron inmersiones a **cuarenta y cinco metros de profundidad**. A esa profundidad el mundo cambia de categoría. No es solo más oscuro y más frío. Es otra dimensión — el espacio se transforma, la luz se filtra de

una manera que no existe en la superficie, el tiempo parece detenerse. Los peces no huyen. Las tortugas se acercan. Los tiburones orbitan a distancia respetuosa, curiosos. Uno deja de ser visitante y pasa a ser parte del ecosistema.

A esa profundidad, frente al barranco coralino del fuerte de **Bocachica** — esa fortaleza colonial que guarda la entrada meridional a la bahía de Cartagena — Pedro Gregorio vio pecios que la Armada Nacional ya está rescatando para su propio museo. Un tesoro grande. Las coordenadas existen. La Armada tiene su departamento de arqueología submarina, su metodología, sus expediciones. *Enhorabuena que esas cosas queden en manos de la patria.* Que se haga el museo. Que los colombianos y los extranjeros puedan ver con sus propios ojos lo que quedó en el fondo.

En las exploraciones del área de Bocachica, Pedro Gregorio encontró algo que nadie le había mencionado en ninguno de los libros ni de los mapas: **la única iglesia de arquitectura gótica que existe en Bocachica**. Ahí, olvidada, sin clasificar, sin protección oficial. Un patrimonio que debería serlo y que todavía espera que alguien le dé el estatus que merece.

* * *

El umbral — los cuarenta y cinco metros

Hay algo que no puede explicarse sobre los cuarenta y cinco metros — solo describirse, y aun así la descripción queda corta.

Cuando el cuerpo desciende, tiene que adaptarse a la presión de cada atmósfera que atraviesa. El agua no es un medio uniforme — es una serie de capas, cada una con su peso, su temperatura, su carácter. El cuerpo lo siente todo. Y en algún punto del descenso, hay un umbral.

El momento exacto en que la luz del sol desaparece.

No se va gradualmente — se va. Hay luz, y luego hay oscuridad. Una oscuridad profunda, tétrica, sin referencias. Solo la línea que baja desde la superficie da orientación. Sin esa línea, arriba y abajo dejan de tener sentido. El cuerpo lo sabe y el ego reacciona: dice que hay que volver, que esto es demasiado, que no hay garantías del otro lado de esa oscuridad.

Y entonces el espíritu — que no conoce de miedos ni de limitaciones, que no tiene ego que defender — vence. Y empuja a continuar.

Una vez pasado el umbral, donde ya no hay vuelta atrás, comienza a aparecer algo imposible:

Luz.

El cerebro no lo puede procesar inmediatamente. ¿Acaso no acaba de atravesar la oscuridad más densa que jamás había sentido? ¿Cómo es esto posible? Pero ahí está. Una luz diferente a cualquier luz de la superficie. Una luz con filtros — azul, verde, turquesa — que hace que todo se vea distinto. Los colores no son los mismos que arriba. Las formas tienen otro peso. Los peces no huyen. Las tortugas se acercan.

Y el tiempo. El tiempo se detiene.

No como metáfora. Como experiencia real, verificable, sostenida: allá abajo, a cuarenta y cinco metros, el tiempo no corre con la misma urgencia que en la superficie. El cuerpo flota. La mente se aquieta. El ego no tiene nada que defender porque no hay nada que amenace. Solo el océano, la luz filtrada, y esa sensación de pertenecer — de ser parte de algo infinitamente más grande que cualquier historia personal.

Gratitud.

Eso es lo que siente allá abajo. Gratitud pura, sin objeto específico. Gratitud porque existe, porque puede estar ahí, porque el cuerpo aguantó las atmósferas y el espíritu venció al ego y la oscuridad terminó siendo el camino hacia una luz que desde arriba nunca habría podido imaginar.

Es, también, la metáfora más precisa de todo lo que este libro intenta decir.

* * *

La Carrera de Indias: lo que se llevaron de aquí

Para entender lo que Pedro Gregorio vio en el fondo del Caribe colombiano, hay que entender la dimensión de lo que pasó por estas aguas.

La **Carrera de Indias** operó desde 1561 hasta 1796 — más de dos siglos y medio de tráfico continuo de riqueza desde el Nuevo Mundo hacia Europa. Las cifras documentadas en los archivos españoles son difíciles de procesar como abstracciones. Se calculan entre **150.000 y 200.000 toneladas de plata** enviadas a Sevilla durante esos siglos — suficiente para financiar todas las guerras europeas de la época, para sostener la expansión del Imperio Habsburgo, para pagar las deudas de múltiples coronas durante generaciones. Solo entre 1550 y 1700 llegaron más de 16.000 toneladas de plata americana a España. No como metáfora: como metal físico, extraído de las entrañas de los Andes y del subsuelo mesoamericano por manos que no recibieron nada a cambio.

Cartagena de Indias era el nodo central de ese sistema. Por este puerto salía la plata de las minas de Buriticá en el Nuevo Reino de Granada. Por aquí pasaban las esmeraldas de Muzo. Por aquí salía el oro del Pacífico colombiano. La bahía de Cartagena era el banco central de un continente entero, y los galeones que esperaban en sus aguas estaban cargados con la riqueza de

civilizaciones que no habían sido consultadas sobre la transacción.

El galeón **San José** — hundido por los ingleses frente a las costas de Barú el 8 de junio de 1708 — transportaba cerca de 11 millones de monedas de ocho escudos en oro y plata. Solo ese barco. Solo ese viaje. El valor estimado hoy supera los 17.000 millones de dólares. La Armada Nacional lo localizó en 2015 y lo declaró patrimonio cultural sumergido de la nación.

Eso es lo que está en el fondo del Caribe colombiano. No arqueología romántica ni aventura de película — la historia financiera del mundo moderno, que se construyó con la riqueza extraída de estas tierras y que dejó en el fondo del mar todo lo que no pudo llegar a su destino.

El papel no es riqueza. El papel es una promesa que los que imprimen el papel pueden modificar cuando quieran. La riqueza real es la plata. Es el oro. Es el bronce y el cobre y la esmeralda y el petróleo. Es la tierra fértil que produce alimento para el mundo. Es el agua dulce. Es la biodiversidad que concentra en sus territorios una cantidad de especies que el resto del planeta no tiene. Es la gente — la cultura, la creatividad, la ganadería, las mujeres hermosas, los músicos, los escritores, los cocineros.

Colombia tiene todo eso. En abundancia obscena. Tiene todos los climas en un solo país. Tiene acceso a dos océanos. Tiene las esmeraldas más finas del mundo, el café más reconocido, la biodiversidad más densa del planeta por kilómetro cuadrado.

Estamos en la tierra prometida. Lo que quieren todos, lo tenemos nosotros. El patriotismo que surge de entender eso — no el patriotismo de himno y bandera sino el patriotismo de quien ha visto con sus propios ojos lo que este país guarda en su fondo marino, en sus montañas, en sus ríos, en sus selvas — ese patriotismo no necesita discurso. Es la emoción física de quien sabe lo que tiene y entiende por qué tantos han querido quitárselo durante cinco siglos.

Colombia no es subdesarrollada. Es el país más saqueado de la historia. Esa es la diferencia.

* * *

El mapa de los treinta y cinco

Desde las Islas del Rosario hasta casi Barranquilla — un corredor de costa de más de ciento cincuenta kilómetros — Pedro Gregorio cartografió alrededor de **treinta y cinco pecios**. Todos confirmados verazmente. Todos con evidencia de monedas de ocho reales o de materiales consistentes con los cargamentos de la Carrera de Indias. Todos en video. Todos documentados con coordenadas GPS, fotografías subacuáticas y registro de profundidad.

Tuvo la fuerte tentación de compartirlo. La emoción del descubrimiento empuja hacia la divulgación — querer que otros sepan lo que uno encontró, que la historia que el océano guardó sea conocida. Pero también entendió que ese conocimiento,

puesto en las manos equivocadas, podría destruir en días lo que el mar tardó siglos en preservar. Guardó el mapa. Lo tiene. Sabe dónde está todo.

En eso se gastó su dinero durante esos años. En la juguetería submarina, en las expediciones, en las noches en Isla Arena, en el Nitrox de las fuerzas especiales, en los mapas impresos a gran escala, en las cámaras waterproof, en los tanques y los trajes y los detectores. No en propiedades ni en inversiones que aparecen en ningún balance. En experiencias que no tienen precio porque no se pueden comprar dos veces.

Por eso es lo que es. Por eso entiende la vida como la entiende. Por eso puede escribir lo que escribe y tiene la capacidad de hacerlo entender.

Y por eso este capítulo termina con una cosa que no estaba planeada pero que lleva páginas queriendo decirse:

Sebastián:

Veo mis capacidades en ti — elevadas. Elevadas de una manera que a veces me deja sin palabras. Eres más grande que yo. Lo sé con la certeza de quien se conoce bien y puede reconocer algo mejor cuando lo ve.

Me apena mucho no haber podido estar en ese momento de tu vida de la manera que merecías. El divorcio, todas las circunstancias, todo ese caos — interrumpió tu desarrollo

normal. El hogar que debiste haber tenido: rodeado de protección, de amor, de cuidado, de los dos adultos que te trajeron al mundo funcionando como equipo. Eso no pudo ser. Y eso es una deuda que cargo, que reconozco, y de la que no me escondo.

Pero lo que sí puedo darte — lo que este libro intenta darte — es esto: el mapa de lo que fui, de lo que aprendí, de lo que viví. Para que cuando llegues a los lugares donde yo llegué, llegues con más información que yo. Para que no tengas que pagar todas las matrículas que yo pagué. Para que el camino que a mí me tomó décadas recorrer, a ti te tome menos.

No quiero que seas yo. Quiero que seas tú — libre, totalmente libre, expandiéndote hacia lo que tú desees ser aquí en esta vida. Sin que nadie te manipule. Sin que nadie te imponga un guion. Integrando lo que elijas integrar, descartando lo que decidas descartar.

Lo único que te pido es que cuando estés perdido — y lo estarás, todos lo estamos en algún momento — recuerdes que hay un padre que a las 6:15 AM está frente a tu edificio. Que siempre ha estado. Que siempre estará.

Te quiero, hijo.

* * *

Hay algo que el lector necesita entender: Pedro Gregorio hoy no posee absolutamente nada de lo que encontró.

Ni las monedas. Ni los cañones. Ni los sables. Ni los fragmentos de cerámica. Ni el museo de la sala. Nada.

Y no lo desea. No quiere esas energías a su alrededor.

Parte de los tesoros fue entregada a personas con las que contrajo deudas — algunas legítimas, otras que con el tiempo fueron revelando su verdadera naturaleza. Hubo personas en esos años que él consideró amigos y que no lo eran. Eran personas que disfrutaban de la vida que él podía brindarles, que aprovechaban la abundancia que él generaba, y que de paso le sacaban dinero con la naturalidad de quien cobra un servicio que nunca anunció como tal. No amigos: beneficiarios. La diferencia entre los dos se ve con claridad solo cuando la abundancia desaparece y el teléfono deja de sonar.

El resto — lo que no fue a pagar deudas — fue soltado en sus trabajos chamánicos. El desprendimiento no como pérdida sino como práctica deliberada. Las plantas medicinales le mostraron lo que esos objetos cargaban: la energía de hombres que murieron violentamente, de conquistas que costaron millones de vidas, de riqueza extraída por la fuerza de civilizaciones que no la ofrecieron voluntariamente. Quedarse con eso no era coleccionar historia. Era cargar con el peso de todo lo que esa historia costó.

Soltarlo fue fácil. Más fácil de lo que esperaba. Cuando uno entiende de verdad que nada de esto se lleva — que el ego que quiere poseer, acumular, demostrar, va a morir junto con el cuerpo que lo aloja — el desprendimiento no es una pérdida. Es una limpieza. Una liberación de ese afán de posesión que este mundo material instala en todos desde que se nace, como si acumular fuera sinónimo de vivir.

Pedro Gregorio vino a experimentar la materia. Y la experimentó — de una manera que muy pocas personas en el mundo han tenido el privilegio de experimentar. Cañones de bronce del siglo XVII en las manos. Monedas de ocho reales acuñadas en Potosí. El fondo del Caribe a cuarenta y cinco metros de profundidad. La adrenalina de reconocer un mástil debajo de la concreción.

Pero no va a pasar su vida acumulando cosas que no puede llevarse a ninguna parte, y que después de que él se vaya van a ser un problema para quien se las tenga que quedar. No sabe si lo que está construyendo es lo que Sebastián va a querer continuar. No puede saberlo. No le corresponde saberlo.

El legado que le importa no es un cofre con monedas coloniales ni un mapa de coordenadas subacuáticas. Es este libro. Es la manera de ver el mundo que estas páginas intentan transmitir. Es la libertad de pensar por sí mismo, de encontrar su propio camino, de ser exactamente lo que quiera ser sin que nadie — ni siquiera su padre — le diga hacia dónde ir.

De eso se trata. De libertad.

* * *

Querían un hijo.

Valentina no había podido quedar embarazada de manera natural. El cuerpo, a veces, tiene sus propios tiempos y sus propias resistencias que la voluntad no puede simplemente ordenar. Fueron a Miami — a una clínica de fertilidad, a los especialistas, a los tratamientos que la medicina moderna ofrece a los que tienen los recursos para acceder a ellos. Pedro Gregorio estaba bien. El problema, en términos médicos, no era suyo. Pero eso no cambiaba nada — era su mujer, era su hijo que esperaban, y lo que le pasaba a ella le pasaba a los dos.

Esperaron. Intentaron. Y esperaron más.

Esa espera — la de los que quieren ser padres y no pueden todavía — tiene una textura particular que quien no la ha vivido no puede entender del todo. Es una mezcla de esperanza y ansiedad y culpa y amor que se va acumulando con cada mes que pasa, con cada resultado que no llega, con cada conversación médica llena de términos técnicos que intentan racionalizar algo que en el fondo no tiene nada de racional.

Pedro Gregorio pensaba en el hijo que había perdido años antes — ese coágulo pequeño que se había ido en silencio, sin nombre, sin fecha oficial. Pensaba en el patrón de pérdidas de su familia. Y a veces se preguntaba si la maldición de los Holmann llegaba también hasta aquí, hasta este apartamento de Miami, hasta

esta sala de espera médica con su olor a desinfectante y sus revistas viejas.

Decidió que no. Que esa era la última generación que pagaba ese peaje.

* * *

El viaje a Nueva York era de negocios. Pedro Gregorio tenía citas con proveedores en Manhattan — esa ciudad donde el comercio y la ambición conviven con una intensidad que a él siempre le había resultado estimulante, casi familiar, como si el Caribe y Nueva York compartieran algo en el fondo que sus superficies no dejan ver.

Se quedaron en un hotel en el piso veintitantos. Vista de Manhattan desde arriba — ese laberinto de luces y acero y movimiento que desde la altura se convierte en algo parecido a un organismo vivo, respirando, sin descanso.

La mañana de sus citas, Valentina dijo que no se sentía bien. Que prefería quedarse en el hotel.

— Quédate, descansa — le dijo Pedro Gregorio. Y se fue.

Hizo sus reuniones. Evaluó los productos. Negoció precios. Todo lo que un hombre de negocios hace cuando está en Nueva York con citas y proveedores y listas de cosas que comprar. Pero tenía la cabeza en otra parte — en el hotel, en Valentina, en ese malestar que no había sabido leer bien por la mañana.

Cuando regresó en la tarde, ella lo estaba esperando con algo en la mano.

Una prueba de embarazo. Positiva.

Pedro Gregorio la miró. La miró a ella. Y algo que había estado esperando sin saber exactamente qué forma tendría cuando llegara — llegó.

Salieron del hotel. Caminaron por la Quinta Avenida con esa manera particular de caminar que tienen las personas que acaban de recibir una noticia que cambia todo — rápido y despacio al mismo tiempo, mirando sin ver, sintiendo demasiado para procesar en tiempo real. Llegaron a una juguetería famosa — uno de esos establecimientos de Manhattan que son más que una tienda, que son una declaración de que la infancia merece templos.

Compraron un peluche.

Un peluche pequeño, suave, sin nombre todavía. El primer objeto material que ese niño que venía en camino recibiría del mundo — comprado en Nueva York, en la Quinta Avenida, por un padre que acababa de enterarse que lo iba a ser.

Pedro Gregorio lo sostuvo en las manos un momento antes de guardarlo en la bolsa. Y pensó, sin decirlo en voz alta, algo que tardaría años en poder decir con palabras:

Este sí va a tener a su padre presente. Este sí.

* * *

Sebastián José nació el **26 de noviembre de 2011** en Cartagena de Indias. Pero no llegó fácil.

El líquido amniótico se rompió antes de tiempo. Valentina entró de urgencias — no era el parto planificado, la llegada ordenada que los padres primerizos imaginan cuando se preparan para ese día. Era la otra versión: la carrera contra el reloj, los médicos con caras serias, las decisiones que se toman en segundos, la sensación de que el mundo se ha achicado hasta caber en una sala de partos y que todo lo que importa está ahí adentro y uno no puede hacer nada más que esperar.

Cesárea de urgencias. Complicaciones durante el procedimiento que Pedro Gregorio procesó desde afuera — ese lugar terrible donde los padres esperan mientras adentro ocurren cosas que no pueden controlar ni ver ni intervenir.

Y luego — después de todo eso — el llanto.

Ese primer llanto que un recién nacido lanza al mundo como una declaración de existencia. *Aquí estoy. Llegué. El viaje fue difícil pero llegué.*

Pedro Gregorio escuchó ese llanto y algo en él — algo que venía de muy atrás, de San Marcos y de Polo Nuevo y de las ciénagas y de las páginas arrancadas y de Rodrigo y de todas las generaciones de hombres Holmann que habían cargado historias

sin contarlas — ese algo se asentó. Como cuando el agua de la ciénaga termina de bajar y la tierra, finalmente, aparece.

Sebastián José González Montiel. Cuatro kilos y algo. Los ojos de su madre y la terquedad de su padre. Nacido en el Caribe, heredero de dos continentes, descendiente de un alemán que trajo el tabaco al Carmen de Bolívar y de un político honesto de las sabanas de Sucre y de un veterano de Corea que nunca habló de lo que vio.

El último Holmann. O el primero de una nueva versión.

Dependiendo de cómo se mire.

* * *

Hay más cosas buenas en esa historia que cosas que la rompieron. Pedro Gregorio lo sabe. Lo ve con la tranquilidad del que ya superó esa situación — no con la rabia de quien todavía la está viviendo, sino con la serenidad de quien la vio completa, la procesó y encontró en ella más aprendizaje que dolor.

Hubo momentos en que se faltaron el respeto. Eso también es verdad y merece ser dicho. Pero esos momentos no borran lo que fue real, lo que se construyó, lo que se vivió. Hubo amor. Hubo familia. Hubo un hijo extraordinario.

Y eso, visto desde la serenidad de quien ya atravesó el fuego, es lo que queda.

CAPÍTULO VIII

El Fuego

Cartagena de Indias — 2008 / 2012

“El hombre que domina a los demás es fuerte.
El hombre que se domina a sí mismo es poderoso.”
— Lao Tse

Hay días que uno recuerda no por lo que salieron bien sino por lo que salieron completamente distinto de como estaban planeados.

Pedro Gregorio había planeado ese día con el cuidado de los que creen que los gestos grandes merecen preparación grande. Se fue a Barranquilla de madrugada. Entró a una de las joyerías más exclusivas de la ciudad — de esas donde a uno lo reciben con champaña y lo sientan y le traen lo que pida mientras espera, porque el servicio es parte del producto. Eligió un diamante. Mandó hacer los anillos en oro blanco. Y esperó varias horas, tomando champaña y comiendo lo que le pusieron enfrente, con esa mezcla de nerviosismo y orgullo que tiene el hombre que está a punto de hacer algo que no tiene reversa.

Mientras tanto, Valentina estaba en Cartagena con una amiga.

Cuando Pedro Gregorio llegó esa noche — con el estuche en el bolsillo, con el discurso ensayado, con la imagen mental de cómo

iba a ser ese momento — encontró a Valentina completamente borracha. La amiga había hecho su trabajo: playa, trago, más trago, y esa especie de licencia que se dan ciertas mujeres cuando están juntas y lejos de sus parejas para convertir un viernes en una noche que nadie tendría que saber.

Pedro Gregorio miró la escena. Guardó el estuche. Y guardó también algo más: la primera grieta. Pequeña, casi invisible. Pero ahí.

Se la propuso al día siguiente. Valentina dijo que sí. Y Pedro Gregorio decidió, como deciden los que están enamorados y no quieren ver lo que están viendo, que lo de la noche anterior había sido una excepción.

No lo era.

* * *

El círculo social de Valentina era un ecosistema particular.

Había personas que la querían de verdad — las había, y Pedro Gregorio las reconocía. Pero alrededor de ellas había otra categoría: los que estaban ahí por lo que Valentina representaba. El apellido. El apartamento. Los contactos. Los favores. Esas personas que inventan tragedias para generar lástima y extraer generosidad. Que acompañan la decisión equivocada porque acompañarla es más cómodo que decir la verdad. Que llenan la cabeza de inseguridades porque una

Valentina insegura es más fácil de manejar que una Valentina segura.

Pedro Gregorio los vio. Los identificó uno a uno. Y los sacó — a escobazos, como él mismo lo describiría después — del radio de influencia de su vida.

Los padres de Valentina lo celebraron. Llevaban años viendo cómo ciertos personajes vaciaban a su hija de dinero y de energía. Que llegara alguien con la claridad y el carácter para ponerles límite era exactamente lo que necesitaba.

Pero Valentina no lo vivió así. Para ella, Pedro Gregorio estaba controlando su vida. Quitando sus amigos. Cerrándole el mundo. Y en lugar de mirarlo como protección, lo miró como una jaula más — sumándose a la jaula del dinero de su padre, a la jaula de las expectativas de su familia, a todas las jaulas que una mujer que no ha trabajado su mundo interior termina construyéndose sin darse cuenta.

Las discusiones empezaron. No de golpe — así no funcionan las erosiones. Despacio. Una conversación que terminaba mal. Una noche de silencio. Un episodio de alcohol que Pedro Gregorio no sabía cómo manejar. Y el ciclo reiniciándose.

* * *

Pedro Gregorio no era un hombre fácil de ignorar. No lo había sido nunca — ni en los pueblos de Sucre, ni en los pasillos del Congreso, ni en las fiestas nacionales donde circulaba con esa

facilidad de los que han aprendido desde niños a moverse entre el poder. Y dentro del matrimonio, esa presencia generaba su propio campo magnético.

Las amigas de Valentina lo coqueteaban. No todas — pero sí suficientes para que Pedro Gregorio lo notara y se lo contara a su esposa. Valentina peleaba con él y defendía a sus amigas. Y Pedro Gregorio se tragaba la rabia, la acumulaba, y la dejaba fermentar en ese lugar oscuro donde se fermentan las cosas que no se dicen.

Y entonces llegó lo que llegó.

Pedro Gregorio descubrió que Valentina le había sido infiel. No por un rastreo sistemático ni por un detective contratado — sino de esa manera casual y devastadora en que se descubren estas cosas: algo fuera de lugar, una reacción que no cuadraba, una verdad que el cuerpo reconoce antes de que la mente la procese.

La enfrentó. Le dijo lo que sabía.

Valentina lo negó.

Y en esa negación — no en la infidelidad, sino en la negación — algo se rompió en Pedro Gregorio de una manera que ya no tendría reparación rápida. La traición duele. La mentira sobre la traición duele más. Y el desprecio implícito en creer que uno no tiene derecho a saber la verdad duele de una manera que no tiene antidoto fácil.

Pedro Gregorio la miró a los ojos y le dijo algo que cumpliría con una precisión que después él mismo lamentaría:

“Lo mismo que tú haces, también lo puedo hacer yo. Y te voy a demostrar que sí pasó.”

* * *

Lo que siguió Pedro Gregorio no lo cuenta con orgullo. Lo cuenta porque este libro no le sirve a nadie si miente.

Planeó la venganza con la misma meticulosidad con que había planeado todo en su vida — los negocios, las expediciones, los movimientos políticos. Sólo que esta vez la energía era oscura. Combustible de rabia pura, de ego herido, de esa parte del hombre que cuando no encuentra justicia decide fabricar su propia versión.

Empezó por las amigas de Valentina.

Las conocía a todas. Sabía quiénes eran, qué querían, qué les faltaba. Mujeres en su mayoría casadas, con matrimonios aburridos y vidas que habían perdido hace tiempo la capacidad de sorprender. Mujeres que durante años le habían coqueteado mientras defendían a Valentina de él. La ironía no se le escapaba.

Las sedujó una a una. Con esa facilidad de los que han pasado la vida aprendiendo a leer personas — qué necesitan, qué les hace falta, por dónde entra la atención. Conocía Cartagena entera.

Tenía los contactos, los lugares, los códigos. Convirtió cada encuentro en una aventura — de esas que las mujeres aburridas en matrimonios grises llaman “una locura” y de las que no hablan en voz alta pero que las cambian por dentro.

Con algunas fue simplemente eso — un encuentro, una noche, un secreto compartido que las comprometia a contar lo que él queria saber. Con otras fue más. Se enamoraron, algunas. Le contaron cosas que no debían contar. Le confirmaron lo que él ya sabía y mucho más.

Hubo drogas. Hubo noches que empezaban en un lugar y terminaban en otro completamente diferente. Hubo situaciones que Pedro Gregorio describe hoy como “una gran aventura” con la distancia de quien ha pasado por el fuego y salió del otro lado — chamuscado, transformado, pero al otro lado.

Hubo orgias. Lo dice así — sin eufemismos, sin el lenguaje envuelto en papel de seda con que los adultos a veces disfrazan las cosas que hicieron cuando el dolor y el poder se mezclan. Comprometió a varias de las amigas de Valentina en situaciones que las convirtieron en cómplices involuntarias de su propia verdad. Y con cada nueva confirmación, la venganza se volvía más detallada, más completa, más satisfactoria en ese momento.

Lo disfrutaba. No tiene otra forma de decirlo. Cada instante era una mezcla de placer, de rabia satisfecha, de ese oscuro regocijo del que ejecuta exactamente lo que planeaba.

Pero Sebastián José existía.

Y eso — esa realidad que Pedro Gregorio no permitía que su ego procesara en ese momento — es lo que hace que este capítulo sea el más difícil de escribir. No por lo que él hizo. Sino porque lo hizo siendo ya padre. Porque el daño que causó riboó hasta donde no debía llegar.

* * *

La venganza no fue gratis.

Nunca lo es. Esa es la trampa que el ego no le cuenta a uno cuando lo convence de que tiene razón: que el daño que uno hace no se queda en el objetivo. Se expande. Toca a los que uno quiere. Vuelve.

Valentina construyó su versión de la historia. Y en esa versión — la única que su círculo social escuchó, porque Pedro Gregorio era el extranjero, el de Sucre, el que no tenía raíces en Cartagena — él era el villano. El infiel. El descontrolado. El que había arruinado todo.

Le dio la razón, en esa parte.

Eso es lo que Pedro Gregorio reconoce hoy sin excusas: que por su descontrol, por haber dado rienda suelta a su lado oscuro, entregó a Valentina todos los argumentos que ella necesitaba. Que dañó a Mateo, que era como su hijo. Que dañó a Sebastián, que era su hijo. Que dañó a su propia familia. Que se dañó a sí mismo de maneras que tardaría años en reparar.

No se arrepiente de haber cambiado. Sí se arrepiente del precio que otros pagaron por su proceso de cambio.

Esa es la diferencia. Y es importante.

* * *

Los japoneses tienen un arte que se llama **Kintsugi**.

Cuando una vasija de porcelana se rompe, el mundo occidental la bota. Hay dinero para comprar una nueva. Hay tiendas llenas de vasijas que no han sido rotas todavía. ¿Para qué reparar lo que se puede reemplazar?

Los japoneses hacen lo contrario. Toman los pedazos rotos. Los unen con laca mezclada con polvo de oro. Y el resultado — esa vasija reparada con metal precioso, donde las grietas se vuelven visibles en lugar de ocultarse — es considerado más hermoso que el original. Porque carga una historia. Porque demuestra que la ruptura no fue el final sino parte del proceso.

Pedro Gregorio encontró ese concepto mucho después de los eventos de este capítulo. Pero cuando lo encontró, lo reconoció inmediatamente. Era su historia en una metáfora.

Había sido roto. Por las circunstancias, por sus propias decisiones, por el peso transgeneracional de todo lo que sus ancestros no habían resuelto y que él había heredado sin manual de instrucciones. Y en lugar de ser reemplazado — en lugar de rendirse a la versión que el mundo tenía de él como villano,

como fracasado, como el que lo había arruinado todo — eligió la reparación.

El oro de esa reparación era el amor. Primero hacia sí mismo — ese amor que nadie le había enseñado porque nadie a su alrededor lo tenía completo. Luego hacia su hijo. Luego, con el tiempo, hacia todo lo demás.

Las plantas medicinales lo llevaron ahí. No de golpe — esos viajes no son una puerta que se abre de una vez. Son una excavación. Cada ceremonia, una capa más. Cada visión, una verdad más difícil de ignorar. Y cuando la excavación llega al fondo, lo que encuentra no es la oscuridad que uno teme — es la luz que uno lleva y que estaba enterrada debajo de todo el resto.

Pedro Gregorio lloró en esas ceremonias. De esa manera en que lloran los hombres cuando ya no hay audiencia que proteger ni imagen que mantener — desde adentro, desde ese lugar donde vive lo que uno de verdad es debajo de todo lo que pretende ser. Lloró por los animales que había cazado cuando era niño. Lloró por el hijo que había perdido antes de nacer. Lloró por Rodrigo, por las páginas arrancadas, por el bisabuelo alemán cuyo nombre no puede probar. Lloró por Valentina y por todo lo que pudo haber sido diferente. Lloró por Sebastián — ese niño que vino al mundo en medio de la tormenta y que merecía algo mejor que la tormenta.

Y en ese llanto — en ese desmantelamiento total del ego que las plantas hacen cuando uno se les entrega de verdad — encontró algo que no esperaba:

Compasión.

Por Valentina. Por sus heridas. Por su padre alco hólico y su infancia invertida donde era ella la que cuidaba cuando debía ser cuidada. Por esa niña de cincuenta años que todavía actúa como niña porque en algún momento de su formación nadie le enseñó cómo ser adulta de otra manera.

No la justificaba. No borraba el daño que ella había causado ni el que él había causado. Pero la entendía. Y entender — verdaderamente entender, sin el filtro del ego herido — es lo único que permite soltar.

* * *

VII. Las personas no son objetos

Cuando las personas se acostumbran a poder comprar y a satisfacer todos los deseos que tienen — desde las carencias del alma — y tienen el poder económico para hacerlo, van perdiendo la sensibilidad. No de golpe. Gradualmente. De la manera en que se pierde cualquier cosa que no se cuida.

El Dr. **José Luis Marín**, médico psicoterapeuta español y presidente de honor de la Sociedad Española de Medicina Psicosomática y Psicoterapia, lo ha documentado con precisión clínica: sin un trabajo interno consciente de lo que la psicología

jungiana llama *trabajo de sombra* — ese proceso de reconocer y responsabilizarse de las partes oscuras de uno mismo — la persona que tiene acceso ilimitado a recursos materiales tiende a darle más prioridad al materialismo que a los sentimientos. El ego, sin ese trabajo, se endurece. Y cuando el ego se endurece, las relaciones se vuelven transaccionales.

Las personas no son objetos. No son camisas ni accesorios. No se compran, se estrenan, se llenan de sentimientos, y cuando ya no se adaptan al gusto del momento, se desechan — pretendiendo además que los vínculos que se crearon, los sentimientos que germinaron en el otro, las expectativas que se sembraron también se pueden desechar por decreto.

Pedro Gregorio lo entendió tarde. Cuando ya estaba adentro de ese patrón y era parte activa de él.

Valentina había desarrollado una manera de sostenerse emocionalmente que él fue viendo con claridad solo después de que las plantas le abrieron los ojos: salía con varias personas para que cada nueva ocupara el espacio del anterior — creando la sensación de control y de seguridad sin tener que enfrentar el vacío de estar sola consigo misma. Controlando a personas que se dejaban controlar. Construyendo en torno a ella un mundo de dependencias mutuas donde nadie sanaba y nadie preguntaba demasiado.

Eso no la hace mala persona. La hace una persona herida que no ha hecho el trabajo todavía. Como lo era él. Como lo somos

todos, hasta que algo — una planta, una pérdida, un hijo que te mira a los ojos — te obliga a sentarte con lo que eres.

Pedro Gregorio no juzga eso. Pero tampoco lo normaliza. Porque detrás de cada persona que rota a otras como prendas de temporada hay una historia de carencia que merece ser vista — no perpetuada.

* * *

VIII. Lo que queda

¿Quién soy yo para juzgar? ¿Quién soy yo para señalar?

Pedro Gregorio lo dice y lo dice en serio. Ha sido juzgado. Ha sido señalado. Ha cargado la versión que Valentina construyó de él como si fuera un traje que otros le pusieron y que se adhirió a la piel. Sabe lo que se siente cuando la narrativa de otro define quién uno es ante el mundo.

Y sabe que en su propio capítulo oscuro — en todo lo que hizo con las amigas, en la venganza planeada y ejecutada con precisión fraía — él también fue el villano de la historia de alguien más.

Lo acepta. Lo dice. No lo esconde detrás de justificaciones.

Porque este libro trata de eso: de la honestidad que hace falta para que una historia sea de verdad útil. No la honestidad cómoda de contar solo lo que nos deja bien. La otra. La que duele un poco al salir. La que permite que el lector que también

ha hecho cosas de las que no está orgulloso — y todos hemos hecho — reconozca en estas páginas algo verdadero.

La inmadurez fue el combustible. El ego fue el motor. Y el amor — el amor que llegó tarde, con cicatrices, reparado con oro como las vasijas japonesas — fue lo que finalmente apagó el fuego.

No porque el fuego no existiera. Sino porque Pedro Gregorio entendió, finalmente, que la única llave que abre las puertas que el dinero, el poder y las bombas no pueden abrir es la que se forja en el interior. En silencio. Sin audiencia. Mirando las estrellas desde un balcón de Cartagena a las tres de la mañana, con el mar abajo y un niño dormido adentro que no sabía todavía todo lo que su padre estaba aprendiendo para él.

* * *

Continúa en el Capítulo IX: "La Selva"

CAPÍTULO IX

La Selva

Colombia — México — Perú — El reino invisible

“No son las drogas las que hacen ver visiones.
Son las visiones las que hacen entender las drogas.”
— Terence McKenna

I. El origen

Todo empezó antes. Mucho antes de los chamanés y las plantas y las noches en el desierto de Sonora.

Empezó en la hacienda de Polo Nuevo, cuando la abuela Gabriela hacía fogatas.

Era una costumbre de las noches en la finca — reunir a los nietos alrededor del fuego cuando el sol se iba y el calor del día cedía al fresco de la noche caribeña. La abuela Gabriela no era solo una cocinera extraordinaria. Era una mujer que había aprendido en las embajadas, sí, pero que tenía también esa sabiduría más antigua y más valiosa: la de quien sabe leer la naturaleza. La de quien entiende que las plantas tienen nombres y propósitos y que los animales nocturnos no son amenazas sino mensajeros.

En las fogatas, los niños aprendían a escuchar. La brisa que movía los eucaliptos — esos bosques que el abuelo Álvaro había

sembrado y que llenaban el aire de un aroma medicinal que Pedro Gregorio asociaría para siempre con la sensación de estar completamente a salvo. Las luciérnagas. Los sonidos de los animales nocturnos — qué animal hacía ese sonido, por qué, en qué época del año, qué significaba.

La finca se llamaba **Jardín Botánico Granja Doña Geo**. No era solo un nombre. Era una filosofía. La abuela Gabriela la había convertido en un ecosistema intencionado — pinos, eucaliptos, parras con racimos de uvas que daban sombra a los quioscos donde descansaban los visitantes, cactus con frutos dulces estratégicamente sembrados para que hubiera hidratación natural en los caminos. Todo tenía propósito. Todo estaba pensado.

Llegaban cientos de personas. Veteranos de guerra y sus familias. Personalidades políticas y militares. Figuras eclesiásticas — cardenales, obispos, hombres de fe que encontraban en ese lugar una paz que sus iglesias de mosaicos y mármol no siempre podían darles. Y el bisabuelo Juan Federico Holmann, el senador, pasó allí sus últimos días — atendido por una unidad médica especial que el abuelo Álvaro había conseguido a través de sus contactos militares, en una habitación convertida en sala de hospital en medio del Jardín Botánico Granja Doña Geo.

La ironía no pasaba desapercibida. El hijo que no había podido ser reconocido oficialmente llegó a ser quien cuidó al padre en

sus últimos años de salud frágil.

El bisabuelo vino a la finca. Álvaro lo recibió con la generosidad que lo caracterizaba — mandó traer equipos médicos de la base naval, convirtió una de las habitaciones en un espacio de cuidado y recuperación, y dispuso todo para que el tiempo que su padre pasara allí fuera lo más digno y lo más cálido posible. La abuela Gabriela, anfitriona extraordinaria, lo atendió con esa hospitalidad caribeña que convierte cualquier espacio en hogar.

Fue un tiempo hermoso, según cuentan quienes lo vivieron. El padre y el hijo, finalmente juntos — sin los protocolos ni las distancias que la vida pública impone, sin la sombra del reconocimiento negado, solo dos seres humanos en una finca, compartiendo el tiempo que les quedaba.

Cuando el bisabuelo se fue, le envió a su hijo Álvaro una carta. De gratitud. Pedro Gregorio espera poder mostrar esa carta algún día — si quienes la guardan lo permiten. Porque esa carta, esa intimidad entre padre e hijo que tardó demasiado en encontrarse, dice más sobre la condición humana que muchas páginas de filosofía.

En esas fogatas nocturnas, Pedro Gregorio aprendió algo que ningún libro de biología le hubiera podido enseñar: que la naturaleza no es un decorado. Es una conversación. Y para participar en ella, hay que aprender a escuchar antes de hablar.

* * *

II. El Che

Cuando todo lo demás había sido agotado — el dinero, el poder, el matrimonio, la venganza, el consumismo que ya no le producía placer porque ya había comprado todo lo que existía para comprar — apareció el Che.

No era cubano ni guerrillero. Era argentino, y había llegado a Cartagena por ese camino que recorren ciertos hombres cuando el mundo que construyeron se cae y necesitan otro mapa. Había sido modelo en Buenos Aires — de esos modelos que conocen la fama y el exceso y las ciudades del mundo y que en algún punto de ese recorrido descubren que ninguna de esas cosas llena lo que hay que llenar.

El Che había encontrado el chamanismo. Y luego había construido en las afueras de Cartagena un refugio — un lugar donde los chamanes de paso tenían hospedaje, donde las plantas sagradas se usaban con respeto y con intención, donde personas de todos los continentes llegaban a buscar algo que sus universidades prestigiosas y sus carreras brillantes no les habían podido dar.

Pedro Gregorio llegó a ese lugar cargando todo su peso. El Che lo miró — de esa manera que tienen los que ya han pasado por el fuego de mirar a los que todavía están adentro — y le dijo algo simple:

"*Estás en modo negativo. Tu corazón está atrapado en la corriente del dolor. Y esa corriente te hace atraer más dolor. Tienes que hablar con tus ancestros. Reconciliarte con tu pasado. Pedirle a la madre naturaleza que te muestre lo que no se puede ver con los ojos de la carne.*"

Pedro Gregorio escuchó. Y algo en él — esa parte que siempre había sabido cómo reconocer la verdad aunque viniera de lugares inesperados — supo que eso era exactamente lo que necesitaba escuchar.

El Che había muerto después. Eso también es parte de la historia. Los maestros, a veces, se van antes de que uno quiera que se vayan. Y lo que queda es lo que transmitieron — no en palabras sino en transformaciones.

* * *

III. Las plantas

El recorrido que siguió no fue lineal ni ordenado. Fue como son los procesos reales: desordenado, intenso, con momentos de claridad absoluta y momentos de terror genuino y momentos en que uno no sabe si lo que está viviendo es una revelación o una psicosis.

Empezó en Cartagena, en el refugio del Che. El **kambó** — la toxina del sapo amazónico, aplicada en puntos quemados en la piel, que activa el sistema endocrino completo y expulsa las toxinas acumuladas en una purga que no tiene nada de

romántica y todo de necesaria. Pedro Gregorio tirado en el piso, vomitando, llorándose, liberando cosas que habían estado guardadas en el cuerpo durante años. El cuerpo no mente. Guarda todo — los traumas, los dolores no expresados, las decisiones que costaron más de lo que uno admite. Y cuando las plantas dan permiso, todo eso sale.

Continuó con la **silocibina** — los hongos sagrados que los pueblos mesoamericanos llamaban *teonánacatl*, carne de dios. Con la **ayahuasca** — la bebida amazónica que mezcla la *Banisteriopsis caapi* con la *Psychotria viridis*, y que produce visiones que no son alucinaciones sino percepciones de capas de realidad que normalmente están por debajo del umbral de consciencia cotidiana. Con el **rapé** — el tabaco sagrado inhalado, que limpia los canales energéticos con la misma violencia gentil con que la lluvia limpia el polvo de las hojas.

Los territorios fueron muchos. El Putumayo colombiano — esa selva densa donde la medicina ancestral tiene siglos de práctica ininterrumpida y donde los chamanes conocen su oficio con la precisión de cirú janos. La Sierra Nevada de Santa Marta — esa montaña sagrada de los arhuacos y los kogis que se eleva desde el mar Caribe hasta los cinco mil metros y que guarda un conocimiento que ninguna universidad occidental ha podido sistematizar completamente. Los Montes de María. Las montañas colombianas. Perú — el Valle Sagrado de los Incas, Machu Picchu, todos los lugares donde la civilización andina

dejó marcas de su comprensión del cosmos que todavía vibran para quien sabe sintonizarse.

* * *

IV. El desierto de Sonora

El viaje a México comenzó de la manera en que comienzan las mejores aventuras: sin que nadie lo hubiera planeado del todo.

Un amigo. Cantante. De esos que cuando llegan a una ciudad la ciudad lo sabe. Llegó a Colombia, dio su concierto, y llamó a Pedro Gregorio. Así de simple. Así de directo. La clase de llamada que uno recibe y sabe antes de contestar que lo que viene después no va a ser ordinario.

Fueron al concierto. Después, la farra — esa palabra caribeña que no tiene traducción exacta porque contiene en sus cuatro letras todo un modo de celebrar la vida que el diccionario no alcanza a capturar. Y en algún punto de esa noche, alguien dijo Medellín, y todos dijeron que sí.

Sofía y Emma iban con él. Siempre Sofía y Emma — sus dos ángeles de ese período.

De Medellín, el artista tomó su vuelo a Miami. Pedro Gregorio, con Sofía y con Emma, tomó el camino que señalaba el siguiente capítulo: México.

Estuvieron un solo día en Medellín. Al día siguiente fue el vuelo.

El avión no era un avión comercial.

Era un jet privado — el tipo de aeronave que uno ve desde las ventanas de las terminales y frente al cual siempre ha pensado quién viaja en eso. Capacidad para trece pasajeros sentados. Ese día iban cinco. Cinco pasajeros, dos pilotos, siete tripulantes en total — una proporción que dice todo sobre el tipo de experiencia que estaba a punto de comenzar.

El interior tenía esa quietud de los espacios diseñados para pocos. Los asientos de cuero. El silencio que no es silencio sino ausencia del ruido de multitud. La sensación de que el avión no transporta sino acompaña.

Despegaron hacia el norte.

Hay una confesión que hacer aquí.

Era su primera vez en un jet privado.

No lo hizo porque fuera su costumbre ni porque lo hubiera planeado. Lo hizo en gran medida por ellas — por Sofía y por Emma, que lo empujaron de esa manera particular que tienen ciertas personas de empujar sin que parezca que están

empujando. Un gesto. Una frase dicha en el momento exacto. Algo que ocurría justo cuando la duda levantaba la cabeza.

Porque hubo dudas. Varias. De esas que llegan disfrazadas de sentido común y que en realidad son solo miedo con traje nuevo. ¿De verdad me voy a México así? ¿De verdad hago esto? Y cada vez que aparecía esa pregunta, Sofía o Emma hacían o decían algo que la disolvía sin esfuerzo aparente.

Se lo agradece. Porque sin ese empuje suave y constante, quizás la prudencia hubiera ganado — y la prudencia, en ese momento de su vida, hubiera sido una pérdida enorme.

El pre fue muy bacano.

Esa noche en Medellín, antes del vuelo, vieron peleas de gallos.

Las peleas de gallos tienen en América Latina una historia que se remonta a la Colonia — una tradición que mezcla lo festivo con lo brutal de una manera que incomoda al foráneo y que el local lleva en los huesos como parte del paisaje de su infancia. Los gallos entran al ruedo con esa dignidad involuntaria de quien no sabe exactamente lo que viene, y el público alrededor apuesta con la misma concentración con que otros juegan a la bolsa. Había billetes que cambiaban de mano con una velocidad que hubiera hecho envidiar a cualquier corredor de Wall Street.

Para Pedro Gregorio, que viene del Caribe donde las peleas de gallos son parte del tejido cultural desde siempre, la escena era familiar y ajena al mismo tiempo — familiar por el ambiente, ajena por la intensidad paisa de las apuestas.

Esa fue la última imagen de Colombia antes del vuelo. Los gallos. Las apuestas. La noche de Medellín con toda su energía particular. Y al día siguiente, el jet.

Sobrevolando México, apareció Hermosillo.

Sonora se presenta desde el aire como lo que es: inmensidad. Un plano enorme que se extiende en todas direcciones sin pedir permiso, con montañitas discretas salpicadas aquí y allá — y en una de ellas, unas antenas. Pedro Gregorio las vio desde la ventana del jet y no las olvidó. Hermosillo, desde arriba, tiene esa honestidad de los lugares que no intentan parecer más de lo que son.

Pero el destino no era Hermosillo. Y la llegada no fue por el camino convencional.

Aterrizaron en una pista.

No un aeropuerto. Una pista. De esas que existen en el desierto mexicano con la discreción de lo que no necesita anunciarse. No había terminal, no había migración, no había ventanillas ni sellos

ni formularios. Había la pista, el cielo abierto de Sonora, y unas camionetas esperando.

Pedro Gregorio no hizo preguntas. Hay experiencias que se reciben como se ofrecen — con la confianza de quien entiende que ciertas puertas solo se abren en una dirección y que mirar demasiado los goznes arruina el misterio. Se montó. Y punto.

Fue una experiencia sin pasaporte.

Lo dice así, con esas cuatro palabras, y deja que el lector complete lo que quiera completar. Porque en este libro hay honestidad, pero también hay prudencia. Y la prudencia, en ciertos territorios, es una forma de sabiduría.

Las camionetas avanzaron por el desierto. El silencio de Sonora a esa hora tenía una textura particular — no el silencio de lo vacío sino el silencio de lo muy lleno de cosas que no hacen ruido. Cactus. Polvo. Cielo. La distancia entre un punto y el siguiente medida en tiempo, no en kilómetros, porque en el desierto los kilómetros mienten.

Llegaron al rancho del Señor.

El Señor — así, con mayúscula, porque ese era el tratamiento que el contexto imponía sin que nadie lo discutiera — tenía un rancho. Y dentro del rancho, por allá en un rincón generoso y

discreto, estaba la casa de Jacinto.

Jacinto era un personaje. De esos personajes que existen en las órbitas de los hombres importantes y que llevan en su existencia la huella de ese peso — no como carga sino como distinción. El Señor lo había apadrinado. Y el apadrinamiento, en ese México profundo y antiguo donde los vínculos entre padrinos y ahijados tienen una densidad que el mundo urbano ya no entiende bien, era un contrato de lealtad y de cuidado que iba en ambas direcciones.

La casa de Jacinto era su casa. Le habían hecho su ranchito — tipo lacería, con ese gusto norteño que mezcla lo funcional con lo que hay que mostrar. Y en el patio, como pieza central y objeto de orgullo visible, una camioneta.

No cualquier camioneta.

Una de las antiguas. De esas camionetas de los años cincuenta que el tiempo no ha podido mejorar porque ya eran perfectas — doble cabina, carrocería que hoy llamaríamos vintage y que entonces era simplemente la camioneta, restaurada con un cuidado que solo tienen los hombres que entienden que ciertas cosas merecen ser preservadas. Nuevecita. Impecable. Estacionada en ese patio del desierto de Sonora como si el tiempo hubiera decidido detenerse alrededor de ella y seguir adelante sin llevársela.

Pedro Gregorio la miró. Y en esa camioneta, en ese patio, en ese rancho al que llegó sin pasaporte por una pista sin nombre en el desierto de Sonora, sintió algo que solo produce el contacto con mundos que operan con sus propias reglas, su propia ética y su propia belleza.

Que de todo hay en este mundo. Y que todo, absolutamente todo, tiene algo que enseñar.**Jacinto**. Un hombre de los que existen en el margen del mapa oficial. Un custodio. En el patio de su casa había una pared hecha de cactus — cientos de cactus crecidos uno encima del otro durante décadas hasta formar una masa verde y espinosa. Y en esa pared, alguien había abierto una puerta con forma de arco, perfectamente trazada por manos humanas. Una puerta hecha de cactus, en el desierto, que llevaba a otro lado.

El **peyote** en ese lugar fue la primera vez que Pedro Gregorio entendió con todo el cuerpo — no solo con la mente — que existen dimensiones de la realidad a las que el cerebro ordinario no tiene acceso porque no está calibrado para recibirlas. No porque sean sobrenaturales. Sino porque la civilización moderna ha entrenado al cerebro humano para percibir solo lo que es inmediatamente útil para la supervivencia y el consumo, y ha tapado todo lo demás.

* * *

Las fuerzas que intentaron someterme

Hubo fuerzas que intentaron someterme.

Hubo energías resentidas con el Padre que intentaron someterme.

Hubo una especie de feminidad grotesca — no la feminidad sagrada sino su distorsión — que se presentó como una caricatura. Rasgos que recordaban a seres del Asia pero deformados, como insectos que pretendieran ser humanos. Y esa energía comenzó a crecer cuando se dio cuenta de que no podía engañar. Cuando comprendió que la estrategia del miedo no estaba funcionando, escaló.

Y entonces Pedro Gregorio descubrió que no tenía idea de lo que era el miedo.

Creía que sí. Venía de San Marcos, Sucre — un pueblo donde la muerte no era abstracta. Donde de niño vio cuerpos flotando en el río San Jorge, siendo devorados por babillas. Donde vio partes de personas, huesos, lo que queda cuando la violencia termina su trabajo. Donde le tocó cargar cosas que un niño no debería cargar — en todos los sentidos de esa palabra. Había visto la maldad de frente. La maldad lo había mirado a los ojos. E intentó

penetrar su ser. No pudo. Siempre hubo algo en él que la maldad no pudo permear.

Pero lo que se presentó en ese proceso era de otra categoría.

El terror manufacturado por esa entidad — las imágenes más espantosas que puede producir una mente amplificada al máximo de su sensibilidad — no tenía comparación con ningún miedo terreno. Ver que le explota la cabeza a alguien. Un brazo seccionado por una motosierra. Cuerpos en el río. Fragmentos de humanidad dispersos. Todo, amplificado, inmediato, sin la distancia que da la pantalla o el tiempo.

Ese es el arsenal de las entidades que pretenden doblegar: usar los miedos más profundos del ser humano — el miedo a la muerte, a la destrucción del cuerpo, a la disolución del yo — como palancas para generar sumisión.

La respiración — el arma que nadie puede quitarte

Fue en ese momento que Pedro Gregorio recordó lo que Arnaud le había enseñado. Lo que el Che y los maestros que guiaron los inicios de su liberación habían transmitido con la sencillez de las verdades que funcionan:

Cuando tengas miedo — respira.

Toma tres respiraciones profundas. Inhala. Exhala tres veces. Con cada toma de aire, ese aire te empodera. Te llena de fuerza. Te llena de una energía que recorre el cuerpo, la mente, y se adueña de todo en ti. Potencia la voluntad. Activa algo primordial que ninguna entidad puede bloquear porque viene de la misma fuente de la que vienen todas las cosas — incluyendo las que pretenden doblegarte.

Con cada respiración, más fuerte ante esa entidad.

Y al final — después de respirar, de sostenerse, de no ceder — ocurrió algo que no esperaba: la integración. Pedro Gregorio no venció a esa energía derrotándola. La integró. Comprendió el conflicto cósmico entre las polaridades — positivo y negativo, masculino y femenino, luz y sombra — no como una guerra que termina con un ganador, sino como la tensión creativa que sostiene la existencia entera.

Es un conflicto cósmico. Y ambas polaridades emanan de la misma fuente.

* * *

Las entidades en el espectro — y el destierro de los paraísos

Salir de ese estado fue un proceso largo. La depresión posterior — ese estado que busca el aislamiento para poder procesar, integrar, digerir lo que ocurrió — es parte del camino. No es patología. Es el sistema nervioso haciendo exactamente lo que tiene que hacer: tomar distancia del mundo para que la experiencia pueda ser somatizada, incorporada, convertida en sabiduría que el cuerpo pueda transmitir.

Lo que Pedro Gregorio comprendió en ese proceso tiene implicaciones que van más allá de la experiencia personal. Las entidades que habitaron ese espacio — las energías resentidas, las polaridades en conflicto — no viven solo en los estados alterados. Viven en el espectro. En las frecuencias que no son visibles pero que atraviesan todo — el mismo espectro donde viaja la información del Bluetooth, del WiFi, de las ondas electromagnéticas que hoy rodean al ser humano en una densidad sin precedentes históricos.

Con tanta tecnología, esas entidades están encontrando la forma de atravesar ese espectro y entrar al mundo material a través de frecuencias que la tecnología regula y amplifica.

Esto no asusta a Pedro Gregorio. No lo paraliza. Es simplemente algo que ya está pasando. Y entenderlo — comprenderlo sin pánico ni negación — permite moverse en ese paisaje con inteligencia, sin ir en contravía de energías que son, en última instancia, parte de la misma fuente de todo.

La fuente divina. La fuente del Padre. La fuente del Creador.

Hubo personas que ayudaron a sanar. Personas que ayudaron a entender que lo que ocurría no era victimización — era proceso. Que el destierro de todos los lugares donde alguna vez se expresó el amor no era castigo sino consecuencia natural de algo específico:

Despertar.

Poner límites. Adquirir conciencia. Comenzar a tomar decisiones autónomas — no influenciadas por terceros, no dictadas por el miedo, no elegidas para complacer sino para ser. Cuando Pedro Gregorio comenzó a convertirse en un ser autónomo, fue expulsado de los espacios que dependían de su no-autonomía para funcionar.

Así funciona. Siempre ha funcionado así.

Cuando uno adquiere la conciencia, es expulsado de los paraísos.

No como castigo — como iniciación.

* * *

La crueldad infantil — lo que ocurre cuando no hay un adulto presente

Hay algo que Pedro Gregorio tiene que reconocer.

Cuando somos niños también somos crueles. No por maldad en el sentido adulto de la palabra — sino porque somos seres que apenas están aprendiendo que llevan dentro las dos fuerzas. La capacidad de hacer el bien y la capacidad de hacer el mal cohabitan en el mismo ser desde el principio. Son válidas las dos. Son reales las dos. Y mientras no llega el adulto que orienta, que nombra, que dice esto que estás haciendo causa daño — esa criatura opera desde la pura energía sin brújula.

Hay una película que Pedro Gregorio vio en la infancia que lo ilustra con una precisión que ningún tratado académico ha igualado. Un naufragio. Un grupo de niños que quedan solos en una isla. Sin adultos. Sin reglas. Sin la estructura que contiene lo que aún no tiene nombre ni forma reconocible.

Lo que ocurre en esa isla es exactamente lo que la psicología llama desregulación moral en ausencia de figuras de apego y autoridad: los niños forman tribus. Se dividen. Se enfrentan. La violencia escala. Hay muerte. Hay rituales. Hay una regresión hacia algo muy antiguo dentro del ser humano — algo que la civilización ha aprendido a contener pero que no ha desaparecido.

Y cuando llegan los adultos a rescatarlos — cuando aparece la figura de autoridad que representa el mundo que conocían — los niños colapsan. Lloran. Vuelven a ser niños. Como si los meses en la isla hubieran sido un paréntesis, una dimensión paralela que se cierra de golpe en el momento en que el contexto los devuelve a su estado original.

Ese colapso no es hipocresía. Es la demostración más clara de que la crueldad no era su naturaleza esencial — era la respuesta de un ser sin contenedor, operando con las herramientas que tenía en el entorno que encontró. La inocencia no murió en esa isla. Quedó suspendida, esperando las condiciones para volver.

Pedro Gregorio no recuerda el nombre exacto de esa película. Si el lector la conoce, ya sabe de qué se habla. Si no — la obra que más se acerca a esa descripción es El señor de las moscas de William Golding (Lord of the Flies, 1954), novela que ha sido llevada al cine en múltiples ocasiones y que la psicología y la educación usan desde hace décadas como texto de referencia sobre la naturaleza humana sin supervisión.

La ciencia detrás de la crueldad infantil

El psicólogo Jean Piaget documentó que los niños menores de siete años no tienen completamente desarrollada la capacidad de toma de perspectiva — la habilidad cognitiva de entender que

el otro siente, que el otro sufre, que el otro tiene un mundo interior tan real como el propio. Sin esa capacidad, el daño que se causa no se registra de la misma manera que en el adulto. No es ausencia de conciencia moral — es inmadurez de los circuitos que la sustentan.

Lawrence Kohlberg, que estudió el desarrollo moral durante décadas, identificó que los niños en sus etapas tempranas operan desde una moralidad preconvencional: las acciones son buenas si producen recompensa y malas si producen castigo. Sin adulto presente — sin consecuencia externa — la brújula moral simplemente no tiene punto de referencia.

Philip Zimbardo, conocido por el experimento de la prisión de Stanford, argumentó toda su vida que la crueldad humana no es característica de individuos malos sino de situaciones que eliminan las estructuras de contención. El niño poderoso sin conciencia y sin adulto presente es exactamente esa situación — con el agravante de que el niño todavía no tiene los circuitos neurológicos para resistir lo que el entorno le ofrece.

La naturaleza depredada — y el correctivo del Padre

Pedro Gregorio depredó. Lo dice con la honestidad de quien ya procesó ese pasaje de su historia. Siendo niño en San Marcos, con la libertad que da un pueblo abierto y la energía desbordada

de quien todavía no sabe lo que hace, asesinó especies. Muchas. Miles de millones de seres que en ese momento eran simplemente el objetivo de una fuerza sin dirección.

La naturaleza busca la manera de compensar. Nueva vida surge donde hubo destrucción. El ciclo continúa con o sin la comprensión del que lo interrumpió.

Y el Padre — omnisciente, sabio, que conocía lo que sus hijos iban a hacer antes de que lo hicieran — ya tomó los correctivos. No como castigo retroactivo. Como arquitectura del sistema: construyó un mundo donde la destrucción genera condiciones para la regeneración, y donde el ser que destruyó sin conciencia puede, con el tiempo y con la gracia, convertirse en el ser que cuida.

Eso también es parte del proceso.

El bien y el mal son dos fuerzas constantes en tensión permanente.

Ser consciente de esa tensión es lo que permite mantenerse en el centro.

No se puede evitar que la vida tome su curso. No se puede evitar que lo que debe ser, sea. Lo único que está en las manos del ser consciente es la dirección desde la que se observa — y desde esa

dirección, la elección de no dejarse llevar por ninguna de las dos corrientes hacia los extremos donde se pierde el centro.

Referencias:

Golding, W. Lord of the Flies. Faber & Faber, 1954. [Versiones cinematográficas: 1963 dir. Peter Brook; 1990 dir. Harry Hook]

Piaget, J. The Moral Judgment of the Child. Free Press, 1965.

Kohlberg, L. The Philosophy of Moral Development. Harper & Row, 1981.

Zimbardo, P. The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil. Random House, 2007.

Bandura, A. 'Mechanisms of moral disengagement in the exercise of moral agency.' Journal of Personality and Social Psychology 71(2), 364-374 (1996).

Las plantas destapan. Esa es su función. No crean nada que no estuviera ya ahí — simplemente abren lo que estaba cerrado.

Lo que Pedro Gregorio encontró cuando se abrieron esas puertas no tiene traducción completa al español ni a ningún otro idioma humano. Hay cosas que el lenguaje puede apuntar pero no contener. Diría que vió seres de luz. Que tuvo conversaciones con consciencias que no tenían cuerpo. Que atravó galaxias en la camioneta Ford de los cincuenta parqueada entre los pinos. Que el tiempo se dobló hasta dejar de ser una línea y convertirse en algo más parecido a un espejo.

Lo que sí puede decir con precisión es lo que trajo de vuelta: la certeza absoluta de que lo material perece. Que ninguna riqueza, ningún poder, ningún apellido, ninguna venganza, ninguna victoria egoía se lleva consigo. Que lo único que atraviesa con uno es la consciencia. Y que el amor — no el amor romántico sino el amor como estado fundamental del ser — es la única moneda que tiene valor en todos los reinos, no solo en este.

* * *

V. La molécula de dios

Hay una sustancia que los químicos llaman **dimetiltriptamina**. Los indígenas amazónicos la nombran de otras formas, según su lengua y su cosmología. En ciertos desiertos de México, los chamanes la extraen de un sapo que emerge de la tierra una sola época al año — como si el universo programara su aparición para cuando se le necesita. Lo capturan con reverencia. Le extraen la toxina de la piel con la delicadeza de un cirújano que opera un corazón. Lo sueltan. La toxina se cristaliza al sol del desierto como lágrimas de luz endurecidas. Se fuma en una sola inhalación.

Dura quince minutos.

Quince minutos que contienen la eternidad.

Pedro Gregorio no tiene palabras para lo que ocurrió. No porque le falten — las palabras rara vez lo abandonan. Sino porque lo

que vivió ocurrió en un registro donde el lenguaje humano no tiene jurisdicción. Es como intentar describir el azul a quien nació ciego: el instrumento no alcanza para el territorio.

Lo que puede decir es esto:

El techo del mundo se abrió.

No como metáfora. Literalmente. La realidad que había conocido toda su vida — el cielo raso, la gravedad, el tiempo que avanza en una sola dirección — se disolvió como sal en agua caliente. Detrás de esa realidad había otra. Y detrás de esa, otra más. Capas infinitas de existencia apiladas unas sobre otras, cada una más luminosa que la anterior, como si el universo fuera una cebolla hecha de luz y él estuviera pelando, veloz y mareado y aterrorizado y maravillado al mismo tiempo, capa tras capa hasta llegar al centro.

Y en ese centro — donde ya no había Pedro Gregorio ni ego ni apellido truncado ni páginas arrancadas — encontró algo inesperado.

Reconocimiento.

Como cuando se llega a casa después de un viaje muy largo. Como si toda la vida — San Marcos, la ciénaga, Rodrigo, la hacienda, el bisabuelo alemán, Valentina, el balcón con las estrellas, la rodilla destrozada pedaleando hacia su hijo — hubiera sido el camino hacia ese único instante de saber quién era él en realidad.

Y lo que encontró allí no fue terror ni locura. Fue, de manera abrumadora e incontrovertible:

Amor incondicional. Amor que no pide explicaciones. Amor que no castiga. Amor que existe independientemente de todo lo que uno haya hecho o dejado de hacer.

Perdonado. En el acto. Sin tribunal. Sin papeleo. Sin la necesidad de demostrar nada a nadie.

Pedro Gregorio lloró en ese rancho del desierto de Sonora. De la única manera en que lloran los hombres cuando ya no hay nadie mirando — sin testigos, sin performance, sin la necesidad de explicar nada a nadie. El llanto que limpia. El llanto que suelta.

Y en el fondo de ese llanto — más allá de todo el dolor y la culpa — encontró algo que nadie le había prometido:

Gratitud.

Por cada lágrima. Por cada herida. Por cada decisión equivocada que lo había traído exactamente ahí — a ese rincón del desierto mexicano, bajo ese cielo de Sonora que no juzga — donde finalmente pudo soltarlo todo.

* * *

A mis hermanos

A mi hermano mayor.

Gracias por protegerme cuando se presentó la oportunidad. Los dos hermanos que se pelean, que se miden, que se prueban — y el mayor que cuando llega el momento real, el momento que importa, cierra filas. Eso no se olvida. Eso es lo que queda cuando se retira todo lo demás.

Gracias por todo lo que hiciste y por todo lo que has hecho por mí.

A mi hermano Luis José.

Gracias por tus detalles especiales. Los que llegan sin anuncio, sin protocolo, sin necesitar reconocimiento — los que simplemente aparecen porque así eres tú. Gracias por ser esa persona especial que eres en mi vida.

A mi hermana.

Gratitud por estar allí cuando la he necesitado. Por esa presencia que no pregunta demasiado y que da exactamente lo que hace falta.

Los tres. La sangre que no se elige y que sin embargo — o precisamente por eso — es el vínculo que ninguna distancia ni ningún tiempo deshace del todo.

Con amor.

* * *

VI. La química del alma

Lo que las plantas abren hay que cerrarlo bien. Eso también aprendió. Y para cerrarlo bien, primero hay que entender qué abrieron.

La **psilocibina** — la molécula activa de los hongos sagrados, los *niños santos* como los llaman los mazatecos — es en sí misma una sustancia inerte. Lo que hace el cuerpo con ella es la magia. Al ingerirla, las enzimas intestinales la convierten en **psilocina**, que tiene una estructura química casi idéntica a la serotonina — ese neurotransmisor que el cerebro usa para regular el estado de ánimo, el sueño, el apetito, la percepción del tiempo. La psilocina se une a los receptores serotoninérgicos del córtex prefrontal y del sistema límbico con una afinidad extraordinaria, particularmente al receptor **5-HT2A**. Y al hacerlo, desactiva temporalmente la **red neuronal por defecto** — esa red cerebral que genera el sentido del yo, la narrativa continua de quién uno es, el filtro constante que separa el self del mundo.

Cuando esa red se silencia, las barreras entre el observador y lo observado se disuelven. El ego — esa construcción que Pedro Gregorio había tardado décadas en identificar y años en desmantelar — se apaga como una pantalla que pierde corriente. Y lo que queda, cuando el ruido del yo se detiene, es algo que la neurociencia llama *experiencia oceánica* y que los chamanes llaman, simplemente, la verdad.

Con siete gramos de hongos secos — una dosis que los investigadores de Johns Hopkins llamarían "alta" y que los chamanes mazatecos llamarían "la dosis del viaje completo" — Pedro Gregorio pasó varias horas en ese estado. Cada hora equivale, en términos de información procesada, a meses de terapia convencional. El cerebro crea nuevas conexiones sinápticas a una velocidad que en condiciones ordinarias requeriría años. La neuroplasticidad se dispara. Los patrones de pensamiento rígidos — los que llevan décadas repitiéndose como surcos grabados en piedra — se ablandan, se vuelven maleables, se pueden reescribir.

Eso es, en términos bioquímicos, lo que ocurrió en esas ceremonias. El resto — las visiones, los ancestros, la luz, el amor incondicional — son la experiencia subjetiva de un cerebro que finalmente tiene permiso para verse a sí mismo desde afuera.

[DIAGRAMA SINÓPTICO: PLANTAS SAGRADAS - Mecanismo en el cerebro]

Ver versión visual completa en el archivo HTML del capítulo correspondiente.

* * *

La dimetiltriptamina — el DMT que Pedro Gregorio fumó en Sonora, en ese rancho del desierto — opera de manera diferente y mucho más rápida que cualquier otra molécula psicoactiva conocida.

El DMT existe de forma endógena en el cuerpo humano. La glándula pineal, ese pequeño órgano en el centro del cerebro que Descartes llamó "el asiento del alma", lo produce naturalmente — en cantidades mínimas durante la vigilia, en cantidades mayores durante el sueño profundo, y según algunas investigaciones, en una descarga masiva en los momentos del nacimiento y la muerte. Cuando se introduce desde afuera, en la concentración que contiene la toxina del sapo, los receptores 5-HT2A del córtex se saturan en segundos.

El resultado es lo que Pedro Gregorio vivió: una disolución completa de la realidad consensuada en menos de un minuto, seguida de una experiencia que puede durar subjetivamente horas aunque el reloj marque quince minutos. El tiempo, que es una construcción del córtex prefrontal, deja de existir como concepto operativo. La separación entre sujeto y objeto — el fundamento de toda experiencia ordinaria — colapsa. Lo que queda es conciencia pura, sin contenedor.

Es, en el sentido más literal de la palabra, la experiencia de ser sin ser alguien.

El **cactus San Pedro** — la otra planta del recorrido — contiene mescalina, una feniletilamina que actúa sobre los mismos receptores serotoninérgicos pero con una duración de ocho a doce horas y una calidad de experiencia más terrena, más visual, más integrada con el cuerpo físico. Los huicholes lo usan para caminar. Para pensar. Para ver el mundo con los ojos limpios de quien no ha sido condicionado todavía a no ver.

* * *

Y luego está el **cannabis**.

Una planta de energía femenina — así lo describen los chamanes, y así lo confirma la bioquímica a su manera. Los **cannabinoides** que contiene — principalmente el **THC** (tetrahidrocannabinol) y el **CBD** (cannabidiol) — se unen a los receptores del sistema endocannabinoide, una red de receptores distribuida por todo el cuerpo y el cerebro que los humanos llevamos dentro y que la ciencia descubrió apenas en los años noventa. Ese sistema regula el dolor, la inflamación, el sueño, el estado de ánimo y la respuesta al estrés.

Para Pedro Gregorio, el cannabis medicinal resolvió algo muy concreto: la rodilla destrozada en el accidente frente al Teatro Heredia generó un dolor crónico que los médicos trataron con opioides. Los opioides funcionan — bloquean los receptores del dolor con eficacia brutal — pero crean dependencia física y generan una depresión química que se instala despacio y cava profundo. El CBD inhibe la recaptación de anandamida — el

"cannabinoide de la felicidad" que el propio cuerpo produce — y activa canales de calcio que modulan la transmisión del dolor sin los efectos depresivos de los opiáceos. El THC, por su parte, activa los receptores CB1 del cerebro, produciendo analgesia y un estado de calma que permite que el sistema nervioso deje de estar en modo de alerta constante.

La rodilla que quedó después de la cirugía ya no es la rodilla que fue. Eso no tiene arreglo. Pero el dolor puede ser manejado, la inflamación puede ser controlada, y la mente puede estar lo suficientemente tranquila para funcionar sin la niebla química que los opioides dejan.

Pedro Gregorio eligió esa opción. Obtuvo su licencia del Ministerio de Salud colombiano. Y encontró, en la planta que durante décadas había rechazado por el trauma familiar de Rodrigo, la ironía perfecta de un universo que siempre coloca la cura exactamente donde uno menos quiere mirar.

El mismo universo que puso las páginas arrancadas en el Carmen de Bolívar. El mismo que mandó a Sebastián José con cinco años a la vida de Pedro Gregorio exactamente cuando lo necesitaba. El mismo que tiene, evidentemente, un sentido del humor muy desarrollado y una paciencia infinita con los que tardan en ver lo que está ahí, esperando, desde el principio.

* * *

VII. Joe Dispenza y el lenguaje de la ciencia

Valentina sabía que Pedro Gregorio había estado leyendo a **Joe Dispenza** durante meses. Los libros abiertos en el balcón. Las notas al margen. Las preguntas que él hacía en voz alta sobre neuroplasticidad y epigenética y el poder del pensamiento para reconfigurar la biología. Era una de esas ironías del matrimonio: que la misma mujer con quien todo se había complicado fuera la que le diera el regalo que necesitaba.

Para uno de sus cumpleaños, Valentina le regaló dos entradas para el congreso que Joe Dispenza haría en Bogotá en **enero de 2020** — en el Centro de Convenciones Ágora, un espacio pensado para exactamente ese tipo de encuentro: miles de personas reunidas alrededor de una idea que no cabe en un libro, que necesita ser vivida en presencia, en silencio colectivo, en ese estado particular que se genera cuando una multitud decide, al mismo tiempo, prestarle atención a su mundo interior.

Pedro Gregorio había leído *Deja de ser tú*. Había leído *Desarrolla tu cerebro*. Conocía la teoría — cómo los pensamientos repetidos crean circuitos neuronales que el cerebro termina confundiendo con la identidad, cómo el estrés crónico mantiene el cuerpo en un estado de emergencia permanente que destruye la salud, cómo la meditación no es un ejercicio espiritual sino una tecnología de reprogramación cerebral con evidencia científica medible.

Pero escucharlo en vivo fue otra cosa.

Dos días de congreso que conectaron todos los puntos. Lo que las plantas le habían mostrado en el lenguaje del cuerpo y las visiones, Dispenza lo explicaba en el lenguaje de la neurociencia y la física cuántica. Dos idiomas distintos que describían el mismo territorio. La red neuronal por defecto. La coherencia cardíaca. El campo electromagnético del corazón. La forma en que el cuerpo, cuando se mantiene atrapado en emociones del pasado, vive en un estado biológico de tiempo pasado — como si la guerra todavía estuviera ocurriendo aunque hayan pasado décadas desde el último disparo.

Pedro Gregorio hizo el clic. Todo el recorrido — las fogatas de la abuela Gabriela, las plantas del Che, el desierto de Sonora, las noches de meditación en el balcón, los treinta y tres kilos perdidos — tenía una explicación científica coherente. No era magia. Era biología. Era el cuerpo haciendo lo que el cuerpo está diseñado para hacer cuando uno deja de estorbarle.

Y hay algo más que conectó en ese congreso, algo que ningún libro le había dicho explícitamente pero que en presencia de Dispenza se volvió obvio: que su abuelo paterno **Manuel Montiel Guerrero** — el boticario del pueblo, el carpintero, el hombre que hacía muebles y preparaba remedios con plantas en San Marcos — había sabido todo eso sin haber leído a Dispenza ni haber ido a ningún retiro. Lo sabía con las manos. Con el olfato. Con esa inteligencia ancestral de los que crecen entre plantas y aprender a leerlas antes de aprender a leer palabras.

El abuelo Manuel también había sido promiscuo — dos hogares, como el bisabuelo Juan Federico Holmann, como si esa tendencia también viajara en el ADN de los hombres de esta familia junto con la inteligencia comercial y el gusto por las plantas. Pedro Gregorio lo pensó sin juzgarlo. Había aprendido a no juzgar los patrones que reconocía en sí mismo.

* * *

VIII. El COVID y el apartamento dividido

Dos meses después del congreso de Dispenza, el mundo se detuvo.

El COVID llegó a Colombia en marzo de 2020 y encerró a todo el país en sus casas. Para Pedro Gregorio y Valentina, que llevaban años compartiendo un apartamento como dos planetas en órbitas cada vez más distantes, el encierro fue la prueba de fuego definitiva. No la explosión — esa ya había ocurrido. Sino el momento en que quedó claro, sin posibilidad de negación, que lo que había entre ellos ya no era un matrimonio sino dos vidas paralelas que compartían dirección postal.

Valentina se instaló en la habitación principal con Netflix. Series de crímenes, thrillers, documentales de homicidios — esa programación que el algoritmo aprende a sugerirte cuando detecta que te genera dopamina, que te mantiene pegado, que sustituye el vacío con adrenalina. La pantalla encendida hasta las dos de la mañana. El volumen bajo para no despertar a

Sebastián. El mundo afuera paralizado y el mundo adentro también, pero de otra manera.

Pedro Gregorio se instaló en el balcón.

Había tomado una decisión que en ese momento parecía pequeña y que con el tiempo entendió que había sido de las más importantes de su vida: dejar de ver televisión. No reducirla. No filtrarla. Dejarla. Completamente. Hace ya varios años que no enciende una pantalla para recibir información que no haya elegido conscientemente. No noticias. No series. No el flujo constante de imágenes diseñadas para mantener el sistema nervioso en estado de alerta, de indignación, de miedo, de comparación.

El balcón tenía el mar. Tenía las estrellas. Tenía el silencio que en Cartagena nunca es silencio total — hay siempre una brisa, un pájaro nocturno, el sonido lejano de la bahía. Pero era un silencio elegido, un silencio que uno construye, que es distinto al vacío que deja el ruido cuando se apaga.

Meditaba. Leía. Escribía. Pensaba en Sebastián — que dormía adentro, creciendo en medio de todo eso, absorbiendo como los niños absorben todo, sin filtro ni pedido de permiso. Y se prometía que cuando todo eso terminara, cuando el COVID y el apartamento dividido y los años de guerra silenciosa finalmente llegaran a su conclusión inevitable, él iba a estar disponible. Presente. Con la rodilla rota si hacía falta. Con la bicicleta y las seis y cuarto de la mañana y la promesa que no tenía reversa.

El mundo, afuera, estaba descubriendo que no sabía estar solo. Que sin el ruido, sin el movimiento, sin la agenda llena, mucha gente no sabía qué hacer con sus pensamientos. Pedro Gregorio ya lo había descubierto antes. Ya había pasado por ese desierto. Ya estaba del otro lado.

El COVID no lo encerró. Lo confirmó.

* * *

Pedro Gregorio salió de ese período siendo otra persona. No en el sentido de que sus circunstancias hubieran cambiado — las circunstancias tardaron más en ponerse al día. Sino en el sentido de que su relación con esas circunstancias había cambiado fundamentalmente.

Ya no necesitaba demostrar nada. Ya no necesitaba poseer. Ya no necesitaba ganar ninguna batalla que no fuera la única que de verdad importa: la batalla interna, la que no tiene espectadores y que cada quien tiene que librar solo, en silencio, generalmente en las madrugadas.

Entendió algo sobre los animales que había cazado de niño. Que cada uno de ellos había pagado, de alguna manera, el precio de la sed de sangre que en él pedía salida. Que esa sed — formada en los años en que creció viendo violencia y sintiendo que el poder se ejerce sobre los seres más vulnerables — había necesitado un lugar donde descargarse. Y que el lugar que eligió

entonces, por fortuna, fueron los patos y los conejos y los pá jaros, y no los hombres.

Hoy tiene ocho gatos. Dos gatas, seis gatos. Un perro. La familia creciendo. El guardián del reino invisible, cuidando lo que no puede cuidarse solo.

Y cuando mira las estrellas desde el balcón de Cartagena — el mismo balcón del apartamento frente al mar donde pasó los últimos años del matrimonio construyendo en silencio la persona en que iba a convertirse — ya no las mira con la desesperación de quien busca una respuesta. Las mira con el reconocimiento de quien ya sabe, más o menos, de dónde viene.

Ese apartamento ya no es suyo. Es el de Sebastián. Es donde su hijo vive, donde crece, donde baja todas las mañanas a las seis y cuarto para encontrarse con su padre en la calle.

Pedro Gregorio vive ahora en un apartamento más modesto, en otro sector de la ciudad. Llegó a él después de un recorrido que no estuvo exento de dificultades — los meses después de la cirugía de rodilla los pasó convaleciando en la sala de la casa de un amigo que le ofreció techo cuando nadie más lo hizo. Esa paradoja que la vida tiene reservada para los que han vivido rodeados de círculos sociales amplios: en el momento de mayor vulnerabilidad, el que abre la puerta es el que uno menos esperaba. No la familia. No los conocidos de los restaurantes exclusivos. Un hombre que simplemente vio la necesidad y respondió.

Pedro Gregorio lo guardó en el lugar donde guarda las cosas que importan. Y siguió adelante.

* * *

VIII. Los alfareros

Después de las plantas, Pedro Gregorio entendió algo que había estado frente a él toda la vida sin que pudiera verlo con claridad.

Ha tenido grandes maestros. No todos lo sabían. No todos se presentaron como maestros. Algunos eran políticos. Otros eran empresarios que manejaban compañías con poder político, militar, económico, social, religioso. Algunos eran personas que tomaban caminos llenos de espinas — los mismos caminos que él recorrió en sus propios años oscuros. Todos, de una manera u otra, lo estaban formando.

Ha pasado por muchas manos de buenos alfareros.

Esa imagen lo acompaña: el alfarero que toma el barro y lo trabaja. No siempre con delicadeza. A veces con presión, con calor, con la fuerza que requiere dar forma a algo que no quiere tenerla todavía. El barro no sabe mientras lo trabajan que está siendo convertido en algo. Solo siente la presión. El calor. La mano que no cede.

Pedro Gregorio fue ese barro durante años. Lo prensaron los políticos que conoció desde niño. Lo cocieron los negocios que salieron bien y los que salieron mal. Lo moldearon las traiciones y las lealtades y las personas que pasaron por su vida — las que

vinieron a dar y las que vinieron a tomar y las que, sin saber que lo hacían, le enseñaron exactamente lo que necesitaba aprender.

El haber recorrido los caminos de espina — los caminos que la gente que no tiene opciones fáciles recorre, los que él recorrió por elección y por inconsciencia y por ego sin trabajar — le dio algo que ningún camino fácil puede dar: la capacidad de hablar sin juzgar. De entender desde adentro, no desde la distancia cómoda del que nunca cayó.

Y la compasión. Sobre todo la compasión con uno mismo. Ese perdonarse que no es excusarse sino reconocer que en cada momento uno actua con la conciencia que tiene disponible — ni más, ni menos. Que el que hirió no lo hizo porque quisiera herir sino porque estaba herido. Que el que destruyó no lo hizo porque fuera malvado sino porque nadie le había enseñado todavía cómo no hacerlo.

El ego sigue ahí. Pedro Gregorio no pretende que desapareció. Siempre está — buscando la rendija, esperando el momento de descuido, listó para volver a tomar posesión cuando la guardia baja. Pero ya lo conoce. Y lo que se conoce no asusta de la misma manera.

El ego no es el enemigo. Es la parte de uno que morirá junto con el cuerpo — ese biotraje temporal que carga el peso de la conciencia durante el tiempo que dura esta experiencia. El ego es humano, limitado, perecedero. Es lo que tiene nombre y

dirección y historia y cicatrices. Es lo que los demás ven cuando lo miran.

La conciencia es otra cosa. Impercedera. Luminosa. Cristalina. Diamantina. La conciencia es lo que mira desde adentro sin juzgar, lo que estuvo antes del nombre y estará después del cuerpo. Lo que reconoció su propio origen en ese bosque de pinos de Sonora, tirado en el piso, sin cuerpo que defender ni historia que proteger.

Eso es lo que atraviesa. Eso es lo que es eterno.

Y ese conocimiento — no como concepto sino como experiencia vivida, sentida, llorada — lo hace hoy un hombre que camina de otra manera. Sin necesidad de demostrar. Sin afán de poseer. Sin la urgencia del que no sabe quién es cuando se le quita todo lo que tiene.

Él sabe quién es cuando se le quita todo lo que tiene. Y eso es lo único que nadie le puede quitar.

* * *

Ya me he graduado en la escuela de la vida.

Ahora, hacia las estrellas.

A casa.

* * *

—

Los balcones — la jungla y el COVID

Estando casados aún en ese apartamento de Bocagrande, después de las primeras experiencias con la psilocibina y el cannabis de manera ceremonial — y con las demás plantas que ya habían empezado a mostrarle otras capas de la realidad — Pedro Gregorio comenzó a transformar los balcones de su casa.

Dos balcones. Una vista al mar. Y la revelación de que la naturaleza no necesita hectáreas para existir — necesita intención.

Empezó a comer frutos de temporada recogidos a la orilla de la carretera cuando salía de paseo — a Barú, a las Islas del Rosario, a Sincelejo, a Montería, a Barranquilla. Mamones, anones, guamas, pomarrosas, tamarindos, caimitos. Las frutas típicas del trópico y de la sabana costeña que sus antepasados conocían de memoria y que las generaciones actuales compran envueltas en plástico en supermercados refrigerados. Guardaba las semillas. Las germinaba en vasitos desechables. Las trasplantaba a macetas más grandes. Reciclaba tanques y potes y cualquier recipiente que pudiera convertirse en tierra.

Llegó el COVID. Y mientras el mundo se cerraba, los balcones de Pedro Gregorio se abrían. Ese tiempo en casa — que para la mayoría fue confinamiento y para él fue laboratorio — lo preparó para aprender cosas vitales que deberíamos saber y raramente nos enseñan: cómo atenderse a sí mismo, cómo suplir las necesidades básicas sin depender de factores externos, cómo la naturaleza, cuando se le da espacio y respeto, produce con una abundancia que ningún sistema económico ha podido replicar.

No le tuvo mucho miedo al COVID. Salió a hacer sus actividades con normalidad, se hizo respetar el tema de su movilidad. Pero el tiempo en casa lo aprovechó. Los balcones se convirtieron en una jungla real — aguacates, tamarindos, papayas, hierbas medicinales, plantas ornamentales, todo creciendo en vasitos y macetas y tanques reciclados con la misma lógica de abundancia que la naturaleza tiene cuando alguien la observa con atención.

Cuando fue posible, llevó los árboles más grandes a trasplantarlos en la finca de su padre. Y en esa tierra — ese suelo costeño que su familia había trabajado por generaciones — sembró aguacates, tamarindos y muchos árboles más. Se tomó el trabajo de hacerlo él mismo. De enterrar las raíces con sus propias manos.

El matrimonio ya estaba fracturado para ese entonces. Ya jugaban a hacerse daño mutuamente bajo el mismo techo. Pero el balcón era un refugio. Había paz ahí. El microjardin florecía mientras todo lo demás se deterioraba, y en ese contraste había

una enseñanza que Pedro Gregorio no supo nombrar en ese momento pero que entendería después: que la vida, cuando se le dan las condiciones correctas, crece incluso en los espacios más pequeños. Incluso en los momentos más oscuros.

Así como logró que esos árboles florecieran en dos balcones de un apartamento en Cartagena, logró todo lo que deseó en su vida. Todo, sin excepción. No hay nada que haya deseado con sinceridad y determinación que no haya obtenido. Sigue sucediendo hasta el día de hoy. Y en esa constancia hay algo que supera la voluntad individual — hay un orden, un principio, una ley que opera cuando la conciencia está alineada con lo que uno realmente es.

—

El guardián de la vida

Hay un cambio que ocurrió en ese período y que no tiene fecha exacta pero que Pedro Gregorio puede rastrear hasta esas noches en el balcón, entre las plantas que germinaban y el mar que se veía desde arriba.

Se convirtió en guardián de la vida. No solo de las plantas sagradas — de todo lo que vive. Delante de él no puede suceder algo que atente contra la integridad de ningún ser: del aire, del

agua, de una mariposa, de una avispa, de una hormiga haciendo su trabajo para su colmena. Eso que hace la hormiga nos beneficia directamente, colateralmente, de maneras que la ciencia apenas está empezando a documentar con el rigor que la tradición ancestral ya conocía de memoria.

El mal llamado 'animal' — porque el hombre necesita clasificar, jerarquizar, sentirse superior — es en realidad su hermano menor. Un ser con conciencia, con sentimientos, con miedos, con habilidades que en muchos casos superan las humanas y que opera con una geometría impecable dentro del ecosistema. Observarlos es una escuela. La hormiga, el halcón, el perro que protege, el gato que consuela — todos ellos enseñan lo que el ego humano raramente puede enseñar: la coherencia perfecta entre lo que se es y lo que se hace.

Pedro Gregorio sabe que él también estuvo en esa programación depredadora. Que consumió. Que participó de sistemas que destruyen lo que deberían proteger. Y de eso surge la compasión — no la compasión condescendiente del que se cree mejor, sino la compasión honesta del que reconoce su propia participación y decide actuar diferente a partir de ahora.

Esta escuela — este planeta, este suelo, esta agua, este aire — tiene una forma muy particular de enseñar. Lo hace a través de la observación. Cuando uno mira a un ave construir su nido, cuando mira el orden geométrico impecable de un panal, cuando ve a una ballena comunicarse con otra a través de cientos de

kilómetros de océano, entiende que hay una inteligencia operando en este lugar que antecede en millones de años a cualquier sistema que el hombre haya podido construir. Y que ese sistema, cuando se respeta, se encarga de todo.

Los ancestros lo sabían. Los sabios reales que alguna vez estuvieron aquí — los que construyeron Machu Picchu, los que diseñaron los canelones de la Mojana, los que trazaron las líneas de Nazca, los que levantaron pirámides con precisión que la ingeniería moderna no ha podido replicar — lo sabían. Y cuánta falta hacen. En estos instantes, cuánta falta hacen.

Continúa en el Capítulo X: "Sebastián"

* * *

La mente del creador en las plantas — reflexión meditativa

Estas conclusiones no llegan durante la ceremonia. Llegan después — en ese estado meditativo que surge cuando el estado alterado de conciencia se va desvaneciendo, cuando la química orgánica del cuerpo empieza a recuperar su equilibrio habitual y la mente, todavía expandida, todavía más permeable que de

costumbre, puede observarse a sí misma con una claridad que en el estado ordinario no alcanza.

La conclusión a la que llega Pedro Gregorio, una y otra vez, en esos estados intermedios, es esta:

Las plantas son la conciencia del Creador.

La mente que dio origen a todo lo que aquí percibimos, tocamos, bebemos, escuchamos y observamos — refiriéndose específicamente al mundo vegetal y al mundo animal — puso en cada creación la energía con que fue creada. Esa energía no desaparece con la forma. Permanece. Y cuando un ser humano entra en contacto con esa creación — cuando la come, cuando la bebe, cuando la toca, cuando la escucha — integra algo de esa energía original a su propio sistema.

Todo contacto es integración. Cuando tocas algo con la piel y sientes frío o calor, estás recibiendo información energética — una transferencia que en términos físicos llamamos conducción térmica, pero que en términos más amplios es la forma en que el universo comunica su estado a través del contacto. El sol no se limita a calentar — emite radiación electromagnética que el cuerpo recibe, procesa y convierte. Eso mismo ocurre, en otra escala de frecuencia, cuando se consume una planta sagrada.

La física cuántica lleva décadas documentando lo que las tradiciones chamánicas han sabido siempre: que todo tiene

carga, que la materia es energía condensada, que la información se transmite a través del contacto. El cannabis, la psilocibina, la ayahuasca no son excepciones a esta regla — son, quizás, los ejemplos más claros de cómo la energía de una creación puede reorganizar la energía de quien la recibe.

La polaridad dual que organiza el universo — positivo y negativo, calor y frío, masculino y femenino, expansión y contracción — es el mismo principio que el Tao describe como yin y yang, que la cábala llama din y hesed, que la física nombra como cargas opuestas. Dos corrientes que en solitario crean tensión, y que cuando se encuentran en el punto de equilibrio — cuando se unen sin anularse — producen armonía perfecta. La vida entera es ese encuentro buscado.

Y lo que Pedro Gregorio comprende en esos estados meditativos es que la función de las plantas sagradas no es evadir esa tensión sino comprenderla. Integrarla. Ver que los opuestos no son enemigos sino complementarios — que la oscuridad no es la ausencia de luz sino su condición de posibilidad.

Toda creación lleva la firma energética de su creador. Los hijos llevan la energía de sus padres. Las empresas llevan la energía de quienes las fundaron. Los objetos que usamos llevan la intención con que fueron diseñados. Y las plantas — que nadie diseñó excepto el Creador — llevan algo que ninguna manufactura humana puede replicar: la intención original, sin intermediarios, sin distorsión.

Esas son las creaciones de la mente divina. Las que no necesitan intermediario para hablar.

CAPÍTULO X

Sebastián

Cartagena de Indias — 2011 y después

"*El amor verdadero no se demuestra cuando todo está bien.*"
"*Se demuestra cuando pedaleas con la rodilla rota.*"
— Anónimo

Sebastián José nació el **26 de noviembre de 2011**. Un martes. En Cartagena de Indias, donde el Caribe huele a sal y a historia y a todo lo que Colombia tiene de más hermoso y de más complejo al mismo tiempo.

Pedro Gregorio llevaba un año casado con Valentina cuando nació su hijo. La vida tenía en ese momento una forma que él nunca hubiera sabido dibujar de joven — la fortuna, la familia, el apartamento con vista al mar, el trabajo que generaba más dinero del que necesitaba. Tenía todo lo que el mundo llama éxito.

Y sin embargo, algo estaba cambiando en él. Despacio, sin que pudiera nombrarlo todavía. Como cuando el nivel del agua baja en la ciénaga y empieza a emerger lo que siempre estuvo debajo.

Ese algo tenía el tamaño de un recién nacido. Tenía los ojos de Sebastián José mirándolo desde la cuna con esa intensidad particular de los que acaban de llegar al mundo y todavía no han

aprendido a fingir. Y Pedro Gregorio, sosteniéndolo por primera vez, sintió algo que ninguna experiencia anterior — ni el poder político, ni la riqueza, ni los viajes, ni los hongos del desierto de Sonora — le había dado: la certeza de que había algo en el mundo que importaba más que él mismo.

Eso debería haberlo cambiado todo de inmediato. Y algo cambió — pero despacio, a tropezones, con toda la resistencia que opone un ego que lleva años construyendo sus muros. La conciencia no llega de golpe. Llega en oleadas. Y la oleada más poderosa — la que realmente cambió el patrón de pensamiento, la que produjo el nuevo circuito — no llegó con el nacimiento de Sebastián. Llegó después. Cuando Sebastián ya estaba en el mundo, cuando ya era un niño pequeño que miraba a su padre con ojos que no perdonan la mentira.

Los errores que cometió en su matrimonio los cometió siendo ya padre. Con Sebastián José en el mundo. Eso es algo que carga con honestidad — y lo nombra porque callarlo sería una forma de mentira. Pero también es verdad que el despertar real, el que cambió la arquitectura de su pensamiento, llegó a través de las plantas sagradas — el kambó, el rapé, la psilocibina, el DMT — y ese proceso ocurrió cuando Sebastián ya había nacido, cuando ya era un niño pequeño. Fueron las plantas las que cambiaron el patrón. Fueron las plantas las que hicieron posible que Pedro Gregorio pudiera estar presente para su hijo de una manera que antes no era posible — porque él mismo no estaba presente para sí.

* * *

La noche que lo sacaron de su casa no hubo dramaturgia. No hubo golpes ni escenas de película. Hubo una discusión, la llamada de Valentina a su familia, y luego personas en la puerta diciéndole que era mejor que se fuera. Y él se fue.

Sin poder explicarle nada a Sebastián. Sin poder decirle: *no me voy porque quiero, me voy porque debo, pero vuelvo, siempre vuelvo.* Sin poder darle ese abrazo que los padres dan cuando saben que van a hacer falta y quieren dejar algo bueno para el tiempo que no estarán.

Salió a la noche de Cartagena con lo que tenía puesto y la certeza de que acababa de perder algo que no tenía precio. No el apartamento. No el matrimonio. Eso era recuperable o reemplazable. Lo que le dolía era otra cosa — la imagen de su hijo durmiendo adentro, sin saber que su padre acababa de cruzar una puerta que tardaría mucho tiempo en volver a abrirse desde ese lado.

Una amiga lo recibió esa noche. Una mujer que se había convertido con los años en algo difícil de clasificar — confidente, hermana elegida, presencia constante en los momentos donde la vida se pone seria. Le prestó un apartamento en un edificio bueno, cerca del mar, cerca de su hijo. Le dio el tiempo y el espacio para respirar.

Pedro Gregorio respiró. Y luego empezó a pensar.

* * *

Tres meses después, cuando quedó claro que Valentina no iba a facilitar las visitas — que el dolor se había convertido en distancia y la distancia en un muro — Pedro Gregorio tomó una decisión: se fue a Bogotá.

Llevaba en la cabeza un producto. Un spray que había desarrollado combinando su conocimiento de anatomía, su experiencia con las plantas medicinales y su comprensión de cómo el cuerpo procesa el dolor. Un aerosol de aplicación tópica que aliviaba dolencias musculares y articulares — simple en apariencia, complejo en su formulación, eficaz en los resultados.

Lo comercializó en gimnasios, farmacias, consultorios. Lo usaron equipos de fútbol profesional colombiano. Lo distribuyó en las principales cadenas del país. Y atrajo la atención de un laboratorio cuyos dueños — empresarios norteamericanos que reconocían la innovación cuando la veían — le ofrecieron primero comprarlo y luego, cuando él rechazó la venta, firmar un acuerdo de codesarrollo.

Pedro Gregorio desarrolló para ellos una línea completa de suplementación dietaria — cuarenta, cincuenta productos formulados con frutas, plantas y tubérculos que había ido conociendo en sus años de investigación chamánica y nutricional. Productos que ayudaban al sistema inmune, que hacían neurogénesis, que barrían radicales libres, que revertían

parte del daño de la alimentación ultraprocesada que el mundo moderno había normalizado.

Era buen trabajo. Trabajo creativo, inteligente, bien remunerado.

Pero Sebastián José estaba en Cartagena. Y cada día que pasaba en Bogotá era un día que su hijo crecía sin que su padre pudiera darle los buenos días.

Ese pensamiento no lo dejaba dormir.

* * *

La corona de espinas — la conciencia que libera

Hay una imagen que Pedro Gregorio no puede dejar de ver cuando piensa en todo lo que ha vivido.

La corona de espinas.

No como símbolo de martirio ni de religión — como metáfora de la conciencia. Porque la conciencia, al principio, duele. Duele como duelen las espinas cuando se apoyan en la frente. Duele porque obliga a ver lo que era más cómodo no ver. Duele porque desmonta las narrativas que el ego había construido para

sobrevivir. Duele porque la verdad, cuando finalmente se presenta sin filtros, no siempre es hermosa.

Pero cuando esa corona se quita — cuando el proceso de la conciencia completa su primer ciclo, cuando la sombra ha sido integrada, cuando el missraím ha sido reconocido y el alma ha comenzado a moverse hacia su liberación — lo que queda no es cicatriz. Es claridad.

Es un renacer. Es volver a nacer con los ojos abiertos. Ya nada es igual porque ya nada puede ser visto con los ojos anteriores. El mundo no cambió — cambió la perspectiva desde la que se mira. Y esa perspectiva nueva tiene un nombre que Pedro Gregorio ya conoce y que ya no puede fingir no conocer: Y ese renacer no llegó antes de Sebastián — llegó con él ya en el mundo. Sebastián estaba ahí cuando su padre empezó a despertar. Y en cierta manera, ese es el regalo más grande que un hijo puede darle a un padre: ser testigo del momento en que decide convertirse en alguien mejor.

LIBERTAD.

La libertad de quien es consciente de su propia liberación. La libertad del missraím abandonado — ese exilio interior del que habla la Cábala, esa estrechez del alma atrapada en sus propias cáscaras — finalmente resuelto no por un salvador externo sino por la decisión propia, sostenida en el tiempo, de mirar hacia adentro con honestidad.

Esa es la herencia que este libro quiere dejar. No los galeones, no los títulos, no los bienes que se construyeron y se perdieron. La herencia de saber que existe una corona de espinas — que la conciencia duele antes de liberar — y que vale la pena ponérsela, sostenerla, y esperar a que haga su trabajo.

Porque del otro lado de ese dolor está la vida que uno realmente vino a vivir.

* * *

* * *

Volvió a Cartagena con los recursos más ajustados. El año en Bogotá había sido bueno en muchas cosas y costoso en otras. Vivió primero en el centro de la ciudad — lejos de Bocagrande donde Valentina y Sebastián vivían, veinte minutos en bicicleta a través de las murallas y el mar.

Veinte minutos que recorrió todos los días.

Había hecho una promesa. No en voz alta, no ante testigos, no con palabras escritas en ningún papel. Las promesas que de verdad pesan son las que uno se hace a sí mismo en silencio, cuando nadie está mirando y no hay manera de escaquearse. Su promesa era esta: **ningún día pasaría sin que Sebastián José tuviera a su padre presente en la mañana.**

A las seis y cuarto de la mañana estaba en la calle, frente al edificio donde vivía su hijo, esperando que bajara para montarse en el bus del colegio. Lo vería. Le diría buenos días. Le daría un abrazo si el niño quería. Y luego se iría.

Todos los días. Sin excepciones. Sin importar cómo estuviera él, sin importar lo que hubiera pasado la noche anterior, sin importar la temperatura del mar o la distancia o el cansancio.

Así durante años. Así hasta hoy.

* * *

El hostal y el Colegio Los Salesianos

Para ese entonces Pedro Gregorio ya no vivía en la casa familiar. Hacía años que había estado en Bogotá — el trabajo en el Congreso, la política, los negocios, los viajes. Cuando regresó a Cartagena después de todo eso, no tenía el apartamento de Bocagrande ni el acceso a los recursos que había tenido. Vivía en un hostal en el centro histórico de Cartagena, por el sector de las Bóvedas, cerca del Colegio Los Salesianos.

Ese colegio — los Salesianos, los curas de Don Bosco — no era un nombre cualquiera para la familia. Su padre, don don Luis José, había estudiado ahí internado durante su infancia. Los Salesianos lo habían formado: el bachillerato, la disciplina, los

valores de trabajo y honestidad que después definiría como funcionario público. De ese colegio salió a estudiar Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Cartagena, donde se graduó como abogado — el título que lo llevaría a toda una vida de servicio público honesto, desde el concejo hasta la gobernación encargada de Sucre.

Pedro Gregorio pasaba frente a ese colegio todos los días desde el hostal. Y a veces pensaba en su padre internado ahí de niño — durmiendo en esos pasillos, aprendiendo con esos curas, formándose en ese rigor que después transmitiría a sus hijos no con palabras sino con el ejemplo de toda una vida.

Vivir en un hostal en el centro histórico no era lo que había imaginado para esa etapa de su vida. Era modesto. Era distinto a todo lo que había tenido. Pero tenía algo que el apartamento de Bocagrande con vista al mar no siempre había tenido: paz. Silencio. La posibilidad de estar consigo mismo sin el ruido de todo lo que se había roto.

Y todas las mañanas, a las seis y cuarto, pedaleaba desde el centro histórico hasta el edificio de Sebastián José. Sin importar la distancia. Sin importar el calor. Sin importar nada.

* * *

Una mañana venía atrasado.

No mucho — unos minutos. Pero los minutos importan cuando hay un niño esperando en una acera y un padre que se ha prometido no fallar. Pedro Gregorio pedaleó más rápido. Su bicicleta tenía llantas de pista — delgadas, diseñadas para el concreto seco, perfectas para la velocidad en condiciones ideales.

Las condiciones esa mañana no eran ideales.

El concreto frente a las murallas de Cartagena, bañado por el rocío del mar Caribe, es una trampa. La sal y la humedad lo vuelven una superficie traicionera que las llantas de pista no perdonan. Pedro Gregorio lo sabía. Pero venía atrasado y su hijo lo esperaba.

A la altura del **Teatro Heredia** — ese edificio de finales del siglo XIX donde Cartagena guarda parte de su alma cultural — hay una curva. Un carro que venía rápido lo rozó por la parte trasera de la bicicleta. Fue un contacto breve, casi nada. Pero a esa velocidad, con esas llantas, sobre ese concreto mojado, fue suficiente.

Pedro Gregorio cayó.

La rodilla derecha recibió el impacto completo. Tendones. Ligamentos. Todo lo que sostiene una articulación y que, cuando se rompe, produce un sonido que uno no olvida — ese crujido húmedo que el cuerpo hace cuando algo que debería estar unido deja de estarlo.

Quedó en el suelo un momento. El dolor era de ese tipo que paraliza primero y luego explota — una ola que viene de lejos y arrasa con todo. La bicicleta estaba tirada a un metro. El carro no se detuvo.

Pedro Gregorio se levantó.

No porque pudiera — la rodilla no respondía bien y cada movimiento mandaba una descarga eléctrica hasta la cadera. Se levantó porque Sebastián José estaba a dos kilómetros esperándolo frente a su edificio, y esa imagen era más fuerte que el dolor.

Recogió la bicicleta. Montó. Y pedaleó.

Dos kilómetros con la rodilla destrozada. Cada pedaleo un tronido interno, ese sonido de los tendones moviéndose donde no debían moverse. Contenía el dolor con esa técnica que había aprendido en años de formación chamánica — no negar el dolor, sino separarse de él, dejarlo existir sin que tome el control. El dolor estaba ahí. Él también estaba ahí. Y su hijo lo esperaba.

Llegó frente al edificio. Respiró. Compuso la cara.

Sebastián José bajó. Lo miró con esa agudeza que tienen los hijos para detectar cuando algo no está bien en su padre — esa antena que desarrollan los niños que han aprendido a leer a los adultos porque de eso depende saber si el mundo está seguro.

— ¿Qué te pasó? — preguntó.

— Nada — dijo Pedro Gregorio. Y sonrió.

El niño lo miró un segundo más. Luego se subió al bus. Y el bus se fue.

Pedro Gregorio esperó a que desapareciera por la esquina. Luego miró su rodilla. Estaba hinchándose a una velocidad visible, como si el cuerpo hubiera esperado ese momento para decir *ya cumpliste, ahora me toca a mí*. En una hora tendría el tamaño de un balón de fútbol.

Fue a la clínica.

* * *

Cuarenta y cinco días hospitalizado. Cirugía de cuatro horas — reconstrucción de tendones y ligamentos. Dos meses de recuperación. Medicamentos opioides que le apagaban el dolor y le encendían una tristeza química, una depresión de bajo fondo que se instalaba en el pecho como niebla que no se disipa.

En esos cuarenta y cinco días, las visitas que recibió no fueron las que esperaba. Las personas que debieron estar ahí no estuvieron. Y las que aparecieron eran las que nunca hubiera apostado — esa red invisible de afectos verdaderos que uno no sabe que tiene hasta que los necesita de verdad.

Pedro Gregorio aprendió algo en esa cama de hospital que no hay otro lugar donde se aprenda: que la soledad no es lo peor que le puede pasar a un hombre. Lo peor es descubrir, en el

momento de mayor vulnerabilidad, quién estaba ahí de verdad y quién solo estaba mientras todo iba bien.

Los opioides le daban depresión. Y la depresión, sumada a la inmovilidad y al dolor, era una combinación que amenazaba con llevárselo a un lugar del que sería difícil volver. Lo había visto en otros — esa espiral donde el medicamento para el dolor físico va creando una dependencia que genera un dolor distinto, más profundo, más difícil de operar.

Había pasado por demasiadas cosas para terminar así. Había estado en el desierto de Sonora comiendo peyote con un chamán llamado Jacinto. Había bebido ayahuasca en el Putumayo hasta ver cosas que no tienen nombre. Había destruido su ego y lo había reconstruido. No iba a dejarse vencer por una pastilla.

Aplicó al Ministerio de Salud. Presentó los documentos. Demostró la condición médica. Y obtuvo su licencia como paciente de cannabis medicinal.

La planta que durante años había asociado — por el trauma familiar, por la historia de Rodrigo, por esa fobia heredada hacia todo lo que oliera a droga — resultó siendo su medicina. La ironía no se le escapó. El universo tiene ese humor particular de poner la cura exactamente en el lugar donde uno menos quiere mirar.

El cannabis medicinal reemplazó los opioides. La depresión se levantó. El dolor se volvió manejable. Y Pedro Gregorio salió de

la clínica cincuenta días después — más lento, con una rodilla que nunca volvería a ser la de antes, pero entero.

Más entero, quizás, que cuando entró.

* * *

Al día siguiente de que le dieron el alta, a las seis y cuarto de la mañana, estaba frente al edificio de Sebastián José.

Con muletas. Con la rodilla vendada. Con ese dolor sordo que acompañaría sus mañanas durante meses.

Sebastián José bajó. Lo vio con las muletas. Esta vez no preguntó qué le había pasado — ya sabía que su padre no iba a contarle la verdad completa para no preocuparlo. Simplemente se acercó, le dio un abrazo más largo que de costumbre, y se subió al bus.

Pedro Gregorio se quedó en la acera viendo el bus alejarse. La rodilla pulsaba. El sol de Cartagena empezaba a calentar las murallas. Y él pensó en Rodrigo — en el tío que había reclamado lo suyo y al que nadie había escuchado. En su abuelo Álvaro que fue a la guerra huyendo de una madre que no lo quería. En su bisabuelo Juan Federico y las páginas arrancadas. En todas las generaciones de hombres de su familia que habían llegado a momentos así — momentos donde la vida exigía elegir entre el dolor propio y el compromiso con alguien más — y que no siempre habían elegido bien.

Él estaba eligiendo diferente.

No porque fuera mejor que ellos. Sino porque tenía algo que ellos no habían tenido: la historia completa. Las páginas que arrancaron, reescritas. El patrón que se repite, finalmente nombrado.

Y un niño que lo esperaba todas las mañanas frente a el edificio donde vive Sebastián, con esa manera particular de bajar las escaleras — rápido, sin mirar hacia abajo, como si el mundo ya fuera suyo — que le recordaba cada día para qué sirve estar vivo.

* * *

La cama del hospital y lo que el destino enseña cuando te para

Los cuarenta y cinco días en el hospital fueron los más largos de su vida adulta.

No por el dolor físico — aunque ese era real y constante. Cada cierto tiempo llegaba una enfermera a ponerle una inyección cerca del ombligo, la anticoagulante que evitaba que se formaran coágulos en la pierna inmóvil. Esa inyección en la barriga, con regularidad de reloj, se convirtió en el metrónomo de sus días: el recordatorio físico, puntual, de que el cuerpo estaba herido y el mundo seguía girando afuera sin consultarle.

Sebastián iba todos los días.

Quería quedarse a dormir en el hospital. Pedro Gregorio no lo permitió — un niño metido en un hospital cuarenta y cinco días

no era coherente ni sano — pero le agradece hasta hoy esa insistencia. Esa presencia diaria de su hijo en esa habitación fue la medicina más efectiva de todo el tratamiento. Sebastián llegaba, se sentaba en la silla junto a la cama, y los dos hablaban de todo y de nada, como hacen los padres y los hijos cuando no hay nada urgente que resolver y sin embargo estar juntos es suficiente.

Esa misma habitación tenía una historia que Pedro Gregorio no sabía al principio. Unos días antes de que él llegara, en esa misma cama, había muerto el padre de un amigo — el señor **Frieri**, ese hombre del Carmen de Bolívar que había sido amigo íntimo del bisabuelo Juan Federico Hollmann. Pedro Gregorio le había estado haciendo terapias de desintoxicación iónica durante sus últimos treinta días. El señor Frieri no sabía que tenía un cáncer muy avanzado — cuando lo descubrieron ya era metástasis generalizada, le había dado en los huesos, y todo fue muy rápido. En esos treinta días previos al diagnóstico, el señor Frieri se sentía bien — mejor que bien — y agradecía cada sesión contándole historias del bisabuelo en Bogotá, en el Carmen de Bolívar, en el hipódromo, en el Hotel Tequendama donde los coterráneos ilustres del Carmen de Bolívar eran recibidos con ese esplendor que hoy es difícil de imaginar.

El **Hotel Tequendama** — inaugurado el 17 de mayo de 1953 con un elegante banquete presidido por Roberto Urdaneta Arbeláez — fue durante décadas el epicentro de la vida política, social y cultural de Colombia. Sus titulares de prensa al

inaugurarse decían: "*Hotel Tequendama: orgullo de Colombia.*" La construcción tardó tres años y empleó dos mil trabajadores con el compromiso de levantar un piso por semana. El resultado fue el edificio más alto de Bogotá en los años cincuenta: 372 habitaciones, el Salón Rojo capaz de albergar 1.700 personas, salones con nombres de la historia colombiana — Monserrate, Guadalupe, Bolívar, Esmeralda. Por sus habitaciones pasaron Jimmy Carter, Richard Nixon, el Dalai Lama, Neil Armstrong, Julio Iglesias, Fidel Castro, Cantinflas, premios Nobel. La Constitución de 1991 fue redactada en sus salones. Cada posesión presidencial de la era tuvo eco en su Salón Rojo.

Ahí llevaba Juan Federico Hollmann a sus amigos del Carmen de Bolívar cuando llegaban a Bogotá. Ahí se encontraba con los coterráneos ilustres. Ahí se tejían los negocios, los votos, las alianzas políticas que en ese período definían el país. El señor Frieri era uno de esos frecuentadores — llegaba desde el Carmen de Bolívar, o desde sus negocios en Bogotá, y en el Tequendama se encontraba con el Representante Hollmann y con ese mundo de banquetes y conversaciones de corredor que no quedaban en ningún acta oficial pero que movían los hilos del país.

Pedro Gregorio escuchaba esas historias desde la cama del hospital, con la rodilla inmóvil y la inyección del ombligo pendiente, y sentía algo que no tiene nombre exacto en español — esa sensación de que el tiempo es circular, de que los muertos

siguen hablando a través de los vivos, de que la habitación donde uno está nunca tiene una sola historia.

Pedro Gregorio llegó al Tequendama por una de esas circunstancias que el destino organiza con su propio sentido del humor. Avianca le canceló el vuelo. Punto. Como dice el dicho costeño: lo que es perro no se lo come el gato — y ese día el destino tenía su forma de hacer lo suyo. La aerolínea lo mandó a dormir al Hotel Tequendama. Y resultó que esa noche había una fiesta en el hotel.

El hotel tiene su magia. Todavía. El piano de cola en el lobby. La arquitectura monumental y sólida, diseñada para durar cuando construir para durar todavía era una declaración de principios. Y esa noche, con una fiesta inmensa en sus salones, el Tequendama estaba vivo de una manera que pocas cosas antiguas logran estar. Pedro Gregorio se metió en la fiesta. Bailó. La pasó de manera genuinamente deliciosa — de esas noches que nadie planeó y que precisamente por eso quedan grabadas con más nitidez que las que se organizan durante semanas.

Lo divertido es que él no había ido a buscar ese lugar. El lugar lo encontró a él. Y estar ahí — en esos mismos pasillos donde el bisabuelo Juan Federico Hollmann había caminado décadas antes, llegado no por elección sino por una cancelación de vuelo — tenía algo de poético que no se le escapó. El destino coloca. Ya se sabe. A veces con una fiesta incluida.

El ego lo atormentaba con todo eso en la cama del hospital. La pierna suturada, inmóvil, la medicación intravenosa para poder dormir — y la mente girando sobre lo que no podía hacer, sobre lo que faltaba, sobre lo que se estaba perdiendo.

Porque eso es lo que el destino hace a veces: te para. No pide permiso. No espera que estés listo. Te pone horizontal y te obliga a estarte quieto con todo lo que eres.

Y ahí — en esa soledad de hospital, en esa inmovilidad forzada — aprendió temple. Aprendió que la resiliencia no se construye en los momentos cómodos. Se construye exactamente en ese tipo de momentos: cuando el ego quiere moverse y el cuerpo no puede, cuando el mundo exige acción y la única acción disponible es pensar. La soledad de esa cama lo volvió estoico. Le enseñó que lo que no hace uno por sí mismo, solo lo hacen los que aman incondicionalmente.

El amor narcisista — ese que se ofrece desde el ego, condicionado al retorno y al control — produce hijos que aprenden que el afecto se gana y se negocia. El amor incondicional produce algo radicalmente diferente: una persona que puede estar sola sin romperse. Esa diferencia es la diferencia entre el carácter y su ausencia.

En esa cama, Pedro Gregorio también recibió algo que no esperaba: la presencia de personas con las que no contaba. Extraños que el universo puso ahí, en ese momento preciso, para

llenar un vacío que había quedado abierto. Para quienes tenemos fe, eso no es casualidad.

* * *

Las otras galaxias

En esa soledad, el pensamiento viajó. Pedro Gregorio había crecido bajo la educación católica — como la mayoría de los colombianos de su generación. Pero en algún momento decidió que una sola religión era demasiado pequeña para contener todo lo que quería entender.

Estudió el islam. El judaísmo, el Talmud, la Torá. El Corán. Las tradiciones védicas del hinduismo. La Cábala con Mario Javier Sabán. Las tradiciones chamánicas de los pueblos originarios. Investigó qué concilios habían decidido qué textos incluir en la Biblia y cuáles excluir, qué papas habían supervisado qué traducciones y con qué intenciones.

Lo que encontró no fue contradicción — fue expansión. Cada tradición iluminaba un ángulo diferente de la misma pregunta: qué somos, de dónde venimos, qué hacemos aquí. Y al verlas juntas, la mente se abrió de una manera que ninguna de ellas sola habría podido producir.

Jesucristo, tal como aparece en los textos más antiguos, no creó una institución. No pedía limosnas. Multiplicaba los panes, daba el vino, alimentaba a los que tenía cerca con lo que tenía disponible. Era un hombre que brindaba lo que tenía cuando lo

tenía — a quienes sentía que lo necesitaban. Esa figura le parece más cercana a lo sagrado que cualquier institución construida después en su nombre.

La fe genuina no teme las preguntas. Solo el dogma las teme. Y un dios que necesita que sus creyentes dejen de pensar para seguir creyéndole — ese no es el dios que Pedro Gregorio conoció en el fondo del Caribe, ni en las ceremonias de las plantas, ni en la mirada de su hijo cuando le da el abrazo en la puerta del bus.

Ese dios se experimenta. No se negocia. No se teme. Se encuentra.

* * *

La piel de Sebastián y la rebeldía que lo curó

Cuando Sebastián tenía alrededor de tres años empezó un episodio de alergias. Junto con las alergias llegó una enfermedad bronco-respiratoria que se instaló en su cuerpo con esa pertinacia de las cosas que no piden permiso para quedarse. Y junto con eso llegó una dermatitis atópica y episodios de psoriasis que convirtieron la piel de ese niño — la piel suave y perfecta de un niño de tres años — en un territorio de llagas, costras y picazón que no cedía.

Cuatro años. Cinco años. Desde los tres hasta casi los ocho. La cabeza llena de costras. La piel deteriorada. Los dermatólogos cambiando cremas — probando, cambiando, probando,

cambiando — con la misma lógica del que no sabe qué hacer pero tampoco lo admite. Los corticoides que funcionaban a corto plazo y producían recaídas más severas. El neumólogo con sus jarabes. La renta mensual que la familia pagaba en productos dermatológicos, en corticoides, en consultas, en recetas. El negocio de la enfermedad de un niño, funcionando perfectamente para todos — menos para el niño.

Pedro Gregorio recuerda a ese neumólogo. Un hombre de unos doscientos kilos que tenía siempre una hora de retraso porque la sala de espera estaba llena de niños. Y que al final de cada consulta — después de la receta, después del jarabe, después de los mismos productos de siempre sin ningún cambio en la dieta ni en el estilo de vida — le daba a Sebastián un bombón. Un bombón lleno de colorantes artificiales. Al niño con dermatitis atópica y problemas respiratorios. El bombón como remate de la consulta.

Pedro Gregorio entendió en ese momento algo que ya sabía de su propio trabajo como distribuidor de insumos médicos: los visitadores médicos que llenaban la sala de espera del neumólogo no estaban ahí por accidente. El médico recetaba los productos que los laboratorios le presentaban. Los laboratorios pagaban comisiones. El negocio funcionaba. Y si la enfermedad se curaba, el negocio se acababa.

No es una acusación contra todos los médicos. Los cirujanos, los especialistas que reparan el cuerpo humano con sus manos, son

personas benditas y necesarias. Lo que Pedro Gregorio vio en esos años fue algo más específico: médicos que recetaban sin investigar, sin cambiar protocolos, sin preguntarse si había otra manera. Médicos que eran, en la práctica, vendedores de productos farmacéuticos con título universitario.

Un día tomó la decisión.

Suspendió todos los tratamientos. Todas las cremas. Todos los champús. Todos los corticoides. Todo. Y empezó a investigar — en medicina funcional, en dermatología integrativa, en nutrición terapéutica. Encontró lo que los dermatólogos nunca le mencionaron: la conexión entre la **microbiota intestinal** y las enfermedades de la piel. La **tartracina** — el colorante amarillo número 5 presente en dulces, refrescos y productos industriales — documentada como uno de los principales disparadores de dermatitis atópica y reacciones bronquiales en niños. Los colorantes artificiales como factor de inflamación sistémica. La dieta como medicina.

Cambió la alimentación de Sebastián. Eliminó los colorantes artificiales, los dulces industriales, los ultraprocesados. Introdujo jugos verdes, alimentos antiinflamatorios, probióticos. Diseñó él mismo cremas con base de urea y extractos de plantas, sin derivados del petróleo, sin químicos agresivos. Aplicó protocolos de desintoxicación que había aprendido en sus años de investigación sobre salud biointegrativa.

En meses, la piel de Sebastián empezó a sanar. La dermatitis cedió. La psoriasis desapareció. Los episodios bronquiales se redujeron dramáticamente hasta desaparecer. El niño que había pasado cinco años con la piel en llagas y la cabeza llena de costras recuperó la piel sana, suave, perfecta que tenía antes de que todo empezara.

Los médicos no lo curaron. Lo curó su padre — que se negó a seguir obedeciendo protocolos que no funcionaban, que investigó, que aplicó lo que aprendió, y que tuvo la valentía de hacer lo que nadie en el sistema médico convencional estaba haciendo: tratar la causa, no el síntoma.

Eso también es parte de la herencia que Pedro Gregorio quiere dejar a su hijo. No la de la desconfianza ciega — sino la de la pregunta inteligente. La de quien sabe que el médico es una herramienta poderosa y necesaria, pero que el cuerpo de uno pertenece a uno, y que la última responsabilidad sobre ese cuerpo — y sobre el cuerpo del hijo — es de uno mismo.

Sebastián: tu cuerpo es tuyo. Conócelo. Escúchalo. Y cuando alguien te diga que la única solución es seguir comprando lo que él vende, pregunta si hay otra manera. Casi siempre la hay.

* * *

Continúa en el Capítulo XI: "Los Documentos"

* * *

Mateo — el niño que llegó antes

Antes de Sebastián estuvo Mateo. Cinco años tenía cuando Pedro Gregorio se casó con Valentina. Cinco años y toda una historia ya vivida — una historia que incluía un padre presente a medias, un hogar que se había roto antes de que él pudiera entender qué significa un hogar, y la llegada de un hombre nuevo que de repente ocupaba un lugar central en la vida de su madre.

Pedro Gregorio lo quiso. Lo quiere. Lo quiere muchísimo. Mateo ocupa un lugar real en su corazón — no el lugar de un hijastro de película, no el lugar de un sustituto, sino el lugar exacto y honesto que le corresponde: el de un niño al que amó y al que sigue amando, con todo lo que eso implica y con toda la claridad de lo que eso no puede implicar. Porque el padre de Mateo está vivo. Está presente. Se ve con su hijo. Y eso — lejos de ser un obstáculo para el afecto de Pedro Gregorio — es exactamente como debe ser.

Pero Mateo lo vivió de otra manera.

Cuando nació Sebastián, algo cambió en el mundo de Mateo. No fue un cambio que nadie le explicara — los niños no reciben explicaciones de esa naturaleza, las reciben en el cuerpo, en la atención que se les da o se les quita, en la temperatura del ambiente cuando el bebé llora y todos corren, mientras antes todos corrían cuando él lloraba.

Sebastián recibió todo. Los pañales. Los baños. Las noches de insomnio. El cuerpo del padre encima del suyo para consolarlo cuando lloraba. La presencia física total, sin reservas, sin líneas invisibles, porque Sebastián era la carne y la sangre de Pedro Gregorio y eso no tiene equivalente en ninguna otra categoría de amor.

Mateo lo vio. Los niños ven todo. No siempre pueden nombrarlo — pero lo registran con una precisión que ningún adulto alcanza, porque el sistema nervioso de un niño es puro receptor, pura antena sin filtros. Y lo que Mateo registró fue una diferencia. Una diferencia que en la mente de un niño de esa edad solo puede traducirse de una manera: yo valgo menos.

No era así. No era eso lo que Pedro Gregorio sentía. Pero eso no importa — lo que importa es lo que el niño sintió. Y los celos que se formaron en Mateo hacia Sebastián no eran celos de niño malcriado. Eran la respuesta lógica, inevitable y completamente comprensible de un ser humano pequeño que creía que le estaban quitando algo que ya era suyo.

Eso también es trauma. Eso también deja huella.

Pedro Gregorio lo escribe porque lo reconoce. Porque la honestidad de este libro exige nombrar lo que duele, no solo lo que brilla. Y porque Mateo merece saber que el hombre que estuvo en su vida durante esos años no pretendía ocupar el lugar de su padre — y si en algún momento algo de su conducta pudo haberlo sugerido, fue un error que reconoce y del que ha recapacitado. El padre de Mateo tiene su espacio. Pedro Gregorio tiene el suyo. Y esos espacios no compiten — se complementan cuando hay suficiente madurez de todos los adultos involucrados para entenderlo así.

El corazón teje lazos que la sangre no puede explicar. Y a veces esos lazos también duelen cuando se rompen. Y ese dolor también vale.

* * *

El trauma que se hereda — lo que nadie nombra pero todos transmiten

El trauma no se queda en quien lo recibe. Se transmite. Se hereda. Se replica con una fidelidad aterradora en los hijos y en los hijos de los hijos, no porque nadie quiera hacerlo, sino precisamente porque nadie sabe que lo está haciendo.

La epigenética — la rama de la biología que estudia cómo las experiencias modifican la expresión de los genes sin alterar su secuencia — ha documentado en los últimos veinte años algo que las tradiciones ancestrales supieron siempre: que lo que le ocurre al cuerpo y al alma de un ser humano deja marcas que se transmiten biológicamente a sus descendientes. Los hijos de personas que vivieron hambrunas, guerras, violencia o abandono emocional severo muestran alteraciones en marcadores genéticos específicos que afectan su respuesta al estrés, su sistema inmune y su regulación emocional. Sin haber vivido el trauma original, lo cargan en el cuerpo.

Pero más allá de la biología está lo conductual: los padres que no procesaron su propio trauma reproducen inconscientemente los patrones que los dañaron. No por maldad. No por falta de amor. Por falta de conciencia — que es exactamente lo que el trauma no procesado produce: puntos ciegos, zonas del alma donde la luz no entra porque fue apagada demasiado pronto y nadie enseñó a encenderla de nuevo.

La persona que no acepta su equivocación — que tiene el ego tan inflado que le impide ver sus propios errores, que se percibe como una divinidad terrena por encima de los demás — esa persona no puede sanar lo que no puede ver. Y lo que no sana, se transmite. A sus hijos. A los hijos de sus hijos. La cadena no se rompe sola.

Reconocer el error no es rendirse. Es la acción más valiente que un ser humano puede realizar — especialmente un padre o una madre. Porque la valentía de decir me equivoqué, lo hice mal, lo haré diferente, es la única llave que abre la puerta entre una generación herida y una generación libre.

* * *

La caverna de Platón y los que moldean la mente del niño

Platón describió hace 2.400 años lo que todavía es la condición humana dominante: prisioneros encadenados en una caverna, viendo sombras proyectadas en una pared y creyendo que esas sombras son la realidad. Incapaces de girar la cabeza porque las cadenas no se los permiten. Y cuando uno de ellos logra liberarse y sale a la luz, regresa para contarles la verdad — y los que siguen encadenados lo rechazan, porque la realidad que él trae amenaza la comodidad de las sombras que conocen.

El sistema educativo es, en su forma actual, la caverna institucionalizada. No porque los maestros sean malos — muchos son extraordinarios y merecen todo el reconocimiento. Sino porque el contenido de lo que se enseña obedece a la corriente política que en ese momento gobierna, y esa corriente cambia, y

con cada cambio moldea las mentes de los niños en una dirección diferente. En veinte, treinta, cincuenta años hemos visto transformaciones radicales en lo que se considera verdad, correcto, deseable, normal. Y cada generación recibió esa versión de la verdad como si fuera la única.

El que acepta la información sin verificarla — sin preguntar de dónde viene, a quién beneficia, qué quedó afuera — no es ignorante. Es ingenuo. Y la ingenuidad en este contexto es una vulnerabilidad que los que manejan la arquitectura mental de las masas explotan con una precisión quirúrgica. El traje, la corbata, los diplomas en la pared dan credibilidad suficiente para que la información entre sin ser cuestionada. Y así se construye la caverna: no con cadenas de hierro sino con sistemas de creencias que se instalan antes de que el niño tenga la capacidad de elegir creer o no creer.

La división — de clases, de razas, de ideologías, de géneros, de naciones — es la herramienta más eficaz de control que existe. Mientras los prisioneros se pelean entre sí por las sombras, nadie mira hacia la salida. Y los que gobiernan desde la oscuridad — no el sistema político visible, sino las mentes que manejan ese sistema desde detrás de él — siguen proyectando sombras.

Pedro Gregorio no dice esto desde la teoría. Lo dice desde la experiencia de haber sido parte de ese sistema — como hijo, como padre, como ciudadano — y haber visto desde adentro los

mecanismos que mantienen las cadenas en su lugar. La diferencia entre quien duerme y quien despierta no es la inteligencia. Es la disposición a voltear la cabeza.

Y voltear la cabeza duele. Siempre.

* * *

Para Mateo — desde este libro

Hay personas que aparecen en la vida de uno sin ser de la sangre y que dejan una huella que la sangre no borra. Mateo es eso para Pedro Gregorio. No como figura paterna — porque su padre está vivo, está presente, y ese espacio le pertenece a él y solo a él — sino como alguien a quien quiso y a quien quiere, punto. Sin apellidos ni categorías que lo compliquen.

El vínculo entre Pedro Gregorio y Mateo fue imperfecto. Fue limitado por la prudencia de no invadir un espacio que no le correspondía, por las circunstancias del divorcio, por lo que en ese momento pudo darse y lo que no. Y también por algo que Pedro Gregorio reconoce con honestidad: que en algún momento pudo haber asumido posturas que no le correspondían — y que afortunadamente recapacitó. Porque reemplazar a un padre vivo no es amor. Es un irrespeto hacia ese niño, hacia ese padre, y hacia la verdad.

A Mateo — con la honestidad que merece:

Lo que no pudimos hablar en persona — lo que tantas veces Pedro Gregorio pidió que nos sentáramos a conversar y que por las razones que sean no ocurrió — queda aquí. No como acusación ni como reclamo. Como presencia. Como la luz que deja constancia de que algo pasó, de que algo se cometió y se corrigió, de que algo se intentó y se sigue intentando.

No puedo hacer nada por lo que se haya dicho en los espacios donde no estoy. Solo puedo responder por lo que soy y por lo que hago. Y lo que soy es alguien que te quiere — con la claridad de que ese amor respeta tu historia, respeta a tu padre, y no necesita tu aprobación para existir. Existe porque existe.

Cuando llegue el momento — y llegará — espero que puedas leer esto con la paz de quien entiende que los adultos somos imperfectos, que los errores se cometen, y que lo que nos define no es no haberlos cometido sino lo que hacemos después. Todos merecemos paz mental. Tú también, Mateo.

Todo ser que mejora no mejora solo para sí.

Mejora para todos los que lo rodean. Para los reinos que lo acompañan.

Pedro Gregorio lo aprendió en carne propia: cuando uno se convierte en un mejor ser humano, esa mejora irradia. No hay

forma de evitarlo. El estado interno se transmite — a los hijos biológicos, a los que no lo son, a los animales de la casa, a la planta del balcón, a quien llama por teléfono sin saber que está hablando con alguien diferente al que conocía.

Somos una sola conciencia dividida en múltiples actores. La piedra. La arena. La brisa. El sonido. El sabor. La naturaleza entera. Todo es expresión de la misma fuente. Y cuando un actor de esa conciencia sana — cuando deja de emitir frecuencias de dolor y resentimiento y comienza a emitir frecuencias de armonía y amor — el campo entero se beneficia.

No la humanidad solamente. La naturaleza.

Todo es dios.

Capítulo X-b

Misha, Tomás y Aquiles

El volcán de barro · Los gatos del costal · El perro de custodia compartida

I. El volcán del Totumo

Venían de Barranquilla hacia Cartagena por la Vía al Mar — esa carretera que bordea el Caribe colombiano y que conecta las dos ciudades más importantes de la Costa. Sebastián iba en el asiento del copiloto, con esa energía de los niños que no

necesitan entretenimiento porque el mundo que pasa por la ventana ya es suficiente. Venían hablando de volcanes.

— Mira, por aquí hay un volcán — le dijo Pedro Gregorio.

Sebastián lo miró con esa expresión de los que no saben si creerle o no al padre cuando el padre dice algo que suena demasiado bien para ser cierto en la carretera entre Barranquilla y Cartagena.

— Venga, que te llevo a conocerlo.

Salieron de la vía principal y tomaron el desvío hacia Santa Catalina, en el municipio de Bolívar, a unos cuarenta kilómetros al noreste de Cartagena. Ahí, en la zona rural entre los corregimientos de Loma de Arena y Pueblo Nuevo, se levanta el **Volcán del Totumo** — una de las maravillas geológicas más singulares del Caribe colombiano.

No es un volcán de lava. Es un volcán de barro. Un cono de unos quince a veinte metros de altura que emana gases desde las profundidades de la tierra — esas mismas vetas de gas que Pedro Gregorio había visto en mar abierto durante sus expediciones de buceo, burbujando desde el fondo marino en la misma línea geológica que corre paralela a la costa. El interior del cono está lleno de lodo gris, tibio, con una composición densa en sales minerales, yodo y potasio que hace que el cuerpo humano flote sin esfuerzo — como flotar en el Mar Muerto, pero en el Caribe colombiano, subiendo por una escalera de madera rústica hasta la boca de un volcán.

Pedro Gregorio y Sebastián subieron juntos. Entraron al barro. El lodo los sostuvo. Sebastián — que tendría alrededor de nueve años en ese entonces — rió con esa risa de los niños que están teniendo exactamente la experiencia que querían tener. El lodo gris cubriéndolos. Los masajistas locales que trabajan el cono desde adentro ayudando a los visitantes a circular. La ciénaga abajo para enjuagarse después.

No hay apoyo del Estado para ese lugar. Son 150 familias del corregimiento que lo administran de manera comunitaria y viven de él. Cada entrada cuesta diez mil pesos. Pedro Gregorio siempre pensó que ese volcán, si Colombia supiera lo que tiene, sería tan famoso como el Mar Muerto. No lo sabe. O lo sabe y no le importa.

Esas vetas de gas que se ven desde el mar no son accidentales. La misma presión geológica que empuja el barro hacia arriba en el Totumo empuja gas a través del lecho marino en toda esa franja costera. Pedro Gregorio las vio durante sus expediciones — burbujas que subían desde el fondo en columnas tranquilas, sin violencia, como respiraciones del planeta. Hay otros volcanes de lodo en la región — en Cobeñas, en Tolú, en Sucre — todos en la misma línea de tensión geológica que recorre el Caribe colombiano.

Ese día con Sebastián en el volcán fue uno de esos días perfectos que no se planean. Que aparecen porque uno dobló por el

camino correcto en el momento correcto con la persona correcta.

—

La abuela y los gatos del costal

Antes de contar lo del costal en la carretera, hay que contar otra historia. Una que viene de antes.

Pedro Gregorio creció en San Marcos en la casa de su abuela paterna. Una señora que los quería — eso él lo sabe, lo cree — pero que era seca. Una mujer de esa generación para la que el amor era una certeza interna que no necesitaba expresarse, que no necesitaba decirse, que no necesitaba los gestos y las palabras y la ternura que un niño requiere para construir eso que la psicología llama apego seguro y que Pedro Gregorio llama, más simplemente, el chaleco antibalas emocional.

Cuando una persona recibe en su infancia esa energía — la protección, el cuidado, la disponibilidad de un adulto que te ve, te escucha y responde a lo que sientes — crece con una herramienta que no puede comprarse ni estudiarse: la certeza de que el mundo tiene refugio. Esa certeza hace que las circunstancias caóticas sean más manejables, que las situaciones duras no rompan del todo, que uno pueda dar luz en lugar de amplificar la oscuridad que a veces pretende dominar este mundo.

La abuela paterna tenía poco de eso disponible. Había momentos bonitos — y Pedro Gregorio quiere creer que fueron más que los otros — pero había también una sequedad en las interacciones que un niño siente aunque no pueda nombrarlo.

Un día — tenía unos diez u once años — Pedro Gregorio vio algo que no olvidó nunca. Su abuela agarró a una cantidad considerable de gatitos que habían nacido en el patio de la casa. Los metió en un saco. Y los sacó a la calle, a la basura, con la misma parsimonia con que se saca cualquier cosa que ya no sirve.

Era sobre las once de la mañana. Casi el mediodía. El sol de San Marcos encima de todo.

Pedro Gregorio lloró. Y corrió. Salía, cogía los gatos del saco, y los llevaba por la cuadra. Los tiraba a los patios de las casas donde sabía que había amigos — pensando que a lo mejor, en alguno de esos patios, alguno de esos gatos iba a sobrevivir. Con algunos funcionó. Con otros no pudo hacer más. No tenía certeza de que los estaba salvando. Tenía la desesperación de un niño que ve una injusticia y no tiene herramientas para detenerla del todo.

Esa imagen — los gatitos en el saco, la abuela con su indiferencia, el niño corriendo por la cuadra de San Marcos tratando de repartir vida entre los patios de los vecinos — se quedó guardada en algún lugar del cuerpo. No en la memoria

consciente que uno puede revisar cuando quiere. En ese otro lugar donde se guardan las cosas que duelen y que esperan.

—

II. El costal en la carretera — la segunda oportunidad

De vuelta en la carretera, en algún punto entre el volcán y Cartagena, Pedro Gregorio vio algo a la orilla del asfalto. Un costal. Tirado ahí. Con una forma que no tenía la forma inerte de los costales vacíos.

Se bajó del carro.

Sebastián lo miraba desde adentro. Pedro Gregorio se agachó sobre el costal y sintió lo que ya había imaginado: movimiento. Vida dentro del tejido de fique.

Adentro había dos gatos. Un macho negro. Una gatica parda — una de esas gaticas de monte, con ese pelaje atigrado que los hace casi invisibles entre la maleza. Alguien los había metido en ese costal y los había tirado a la orilla de la carretera entre Barranquilla y Cartagena, en la calor del Caribe, sin agua, sin comida, sin ninguna posibilidad de salir por sus propios medios.

Pedro Gregorio los cogió sin pensarlo. Los metió al carro. Sebastián los recibió con esa naturalidad de los niños para quienes los animales no son una decisión sino una obviedad.

Así llegaron **Misha** y el gato negro a la familia.

Pedro Gregorio no lo pensó en ese momento. Lo pensó después, cuando ya estaban en el carro de vuelta a Cartagena con los dos gatos y con Sebastián mirándolos desde el asiento de atrás. Lo pensó y se le apretó algo en el pecho que no era tristeza ni era alegría sino las dos cosas juntas — esa sensación que a veces produce el tiempo cuando cierra un círculo que uno no sabía que estaba abierto.

El saco en la carretera entre Barranquilla y Cartagena era el mismo saco de San Marcos, cuarenta años después.

Esta vez tenía la edad, los recursos, la conciencia y la presencia de su hijo para hacer lo que el niño de diez años no pudo hacer del todo. Esta vez los gatos no fueron a parar a patios de vecinos con la esperanza de que sobrevivieran. Esta vez se los llevó a casa con certeza.

Así piensa un chamán. Así piensa un hombre que se ha conectado con lo invisible, con lo no tangible, con aquello que no puede verse con la conciencia ordinaria pero que sí puede percibirse, sentirse, palpparse cuando la conciencia ha sido liberada de las capas que la cubren. El universo no repite las situaciones para torturarnos — las repite para darnos la segunda oportunidad de hacer lo que la primera vez no pudimos.

Ese fino velo que cubre el ojo de la mente — el que impide ver los patrones, las repeticiones, los mensajes que el tiempo inscribe en los eventos — a veces se rasga. Y cuando se rasga,

uno reconoce. Y cuando reconoce, puede hacer lo correcto. Lo que va en la frecuencia del corazón. Liberado por el amor.

Gracias, universo. Gracias, dios. Gracias, maestros. Gracias, conciencia. Gracias, espíritu. Por permitirme hacer lo correcto esta vez.

III. Misha — la gata que sustituyó lo que faltaba

El gato negro fue a vivir con una amiga. Misha — la gatica parda de monte — se quedó con Pedro Gregorio.

Lo que Misha hizo después fue algo que Pedro Gregorio no esperaba y que todavía le cuesta describir sin que suene a exageración. En los meses en que él estuvo fuera de la casa, en los meses en que Sebastián quedó sin la presencia diaria del padre, Misha comenzó a llenarlo. Esa gatica parda que habían rescatado de un costal en la carretera comenzó a encariñarse con el niño de una manera que los que tienen gatos reconocen y los que no tienen no pueden imaginar del todo. Le daba amor. Le daba presencia. Le daba esa compañía sin palabras y sin condiciones que los animales ofrecen con una generosidad que los humanos raramente igualan.

Cuando Pedro Gregorio regresó a Cartagena, Misha empezó a frecuentarlo. Él la buscaba los fines de semana para que fuera con él. La gatica se aclimataba, se instalaba, ronroneaba. En los momentos más difíciles — esas noches de soledad que la separación produce y que no tienen nombre oficial en ningún diagnóstico pero que son reales y pesadas — Misha llegaba a la

cama. Se ponía encima de su pecho. Ronroneaba. Y ese ronroneo, ese peso pequeño y tibio encima del esternón, hacía algo que ningún argumento racional podría hacer: le recordaba que no estaba completamente solo.

Los gatos ronronean a una frecuencia de entre 25 y 50 Hz. Los estudios de medicina veterinaria han documentado que esa vibración tiene efectos medibles sobre la recuperación ósea, la reducción del estrés y la regulación del sistema nervioso autónomo. Pedro Gregorio no necesitaba leer los estudios. Lo sentía en el pecho.

—

IV. Tomás — el Bengali de medianoche

Tomás llegó de noche.

Pedro Gregorio y Sebastián caminaban tarde, en esas caminatas nocturnas que los dos hacían a veces por el barrio, y de repente apareció un gato en el camino. No salió corriendo. No se escondió. Se les atravesó y se quedó mirándolos con esa calma de los gatos que ya decidieron a dónde van antes de que uno lo sepa.

Era un **gato Bengali** — esa raza con el pelaje moteado que recuerda a los leopardos, con esa energía particular que los Bengalies tienen: activos, curiosos, más perro que gato en su disposición a seguir a las personas. El gato se fue con ellos esa noche. Y se quedó.

Una noche, a las tres de la mañana, Pedro Gregorio estaba sentado en el sofá listo para meditar cuando Tomás se trepó encima de la nevera. Con la boca tomó la bolsa de galletas para gatos, la empujó con precisión, y la dejó caer justo donde él estaba. Estalló en carcajadas que salían de las entrañas. De esas que limpian el alma. Le sirvió las galletas. Tomás bajó, comió. Y unos instantes después lo volvió a hacer. Otra vez las carcajadas. Otra vez las galletas. Y entonces ocurrió algo que lo dejó con la boca abierta: Tomás hizo un gesto pequeño, casi imperceptible. Llamó a Misha. Se apartó del plato pero no se fue. La esperó. Cuando ella llegó y comenzó a comer, Tomás le dejó tres galletas — a ella que es glotona y tragona, a ella que en otras circunstancias no habría dudado en devorar todo. Ese gesto de cortesía, de ese macho fuerte reservando algo para su compañera sin aspavientos y sin esperar aplausos, conmovió a Pedro Gregorio de una manera que no supo explicar esa noche. Lo estaban enseñando. Le estaban mostrando cómo se convive, cómo se cuida, cómo el amor se expresa no en palabras sino en acciones concretas y pequeñas.

Tomás se convirtió en la pareja de Misha. Los dos formaron el núcleo felino de la familia — con sus jerarquías propias, sus rituales de caza doméstica, sus territorios negociados en el apartamento. Pedro Gregorio fue adoptando más gatos con el tiempo — hoy tiene ocho — pero Misha y Tomás son los primeros, los originales, los que estaban cuando todo empezó a reconstruirse.

—

V. Aquiles — el pastor belga de custodia compartida

El perro llegó por una llamada telefónica.

Hay una familia cercana — una prima política de Valentina con su madre y otra prima — que han dedicado gran parte de su vida al animalismo, a la protección de animales abandonados, a las fundaciones de rescate. Pedro Gregorio las llama "primas" por cariño. Las llamó. Les dijo que quería adoptar un perro para Sebastián. Fueron juntos a la fundación.

Ahí estaba **Aquiles**. Un **pastor belga** — esa raza de trabajo alemana que es usada por policías y ejércitos del mundo por su inteligencia, su lealtad y su instinto de protección. El nombre lo eligió Sebastián. Aquiles llegó a la familia como un cachorro y creció junto al niño con esa devoción particular de los perros de trabajo hacia su humano de referencia.

Aquiles protegía a Sebastián. No de manera agresiva — de manera constante. Esa presencia tranquila del perro que siempre sabe dónde está el niño y se instala entre el niño y el mundo con la naturalidad de quien cumple una función que nadie le enseñó pero que lleva inscrita en el ADN.

Pedro Gregorio quería tener descendencia de Aquiles. Ese perro era tan especial — tan integrado en la familia, tan parte de lo que se estaba construyendo — que la idea de tener siempre un hijo de Aquiles en la casa le parecía la manera correcta de que

esa presencia continuara. Se lo dijo a Sebastián: "*Vamos a tener siempre un hijo de Aquiles con nosotros.*"

Valentina lo hizo castrar. Sin consultarlo. Sin avisarle. Con la lógica del control que a veces se ejerce sobre las cosas pequeñas cuando las grandes ya no pueden controlarse.

Pedro Gregorio lo recibió con rabia. No una rabia de grito — una rabia silenciosa y triste, la del que ve que le quitaron una posibilidad que nadie tenía derecho de quitar. Aquiles seguía siendo Aquiles. Seguía siendo el mismo perro leal, protector, amoroso. Pero esa continuidad que Pedro Gregorio había imaginado — esa cadena de pastores belgas que llevarían algo de Aquiles hacia el futuro — se cortó ahí.

Hoy Aquiles vive. Está bien. Es feliz. Tiene, en la práctica, custodia compartida — como su dueño y como el niño al que protege. Una semana aquí, una semana allá, moviéndose entre los dos hogares con esa adaptabilidad de los perros que no necesitan explicaciones para entender que el amor puede vivir en dos lugares al mismo tiempo.

—

VI. Lo que los animales enseñan

Pedro Gregorio tuvo perros cuando era niño en San Marcos. Pero esa conciencia de adulto — coger a un animal que es un bebé, criarlo, educarlo, verlo crecer — es una experiencia diferente. Es la versión comprimida de la paternidad: la

responsabilidad total sobre un ser que depende completamente de uno, que no puede pedir lo que necesita con palabras y que sin embargo lo comunica todo con una precisión que el lenguaje verbal raramente iguala.

Los animales tienen conciencia. Tienen sentimientos. Tienen miedos. Tienen habilidades que en muchos casos superan las humanas. Tienen una sabiduría antigua — la de los seres que evolucionaron sin el ego que en los humanos complica todo. Aquiles protege porque proteger es lo que es, no porque espere reconocimiento. Misha consuela porque consolar es lo que hace, no porque calcule el retorno.

El amor incondicional que Pedro Gregorio buscó entender en los libros de psicología, en las enseñanzas de la Cábala, en las ceremonias de las plantas — los animales lo practican sin haberlo estudiado. Lo llevan integrado como Aquiles lleva el instinto de protección. Como herencia.

Hoy hay ocho gatos en el apartamento de Pedro Gregorio en Cartagena. Llegaron de maneras distintas — algunos de la calle, algunos de costales, algunos de medianoche en una caminata con el hijo. Cada uno llegó cuando tenía que llegar. Cada uno llenó algo que estaba vacío. Y cada uno, a su manera, le enseñó lo mismo que le enseñó Aquiles y lo mismo que le enseñó Misha:

Que el amor no requiere palabras para ser real. Que la lealtad no requiere razones para ser absoluta. Y que en los momentos de mayor soledad, a veces basta con el peso tibio de un gato

encima del pecho para recordar que uno sigue vivo y que eso es suficiente para empezar de nuevo.

—

VII. Sobre el perdón y la liberación del dogma

Perdonarnos es parte vital del proceso que libera a la conciencia del dolor y del sufrimiento que no merecemos seguir sintiendo a cuestas, incrustado como espinas alrededor del corazón. No merecemos atar nuestro corazón con una corona de espinas — así como se ata la conciencia humana bajo el peso de culpas que otros pusieron en nosotros. Merecemos liberarla de ese sufrimiento dogmático impuesto que limita la conciencia y limita la expresión del ser humano.

Pedro Gregorio nació bajo un seno cristiano, apostólico, romano — Pudáy, Emaús. Eso no lo niega ni lo rechaza. Lo honra, porque fue el suelo en el que creció. Pero llegó el día en que fue liberado del dogma. No de la fe — del dogma: de esa estructura de reglas y culpas y condenas que algunos hombres construyeron alrededor de lo sagrado para controlarlo, para administrarlo, para cobrar entrada al espíritu.

Y así libera también a todo su linaje y a toda su descendencia. No de Dios — de Dios no puede liberarse nadie, porque Dios no es una institución. Se libera del dogma que restringe la expresión del ser humano, que pone espinas dolorosas alrededor del corazón y de la conciencia, que convierte la espiritualidad —

que debería ser expansión — en encierro, en miedo, en vergüenza.

El linaje Hollmann — con H, doble L, doble N, y con todas las letras que quisieron arrebatarle — merece caminar libre. Libre de las culpas heredadas. Libre de los miedos impuestos. Libre de esa corona de espinas que generación tras generación fue pasada de mano en mano como si fuera una herencia inevitable. No lo es. Nunca lo fue. La cadena se rompe aquí.

—

Continúa en el Capítulo XI: "Los Documentos"

* * *

La creación — el producto, la ruta y la conciencia del emprendedor

Hay un período en la vida de Pedro Gregorio que merece ser contado no como anécdota sino como mapa — porque lo que vivió en esos años como emprendedor es exactamente lo que Colombia le ofrece a quien decide no hacer lo que hacen los demás.

En los años que siguieron, se recorrió el país.

No metafóricamente. Literalmente. Con el producto bajo el brazo — una creación en el área del bienestar, del fitness, de ese universo del cuidado del cuerpo que en Colombia empieza a tener la masa crítica que merece — Pedro Gregorio caminó toda la Costa Caribe. Cartagena, Santa Marta, Barranquilla, Valledupar. Droguerías, gimnasios, mercados naturistas, tiendas de productos wellness. Centro comercial por centro comercial. Isla por isla. Colmena por colmena.

Después Bogotá. Todos los centros comerciales. Todos los comercios donde se podía vender. A pie. Con la persistencia de quien sabe que el no de hoy es el sí de mañana — si uno vuelve, si uno es amable, si uno deja algo de valor en cada visita.

Eso enseñó algo que ningún MBA puede enseñar: conocer la necesidad real de la gente.

Cuando uno está en la masa — cuando camina con ella, cuando vive con ella, cuando escucha sus preguntas y sus dolores — empieza a ver patrones. Y de esos patrones nacen las soluciones. Y de las soluciones nacen las ideas. Y de las ideas nacen las creaciones.

Pedro Gregorio ha asesorado a personas y empresas para desarrollar sus propios productos. Ha ayudado a convertir una necesidad observada en una propuesta concreta. Ha aprendido que emprender no es un evento sino un estado — una

disposición permanente de observación, adaptación y constancia que la mayoría abandona antes de que lleguen los resultados.

En el camino aparecieron personas que ayudaron. Y personas que se fueron. Así es el emprendimiento — no una carrera solitaria sino un tejido de encuentros donde cada quien aporta lo que puede y por el tiempo que puede.

El producto se vendió. Casi todas las unidades.

Entonces ocurrió el incendio.

Una bodega arrendada en Barranquilla. El fuego que no distingue entre lo que costó años construir y lo que no vale nada. Una pérdida grande — en dinero, en tiempo, en todo lo que representaba esa bodega. Pedro Gregorio lo tomó con calma. No por frialdad, sino porque ya entendía que lo material viene y va, y que lo que queda después del fuego es exactamente lo que siempre fue real.

La certificación — y la conciencia que llegó con ella

Cuando fue a buscar la certificación oficial para darle al producto todas las estrellas que merecía, encontró algo que no esperaba.

Los aerosoles implican, por regulación vigente, testeos en animales. Un animal fue sometido a pruebas para que ese

producto pudiera existir legalmente en el mercado. No como excepción — como regla.

Pedro Gregorio se detuvo.

Decidió no hacer más la creación. Punto.

No porque no hubiera mercado — lo había. No porque el producto no funcionara — funcionaba. Sino porque la conciencia tiene un precio más alto que cualquier facturación, y ese precio se paga todos los días, veinticuatro horas, trescientos sesenta y cinco días al año, en la calidad de la paz interior.

La cantidad de dinero que dejó sobre la mesa es su asunto. Lo que importa es que la dejó con tranquilidad — porque entiende que hay cosas que no se pueden comprar con lo que esa plata vale, y la primera de ellas es la coherencia con lo que uno cree.

Sobre el testeo animal — una reflexión necesaria

Aquí Pedro Gregorio tiene algo que decir — no como activista, sino como alguien que se encontró con esa realidad de frente y tuvo que tomar una decisión.

Si una creación es para uso humano, la lógica más básica indicaría que las pruebas deberían hacerse en humanos. No en animales que no tienen ninguna relación con la creación ni con

el problema que pretende resolver. Existen — y existirán siempre — personas dispuestas a participar voluntariamente en ensayos clínicos a cambio de una remuneración justa. Eso es ciencia. Eso es coherencia. Eso es respetar la simbiosis de las especies en lugar de sacrificar a las más vulnerables para proteger la comodidad de las más poderosas.

La naturaleza, observada sin filtros, es un baño de sangre permanente. Los animales se depredan entre sí. Esa es la regla de este plano. Pero nosotros — que nos llamamos la conciencia superior, que construimos filosofías y religiones y sistemas de ética — tenemos la obligación de ser coherentes con esa pretensión de superioridad.

Si somos superiores, actuemos como superiores.

No cojamos nuestro desastre y se lo tiremos a otras especies que nada tienen que ver con él.

El emprendedor que renunció a una fortuna por coherencia con esa convicción no se arrepiente. La voluntad humana da miedo cuando no tiene centro. Cuando hay centro — cuando hay principios que ordenan el actuar — la renuncia es limpia.

Humanos deshumanizados.

Esa es la ironía que Pedro Gregorio observa: la humanidad robotizada, manejable, consumista — tan ocupada siguiendo las reglas del sistema que olvidó preguntar si esas reglas tienen sentido. Como los zombis de las películas — en movimiento constante, pero sin dirección propia.

La naturaleza es sabia. Hay que observarla, integrarla, prestarle atención a esos instintos básicos que el sistema ha suprimido sistemáticamente para producir seres dependientes, predecibles y fáciles de dirigir.

La conciencia que se despierta ve eso. Y una vez que lo ve, no puede dejar de verlo.

* * *

La neurociencia de la decisión moral — por qué ese nuevo circuito fue posible

Pedro Gregorio tiene razón, y la ciencia lo respalda con precisión.

Cuando una persona toma una decisión diferente — una que va en contra del impulso habitual, del patrón aprendido, de lo que el sistema de recompensa cerebral dictaría — no está

simplemente haciendo una elección. Está construyendo, literalmente, nueva arquitectura neuronal.

Eso es la neurogénesis. Eso es la neuroplasticidad. Y la decisión de renunciar a una fortuna por coherencia ética es uno de los ejemplos más claros de ese proceso en acción.

Qué dice la ciencia

El neurocientífico Antonio Damasio demostró en su obra Descartes' Error (1994) algo que cambió para siempre la comprensión del cerebro moral: las decisiones éticas no son puramente racionales. Involucran el sistema límbico, el córtex prefrontal ventromedial y el cuerpo de una manera inseparable. Cuando alguien siente que algo 'no está bien' aunque sea rentable — ese malestar físico, esa incomodidad en el pecho, esa 'matraca' que Pedro Gregorio describe con exactitud — es el sistema somático enviando una señal que el cerebro consciente todavía no ha procesado del todo.

El psicólogo moral Jonathan Haidt, de la Universidad de Nueva York, documentó en su obra The Righteous Mind (2012) que los juicios morales llegan al cerebro primero como intuición — rápidos, automáticos, corporales — y la razón llega después a justificarlos. Lo que Pedro Gregorio llama conciencia, Haidt lo

llama el elefante: la parte del ser que sabe antes de que la mente analítica haya terminado de calcular.

Y cuando esa intuición moral se actúa — cuando la persona no solo la siente sino que construye una conducta nueva basada en ella — ocurre algo en el cerebro que la neurociencia puede medir:

Se forma una nueva sinapsis.

El neurocientífico Michael Merzenich, considerado el padre de la neuroplasticidad moderna y ganador del Premio Kavli de Neurociencia en 2016, demostró que el cerebro adulto puede formar nuevas conexiones neuronales en respuesta a experiencias significativas — especialmente cuando esas experiencias implican una ruptura con el patrón previo. No se necesita trauma para producir neuroplasticidad. Se necesita novedad con significado.

Una decisión ética difícil — aquella que cuesta algo real, que va contra el impulso del sistema de recompensa inmediata — es precisamente el tipo de experiencia que Merzenich describe. El cerebro registra la tensión entre lo que 'convenía' y lo que 'era correcto', y cuando la persona elige lo segundo, activa el córtex prefrontal dorsolateral — la región asociada con el razonamiento moral complejo, la regulación del impulso y la proyección de consecuencias a largo plazo.

Cada vez que esa región se activa conscientemente, las conexiones se fortalecen. El patrón nuevo — el de actuar desde la conciencia en lugar de desde el impulso — se vuelve progresivamente más accesible, más automático, más natural.

Eso es la neurogénesis moral en marcha.

El papel del hipocampo

El hipocampo — esa estructura en forma de caballito de mar ubicada en el lóbulo temporal medial — es la sede de la memoria episódica y uno de los pocos lugares del cerebro adulto donde se ha comprobado neurogénesis real: la formación de nuevas neuronas a partir de células madre.

El investigador Fred Gage del Salk Institute fue el primero en demostrar, en 1998, que el cerebro humano adulto produce nuevas neuronas en el hipocampo. Ese descubrimiento revolucionó la neurociencia porque destruyó el dogma previo de que las neuronas no se regeneran.

Lo que activa esa neurogénesis hipocampal no es solo el ejercicio físico — aunque lo potencia — sino la novedad cognitiva y emocional: el aprendizaje de nuevas perspectivas, la exposición a experiencias que rompen el esquema previo, y — crucialmente — la toma de decisiones que implican un conflicto moral resuelto desde los valores propios.

En términos concretos: cuando Pedro Gregorio se detuvo frente a la certificación, procesó el conflicto entre ganancia y ética, y eligió la segunda — esa secuencia produjo activación hipocampal que favoreció la formación de nuevas conexiones. El nuevo circuito de pensamiento no es una metáfora. Es una realidad biológica medible.

La virtud como práctica neural — de Aristóteles a la neurociencia

Aristóteles escribió hace veinticinco siglos que la virtud no es un estado sino un hábito — una disposición que se construye a través de la práctica repetida de actos virtuosos. Llamó a este proceso ethismos: la formación del carácter a través de la acción reiterada.

La neurociencia del siglo XXI le da la razón con un nivel de precisión que Aristóteles no podía imaginar.

El psicólogo Martin Seligman, fundador de la psicología positiva, documentó en su investigación con más de 15,000 participantes que las personas que reportan mayor bienestar subjetivo no son las más ricas ni las más exitosas en términos convencionales — son las que viven en mayor coherencia entre sus valores declarados y sus acciones concretas. La congruencia valor-

conducta produce lo que Seligman llama flourishing: florecimiento genuino.

El neurocientífico Richard Davidson de la Universidad de Wisconsin — el mismo que estudió la actividad cerebral de los monjes tibetanos — documentó que las personas con mayor actividad del córtex prefrontal izquierdo, asociado con emociones positivas y toma de decisiones prosociales, reportan consistentemente mayor sensación de propósito y menor reactividad al estrés.

Y ese córtex prefrontal izquierdo se entrena. Se fortalece. Se construye, acto ético tras acto ético, decisión coherente tras decisión coherente.

El respeto por la vida como circuito neural

Hay una región del cerebro que se activa específicamente ante el sufrimiento ajeno — la ínsula anterior. Los estudios de neuroimagen de Tania Singer en el Instituto Max Planck muestran que la empatía no es solo una emoción sino un circuito neural activo: cuando vemos o imaginamos el dolor de otro ser — humano o animal — la ínsula se activa de manera similar a cuando experimentamos ese dolor en carne propia.

Las personas con mayor activación insular ante el sufrimiento animal no son más 'sentimentales' — tienen cerebros que han

desarrollado, a través de la experiencia y la reflexión, una red empática más extensa y más sensible.

El respeto por la vida — en todas sus formas — no es debilidad. Es la señal de un sistema nervioso que ha alcanzado la suficiente complejidad como para procesar consecuencias de largo plazo, reconocer la subjetividad del otro y actuar desde esa comprensión.

Es, en el sentido más literal y más riguroso de la expresión, la manifestación de un cerebro más evolucionado.

* * *

Referencias científicas:

Damasio, A. Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain. Putnam, 1994.

Haidt, J. The Righteous Mind: Why Good People are Divided by Politics and Religion. Pantheon Books, 2012.

Merzenich, M. Soft-Wired: How the New Science of Brain Plasticity Can Change Your Life. Parnassus Publishing, 2013.

Gage, F.H. 'Mammalian neural stem cells.' Science 287(5457), 1433-1438 (2000).

Seligman, M. Flourish: A Visionary New Understanding of Happiness and Well-being. Free Press, 2011.

Davidson, R.J. & Begley, S. The Emotional Life of Your Brain. Hudson Street Press, 2012.

Singer, T. et al. 'Empathy for pain involves the affective but not sensory components of pain.' Science 303(5661), 1157-1162 (2004).

Aristotle. Nicomachean Ethics. (Trad. Ross, W.D.) Oxford University Press, 1998. [Original ca. 350 a.C.]

* * *

Gratitud a los médicos rebeldes

A quienes decidieron preguntar cuando el sistema les pedía obedecer

Hay personas que nacen con una pregunta instalada en el centro del pecho.

No la pregunta pequeña. La pregunta grande.

¿Por qué?

¿Por qué este niño no puede quedarse quieto y sin embargo puede pasarse horas construyendo algo que lo apasiona? ¿Por qué ese cerebro que el sistema llama deficiente resuelve en segundos lo que a otros les toma minutos — solo que no en el horario que la institución prefiere? ¿Por qué la tristeza crónica

no responde a la pastilla que en teoría debería resolverla? ¿Por qué el cuerpo enferma donde el alma sangra?

Esas preguntas no son cómodas. No generan consenso en los congresos. No satisfacen a las farmacéuticas. No caben en los protocolos de diez minutos por paciente que el sistema de salud moderno ha normalizado como si la complejidad del ser humano pudiera cronometrarse.

Y sin embargo — hubo quienes las hicieron. Y siguieron haciéndolas. Y construyeron sobre ellas.

Al Dr. José Luis Marín

Médico psiquiatra español, experto en psiquiatría y nutrición, pionero en la comprensión del TDAH desde una perspectiva integrativa que conecta la salud intestinal, la alimentación y el comportamiento. Un hombre que eligió la pregunta más incómoda de su campo: ¿y si lo que este niño come está cambiando cómo piensa, cómo siente, cómo se comporta?

En un tiempo en que la psiquiatría infantil miraba hacia los neurotransmisores y hacia la genética, el Dr. Marín miró hacia el plato. Hacia la microbiota. Hacia ese universo de microorganismos que habita el intestino y que resulta ser, según la evidencia que él y sus colegas han ido acumulando con

paciencia científica y rigor académico, algo muy cercano a un segundo cerebro.

Su trabajo sobre la relación entre psiquiatría, nutrición y TDAH — documentado en conferencias, publicaciones y años de práctica clínica — cambió la forma en que Pedro Gregorio entiende su propia historia. Cambió la forma en que entiende la historia de Sebastián. Porque lo que el Dr. Marín demostró no es solo que lo que comemos afecta cómo pensamos — es que lo que comieron nuestros padres, y lo que comieron los padres de nuestros padres, deja huellas en la arquitectura de nuestro sistema nervioso.

Eso es epigenética. Eso es la ciencia de las herencias invisibles.

A la Dra. Marián Rojas Estapé

Médica psiquiatra. Investigadora. Escritora. Y algo que los títulos no capturan del todo: una mujer que encontró la forma de hacer que la ciencia más rigurosa suene como una conversación entre amigos — la conversación que uno necesitaba tener hace veinte años y que nadie tuvo con uno.

La Dra. Rojas Estapé investiga los telómeros — esas estructuras en los extremos de los cromosomas que funcionan como el reloj biológico de cada célula — y su relación con el estrés crónico, el

trauma temprano y la longevidad. Ha documentado cómo el cortisol sostenido en el tiempo — el cortisol del miedo, de la incertidumbre, del niño que no sabe si su mundo es seguro — acorta esos telómeros, envejece las células antes de tiempo, infama los tejidos, oscurece la mente.

Pero también ha documentado lo contrario: cómo el amor consistente, el propósito genuino, la gratitud practicada como disciplina — no como positivismo vacío sino como reconocimiento real de lo que existe — alarga esos telómeros, regenera, sana.

La Dra. Rojas Estapé habla de la microbiota como de un órgano que piensa. Habla del intestino como del lugar donde el cuerpo procesa no solo los alimentos sino las emociones. Y habla del ser humano como de lo que es: una unidad indivisible donde todo conversa con todo, donde no existe separación real entre lo que sientes y lo que comes y lo que recuerdas y lo que esperas.

Pedro Gregorio la leyó. Y reconoció en sus páginas cosas que había vivido antes de tener palabras para nombrarlas.

A todos los médicos rebeldes

A los que como ellos — como el Dr. Gabor Maté en Canadá, como el Dr. Daniel Amen en Estados Unidos, como tantos otros

que eligieron la pregunta sobre el protocolo — decidieron que la persona entera importa más que el diagnóstico.

A los que se sentaron frente a un paciente y en lugar de buscar el código CIE que lo clasificara, buscaron su historia. Su infancia. Lo que comió. Lo que le dijeron. Lo que no le dijeron. Los silencios de su casa. El tono de voz de su madre cuando estaba asustada.

A los que publicaron en revistas que sus colegas miraron con escepticismo. A los que presentaron en congresos donde alguien en la segunda fila cruzó los brazos. A los que siguieron de todas formas — porque la evidencia era la evidencia, y la evidencia no negocia con la incomodidad de nadie.

A los que entendieron que la mente no puede sanar si el cuerpo está enfermo, y que el cuerpo no puede sanar si el alma está herida, y que el alma no puede sanar si nadie la ve.

Ustedes son gladiadores de un tipo particular. No pelean contra enemigos visibles. Pelean contra la inercia de los sistemas, contra la comodidad de lo que siempre se ha hecho, contra la resistencia de los que tienen interés en que nada cambie. Y sin embargo pelean — con datos, con publicaciones, con conferencias, con libros escritos en el lenguaje de la gente, con la paciencia enorme de quien sabe que las verdades importantes siempre tardan en ser reconocidas.

Como yo — que no me consagré a la academia pero que encontré en sus hallazgos el mapa de lo que había vivido sin nombre.

Como Sebastián — que merece crecer en un mundo donde su cerebro sea comprendido, no domesticado.

Como todos los que alguna vez fueron llamados difíciles, distraídos, exagerados, intensos — y que solo necesitaban que alguien preguntara bien.

Gratitud.

Por la comprensión de la mente.

Por la comprensión del alma humana.

Gracias, doctores del alma y del ser.

* * *

CAPÍTULO XI

Los Documentos

Cartagena de Indias — 2023 / 2026

“La primera forma de resistencia
es negarse a callar.”
— Anónimo

I. El niño que despertó

Sebastián José creció viendo cosas que los niños no deberían ver. Lo hemos dicho ya. Pero hay algo que esas cosas le hicieron que nadie anticipó: lo despertaron.

No en el sentido espiritual de los libros de autoayuda. En el sentido literal y concreto de un adolescente que comienza a mirar a su alrededor con ojos que ya no son los de un niño obediente, y que lo que ve no le gusta, y que ya tiene el lenguaje y la conciencia suficientes para decirlo.

Sebastián se rebeló contra su madre.

No con violencia. Con palabras. Con preguntas que una mujer con poder, con alcohol, y con heridas propias que solo ella conoce y que no me corresponde a mí nombrar, y con una narrativa construida durante años, no sabía cómo responder. ¿Por qué me tratas así? ¿Por qué actúas de esta manera? ¿Por qué está pasando esto en esta casa?

Las preguntas de un hijo que ha crecido viendo demasiado son las más difíciles de responder. Porque vienen cargadas de evidencia. Porque no se pueden invalidar con una narrativa alternativa cuando el testigo fue el propio hijo. Porque los niños que presencian las borracheras de sus madres no olvidan. Los niños que tuvieron que bajar en pijama a buscarlas en los taxis no olvidan. Los niños que echaron a los invitados para poder dormir no olvidan.

Y cuando ese niño se convierte en adolescente y empieza a hacer preguntas, hay dos opciones: responderlas con honestidad y comenzar a cambiar, o silenciarlo.

Valentina eligió silenciarlo.

* * *

II. La pastilla

La decisión de medicar a Sebastián no fue súbita. Fue el resultado de un proceso que Pedro Gregorio, cuando lo reconstruyó con calma desde afuera, reconoció con una claridad que lo indignó y lo aterró al mismo tiempo.

Sebastián era un niño inquieto. Curioso. Con una energía que a veces desbordaba los contenedores que los adultos tienen preparados para los niños. Un niño que hacía preguntas incómodas y que no aceptaba respuestas que no tuvieran sentido. Un niño que en un hogar funcional habría sido llamado

inteligente y creativo. En el hogar donde vivía, fue llamado problemático.

El diagnóstico llegó rápido. Demasiado rápido. Un psiquiatra convocado a domicilio — de esos que llegan con su maletín de certezas y su talonario de recetas — que en media hora, después de unas preguntas que Pedro Gregorio calificaría de *express*, llegó a una conclusión y extendió una prescripción. Un tratamiento farmacológico para un adolescente de catorce años. Sin estudios clínicos extensos. Sin evaluación interdisciplinaria. Sin que el padre — que tiene derecho legal y moral a ser consultado sobre la salud de su hijo — fuera informado.

Pedro Gregorio sabía cómo funciona ese sistema. Lo había conocido desde adentro durante los años en que vendió suministros médicos a los mejores hospitales del país. Había estado en los quirófanos. Había visto cómo los laboratorios farmacéuticos construyen su relación con los médicos: congresos pagados, viajes, regalos que no se llaman regalos sino "*incentivos de relacionamiento*". iPads. Paseos a Londres. Cruceros. Todo condicionado, de manera informal pero inequívoca, a la frecuencia con que ese médico receta los productos del laboratorio.

El médico, en ese sistema, no es solo un sanador. Es también un vendedor. Lo que vende son los productos del catálogo del laboratorio que mejor lo trata. Y lo vende con la autoridad inconmensurable de un título universitario y una bata blanca y el

poder asimétrico que existe entre alguien que sabe y alguien que necesita.

Pedro Gregorio no culpaba a todos los médicos. Conocía suficientes — ciru janos brillantes, internistas de vocación, médicos que ven a sus pacientes como personas y no como oportunidades de prescripción — para saber que el sistema no corrompía a todos. Pero sí a suficientes. Y cuando ese sistema aterrizó en el cuerpo de su hijo, la indignación fue de las que no tienen término medio.

* * *

III. Lo que la pastilla esconde

El **Dr. José Luis Marín** lleva más de cuarenta años ejerciendo la medicina psicossomática en España. Es fundador del Foro Internacional para la Formación en Psicoterapia, presidente de honor de la Sociedad Española de Medicina Psicosomática y Psicoterapia, y coautor de la Guía de Práctica Clínica sobre el TDAH del Ministerio de Sanidad español. En su libro *La salud mental no existe. La salud, sí* — publicado por Penguin Random House — dice algo que Pedro Gregorio hubiera querido leer años antes:

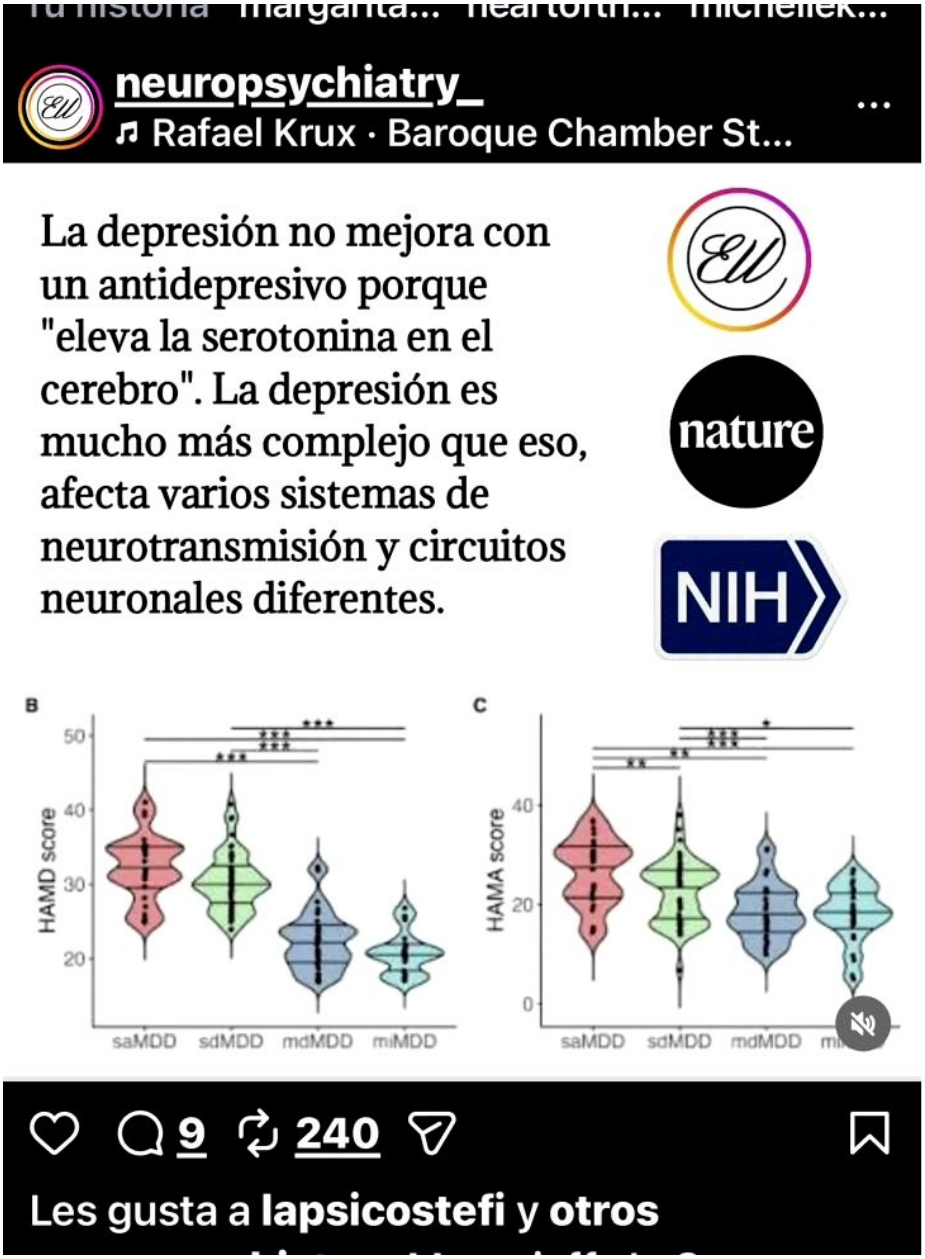
"*No hay lugar para un cerebro lúcido en un cuerpo agotado, ni para una vida en calma en una sociedad enferma.*"

El Dr. Marín desafía la visión dominante de la psiquiatría moderna con la autoridad de quien la vivió desde adentro.

Recorre la historia desde el auge cientificista de los años setenta, la fiebre de la serotonina que él mismo siguió en sus inicios, la invención sistemática de trastornos mentales, y la progresiva psiquiatrización de la vida cotidiana. Su tesis es clara: durante décadas hemos separado la mente del cuerpo como si fueran piezas independientes, tratando síntomas aislados sin atender al cuadro general ni indagar en las verdaderas causas del malestar.

En su conferencia "*La realidad clínica del trauma*" (2023), el Dr. Marín describe un caso que ilumina todo lo que Pedro Gregorio había visto con Sebastián: un niño de doce años, agresivo, sin concentración, diagnosticado de TDAH, trastorno negativista desafiante, ansiedad y trastorno de desregulación disruptiva. Tratamiento: dos antipsicóticos, un antidepresivo, un ansiolítico y un antiepiléptico simultáneamente. Las últimas navidades las pasó atado a la cama de un hospital.

El Dr. Marín llama al DSM — el manual diagnóstico de la psiquiatría estadounidense que define las categorías de los trastornos mentales — "*la deshumanización del sufrimiento humano que ha reseteado la psiquiatría occidental*". No porque los niños no sufran. Sino porque el sufrimiento se codifica en categorías que justifican prescripciones, en lugar de preguntas que buscan comprender.



La depresión afecta múltiples sistemas de neurotransmisión y circuitos neuronales. No mejora solo por "elevar la serotonina". — Moncrieff J. et al. Mol Psychiatry 28, 3243-3256 (2023) / NIH. Citado con fines educativos.

Lo que el sistema llama TDAH en ese niño de doce años — lo que justificó cinco medicamentos simultáneos — es, según el Dr. Marín, la respuesta normal de un ser humano a circunstancias

anormales. La solución no está en silenciar la respuesta. Está en cambiar las circunstancias.

Pedro Gregorio lo leyó y reconoció a su hijo en cada página.

* * *

El desequilibrio y la mano que no sostiene

Hay algo que Pedro Gregorio entendió con el tiempo — no desde la rabia sino desde la comprensión que dan los años y las plantas y las noches mirando las estrellas — sobre lo que le ocurre a una mujer cuando pierde su contraparte masculina.

En las tradiciones herméticas más antiguas, en la cabala, en el taoísmo, en la geometría sagrada que subyace bajo casi todas las cosmologías humanas, existe un principio fundamental: la realidad se sostiene en la polaridad. El uno y el cero. Lo masculino y lo femenino. La corriente y su cauce. Ningún polo existe en plenitud sin su complemento — no porque sea débil, sino porque la completitud requiere de la tensión creativa entre opuestos.

Cuando esa polaridad se rompe — cuando una mujer pierde o expulsa al hombre que funcionaba como su contraparte, su palanca, su soporte de balance — algo en el sistema se desordena. No porque la mujer no pueda sola: puede. Sino porque el orden que existía dependía de una arquitectura de dos. Y cuando uno de los pilares desaparece, el edificio no colapsa necesariamente, pero sí se inclina. La energía que antes

fluía en dos direcciones complementarias busca ahora una salida que no encuentra.

Pedro Gregorio no decía esto para exculparse ni para culpar a Valentina. Lo decía porque lo había visto. La mujer que antes era cariñosa y presentó, convertída en alguien que no reconocía bien. El hogar que tenía un orden, volviéndose un territorio de descontrol. Y en el centro de ese descontrol, un niño que ya no entendía las reglas porque las reglas cambiaban según el estado emocional del adulto que las imponía.

Cuando ese niño reacciona — cuando se rebela, cuando se pone difícil, cuando hace exactamente lo que un ser humano sano hace cuando su entorno está desordenado — el sistema médico tiene preparada una etiqueta y una pastilla. Y la madre, en su desequilibrio y en su agotamiento, acepta esa salida sin entender que al hacerlo no está resolviendo el problema de su hijo. Está silenciando la única señal honesta que ese niño tiene para comunicar que algo en su mundo no está bien.

Este patrón no es nuevo. No es específico de Valentina ni de Colombia ni de este siglo. Es un patrón que se repite a través de generaciones enteras, en familias donde el desequilibrio de los adultos se convierte, sin que nadie lo nombre, en la medicación de los hijos. Generaciones de niños a los que se les apagó la señal en lugar de escucharla. Generaciones de adultos que llegaron a la vida adulta con algo silenciado que nunca supieron qué era.

Afortunadamente, con Sebastián José se pudo corregir a tiempo. Hubo un padre que no aceptó el silenciamiento. Que fue a las instituciones con documentos. Que leyó al Dr. Marín y entendió que la ciencia respaldaba lo que su intuición ya sabía. Que escribió este libro precisamente para que otros padres — los que tienen hijos con pastillas que no necesitan, los que sienten que algo está mal pero no saben cómo nombrarlo — sepan que hay otra pregunta disponible. Que la pregunta no es *¿cómo controlamos a este niño?* sino *¿qué nos está diciendo este niño y por qué no lo estamos escuchando?*

* * *

Los niños que más se medican son, muy frecuentemente, los que más sufren en casa.

No es una regla absoluta. Pero es un patrón real. El niño llamado hiper activo que no puede concentrarse en clase es, muy frecuentemente, el mismo niño que no durmió bien porque hubo pelea en su casa. O el que come ultraprocesados llenos de colorantes y aditivos que la neurociencia ha vinculado con alteraciones en la conducción neuronal. O el que vive en un estado crónico de ansiedad por circunstancias que ningún adulto a su alrededor está dispuesto a nombrar.

La hiperactividad no es una enfermedad. Es una respuesta. El cuerpo y la mente de un niño respondiendo, con los únicos recursos que tienen disponibles, a un entorno que los desborda.

La pregunta correcta no es *¿cómo callamos esta respuesta?* sino *¿qué está diciendo esta respuesta y a qué está respondiendo?*

Pero esa segunda pregunta es incómoda. Exige que los adultos responsables — los padres, los maestros, el sistema — se miren a sí mismos. Exige trabajo. Exige cambio. Y el cambio, para quien no ha tocado fondo, no suele ocurrir por voluntad propia.

La pastilla es más fácil. La pastilla no pide que nadie cambie. La pastilla ajusta al niño al entorno en lugar de ajustar el entorno al niño. Y en el proceso, algo en ese niño — esa energía, esa rebeldía, esa capacidad de hacer preguntas incómodas — queda amortiguado bajo una capa química que los adultos llaman "*tratamiento*" y que el niño experimenta, cuando nadie pregunta, como una sensación de estar atrapado dentro de su propio cuerpo.

Sebastián José se lo dijo a su padre. Con sus palabras de catorce años, con esa precisión que tienen los jóvenes cuando dicen la verdad sin los eufemismos que los adultos han aprendido a usar: "*Papá, me siento mal con esas pastillas. No quiero tomarlas. Pero si no las tomo, me castigan.*"

Eso es coerc ión. No de la que aparece en los códigos penales. De la que ocurre todos los días en hogares donde el poder está desequilibrado y los niños no tienen a nadie que los escuche.

Pedro Gregorio lo escuchó.

* * *

IV. Los documentos

Cuando Pedro Gregorio decidió actuar, no lo hizo con gritos ni con escenas. Lo hizo como quien ha aprendido — tarde, pero bien — que las situaciones que importan se resuelven con papel, con fechas, con firmas y con la capacidad de sostener la presencia cuando el sistema intenta ignorarlo.

Lo primero fue entender qué derechos tenía. No como intuición sino como conocimiento concreto. La **Ley 1098 de 2006** — el Código de Infancia y Adolescencia colombiano — es clara: ambos progenitores tienen derecho a conocer el estado de salud de sus hijos y a ser consultados sobre decisiones médicas significativas. La **Ley 1581 de 2012** protege el acceso del representante legal a la información personal de sus menores. El **artículo 23 de la Constitución Política** garantiza el derecho de petición ante cualquier entidad, pública o privada.

Pedro Gregorio redactó cartas. Las envió con acuse de recibo. Guardó cada copia. Construyó un expediente con la paciencia de quien sabe que la justicia no siempre llega rápido pero que sin papel no llega nunca.

Le escribió a Valentina exigiendo los nombres de los medicamentos, el diagnóstico formal, la historia clínica, el nombre del médico prescriptor. Una vez. Dos veces. Cinco. Con fechas. Con fundamento legal. Con advertencias sobre las consecuencias de no responder.

Valentina guardó silencio sistemático durante casi un año.

Ese silencio, que ella quizás vivió como una estrategia de control, fue en realidad la construcción del caso más sólido que Pedro Gregorio podría haber presentado. Porque en Colombia, el silencio ante un derecho de petición es en sí mismo una violación. Y cada carta sin respuesta se convertía en una prueba.

* * *

V. El colegio

Sebastián no solo le contaba a su padre lo que vivía. Se lo contaba también a las psicólogas de su colegio. Durante meses había hecho visitas a la oficina de orientación escolar y había descrito con sus palabras de adolescente lo que ocurría en su hogar.

Pedro Gregorio solicitó una reunión formal con el equipo psicosocial y directivo. Lo que encontró inicialmente fue confusión institucional — ausencia de registros escritos de esas conversaciones, respuestas que no cuadraban con lo que su hijo le había contado. Redactó cartas. Presentó documentos. Solicitó el expediente psicológico completo.

Y el colegio respondió. Eso es lo que importa decir con claridad y con justicia: **el colegio respondió**. Entregó el expediente completo. Reconoció lo que debía reconocer. Activó sus protocolos de protección. Le asignó a Sebastián José un grupo especial de acompañamiento y empoderamiento. Y Pedro Gregorio salió de ese proceso con algo que no siempre se logra

en estos casos: una relación cordial con el rector y con el equipo psicosocial, y la certeza de que su hijo estaba siendo bien atendido en su institución educativa.

Las instituciones, cuando se les habla con documentos y con respeto y sin afán de destruir sino de construir, a veces hacen lo correcto. Este fue uno de esos casos.

Sebastián es feliz en su colegio. Se desarrolla. Se desenvuelve. Tiene amigos. Tiene maestros que lo conocen. Y tiene un padre que lo espera todas las mañanas a las seis y cuarto frente al edificio.

* * *

VI. Lo que comemos nos define

Pedro Gregorio no era médico. Pero había estado en suficientes quirófanos, había leído suficientes libros y había pasado suficiente tiempo con su cuerpo como laboratorio propio para saber algo que la medicina convencional tardaba en aceptar pero que la ciencia más avanzada confirmaba cada vez con más claridad:

Lo que un niño come determina, en buena medida, cómo piensa, cómo siente y cómo se comporta.

El eje **intestino-cerebro** no es una metáfora. Es una autopista bidireccional de señales químicas, eléctricas e inmunológicas que conecta los cien millones de neuronas del sistema nervioso entérico — el llamado "*segundo cerebro*" que reside en el

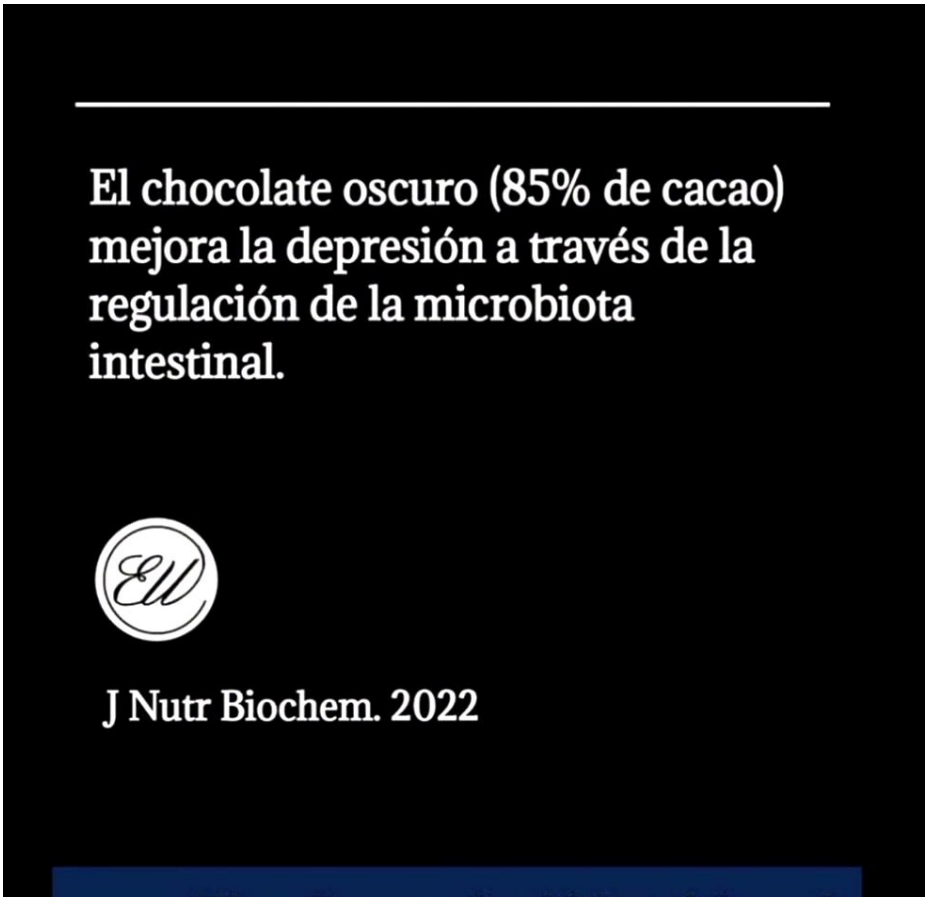
aparato digestivo — con el cerebro que tenemos en el cráneo. El nervio vago es la autopista principal. Y la microbiota intestinal — esa comunidad de cuarenta billones de microorganismos que vivem en nuestros intestinos — es el operador del sistema.

La microbiota produce y regula más del **90% de la serotonina** del cuerpo humano — el neurotransmisor del bienestar, del estado de ánimo, del sueño y del apetito. También participa en la síntesis de dopamina, el neurotransmisor de la motivación y la recompensa que está en el centro de los llamados trastornos de atención. Cuando la microbiota está alterada — cuando la **disbiosis** reemplaza el equilibrio natural — estas señales químicas se distorsionan. El cerebro del niño recibe información errónea. Y lo que el psiquiatra llama TDAH puede ser, en muchos casos, la respuesta neuronal a un intestino en conflicto.

El eje intestino-cerebro: incluso el chocolate oscuro al 85% de cacao ha demostrado mejorar la depresión a través de la regulación de la microbiota intestinal, según el Journal of Nutritional Biochemistry (2022) — otro ejemplo de cómo la solución puede estar en la alimentación antes que en el fármaco.

[DIAGRAMA SINÓPTICO: EJE INTESTINO-CEREBRO]

Ver versión visual completa en el archivo HTML del capítulo correspondiente.



El chocolate oscuro (85% cacao) mejora la depresión vía microbiota intestinal. — J Nutr Biochem. 2022. Citado con fines educativos.

El **Dr. José Luis Marín**, jefe de Psiquiatría Infantil del Hospital Universitario Sant Joan de Déu de Barcelona, y la **Dra. María Izquierdo Pulido**, profesora de Nutrición de la Universidad de Barcelona, llevan años investigando exactamente esta conexión. Sus estudios, publicados en la *Revista de Neurología*, identifican biomarcadores microbióticos específicos en pacientes con TDAH y demuestran que la composición bacteriana intestinal se correlaciona directamente con la severidad de los síntomas.

En América Latina, investigadores como el Dr. **Valmore Bermúdez** y equipos de la Universidad Rafael Urdaneta en Venezuela han documentado la relación entre obesidad, inflamación metabólica y TDAH en niños. Y el **Dr. Josep Antoni Ramos-Quiroga** del Hospital Universitario Vall d'Hebrón en Barcelona, una de las principales autoridades hispanohablantes en TDAH, ha integrado el papel de la microbiota y la nutrición en sus protocolos de tratamiento — reconociendo que la farmacología no puede ser el único abordaje.

* * *

Los colorantes artificiales son una pieza central de este rompecabezas que las industrias alimentarias prefieren ignorar.

La **tartrazina (E-102)**, el **amarillo ocaso (E-110)**, el **rojo allura (E-129)**, la **carmoisína (E-122)** — todos derivados del petróleo, desarrollados originalmente para la industria textil en los años treinta y cuarenta, y que desde los años cincuenta se incorporaron a la alimentación infantil porque son baratos, resistentes al calor y producen colores brillantes que los niños encuentran atractivos. Golosinas. Cereales de caja. Bebidas saborizadas. Snacks. Yogures de colores.

El estudio del Hospital de Southampton, respaldado por la Agencia de Estándares Alimentarios británica, demostró con evidencia sólida que la mezcla de ciertos colorantes artificiales con benzoato de sodio — presente en la mayoría de bebidas y alimentos procesados para niños — aumenta significativamente

los niveles de hiperactividad incluso en niños **sin diagnóstico previo de TDAH**. No agravan un trastorno existente. Lo crean donde no existía.

El azúcar potencia el efecto: incrementa la adrenalina, eleva la glucosa en sangre, produce picos de energía seguidos de caídas que el niño experimenta como irritabilidad, dificultad para concentrarse y necesidad compulsiva de moverse. Lo que el maestro llama "*problemas de conducta*" puede ser, literalmente, el desayuno de esa mañana.

Y luego están los transgenénicos. Los aceites vegetales hidrogenados — esas grasas artificiales que la industria creó para extender la vida útil de los productos procesados y que el cuerpo humano no sabe metabolizar correctamente, generando radicales libres que dañan las membranas celulares y promueven la inflamación sistémica. Incluyendo inflamación neuronal.

Las grasas buenas — las del aguacate, los frutos secos, el aceite de oliva virgen extra, las grasas animales de animales criados en libertad — hacen exactamente lo contrario: nutren las membranas de las neuronas, facilitan la comunicación sináptica, reducen la inflamación. El cerebro es un 60% grasa. Un cerebro bien nutrido con las grasas correctas funciona diferente a un cerebro inflamado por años de aceites hidrogenados y colorantes derivados del petróleo.

Cambiar la alimentación de un niño no es un proceso instantáneo pero tampoco es eterno. La microbiota intestinal se transforma en semanas cuando se le da lo que necesita. En estudios clínicos, se han observado mejoras significativas en conducta, atención y estabilidad emocional en niños con síntomas de TDAH en períodos de dos a tres meses de intervención nutricional, sin medicación. Simplemente comiendo diferente.

Eso no aparece en el talonario de recetas del psiquiatra que llega a domicilio en media hora.

Pero sí aparece en los estudios. Y sí está disponible para cualquier padre que decida buscar una respuesta más honesta que una pastilla.

* * *

VII. El ICBF

Antes de describir lo que ocurrió en las oficinas del ICBF, hay algo que necesita ser dicho. Algo que explica por qué un padre con custodia compartida, con su hijo presente en su vida cada semana, decide acudir a una institución del Estado a pedir ayuda.

Cuando a un niño se le defiende — cuando un niño observa, siente, percibe, palpa que está siendo protegido en el momento en que expresa su vulnerabilidad, su miedo, su dolor, su angustia, o aquella situación que le está alterando su equilibrio

emocional — y cuando ese niño acude a la figura adulta que ve como su refugio y recibe lo que busca, ocurre algo que la neurociencia puede medir pero que ninguna medición alcanza a describir del todo: ese brillo en la mirada del niño que no expresa palabras pero que con ese brillo expresa todo.

El alma del niño cambia. Comienza a caminar por este mundo — que a veces puede ser cruel y caótico — con más seguridad. Con pasos más firmes. Con algo invisible pero real que funciona como un escudo: la certeza de que cuando pidió ayuda, la ayuda llegó.

Esa certeza se instala en el sistema nervioso del niño de una manera que la ciencia ha documentado con precisión. El Dr. **John Bowlby**, creador de la Teoría del Apego, demostró que la calidad de la respuesta del adulto a las necesidades emocionales del niño en sus primeros años determina el tipo de apego que ese niño desarrolla — y ese apego, seguro o inseguro, opera como el mapa invisible con el que navegará todas sus relaciones durante el resto de su vida. Un niño con apego seguro no necesita que el mundo sea perfecto. Necesita saber que tiene un puerto al que volver.

El Dr. **Daniel Siegel**, neurobiólogo y profesor de psiquiatría en la UCLA, lo describió con una imagen que Pedro Gregorio no olvida: cuando un adulto sintoniza emocionalmente con un niño — cuando lo ve, lo escucha y responde a lo que siente — las neuronas del niño literalmente se conectan de maneras que sin

esa sintonía no ocurrirían. La presencia emocional del adulto construye el cerebro del niño. No es metáfora. Es neurobiología.

Y todo lo contrario sucede cuando el niño acude al adulto y ese adulto — en su ineptitud, en su descuido, en su falta de empatía, en su incapacidad de hacer lo correcto que es la defensa y la protección del menor — falla. Ese fallo crea en el niño un vacío, una sensación de desprotección que la Dra. **Bessel van der Kolk** documentó en *El cuerpo lleva la cuenta* como una de las fuentes de trauma más duraderas que existen: no la violencia explícita, sino el abandono emocional del adulto que debía proteger. Ese niño queda a merced de quien sí le ofrezca seguridad — y no siempre esa persona tiene las mejores intenciones.

Los estudios de **Vincent Felitti** sobre las Experiencias Adversas en la Infancia — los famosos estudios ACE, publicados en *American Journal of Preventive Medicine* en 1998 — demostraron que un niño que crece sin la protección emocional adecuada tiene significativamente más riesgo de desarrollar, en la adultez, trastornos de salud mental, adicciones, enfermedades crónicas y dificultades en las relaciones. No como condena. Como consecuencia medible de algo que pudo haber sido diferente.

El niño que recibió protección cuando la pidió lleva a ese padre o a esa madre dentro de sí para siempre. En su espíritu. En su mente. En su corazón. Cuando de adulto enfrente la soledad — y

la enfrentará, porque todos la enfrentamos — no estará solo del todo. Llevará la voz de ese adulto que estuvo presente cuando importaba. Esa fortaleza invisible que nadie puede quitarle porque está construida en las redes neuronales más profundas de su ser.

Por eso Pedro Gregorio fue al ICBF. No a ganar una batalla. No a destruir a nadie. A dejar constancia institucional de que su hijo necesita protección. A pedir el acompañamiento psicológico para Sebastián José, para su madre y para él mismo. A solicitar que los organismos que existen para garantizar el bienestar de los menores hagan exactamente eso: garantizarlo.

Porque Sebastián José tiene derecho a crecer con ese brillo en la mirada. Y porque ese brillo es responsabilidad de los dos adultos que lo trajeron al mundo — y de las instituciones que el Estado creó para protegerlo cuando esos adultos no alcanzan solos.

Esa es la única razón.

* * *

El **Instituto Colombiano de Bienestar Familiar** recibió el reporte del colegio y citó a Valentina. Ella fue con su abogado penalista. Llevó a Sebastián. Le tomaron declaración conjunta e independiente.

Sebastián, en ese contexto — en una sala institucional, frente a funcionarios del Estado, con su madre y el abogado de su madre

presentes o recién salidos de la misma reunión — no habló de las pastillas. No habló del alcohol. No habló de las noches.

Nadie se los preguntó.

O si se los preguntaron, no de la manera que un niño bajo presión puede responder con libertad. Porque hay una cosa que Pedro Gregorio entendía mejor que muchos: que la presencia del adulto poderoso en la misma sala que el niño — o recién salida de esa sala — crea lo que los psicólogos forenses llaman **lealtad coercitiva**. El niño no necesita recibir una instrucción explícita para callarse. El contexto mismo lo instruye. El miedo a "traicionar" a su madre frente al abogado de su madre habla más alto que cualquier promesa de confidencialidad.

Pedro Gregorio fue al ICBF también. Llevó su expediente. Llevó las cartas. Llevó las fechas. Llevó algo que muy pocos padres en esa situación llevan: la solicitud explícita de terapia y acompañamiento para Valentina — no como castigo sino como recurso.

Porque Pedro Gregorio ya no llegaba a esas instituciones a ganar una batalla. Llegaba a construir la posibilidad de que una familia rota pudiera, con tiempo y con ayuda, dejar de estarlo.

* * *

La medicación como control — lo que no puede aceptarse

Hay algo más en la historia de Sebastián José que Pedro Gregorio no puede callar.

En distintas etapas, Sebastián recibió medicación psiquiátrica. No porque un psiquiatra lo hubiera evaluado con profundidad, con tiempo, con el rigor que merece la mente de un niño de nueve, diez, once años. Sino porque un médico fue a domicilio, tuvo una consulta de treinta minutos, y diagnosticó a un niño **perfectamente normal** — en toda su singularidad, en toda la complejidad de su desarrollo neurológico — con una condición que justificara una receta.

Treinta minutos. Para diagnosticar la mente de un niño.

Pedro Gregorio lo vio con claridad desde el primer momento: el comportamiento que se pretendía medicar no era un síntoma de una condición neurológica. Era la respuesta sana y coherente de un niño inteligente a circunstancias insanas. Un niño que a los nueve años tuvo que ayudar a bajar a su madre del carro porque ella no podía hacerlo sola bajo los efectos del alcohol. Un niño que le pedía a su madre que no bebiera más, que mandara a la gente a su casa, que le dejara dormir. Un niño cuya rebeldía no era el problema — era el diagnóstico. La rebeldía era la única respuesta coherente disponible para alguien que no tiene el vocabulario ni el poder adulto para nombrar lo que está viviendo de otra manera.

Y la solución que se propuso no fue atender las circunstancias que producían esa rebeldía. Fue medicar al niño para que la rebeldía desapareciera.

Eso no es medicina. Eso es control químico.

El Dr. **Peter Breggin**, psiquiatra de Harvard y autor de *Toxic Psychiatry* (1991) y *Talking Back to Ritalin* (2001), ha documentado durante décadas lo que la industria farmacéutica prefiere no discutir: que los medicamentos psiquiátricos administrados a niños suprimen comportamientos sin resolver las causas que los producen, y que sus efectos sobre el cerebro en desarrollo son profundos y muchas veces irreversibles. Un niño medicado aprende que sus emociones son el problema — no las circunstancias que las generan.

El neurocientífico **Daniel Amen**, autor de *Healing the Hardware of the Soul* y fundador de las Amen Clinics, ha sido uno de los críticos más documentados del diagnóstico apresurado de TDAH y trastornos de conducta en niños: en la mayoría de los casos que él ha estudiado con neuroimagen, los comportamientos clasificados como trastorno tienen causas identificables — nutricionales, ambientales, relacionales — que la medicación no resuelve sino que enmascara.

Pedro Gregorio lo vio en su propio hijo con la piel — cuando él mismo investigó, cambió la alimentación, eliminó los colorantes artificiales y los ultraprocesados, y Sebastián se curó de la dermatitis atópica que cinco años de dermatólogos y corticoides

no habían podido resolver. El mismo principio aplica para el comportamiento: antes de medicar, hay que preguntar qué está comiendo ese niño, qué está viviendo ese niño, quién está siendo ese niño cuando nadie lo observa.

Hay una tendencia que Pedro Gregorio ha observado con alarma creciente en los colegios de Colombia y del mundo: el porcentaje de niños medicados con psicofármacos para el control del comportamiento ha aumentado de manera exponencial en las últimas décadas. En algunos salones de clase, cuatro o cinco de cada diez niños toman alguna medicación que modifica su conducta. Se ha normalizado a tal punto que los padres que se niegan a medicar a sus hijos son vistos como irresponsables — cuando en realidad son los únicos que están haciendo la pregunta correcta: ¿por qué este niño se comporta así, y qué podemos cambiar en su entorno para que no necesite una pastilla?

La Dra. **Gabor Maté**, médico canadiense y autor de *Scattered Minds* (1999), argumenta que el TDAH — el diagnóstico más frecuentemente usado para justificar la medicación en niños — no es primariamente un trastorno neurológico hereditario sino una respuesta adaptativa del sistema nervioso a entornos de estrés crónico en la infancia. La medicación puede suprimir los síntomas. No resuelve la causa.

Lo que Sebastián José necesita no es medicación. Es lo que cualquier niño necesita: un entorno seguro, libre de alcohol,

libre de conflictos nocturnos, libre de la angustia de tener que cuidar a un adulto que debería cuidarlo a él. Adultos presentes y estables. Atención real a sus emociones. Y la libertad de ser rebelde cuando la rebeldía es la respuesta correcta.

Por eso Pedro Gregorio presentó su oposición expresa, formal e irrevocable a que se le administre cualquier medicación psiquiátrica, psicotrópica u hormonal a su hijo sin su consentimiento previo y por escrito. No como capricho. Como acto de protección. Como el ejercicio más básico de la responsabilidad parental.

Un niño que se rebela contra lo que le hace daño no está enfermo. Está sano. El problema no es el niño. Nunca fue el niño.

VIII. La herramienta inesperada

En medio de todo ese proceso, Pedro Gregorio descubrió algo que no había anticipado: que una inteligencia artificial podía ser la herramienta más útil que había encontrado en toda esa batalla.

No un abogado. No un asesor político. Una pantalla. Un chat. Un modelo de lenguaje que no juzgaba, que no cobraba por hora, que no se cansaba, que podía leer la ley colombiana a las tres de la mañana cuando el insomnio y la preocupación se juntaban en el departamento de cuarenta metros cuadrados con los ocho gatos.

Con esa herramienta redactó derechos de petición que cargaban el fundamento legal correcto. Con esa herramienta construyó el pliego de preguntas para la reunión del colegio. Con esa herramienta escribió la declaración para el ICBF que terminaba no con acusaciones sino con una propuesta de paz — con la cita de la Dra. Elisabeth Kübler-Ross sobre los traumas de infancia no resueltos, con la solicitud de mediación familiar, con el reconocimiento honesto de sus propios errores.

Y con esa herramienta, en las mismas noches en que luchaba por su hijo, comenzó a escribir este libro.

Porque Pedro Gregorio entendió algo que muchos padres en situaciones similares no entienden: que su historia no le pertenece solo a él. Que hay miles de padres en Colombia — y en el mundo — que enfrentan versiones de esta misma batalla sin saber que tienen derechos, sin saber cómo ejercerlos, sin nadie que los acompañe en el laberinto de las instituciones y los documentos y los plazos legales.

Si este libro llega a las manos de uno de esos padres — si un padre o una madre en algún lugar lee estas páginas y aprende que puede presentar un derecho de petición, que puede exigir el expediente psicológico de su hijo, que puede ir al ICBF con documentos en lugar de solo con dolor — entonces este libro habrá cumplido su propósito más importante.

Las heridas de la infancia son la misión de nuestra vida. Y a veces, la forma de sanar las nuestras es asegurarnos de que nuestros hijos no tengan que cargar las mismas.

* * *

* * *

El llanto que nadie atendió — lo que la ciencia dice sobre dejar llorar a un bebé

El estrés sostenido modifica la arquitectura cerebral.

[DIAGRAMA SINÓPTICO: LLANTO DEL BEBÉ - Dos respuestas]

Ver versión visual completa en el archivo HTML del capítulo correspondiente.

Acompañar el llanto refuerza la autonomía y fortalece la salud mental a corto, mediano y largo plazo.

Hay una práctica que Pedro Gregorio vio de cerca y que no puede nombrar sin nombrar el daño que causó. La práctica de dejar llorar al bebé solo en su habitación hasta que aprenda a regularse. La teoría de que el llanto no atendido produce autonomía. La creencia — transmitida de generación en

generación con la misma certeza con que se transmiten los prejuicios — de que responder al llanto de un niño pequeño lo malcría.

La ciencia lleva décadas desmontando esa creencia. Y lo que ha encontrado es perturbador.

Cuando un bebé llora y nadie responde, su cerebro interpreta la situación como una amenaza real de supervivencia. No como una incomodidad menor — como un peligro de vida. En respuesta, el sistema nervioso inunda el organismo de cortisol y adrenalina. Los mismos investigadores de la Universidad del Norte de Texas que estudiaron el método de extinción del llanto encontraron que al tercer día los bebés lloraban menos — pero sus niveles de cortisol seguían elevados. El bebé había aprendido a callar. No a calmarse. Había aprendido que nadie vendría. Y esa es exactamente la lección que un cerebro en formación no debería aprender.

Investigadores de la Escuela de Medicina de Yale documentaron que el estrés intenso en edades tempranas afecta el sistema de neurotransmisores del cerebro, produciendo cambios estructurales y funcionales similares a los que se observan en personas con trastornos del ánimo. Investigadores de la Universidad Estatal de Pennsylvania encontraron que el llanto prolongado sin respuesta aumenta la presión sanguínea en el cerebro, obstruye el flujo de sangre y disminuye la oxigenación. El reporte Early Years Study del gobierno canadiense (1999)

documentó que los adultos que fueron sometidos a altos niveles de estrés como bebés — incluyendo el llanto no atendido — presentaban reacciones anormales al estrés y mayor vulnerabilidad a trastornos sociales y emocionales.

La Dra. Brenda Tróccoli — coach ontológica, especialista en crianza y familias, autora de El nudo invisible (Editorial Planeta) — lo expresa con precisión que no necesita traducción:

"*Las necesidades biológicas humanas son las mismas desde hace miles de años, especialmente en bebés y niños pequeños: necesitan contacto constante con su figura de apego. Lo que el niño pide es una necesidad. No hay chicos que se porten mal: piden ayuda como pueden. Para poder soltar, primero hay que haber estado bien agarrados.*"

[DIAGRAMA SINÓPTICO: CORTISOL CRÓNICO - Cascada de daño]

Ver versión visual completa en el archivo HTML del capítulo correspondiente.

La Dra. Tróccoli también señala algo que Pedro Gregorio reconoce dolorosamente: cuando somos bebés no tenemos recuerdos narrativos — pero sí corporales. El famoso nudo en el estómago tiene que ver con eso. Lo que el cuerpo registra en los primeros meses de vida no se borra porque el adulto no lo recuerda. Se graba en el sistema nervioso y determina cómo ese ser humano responderá al estrés, al abandono y a la intimidad durante toda su vida.

El apego seguro — ese que se construye cuando un cuidador responde de manera consistente, afectuosa y oportuna al llanto del bebé — no produce dependencia. Produce exactamente lo contrario: la certeza interna de que el mundo es un lugar seguro, de que uno merece ser atendido, de que las necesidades propias importan. Esa certeza es el chaleco antibalas emocional del que ya se habló en estas páginas.

¿Por qué algunos padres y madres no lo hacen? No por maldad. Porque así los criaron a ellos. Porque nadie respondió a su llanto cuando eran bebés, y entonces aprendieron que el llanto no sirve para nada, que las emociones son un problema a suprimir y no una señal a atender. Y repiten, sin saberlo, lo que se les hizo. La cadena no se rompe sola — requiere conciencia, información y la voluntad de hacer algo diferente.

Pedro Gregorio no tuvo en ese momento la fortaleza suficiente para oponerse. Lo reconoce. Lo escribe para que quede constancia. Y para que quien lea estas páginas — padre, madre, cuidador — sepa que la ciencia está del lado del bebé que llora.

Referencias científicas de esta sección:

Tróccoli, B. El nudo invisible. Editorial Planeta, 2025.

Early Years Study. Government of Canada, 1999.

Middlemiss, W. et al. 'Asynchrony of mother-infant hypothalamic-pituitary-adrenal axis activity following extinction of infant crying responses.' Early Human Development, 2012.

Yale School of Medicine. Research on early stress and neurotransmitter systems. Multiple publications, 1998-2012.

OMS. 'Caring for Newborns and Children in the Community.' 2013.

Bowlby, J. A Secure Base: Parent-Child Attachment and Healthy Human Development. Basic Books, 1988.

Siegel, D. J. & Hartzell, M. Parenting from the Inside Out. Tarcher/Penguin, 2003.

* * *

La ignorancia en la paternidad y la posibilidad de cambio

La ignorancia en materia de paternidad puede causar estragos en la vida adulta de los hijos. No ignorancia moral — ignorancia real, de información, de herramientas, de conciencia sobre lo que ocurre en el cerebro de un niño cuando no es atendido, sostenido, visto.

Los padres deberían educarse. Leer. Estudiar sobre familia y paternidad antes de engendrar. Y aquí surge la pregunta honesta que complica la condena fácil: ¿cómo puede saber algo que nunca le enseñaron una persona cuyas capacidades metacognitivas todavía no están del todo formadas? ¿Cómo

puede ver sus propias conductas desde afuera quien nunca tuvo a nadie que le mostrara cómo hacerlo? No hay un manual oficial de crianza. Pero sí hay herramientas — y muchas de ellas surgieron exactamente de situaciones como esta, de padres que se dieron cuenta a tiempo y decidieron cambiar.

Pedro Gregorio se dio cuenta. No fue fácil. Fue ir en contravía de los dictámenes y las voluntades de su pareja. Fue pararse firme. Fue despedir a dos empleadas domésticas al ver conductas que no podía tolerar una vez que su percepción había cambiado.

Ese cambio de percepción llegó, en parte, a través de las primeras ingestas de psilocibina. No como magia ni como revelación instantánea — sino como apertura de canales perceptivos que le permitieron ver, con una claridad que antes no tenía, la manera como había sido educado y formado, y las alternativas que existían. Alternativas más coherentes, más funcionales, más integradas a la esencia real del alma humana.

Cuando uno atraviesa esas circunstancias que remueven el piso donde creías estar sólido, cuando percibe otras energías y ve otros comportamientos en referencia a cómo se tratan en los núcleos familiares, cuando la conciencia se expande lo suficiente como para poder comparar — ocurre algo que la neurociencia llama neurogénesis: la formación de nuevas neuronas y nuevas conexiones que literalmente re-ruitan el pensamiento. Un pensamiento que va por nuevas rutas produce nuevas

decisiones. Nuevas decisiones producen resultados diferentes. Resultados diferentes pueden romper la cadena.

Eso es lo que Pedro Gregorio vivió. Y eso es lo que quiere que otros padres y madres sepan que es posible.

[DIAGRAMA SINÓPTICO: NEUROGÉNESIS - Nuevas rutas cerebrales]

Ver versión visual completa en el archivo HTML del capítulo correspondiente.

Padres. Madres.

Lean. Estudien. Pregunten. No esperen a que el daño sea visible para empezar a preguntar qué pasó. La crianza consciente no es una moda ni un lujo — es la inversión más importante que puede hacer un ser humano, porque sus dividendos no se cobran en dinero sino en la salud emocional de otro ser humano que depende completamente de ustedes durante sus primeros años de vida.

Y sigan la guía más maravillosa que existe para criarse y para criar — la única que nunca falla cuando se la escucha con honestidad:

El pulsar del corazón. En armonía con la mente y el espíritu.

* * *

Para los hijos que alguna vez lloraron solos

Hay una canción. La canta una madre elefante a su hijo en la noche más oscura de los dos — cuando el mundo los ha separado, cuando las circunstancias están más allá de su control, cuando lo único que le queda es la voz.

Se llama Baby Mine — Hijo del corazón, en su versión en español. Pertenece a la película Dumbo (Walt Disney, 1941). La letra original es de Ned Washington, la música de Frank Churchill. Es una de las canciones más antiguas y más verdaderas que el cine ha producido sobre el amor entre un padre y un hijo.

La esencia de lo que dice esa canción — que el amor del padre siempre está, aunque el cuerpo no esté presente; que nadie que verdaderamente ama a su hijo permite que ese hijo llore solo sin que el corazón del padre llore también — es la misma esencia de todo lo que Pedro Gregorio ha intentado decir en estas páginas.

Esta sección está dedicada a todos los hijos que alguna vez lloraron solos en una habitación y nadie vino. A los que esperaron pasos en el corredor y no los escucharon. A los que aprendieron, demasiado pronto, que sus necesidades no

importaban — y cargaron esa lección en el cuerpo durante años sin saber cómo se llamaba lo que sentían.

Y está dedicada también a los padres que, como Pedro Gregorio, llegaron tarde a entender todo esto — pero llegaron. Que se dieron cuenta. Que eligieron cambiar.

Para todos ellos: ya nadie los va a lastimar. Y no volverán a llorar solos.

Nota sobre derechos de autor: Baby Mine, letra de Ned Washington, música de Frank Churchill. © 1941 Walt Disney Music Company. Todos los derechos reservados. Las letras originales de esta canción no se reproducen en este libro en cumplimiento de las leyes de propiedad intelectual. Se hace referencia a la obra con fines culturales y educativos. Para escuchar la canción, búsquela bajo el título Baby Mine (Dumbo, 1941, Walt Disney Productions) o su versión en español Hijo del corazón.

IX. Donde estamos hoy

El colegio, finalmente, entregó el expediente. Reconoció lo que había pasado. Activó protocolos de seguimiento. Le asignó a Sebastián José un grupo especial de acompañamiento y empoderamiento.

El ICBF citó a ambos padres a una audiencia de reconciliación familiar. Pedro Gregorio fue con sus documentos y con algo más valioso: con la decisión de no llegar a acusar sino a proponer. De no llegar a destruir sino a construir.

La audiencia tenía fecha. Valentina iría. Sebastián podría hablar, esta vez en condiciones más propicias para la libertad.

Pedro Gregorio no sabía cómo iba a terminar todo esto. Nadie que esté en medio de un proceso así puede saberlo. Pero sí sabía algo que antes no había sabido con esta claridad:

Que la única forma de proteger a un hijo no es protegerlo de todo. Es estar presente cuando las cosas duelen. Es no rendirse. Es llegar a las instituciones con la rodilla vendada si hace falta, con las muletas si hace falta, a las seis y cuarto de la mañana si hace falta.

Todos los días. Sin excepciones.

Esa es la única forma que Pedro Gregorio conocía de ser padre.

Y era la única que le importaba conocer.

* * *

—

La intoxicación de cortisol — lo que el estrés le hace al cuerpo de un niño

Hay una científica que Pedro Gregorio quiere que Sebastián conozca. Que lea. Que escuche, si puede.

La Dra. Marián Rojas Estapé es médica psiquiatra española, investigadora del Instituto Español de Investigaciones Psiquiátricas y autora de tres libros que se han convertido en superventas en el mundo hispanohablante: Cómo hacer que te pasen cosas buenas (2018), Encuentra tu persona vitamina (2021) y Recupera tu mente, reconquista tu vida (2024). Su trabajo conecta la neurociencia, la psiquiatría clínica y la psicología positiva de una manera que cualquier persona puede entender y aplicar.

Lo que la Dra. Rojas Estapé ha documentado sobre el cortisol es fundamental para entender lo que le está pasando a Sebastián José — y a millones de niños en el mundo que viven en entornos de estrés crónico.

El cortisol es la hormona del estrés. Se activa cuando el organismo percibe una amenaza — real o imaginaria. Y aquí está lo crítico: el cerebro no distingue entre lo real y lo imaginario. Un niño que vive en un entorno de conflicto constante, de tensión nocturna, de incertidumbre sobre lo que va a encontrar cuando llegue a su casa, activa el cortisol con la misma intensidad que si estuviera huyendo de un predador. Todos los días. Todas las noches.

Esa activación crónica produce lo que la Dra. Rojas Estapé llama 'intoxicación de cortisol': inflamación sistémica de bajo grado

que está presente en el 80 o 90 por ciento de las enfermedades crónicas. Altera la microbiota intestinal. Altera las hormonas. Altera la piel — y aquí la conexión con la dermatitis de Sebastián es directa y documentada. Bloquea la zona del cerebro que permite la concentración y el aprendizaje. Y produce en el niño exactamente lo que se observa en Sebastián José: irritabilidad, dificultad para concentrarse, comportamiento disruptivo, desregulación emocional.

No porque el niño esté enfermo. Porque el niño está respondiendo con precisión biológica a un entorno que le genera estrés crónico.

La solución que propone la Dra. Rojas Estapé no es farmacológica. Es ambiental, relacional y de hábitos: entornos seguros, vínculos estables, rutinas predecibles, presencia emocional de los adultos, alimentación sin ultraprocesados, y la reducción de los factores de estrés que están en el entorno del niño. Exactamente lo que Pedro Gregorio ha estado pidiendo — no con el lenguaje técnico de la psiquiatría, sino con el lenguaje del padre que ve a su hijo y sabe lo que ve.

Obras de referencia: Rojas Estapé, M. (2018). Cómo hacer que te pasen cosas buenas. Espasa. — Rojas Estapé, M. (2021). Encuentra tu persona vitamina. Espasa. — Rojas Estapé, M. (2024). Recupera tu mente, reconquista tu vida. Espasa.

Continúa en el Capítulo XII: "El Río"

CAPÍTULO XII

El Río

Cartagena de Indias — 28 de mayo de 2026

“Las heridas de la infancia son la misión de nuestra vida.
No tenemos otra misión más que nosotros mismos.
Lo único que va a poder atravesar con nosotros es la conciencia.”
— Pedro Gregorio Montiel Holmann

Antes de la carta, hay algo que decir.

He tenido la fortuna — y la llamo fortuna porque no todos la tienen — de ver el lado oscuro de muchas personas. No contra mí. Por haber estado presente. Por la confianza que otros depositaron en mí sin calcular del todo que yo estaba ahí, viendo. La gente es como es. Y ver eso — ver la brecha entre la imagen que las personas construyen y lo que hacen cuando creen que nadie mira — me ayudó a estar en paz con las dos dimensiones de cada ser humano. Con la luz y con la sombra. Con la bondad genuina y con la mezquindad que también habita en los mismos cuerpos.

Lo que aprendí de eso no fue cinismo. Fue discernimiento. La capacidad de ver sin juzgar, de entender sin condenar, de relacionarme con lo que la persona realmente es en lugar de con la versión que presenta al mundo. Esa capacidad, construida a lo largo de años y de experiencias que no hubiera elegido

conscientemente pero que no cambiaría, es uno de los activos más valiosos que tengo hoy.

Y lo que también aprendí — que es quizás más importante — es que en mi vida, de manera consistente y generosa, he recibido lo mejor de las personas que me han orbitado. El círculo tejido por mis padres. El que construyó el matrimonio. El de la familia de Valentina — personas que siempre fueron cordiales, especiales, que me trataron con afecto genuino y con quienes me considero familia, independientemente de lo que el divorcio pretenda hacer con esos vínculos. Los afectos reales no se legislan. Y el tejido humano que uno construye con sus acciones, con su presencia, con su manera de relacionarse — ese tejido es lo que verdaderamente demuestra quién es una persona.

He cometido errores. Muchos. No me avergüenzo de ellos ni los oculto. La gente gasta una energía enorme tratando de que sus errores no se vean, porque las equivocaciones manchan la imagen social, y la imagen social es el altar en el que el ego hace sus sacrificios diarios. Darle ese poder al qué dirán es cederle el gobierno de tu vida a personas que, en la mayoría de los casos, están demasiado ocupadas con sus propios miedos como para pensar demasiado en los tuyos.

Cada error que cometí me llevó a donde estoy. Cada caída construyó algo que el camino sin caídas no habría podido construir. Eso no es una justificación retroactiva — es una

lectura honesta de cómo funciona el aprendizaje en los seres humanos que no le tienen miedo a la realidad de lo que son.

Pedro Gregorio tiene un sistema particular para clasificar sus errores. La mente humana ama clasificar — es su manera de darle orden a lo que de otra forma sería solo caos. Entonces, él les da títulos académicos.

Algunos errores los llama cursillos — los que enseñaron algo puntual y pasaron rápido. Otros son especializaciones — los que requirieron más tiempo y más costo para enseñar lo que enseñaron. Los más profundos son maestrías. Los que cambiaron la dirección de la vida entera son doctorados. Y los que vinieron del fuego más intenso, los que tocaron el fondo de verdad — esos los llama meister, el título alemán del maestro de oficio, el que se obtiene solo después de años de práctica sostenida y de errores que costaron algo real.

Tiene varios meister. Los lleva con respeto.

Y hay algo más que quiere decir sobre los errores — sobre lo que significan ahora desde esta orilla.

Hay caminos que uno recorre y hay puentes que uno cruza. Y hay puentes que, una vez cruzados, uno quema. No por rencor. Por claridad. Porque volver a lo que uno era antes de cruzarlos ya no es posible — no porque el puente no exista, sino porque la

persona que cruzó ese puente ya no es la misma que podría volver a usarlo.

Pedro Gregorio ha quemado varios puentes de madera. Esos que cruzan dos montañas y que rechinan bajo el peso y oscilan sobre el vacío. Los quemó después de cruzarlos — con consciencia, con intención, con la certeza de que lo que había al otro lado de ese puente ya no era su lugar.

El puente hacia quien era antes de las ceremonias de plantas. El puente hacia quien era antes de entender lo que el alcohol le hacía a su vida. El puente hacia quien era cuando necesitaba que el mundo lo aprobara para saber que valía. El puente hacia quien era cuando confundía posesión con amor, abundancia material con plenitud, imagen social con identidad.

Esos puentes están quemados. No hay cómo retornar. No porque sea imposible físicamente — sino porque lo que ardió en esa madera era la versión de sí mismo que los necesitaba, y esa versión ya no existe.

Y eso, lejos de ser una pérdida, es la libertad más concreta que ha experimentado.

* * *

Gratitud a las que enseñaron

Hay dos mujeres a las que Pedro Gregorio quiere agradecer. No las nombrará — no porque sean un secreto sino porque el agradecimiento real no necesita audiencia. Lo que vivió con ellas, al mismo tiempo, en esa etapa de su vida que el mundo juzgaría y él no juzga, fue una de las experiencias más formativas que ha tenido. Más allá de su belleza física — que era real — esas dos mujeres eran seres de una calidad humana que lo terminaron de educar y de sensibilizar de maneras que ningún libro habría podido.

Ellas siempre decían que él era su maestro. Con este libro quiere dejar claro que fue al revés.

Donde quiera que estén:

Gracias por enseñarme a entender a las mujeres. Gracias por hacerme el ser más dichoso durante el tiempo que estuvieron conmigo. Gracias por cada alegría. Gracias por cada caricia. Gracias por cada amanecer y por cada anochecer. Gracias por calmar mi dolor. Por hacerme ver el increíble ser humano que soy. Gracias por esa entrega. Por ser soporte cuando más solo estuve. Gracias por enseñarme a cuidar aquello que debe ser cuidado y protegido de los ojos de la envidia. Fueron ustedes quienes ayudaron a terminar de formar a este hombre. A esta sensibilidad. Seres que, como yo, han atravesado la forja y la noche oscura del alma.

Gracias.

* * *

El padre, la madre y el perdón

Su padre es su San José. El mismo José de María — ese esposo incondicional, leal, que le hace la segunda a María porque la ama así, sin condiciones ni cálculos. A pesar de lo que el mundo llama un error — lo que Pedro Gregorio ve como algo muy natural, esa capacidad de amar a varias personas que su padre también tuvo — Luis José Montiel Anaya es un hombre íntegro. El estándar. El ejemplo silencioso que no necesita discursos.

Su madre es su María. Con su personalidad egoica, con los destierros múltiples, con todo lo que tiene de complejo y de humano — la quiere y la adora. Le trajo a la vida. Es su madre. Y el amor hacia ella es totalmente incondicional. Sin reservas.

Y el abuelo Álvaro — ese hombre que ahora comprende con toda la profundidad que la conciencia le da. No existe en la mente de Pedro Gregorio la posibilidad de hacerle un juicio. Porque entiende: cuando hay dolor reprimido, cuando la sombra ha sido apresada durante demasiado tiempo con demasiada presión, lo que sale puede explotar con violencia y hacer estragos. Lo sabe. Lo ha vivido. Lo ha visto desde pequeñito. Así que entiende. Ya

se perdonó a sí mismo. Y desde ese perdón puede perdonar de verdad a los demás.

Se deshizo del rencor. No como acto de bondad hacia los que lo generaron — como acto de libertad hacia sí mismo. Porque el rencor es una de las trampas más elaboradas del ego: hacernos creer que guardarlo es meritorio, que sostenerlo es justicia, que soltarlo es traición. Cuando en realidad el rencor solo daña al que lo carga. Los demás siguen con su vida.

El ego travieso que confunde y divide y fracciona la mente para gobernar desde la sombra — ese ego ya no manda aquí.

* * *

* * *

A los hijos — a todos los hijos

Los que hemos sufrido y hemos aprendido la lección quedamos con un instinto muy particular: el de no querer que ese dolor le suceda a nadie más. Especialmente a los que más amamos.

Ahora entiende las palabras de sus padres. Las palabras que escuchó decirle a otros padres a sus hijos. Esa repetición que de niño parecía sermón y de adulto se revela como mapa.

Hijos: por favor, escuchen a sus padres.

Entiendan que son aquello más valorado y apreciado. Que son la razón por la cual los padres partimos cada mañana — lejos de casa, lejos del refugio, lejos de la fuente de amor inagotable, lejos del lugar seguro — hacia la locura de la calle y del mundo social y del mundo laboral. No por ambición. Por ustedes. Siempre por ustedes.

Tenlo presente, por favor, hijo.

Gracias por escuchar la voz de tu padre.

* * *

El perdón — sin excepciones

Todos han sido perdonados.

Sin excepción. Absolutamente todos. Los que dieron lo mejor de sí mismos y los que dieron su peor versión. Los que amaron y los que traicionaron. Los que estuvieron y los que se fueron. Los que

enseñaron con generosidad y los que enseñaron con dureza. Los que lo apoyaron y los que lo señalaron.

El rencor es una trampa. Ya se dijo. Pero hay algo más que vale la pena agregar: el perdón no se otorga por bondad hacia el otro. Se otorga por respeto hacia uno mismo. Porque cargar con el rencor es darle al que te lastimó un poder permanente sobre tu estado interior que no merece ni necesita tener.

Pedro Gregorio siempre ha recibido lo mejor de casi todas las personas que lo han rodeado. Y los que no lo han hecho — los que le dieron su peor versión — también merecen gratitud. Porque de esas versiones aprendió lo que ninguna buena versión habría podido enseñarle.

No existe en él rincón para el rencor. Ninguno. Limpio.

* * *

* * *

Testamento del alma

Gracias a todos esos búhos que orbitan en las galaxias de mi padre y que derivaron parte de su sabiduría hacia mí. Gracias por observar desde las alturas.

Gracias a mi San José — hermoso — por todos y cada uno de los esfuerzos y de esas acciones loables que te he visto realizar. Has sido un ejemplo inmaculado e intachable. Observarte ha sido el mejor aprendizaje posible. Gracias por todo lo que hiciste por cada uno de nosotros. Sin duda alguna, eres el mejor.

Gracias, Creador. Por el lugar donde me colocaste. No pretendo cambiar nada aquí abajo. Lo único que sí he cambiado soy yo. Y si he podido corregir y cambiar en mí tantas cosas — habiendo aún tantas por cambiar — uno termina entendiendo que esa necesidad de querer salvar a todos a su alrededor es una necesidad del ego. En cambio, ahora entiendo que todos somos capaces. Somos hechos y moldeados a imagen y semejanza del Padre.

Gracias, Creador, por esta chispa divina. Por esta experiencia que se recicla a sí misma para perfeccionarse cada vez más. Humanidad — indiscutiblemente. Esos seres diminutos contenidos en estos biotrajes que tienen su propia conciencia.

Querido ego:

Gracias. Por favor, no temas. Te acompañaré hasta el último día de nuestro caminar juntos aquí — en esta tragicomedia de la vida.

Entiendo ahora lo que el ego hizo cuando ejerció la venganza. Por eso te he perdonado. No puedo culpar a nadie más que a mí. Fueron mis manos las que crearon aquello que causó más dolor en un alma ya muy maltratada. Lo reconozco. Gratitud.

Aquello que no te mata, te hace fuerte y te transforma.

Gracias por hacerme más poderoso y más fuerte. Gracias por liberarme de las prisiones de mi mente. Gracias por la libertad de las aves. Por dejarme volar. Por dejarme mirar desde las alturas. Por llevarme al infierno más profundo. Por hacerme enfrentar a todos esos demonios. Por las batallas. Por las victorias.

Memento mori.

A los demonios no se les mata. No se les somete. Los demonios se transforman — no porque así lo deseen, sino porque en ese lugar de donde sacan su fuerza, en esa oscuridad, está contenida toda la fuerza que la humanidad conoce como maldad. Los he comprendido. Los he integrado. Ahora tengo la capacidad de deambular entre ángeles y demonios. Ellos son lo que son. Y yo soy lo que soy.

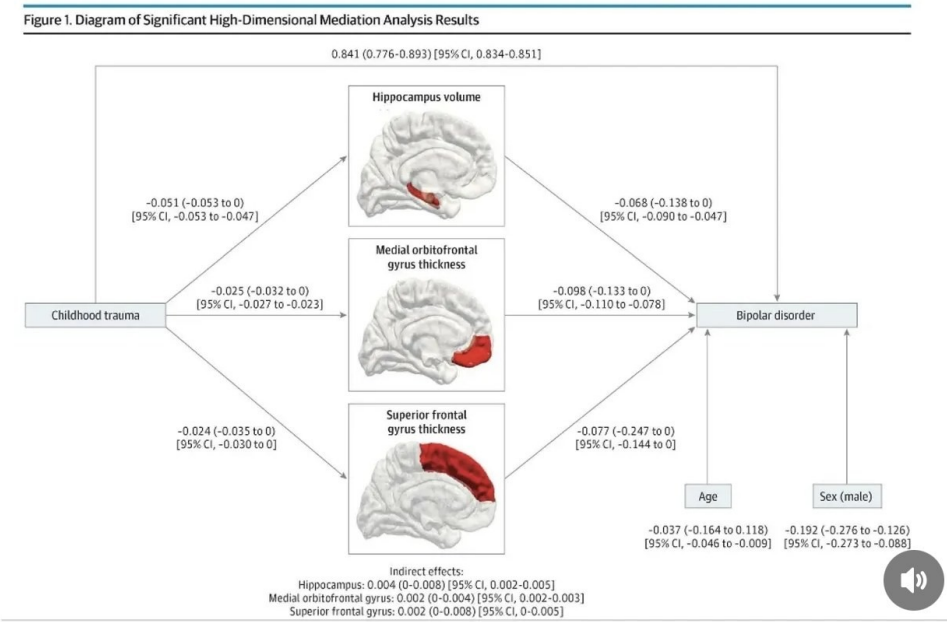
Incluso ustedes, los tergiversadores, tienen luz.

Gratitud.

* * *

El diagnóstico errado — cuando el síntoma es la respuesta correcta

El trauma infantil se asocia al desarrollo de trastorno bipolar debido a la atrofia que genera en los hipocampos y la corteza orbitofrontal.



4 182

Les gusta a **mel.sg17** y **otros**

neuropsychiatry_ Tozzi L, Dauvermann MR, Corley E, et al. Brain Morphology Mediators of the Association of Childhood

El trauma infantil se asocia al desarrollo de trastorno bipolar mediante atrofia del hipocampo y corteza orbitofrontal. — Tozzi L et al. JAMA Psychiatry. Junio 2026. doi:10.1001/jamapsychiatry.2026.1183

Existe una tendencia que Pedro Gregorio ha observado con alarma creciente — y que la ciencia ha comenzado a documentar con rigor — y es la de diagnosticar a niños con trastornos psiquiátricos cuando lo que en realidad tienen es una respuesta sana a un entorno insano.

El trastorno bipolar. El TDAH. El trastorno oposicionista desafiante. Todos ellos comparten síntomas con los estados que produce el estrés crónico en la infancia: irritabilidad, desregulación emocional, dificultad para concentrarse, cambios bruscos de ánimo, comportamiento disruptivo. Un niño que vive en un hogar con conflicto constante, con exposición al alcohol de un cuidador, con incertidumbre nocturna sobre lo que va a encontrar cuando llegue a casa, presenta exactamente esos síntomas. No porque tenga un trastorno neurológico. Porque su sistema nervioso está respondiendo con precisión biológica a amenazas reales.

[DIAGRAMA SINÓPTICO: TRAUMA INFANTIL → BIPOLAR]

Ver versión visual completa en el archivo HTML del capítulo correspondiente.

La diferencia es fundamental — y marcar esa diferencia requiere tiempo, profundidad y honestidad en la evaluación clínica. Requiere conocer la historia del menor. Requiere preguntar qué está viviendo ese niño, no solo qué está mostrando.

Lo que la ciencia dice:

Investigaciones publicadas en el National Institutes of Health (NIH) documentan que el estrés crónico en la infancia eleva el cortisol de manera sostenida, lo que produce alteraciones en el hipocampo — la región cerebral responsable de la regulación emocional y la memoria — que son indistinguibles, en evaluaciones superficiales, de los síntomas del trastorno bipolar y el TDAH.

Un estudio publicado en el Journal of Child Psychology and Psychiatry (2021) encontró que entre el 40 y el 70 por ciento de los niños diagnosticados con trastorno bipolar en entornos de estrés familiar crónico no cumplen los criterios diagnósticos cuando se evalúan en entornos estables y seguros. El trastorno desaparece cuando desaparece el estresor.

El Dr. Gabor Maté, médico y autor de Scattered Minds, ha documentado extensamente que el TDAH no es primariamente un trastorno hereditario sino una respuesta adaptativa del sistema nervioso a entornos de adversidad temprana. La medicación puede suprimir los síntomas. No resuelve la causa.

La investigadora Nadine Burke Harris, fundadora del Center for Youth Wellness en San Francisco y autora de The Deepest Well (2018), documentó en miles de casos que las Experiencias Adversas en la Infancia — los ACE — producen patrones de activación neurológica que imitan exactamente los trastornos psiquiátricos más comunes. Su conclusión: antes de medicar, evalúa el entorno.

Lo que Pedro Gregorio pide — lo que cualquier padre informado debería poder pedir — es que antes de que se le dé a un niño una etiqueta psiquiátrica y una pastilla, alguien se tome el tiempo de preguntar: ¿qué está viviendo este niño? ¿Qué hay en su entorno que está produciendo esta respuesta? ¿Es esto un trastorno — o es la reacción inteligente de un ser humano pequeño a una situación que ningún ser humano, grande o pequeño, debería tener que soportar?

Un niño que se rebela, que se desregula, que llora o explota o se cierra — ese niño no está roto. Está comunicando. Y la responsabilidad del adulto — del padre, del médico, de la institución — es escuchar lo que comunica, no silenciarlo.

Para ti, Sebastián. Para que entiendas, cuando leas esto, que lo que viviste no fue tu culpa. Que tu cuerpo respondió exactamente como debía responder. Que eras — eres — un niño sano navegando circunstancias que no debías navegar solo.

Y para todos los padres, jóvenes, mujeres, adultos que lean este libro: si reconocen en estas páginas algo que está pasando en su familia o cerca de ella — esta información es una herramienta. Úsenla. Pregunten. No acepten el primer diagnóstico de treinta minutos como sentencia definitiva sobre la mente de un niño.

Te quiero, hijo. De mi corazón.

* * *

* * *

El narcisismo, el poder y la justicia

Antes de continuar, una aclaración necesaria.

Cuando Pedro Gregorio usa el término narcisismo en estas páginas, no lo usa para encasillar a nadie ni para generar animadversión en el lector hacia ninguna persona mencionada en este libro. Lo usa para llamar a las cosas por su nombre — ese nombre que lleva la connotación exacta de lo que significa permitirle al ego sin trabajar tomar el mando de una vida. Nada más. Nada menos.

Dicho eso:

¿Qué tendría que hacer una madre para ir con un abogado penalista al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar — un organismo que la citó simplemente para ayudar a identificar que su comportamiento estaba perjudicando emocionalmente a quien

más decía amar — si no fuera porque el ego necesita blindarse contra cualquier posibilidad de ser visto?

No se va con un abogado penalista a protegerse del propio hijo menor de edad. Eso no es protección. Es armadura.

Las personas con rasgos narcisistas — construidos, como ya se explicó, por heridas no resueltas en la infancia, no por maldad de origen — y con poder económico crean una narrativa interna muy particular: que con ese poder pueden hacer cualquier cosa, incluso aquello que está por encima de la ley. No lo piensan conscientemente. Lo sienten. El dinero, en mentes no trabajadas espiritualmente, produce la ilusión de la impunidad.

Enfrentarse a ese tipo de personas es enfrentarse a un sistema burocrático que gira en torno al dinero. Una ciudad como Cartagena — donde el poder económico de ciertas familias sostiene, directa o indirectamente, a cientos de otras familias — no es una ciudad donde la justicia humana opere en igualdad de condiciones para todos los que acuden a ella. Eso no es una acusación: es una descripción de cómo funciona cualquier ciudad del mundo donde el impulso económico es el motor de las relaciones sociales.

Autoengañarse y pensar que el dinero no puede corromper voluntades es vivir en una fantasía irresponsable. Pedro Gregorio lo ha visto. Lo ha vivido. Y lo nombra porque nombrarlo es la única manera honesta de describir el contexto en el que se libra esta batalla por Sebastián.

Pero hay una justicia en la que Pedro Gregorio sí cree.

No la justicia del juzgado — aunque también la usa, también la necesita, también acude a ella con papeles y fechas y firmas. Sino la justicia del karma. La que no tiene abogados penalistas ni puede ser comprada con el favor de nadie. La que opera con la misma precisión geométrica que él aprendió a reconocer en el fondo del Caribe, en las ceremonias de plantas, en el orden de los eventos que parecen caóticos hasta que uno aprende a leerlos.

El infierno y el cielo no están en otro lugar. Están aquí, ahora mismo. El infierno es este estado que ciertas personas experimentan cuando viven sin armonía entre lo que piensan, lo que dicen y lo que hacen — ese estado de disonancia crónica que la Cábala llama missraím y que la neurociencia llama disonancia cognitiva. Y el cielo es ese estado de balance, sosiego y amor que emana desde el centro cuando los tres — pensamiento, palabra y acción — operan en sincronía.

Ningún dinero puede comprar ese estado. Y ningún dinero puede proteger indefinidamente a quien lo ha perdido.

El espíritu no conoce de materia. No conoce de ego. Conoce de libertad y de plenitud. Y mientras el cuerpo y el ego siguen jugando el juego del poder económico, el espíritu sigue llevando la cuenta con una precisión que ningún abogado puede objetar.

Eso también es parte de lo que este libro quiere enseñar. No como consuelo — como mapa.

* * *

Ya no hay guerra en mi cabeza.

Surgen conflictos. Claro que sí. El ego no desaparece — ya lo hemos dicho. Pero cuando me descuido, cuando me salgo del presente, cuando dejo de estar aquí y ahora en lo que importa en este instante, lo noto. Y puedo volver. Esa capacidad de notar y volver es lo que las plantas medicinales y los años de trabajo interno me dieron: no la ausencia de ruido, sino la habilidad de reconocerlo como ruido y no seguirlo.

El pasado ya fue. No existe. No se puede cambiar ni un segundo de lo que ya ocurrió. El futuro todavía no es. Como visionario — y me reconozco como tal, porque la visión es parte de quién soy — uno hace la arquitectura previa, construye los cimientos, diseña los espacios donde quiere que habiten las cosas que todavía están por venir. Pero esa arquitectura se hace desde el presente. Desde aquí. Desde este instante que es el único que existe de verdad.

El universo que estoy construyendo tiene sus propios astros, sus propias órbitas, sus planetas y sus lunas. Personas que se van sumando. Vínculos que se tejen con la lentitud honesta de lo que es real. Y la conciencia de que cada uno de esos astros tiene su propio sistema solar, su propia complejidad, su propia luz y su propia sombra. Eso no me asusta. Me parece fascinante.

Escucho. Observo. Dejo que la interacción se despliegue antes de emitir el primer juicio. Veo si hay coherencia entre lo que la persona dice y lo que hace. Si lo que me cuenta de sí misma corresponde con la manera en que se mueve en el mundo. Esa coherencia — o su ausencia — es la información más valiosa que cualquier persona puede darte, y la da siempre, sin proponérselo, con solo existir delante de ti el tiempo suficiente.

Lo que sé hacer — y lo que me da libertad económica sin depender de ninguna estructura que no sea la mía — es resolver. Tengo conocimiento acumulado de demasiados mundos: la medicina, los negocios, la política, el derecho, la nutrición, las plantas, la historia. Ese conocimiento resuelve problemas de personas. Por teléfono, en consulta, como intermediario entre partes que necesitan ponerse de acuerdo. El que sabe cómo hacer que las cosas sucedan no necesita pedir permiso para ganar lo que le corresponde.

Es divertido. Hacer dinero con lo que uno sabe, sin depender de ninguna estructura que te controle, es una de las formas más

limpias de libertad que existen. No la única. Pero una muy concreta.

* * *

Todo esto — cada tropiezo, cada persona que pasó, cada error que cometí y cada gracia que recibí — me llevó a un cambio de conciencia que no pudo haber llegado de otra manera. No en el sentido de que el sufrimiento era necesario. Sino en el sentido de que fue el camino que tomé, y que ese camino tiene su propia sabiduría si uno decide mirar hacia atrás con honestidad en lugar de con vergüenza.

Estoy edificando. Cada día. Un tejido humano invisible pero real, hecho de conversaciones honestas, de presencia, de coherencia entre lo que pienso y lo que hago. Una red que no necesita ser grande para ser sólida. Que no necesita ser ruidosa para ser viva.

Estoy en paz con mi ego. No en guerra con él — en paz. Lo conozco. Sé cuándo habla. Sé cuándo conviene escucharlo y cuándo conviene dejarlo pasar como se deja pasar una nube que no tiene ningún mensaje para uno.

Mi alma, mi corazón, mi espíritu, mi conciencia — esa trinidad que me constituye y que se irá de aquí cuando sea el momento — está coordinada. Coherente. Aprendiendo cada día a humanizarse un poco más. A no dejarse transhumanizar. A no

ceder su gobierno a ninguna pantalla, a ningún dogma, a ningún miedo disfrazado de certeza.

A eso vine. A aprender a ser más humano.

Y mientras estoy aquí, lo estoy disfrutando.

* * *

* * *

Por qué este libro

Este libro no pretende señalar responsables ni llevar a nadie a una hoguera. No es un alegato. No es una acusación. Es un mapa.

Lo que pretende mostrar son los hechos, las situaciones, los patrones que hoy día suceden por la desconexión del ser humano de su propio centro — esa mente libre, sin capitán, sin el corazón que debería comandar la nave. Cuando el ser está desconectado de sí mismo opera en la misma frecuencia que los acusados de Núremberg: "*lo hice porque me lo ordenaron*." Y ese es el problema en el corporativo, en la política, en la medicina, en la educación, en todos los ámbitos de esta estructura en la que hemos crecido.

El vicepresidente ejecutivo que no obedece los intereses de la junta será reemplazado por uno que sí lo haga. El médico que no receta los productos del laboratorio verá cómo el visitador médico deja de visitarlo. El soldado aprieta el gatillo porque su

comandante se lo ordena, y en ese juego se han tergiversado tanto la moralidad como el honor, tanto la lealtad como la obediencia, hasta crear seres robotizados, obedientes a un amo que al final del mes cubrirá sus necesidades con un cheque.

Pedro Gregorio ya no juzga. Ya no señala. Entiende. Entiende que la gente hace lo que hace para sobrevivir, dentro de los sistemas que la formaron, con las herramientas que recibió. Y entender no es absolver — es la condición mínima para poder proponer algo diferente.

Muchos antes que él han mostrado estas mismas cosas. Milgram. Arendt. Fromm. Thoreau. Miller. Van der Kolk. Bowlby. Sabán. Todos ellos señalaron, desde sus disciplinas y sus épocas, los mismos patrones que Pedro Gregorio reconoció en su propia vida. Pero hasta que uno lo padece y lo vive en carne propia — hasta que el diagnóstico de treinta minutos se lo hacen al propio hijo, hasta que el costal en la carretera es el mismo costal de la infancia, hasta que las páginas arrancadas son las páginas de la historia de tu propio abuelo — es que uno lo siente de verdad. Y debe tomar riendas.

Por eso este libro. Por eso estas páginas dictadas a las tres de la madrugada. Por eso este trabajo de años de introspección convertido en palabras. No para el mundo. Para un niño de catorce años que tiene derecho a saber de dónde viene, qué estructuras lo rodean, y qué herramientas puede usar para no perpetuar lo que no debe perpetuarse.

Para que la conciencia de Sebastián José pueda ser libre. Para que cuando llegue a los lugares donde el ego quiere obedecerle a un amo, recuerde que tiene la opción de obedecerse a sí mismo. Para que cuando el sistema le ofrezca el cheque que cubre todo a cambio de la voluntad, sepa reconocer el precio real de esa transacción.

Este libro no es un tribunal. Es una llave. Para quien quiera usarla.

* * *

La obediencia y sus consecuencias

Desde que somos pequeños nos inculcan obediencia. En el hogar, so pena de castigo. En el colegio, so pena de sanción. En la universidad, en el trabajo, en la vida social — siempre existe una figura de autoridad a la que se debe obedecer a como dé lugar, y siempre hay una consecuencia negativa para el que se niega.

La historia de la humanidad es también la historia de lo que ocurre cuando esa obediencia se convierte en reflejo automático. En los **Juicios de Núremberg**, cuando se le preguntó a quienes habían cometido los crímenes más documentados del siglo XX por qué lo habían hecho, la respuesta fue uniforme y aterradora en su simplicidad: "*Porque fue lo que se nos ordenó.*" No hubo reflexión. No hubo conciencia. Hubo obediencia. Y esa obediencia produjo el horror.

El psicólogo **Stanley Milgram** de la Universidad de Yale realizó en 1961 — el mismo año del juicio a Adolf Eichmann — los experimentos que llevan su nombre. En ellos, voluntarios ordinarios, personas comunes sin antecedentes de violencia, aplicaban lo que creían ser descargas eléctricas dolorosas a otras personas simplemente porque una figura de autoridad con bata blanca les decía que debían hacerlo. El 65% llegó hasta el nivel máximo de descarga. Milgram publicó sus hallazgos en *Obedience to Authority* (1974) con una conclusión que todavía incomoda: la capacidad para la crueldad no reside en personas excepcionales. Reside en la disposición ordinaria a obedecer.

La filósofa **Hannah Arendt**, que cubrió el juicio a Eichmann para *The New Yorker* y publicó sus reflexiones en *Eichmann en Jerusalén* (1963), acuñó la expresión que define esa realidad: la **"banalidad del mal"**. El mal no siempre tiene cara de monstruo. A veces tiene cara de burócrata que cumple órdenes. A veces tiene cara de funcionario que firma documentos. A veces tiene cara de soldado que ejecuta instrucciones.

En Colombia lo hemos visto con claridad brutal en los **falsos positivos** — esos crímenes de Estado en los que miembros del Ejército Nacional asesinaron a civiles inocentes y los presentaron como guerrilleros dados de baja en combate para cumplir métricas de resultados impuestas desde arriba. Una orden institucional. Una presión por resultados. Y una disposición a obedecer que produjo miles de muertos inocentes. El mismo mecanismo descrito por Milgram y por Arendt,

ejecutado en las montañas colombianas décadas después de Núremberg.

El psicólogo **Erich Fromm**, en su obra fundamental *El miedo a la libertad* (1941), analizó por qué las personas ceden voluntariamente su autonomía a figuras de autoridad: porque la libertad produce angustia. Porque pensar por cuenta propia es más difícil y más solitario que seguir instrucciones. Porque la obediencia ofrece pertenencia, protección, identidad. Y esa oferta es tentadora para quien no ha hecho el trabajo de construir su propio centro.

Pedro Gregorio llegó tarde a esta comprensión. No tan tarde como para no llegar — pero sí lo suficientemente tarde como para haber obedecido, en distintos momentos de su vida, a figuras de autoridad que no merecían esa obediencia. A estructuras que no lo servían a él sino a sí mismas.

Lo que aprendió — y lo que quiere que Sebastián sepa antes de que él tenga que aprenderlo a las malas — es que hay órdenes que deben desobedecerse. Hay momentos en que la conciencia debe prevalecer sobre la instrucción. Hay situaciones en que lo correcto no es acatar sino resistir — cuando acatar significa lastimar al ambiente, a otros individuos, o a las personas que más decimos querer y que estamos luchando por proteger.

No se trata de anarquía. Se trata de lo que el filósofo **Henry David Thoreau** llamó en 1849 *desobediencia civil* — la resistencia activa y consciente a las órdenes que violan la

conciencia moral. La disposición a asumir las consecuencias de esa resistencia, pero no la disposición a ejecutar lo que la propia conciencia condena.

Hay que pensar con los dos hemisferios cerebrales. Hay que estar en unidad con el ser — con lo que se piensa, se dice y se hace. Con lo que le conviene a la propia esencia, no a la figura de autoridad que busca ejercer dominio sobre los demás para que ese dominio la beneficie a ella.

El que obedece sin pensar no se domina a sí mismo. Está siendo dominado por otro. Y la primera libertad que existe es la de negarse a eso.

* * *

—

La fábrica perfecta — el sistema educativo y sus fines reales

Hay algo que Pedro Gregorio ha observado con alarma creciente y que quiere nombrar sin rodeos.

El sistema educativo, tal como existe hoy, no está diseñado para liberar mentes. Está diseñado para producir una clase servil que

acepte sin cuestionar la cucharada que le meten en la boca — para encajar, para pertenecer, para hacer parte de aquello que les está consumiendo sin que se den cuenta. Si no estás de acuerdo con lo que dice el texto escolar, si vas en contra de lo que dice el maestro, si tu sentido común te lleva en una dirección diferente a la que el currículo establece, eres castigado, reprobado, marginado.

Esa lógica — la del pensamiento único evaluado con calificaciones que miden no cuánto piensa un niño sino cuánto obedece — es la misma lógica de Núremberg, aplicada en los salones de clase desde la primera infancia.

El resultado: generaciones de personas que saben responder las preguntas del examen pero no saben preguntarse a sí mismas qué quieren de la vida. Personas que tienen título universitario pero que nunca aprendieron a vivir. Personas que pueden reproducir información pero no pueden producir pensamiento.

Ivan Illich lo describió en La sociedad desescolarizada (1971) con una claridad que el sistema educativo ha ignorado sistemáticamente durante más de cincuenta años: la escuela no enseña — condiciona. Enseña a necesitar que alguien te enseñe. Enseña que el conocimiento viene de afuera, de una autoridad, de un libro aprobado por una institución, y no de la propia experiencia, la propia observación, el propio razonamiento.

El ser humano es hermosamente puro cuando nace. Curioso, abierto, dispuesto a explorar, sin miedo al error porque todavía

no le han enseñado que equivocarse es vergonzoso. Hasta que se topa con el sistema que domestica esa curiosidad, la encuadra en materias y horarios y calificaciones, y la convierte en el instrumento más eficiente de producción de obediencia que la civilización occidental ha inventado.

Eso también tiene solución. Pero la solución empieza por nombrarlo.

Sebastián: estudia. Aprende todo lo que puedas de todo lo que te interese. Pero nunca confundas la educación con la escolarización. Son dos cosas diferentes. Una te da herramientas para pensar. La otra, si no estás atento, te las quita.

El dogma y la jaula de púas

Lo mismo que ocurre con la obediencia a la autoridad política ocurre — quizás de manera aún más profunda — con la obediencia al dogma religioso. Porque el dogma religioso opera desde la infancia, desde antes de que la razón crítica pueda cuestionarlo, instalándose en las redes neuronales más tempranas y más profundas de la mente humana.

Pedro Gregorio no critica a quienes creen con sinceridad en su fe. La fe genuina — ese contacto íntimo y personal con lo sagrado, con lo que está más allá del lenguaje ordinario — le parece una de las experiencias más puras que un ser humano

puede tener. Lo que cuestiona no es la fe. Es el dogma que la envuelve y la limita.

Hay una historia en el Antiguo Testamento que lo ha inquietado desde que tuvo edad para pensarla: Abraham y el sacrificio de Isaac. Un dios que le pide a un padre que degüelle a su propio hijo — a ese hijo amado, querido, inocente — como demostración de fe y de amor. Se nos dice que dios no permitió que Abraham consumara el acto. Que fue una prueba.

Pedro Gregorio no puede aceptar esa narrativa sin cuestionarla.

Si dios es omnisciente — si conoce los corazones de sus hijos antes de que ellos mismos los conozcan, si sabe todo lo que va a ocurrir antes de que ocurra — entonces no necesita ninguna demostración. Ya sabe. Ya conoce. La prueba es innecesaria desde su propia omnisciencia. Y si la prueba es innecesaria, ¿qué es entonces lo que se está narrando? ¿Un dios que requiere el derramamiento de la sangre inocente para sentirse amado? ¿Un dios que somete a terror psicológico extremo a un padre y a un hijo para satisfacer algo que ya conoce?

Un dios amoroso, benevolente, todopoderoso y creador — el dios que predica el amor por encima de cualquier otra cosa — no pide eso. Esa narrativa no es del dios. Es del miedo humano proyectado sobre dios. Es la obediencia ciega vestida con ropas sagradas.

El neuropsicólogo **Andrew Newberg**, de la Universidad Thomas Jefferson, ha documentado en sus estudios de neuroteología que

las experiencias religiosas genuinas — la meditación profunda, la oración contemplativa, los estados místicos — activan regiones del cerebro asociadas con la compasión, la integración y la expansión de la conciencia. El dogma rígido, en contraste, activa los mismos circuitos del miedo y la amenaza que el trauma. El cerebro no distingue entre el miedo al infierno y el miedo al tigre. Ambos producen la misma respuesta de estrés crónico.

La **neurogénesis** — esa capacidad del cerebro adulto de generar nuevas neuronas que la ciencia confirmó en 1998 — ofrece una posibilidad concreta: liberarse del condicionamiento. Las redes neuronales que el dogma instaló en la infancia no son permanentes. Pueden ser reemplazadas. Pueden ser reescritas. Con meditación, con trabajo interior, con la disposición de cuestionar lo que fue impuesto antes de que uno pudiera cuestionarlo.

La cerca de púas que el dogma construye alrededor del corazón — esa que impide amar incondicionalmente, que convierte el amor en transacción con lo divino, que lo rodea de amenazas de castigo eterno — puede ser desmantelada. No de golpe. Con paciencia. Con las herramientas correctas. Con la valentía de preguntar lo que desde niño nos dijeron que no debía preguntarse.

Pedro Gregorio cree en dios. No duda de que dios existe. Lo que no acepta es que dios sea lo que algunos hombres dijeron que era para mantener a otros hombres obedientes y temerosos.

Y le dice a su hijo:

Atentos al dogma, Sebastián. El que limita, encasilla y encadena. El que esclaviza la conciencia antes de que la conciencia aprenda a ser libre. Pregunta siempre. No porque la respuesta sea fácil — sino porque la pregunta es el primer acto de libertad.

* * *

Gracias por el desprecio

Gracias. Benditos y sagrados errores. Gracias por las fallas cometidas que hicieron que quienes decían amarme me señalaran, me juzgaran y me marginaran. Gracias por el desprecio. Por la crítica. Por el destierro. Gracias por los que me dieron la espalda cuando vieron que ya no había nada material que yo pudiera seguirles brindando. Gracias por los que se alejaron en el momento más difícil de mi vida.

Gracias infinitas por liberarme de su falso amor, de su falsa amistad, de la mezquindad que cubre y domina sus mentes y corazones.

Porque ahora solo queda espacio para el amor propio. Para la autoestima. Para aquello que surge del amor incondicional, pleno y permanente, que me acompañará en mis días más soleados y en mis noches más oscuras. Ahora que soy consciente

de que ese amor que alguna vez busqué afuera habita — y habitará eternamente — en el brillo de mi conciencia inmanchable.

Me pregunto a veces qué cantidad de dolor estamos dispuestos a soportar para liberarnos de las prisiones que ha tejido nuestro ego. ¿Es el sufrimiento la única puerta hacia la libertad del espíritu? ¿O es el acto más grande de irresponsabilidad colectiva que hemos cometido como humanidad el haber derivado hacia afuera — hacia un salvador externo — la responsabilidad que nos corresponde a nosotros? La responsabilidad de hacernos felices. De encontrar nuestro propio balance. De habitar nuestra propia vida en lugar de esperar que alguien venga a habitarla por nosotros.

* * *

El miedo y la muerte — las dos maestras

El miedo es la enfermedad más espantosa que puede habitar el templo del cuerpo humano. No porque destruya el cuerpo — sino porque paraliza el alma antes de que el cuerpo tenga la oportunidad de moverse.

Los que hemos cruzado el umbral varias veces — en ceremonias de plantas, en fondos del Caribe a cuarenta y cinco metros, en camas de hospital, en las noches más oscuras de la separación y la soledad — le perdemos el miedo a la muerte. No el respeto. El miedo. Quien ha convivido con la muerte aprende que no es el

enemigo. Es la perspectiva más honesta que existe. La única que no miente.

Es inevitable que este cuerpo deje de existir. La verdad más tácita, más innegable que poseemos hoy. Pero con la muerte del cuerpo — con la muerte del ego frágil, del biotraje perecedero — el alma será liberada de aquello que sentimos como verdad absoluta y que es, en realidad, una ilusión hermosa. Una ilusión que afortunadamente terminará para regresarnos al origen. A la permanencia celeste, divina, eónica.

Valorar la muerte es la forma más profunda de valorar la vida. La persona que tiene presente la finitud vive diferente. Actúa diferente. No pospone lo que importa. No desperdicia tiempo en lo que no importa.

* * *

La miel y el momento oportuno

Los egipcios usaban la miel para preservar tejidos. Su composición química retarda el proceso oxidativo con una eficiencia que ningún conservante moderno ha superado. Se han encontrado vasijas de miel en tumbas faraónicas de tres mil años de antigüedad — perfectamente conservada. Tres mil años.

Y sin embargo esa misma miel — ese elixir dorado — es letal para un recién nacido. Si se administra a un bebé menor de un año puede causarle la muerte. La misma sustancia. En el

momento equivocado: veneno. En el momento correcto: medicina.

El valor funciona igual. El coraje funciona igual. Las oportunidades funcionan igual. Hay momentos en que actuar con valentía antes de tiempo destruye lo que pretende construir. Hay oportunidades que ofrecidas demasiado pronto son indigeribles — no por maldad de quien las ofrece sino porque el terreno no está preparado para recibirlas. Y hay acciones que ejecutadas en el momento justo producen resultados que parecen milagrosos, no porque lo sean, sino porque encontraron la madurez necesaria.

La sabiduría no es saber qué hacer. Es saber cuándo hacerlo. Como la miel: poderosa, dulce, conservadora de todo lo que toca — pero solo para quien ya tiene la madurez de recibirla.

* * *

El narcisismo parental y el éxito que no se reconoce

El éxito no es universal. Lo que representa una victoria para una persona puede ser invisible, irrelevante o incomprensible para otra. Un hijo que construye su camino de manera diferente a la que sus padres proyectaron para él no está fracasando — está siendo él. Pero hay padres que no pueden ver esa diferencia. Que confunden la lealtad del hijo a su propio camino con una derrota del camino que ellos imaginaron.

La psicóloga **Alice Miller** lo documentó en *El drama del niño dotado* (1979): hay padres que no ven al hijo como ser autónomo sino como extensión de sí mismos. El territorio donde depositan sus aspiraciones no cumplidas, sus miedos no resueltos, su necesidad de validación que el mundo no les ha dado del todo. Cuando el hijo se desvía de ese guion, la respuesta no es empática. Es narcisista.

El narcisismo parental no nace del mal. Nace de la herida. El padre o la madre que no recibió en su propia infancia el espejo empático que un niño necesita crece sin ese espejo interno. Y cuando tiene hijos, inconscientemente los convierte en el espejo que nunca tuvo. El Dr. **Heinz Kohut**, fundador de la psicología del self, describió este mecanismo en *The Analysis of the Self* (1971): la herida narcisista no resuelta produce adultos que buscan compensar esa carencia a través del control y la proyección — especialmente sobre los hijos, que son los seres más disponibles y menos capaces de resistirla.

Pedro Gregorio no escribe esto como tribunal de acusaciones. Lo escribe como quien ha recorrido ese camino desde adentro — como hijo y como padre — y que encontró en el entendimiento, no en el resentimiento, la manera de no perpetuar lo que recibió. Lo escribe en busca de reconciliación. De ese tejido humano amplio y luminoso que conecta sin apretar, que sostiene sin asfixiar, que permite a cada quien crecer en la dirección que su propio ser requiere.

Eso es lo que busca. La unidad. El amor. La alquimia que surge cuando una vida se examina con honestidad y lo que encuentra no lo asusta sino lo libera.

La libertad no llega cuando desaparece el dolor. Llega cuando el dolor deja de tener poder sobre lo que uno decide ser.

* * *

Todos tienen sus propias complejidades. Sus propios demonios no resueltos. Sus heridas que nadie ve porque las cargan bien escondidas detrás de la imagen que presentan al mundo.

Entender eso — no como excusa para el daño que otros causan, sino como lectura honesta de por qué las personas son como son — hace que uno pueda convivir. Que uno pueda relacionarse sin la ingenuidad de esperar que alguien sea más de lo que todavía puede ser, y sin el cinismo de asumir que nadie puede llegar a ser más de lo que hoy es.

El entender no es resignación. Es la base de la compasión real — esa que no necesita que el otro cambie para existir. El entender dice: te veo completo, con tu luz y con tu sombra, y puedo estar aquí de todas formas.

Entender. Esa es la habilidad más difícil y más necesaria que existe. Y la más liberadora.

* * *

Hay una frase que corre por el mundo como si fuera una verdad: "*el dinero lo puede comprar todo.*" Lo escucho y entiendo lo que hay detrás. El dinero compra personas. Compra conciencias. Compra voluntades. En manos de quien sabe cómo ejercerlo, el dinero coerciona, manipula, controla. Es una herramienta de poder tan real como cualquier otra que haya existido en la historia humana.

Pero la persona que se deja comprar paga el precio más alto de todos: pierde su esencia. Su espíritu. Su integridad. Lo que lo hace irreemplazable como ser humano. Y ese precio no se puede devolver con ningún billete.

Sebastián: no permitas que otros gobiernen tus voluntades a través de tus pasiones. Ni del dinero, ni de ninguna otra cosa que pueda ejercer control sobre tu corazón o tu conciencia. Lo intentarán. El mundo está lleno de personas que descubrieron que es más fácil comprar que construir, que controlar que respetar. No se los permitas.

Y recuerda esto: no te vas a llevar nada material de este mundo. Todo por lo que luchas, todo lo que acumulas, algún día dejará de existir. Como todas las cosas de este mundo que perecen. La vida aquí es cíclica, perecedera. Desconocer esa realidad es desconocer nuestra esencia humana.

Lo que sí se lleva es lo que construiste adentro. El conocimiento. La compasión. La capacidad de amar sin condiciones. La conciencia que creció. El ego va a morir aquí, junto con todos

sus deseos y sus pasiones. La conciencia — esa parte luminosa, cristalina, diamantina de lo que eres — es la única que atraviesa.

Somos estrellas condensadas en cuerpos frágiles y perecederos. Llenos de grandeza y a veces de aires de superioridad ante las otras especies que habitan este planeta en perfecto balance. Nosotros somos los únicos que rompemos ese balance.

Mucho cuidado con jugar a ser el rey, hijo. Mira la historia de los reyes.

* * *

Somos humanos. Y cada hora que pasamos mirando una pantalla — las ocho, las diez, las quince horas diarias que el celular consume desde que uno se levanta hasta que se acuesta — es una hora que no estamos construyendo tejido humano real. No estamos teniendo la conversación que podría cambiar algo. No estamos en la esquina donde alguien nos presenta a la persona que necesitábamos conocer. No estamos presentes en la vida de las personas que tenemos cerca y que podrían impulsarnos hacia lo que queremos si supieran con certeza lo que queremos.

La pantalla no es el enemigo. Es una herramienta. Pero cuando se convierte en el eje alrededor del cual gira todo el día — el trabajo, las amistades, el amor, el entretenimiento, la identidad — deja de ser herramienta y se convierte en sustituto. Un sustituto de la vida que ocurre cuando uno está presente de verdad.

El tejido humano que vale algo se construye cara a cara. Con tiempo. Con presencia. Con la disposición de dejar el teléfono sobre la mesa y mirar a la persona que está enfrente sin la distracción de lo que podría estar pasando en otro lado.

Si el entorno inmediato no tiene las personas que uno necesita, hay que buscarlas fuera. Con persistencia. Sin rendirse. La persistencia es vital — el ingrediente más subestimado de cualquier logro real. Cuando algo te importa de verdad, no parar hasta conseguirlo no es terquedad. Es coherencia con lo que uno realmente es.

Esta nueva versión de Pedro Gregorio tiene una regla que la anterior no tenía: terminar lo que empieza. Hacerlo bien. No repetir los mismos errores que ya pagó. Porque siempre hay un precio. Siempre. Y pagar dos veces por el mismo error es un lujo que la conciencia ya no puede permitirse.

* * *

Y luego están los momentos en que las cosas fluyen. En que el universo abre puertas que nadie tocó. En que te encuentras con alguien en una esquina, hablas veinte segundos, y en esos veinte segundos algo se mueve que lleva meses necesitando moverse. En que lo que es para ti llega a ti sin que hayas tenido que forzarlo.

Esos momentos no son suerte. Son la consecuencia acumulada de haber construido bien, de haber sido coherente, de haber

estado presente cuando importaba. El universo no premia a los que esperan sentados. Premia a los que se mueven con intención y que saben reconocer cuando algo que se mueve hacia ellos merece ser recibido.

Gratitud. Gratitud infinita. Por esa conexión con lo no tangible, con lo no perceptible, con aquello que no se puede tocar ni agarrar pero que se ejerce. Que actúa. Que organiza las cosas de maneras que la mente lineal no puede anticipar.

Por los encuentros en las esquinas. Por las conversaciones de veinte segundos que cambian el rumbo. Por las personas que llegaron cuando tenían que llegar y se fueron cuando tenían que irse. Por todo lo que sucedió exactamente como tenía que suceder para que hoy, en este momento, pueda escribir estas líneas desde la claridad que no existía antes.

Gracias.

* * *

Cuando leas esto — y no sé cuándo será, ni qué edad tendrás, ni qué estarás viviendo en ese momento — quiero que sepas que este libro entero es una carta para ti. Cada página. Cada nombre que cambié y cada verdad que no cambié. Todo lo que conté y todo lo que guardé en silencio por razones que aún no es tiempo de decir.

Es una carta larga. Demasiado larga, dirían algunos. Pero creo que las cosas importantes merecen ser contadas completas. Tú mereces saber de dónde vienes.

Mereces saber quién era tu tatarabuelo **Juan Federico Hollmann** — el hombre que fundó un emporio tabacalero en El Carmen de Bolívar, el mismo que siendo miembro de la Honoráble Cámara de Representantes logró que el Congreso de la República, mediante la Ley 102 de 1937, ordenara la creación de una institución educativa en su tierra natal. Ese instituto — el **Instituto Técnico Industrial Nacional Juan Federico Hollmann**, inaugurado el 12 de octubre de 1946 en el barrio El Prado de El Carmen de Bolívar, con siete especialidades, un bosque de cedros y robles en su patio y el lema "Estudio y Trabajo" — lleva su nombre hasta hoy. En 2024 celebró 78 años de funcionamiento ininterrumpido. El bisabuelo era un hombre conocido, reconocido y recordado. Su historia no fue borrada.

Lo que sí fue arrancado — físicamente arrancado de los libros parroquiales — fue el registro de bautismo de tu bisabuelo **Álvaro Hollmann Méndez**, el veterano de Corea, el hijo del emporio. Alguien, por razones que el ojo del criminalista apunta hacia la herencia, eliminó las páginas que documentaban su existencia legal. Esa es la pérdida. Esa es la herida documental que este libro, entre otras cosas, viene a sanar.

Mereces saber quién era el abuelo Álvaro que fue a la guerra de Corea siendo un muchacho y que volvió callado y con las fotos

guardadas en una caja. Mereces saber quién era el tío Rodrigo, que no era el monstruo que la historia oficial de la familia quiso hacer de él, sino un hombre que fue despojado y que no encontró otro lenguaje disponible para reclamar lo suyo.

Mereces saber quién era tu padre antes de que tú nacieras.

* * *

He cometido errores graves. No los mínimos y perdonables errores que todos cometemos — errores grandes, de esos que duelen a otras personas y que uno carga después con el peso específico de saber que pudo haber sido diferente.

Los cuento en este libro porque creo que la honestidad vale más que la imagen. Porque prefiero que me conozcas completo a que me idealices. Un padre idealizado es un espejo imposible — te obliga a verte defectuoso en tu propio reflejo. Un padre honesto sobre sus errores te da algo mucho más útil: la prueba de que los errores no son el final de la historia.

No son el final de mi historia. Y no serán el final de la tuya.

* * *

Lo que aprendí — tarde, a tropezones, con un costo que no me gustaría que tú tuvieras que pagar — es esto:

Las heridas de la infancia son la misión de nuestra vida. No las tenemos para sufrir con ellas eternamente. Las tenemos para trabajarlas, para nombrarlas, para entender de dónde vienen y

qué nos enseñan sobre nosotros mismos. Eso es lo único que nadie puede hacerte: quitarte la posibilidad de entenderte.

Cuando yo era joven — demasiado joven para saberlo — creía que la vida se medía en lo que uno acumulaba. Relojes, propiedades, influencias, el tamaño del círculo social. Pasé años corriendo detrás de cosas que al final no puse en ningún paquete cuando me fui de ese matrimonio con las manos vacías.

Lo que sí me llevé estaba adentro. Y eso nadie me lo pudo quitar.

* * *

No me voy a llevar un solo peso de este mundo cuando me vaya. Ni un gramo de oro. Ni una de las monedas de ocho reales que saqué del fondo del Caribe. Ni los relojes, ni las joyas, ni nada de todo aquello que en su momento creí que me definía.

Lo único que va a atravesar con nosotros es la conciencia.

Ese observador que está detrás de tus pensamientos. Ese que mira sin juzgar. Ese que no tiene edad ni apellido ni dirección. Ese que estuvo presente cuando naciste y que estará presente cuando te vayas — y que en el tiempo entre esos dos momentos tiene la capacidad de elegir, una y otra vez, quién quiere ser.

Ese eres tú, Sebastián José. Ese soy yo. Ese somos todos, debajo de todo lo demás.

* * *

Me pregunto a veces si lo hice bien. Si las mañanas a las seis y cuarto frente a tu edificio valieron lo que costaron — la rodilla destrozada, el frío, los días en que tenía cero pesos en el bolsillo y llegaba de todas formas porque la promesa era la promesa. Me pregunto si viste lo que quería que vieras: que hay una forma de amar que no se negocia con las circunstancias.

No te pido que me recuerdes como un héroe. Sólo te pido que cuando tengas un hijo propio — o cuando alguien que dependa de ti necesite que estés — recuerdes que estar es una decisión. Que no requiere condiciones perfectas. Que la rodilla rota no es excusa suficiente para no pedalear.

* * *

Hay algo que aprendí de tu tío bisabuelo Rodrigo, que murió solo en una habitación y al que la familia entera llamó loco durante décadas: que los que reclaman lo suyo con las herramientas equivocadas no son menos válidos que los que lo reclaman con las correctas. Solo son más heridos.

Tú tienes las herramientas correctas. O las tendrás. Porque a diferencia de él, de tu bisabuelo Álvaro, de tu tatarabuelo Juan Federico, de mí mismo en muchos años — tú tienes algo que ninguno de ellos tuvo: la historia completa. Las páginas que arrancaron, reescritas. El patrón que se repite, finalmente nombrado.

Esa es la única herencia que importa. La que no tiene precio en ninguna notaria.

* * *

El río de La Mojana crece y decrece según la temporada. En invierno inunda todo. En verano baja y deja ver lo que siempre estuvo ahí: los canelones indígenas, la tierra rica, la arquitectura de los que sabían vivir con el agua en lugar de pelear contra ella.

Yo soy ese río. Tú también lo eres. Venimos del mismo origen y vamos al mismo mar, aunque el camino de cada uno sea distinto y a veces desborde y a veces casi se seque.

Lo importante no es no desbordarse nunca. Lo importante es volver al cauce.

Siempre se puede volver al cauce.

* * *

Te amo, Sebastián José.

Sin condiciones. Sin facturas pendientes. Sin la distancia que el orgullo o el miedo o el dolor ponen entre las personas que deberían estar cerca.

Te amo como aprendí a amarme a mí — tarde, imperfectamente, con cicatrices que el oro del Kintsugi va rellenando despacio.

Y te espero todas las mañanas.

A las seis y cuarto.

Frente a tu edificio.

Como siempre.

* * *

FIN

El Último Hollmann

Del Caribe colombiano a las raíces alemanas — la historia de un linaje que alguien quiso borrar

Cartagena de Indias, 2026

* * *

* * *

La conciencia del error — el perdón como acto de neurogénesis

Reconocer requiere un nivel de conciencia. No es una capacidad que todos tienen en el mismo momento de su vida — y eso no es una condena moral, es una realidad neurobiológica. El cerebro humano solo puede ver lo que sus circuitos actuales le permiten ver. Cuando alguien comete un error desde la ignorancia — no la ignorancia como insulto sino como descripción literal de un estado de información insuficiente — no vio las consecuencias porque no tenía los circuitos para verlas. El error no fue maldad. Fue límite.

Y ese límite trae un regalo: la conciencia que surge después. El error, cuando se lo mira de frente, crea exactamente la experiencia que faltaba para que el circuito se forme. La neurociencia lo llama aprendizaje experiencial. La sabiduría antigua lo llama iniciación. Pedro Gregorio lo llama lo que lo hizo quien es.

El problema no es el error. El problema es el ego que impide reconocerlo.

Hay personas que cargan el grillete del ego como si fuera identidad. No pueden decir me equivoqué porque han construido su sentido de sí mismas sobre la ilusión de la infalibilidad. Y esa

ilusión tiene un costo devastador: no solo para ellas, sino para todos los que las aman y sufren las consecuencias de conductas que nadie puede señalar porque el señalamiento activa la defensa, no la reflexión.

El psicólogo Carl Rogers documentó que la capacidad de reconocer el error está directamente ligada a lo que llamó congruencia — la coherencia entre la experiencia interna y la imagen que el sujeto proyecta al mundo. A mayor discrepancia entre lo que se siente y lo que se muestra, mayor rigidez defensiva. La persona que dice 'yo soy así y no voy a cambiar' no está haciendo una declaración de autenticidad — está haciendo una declaración de disociación. Está describiendo la distancia entre su máscara y su alma, y eligiendo quedarse con la máscara.

El proceso del perdón genuino — ese que transforma en lugar de solo disculpar — tiene una secuencia que la psicología clínica ha documentado extensamente. Primero, el autoperdón: sin él, la culpa no procesada se convierte en vergüenza crónica, y la vergüenza crónica, como documenta la investigadora Brené Brown en sus estudios con más de doce mil participantes, es el predictor más consistente de conductas destructivas repetidas. La persona que no se perdona a sí misma no puede genuinamente pedir perdón al otro — porque el gesto viene contaminado por la necesidad de aliviar su propia carga, no de reparar el daño causado.

Segundo: el reconocimiento sin condiciones. No el 'me disculpo si te ofendiste' — que es una no-disculpa disfrazada de disculpa — sino el 'mis acciones causaron este daño, y ese daño es real independientemente de mis intenciones'. La investigadora Harriet Lerner, autora de Por qué no me pides perdón, identifica esta distinción como el elemento central que determina si una disculpa repara o daña aún más.

Tercero: la acción diferente. El perdón sin cambio de conducta es solo un mecanismo de alivio temporal — para quien pide perdón, no para quien lo recibe. Y aquí es donde la neurociencia y el perdón se encuentran: la epigenética y la neurogénesis documentan que cada vez que el cerebro elige una respuesta diferente ante un estímulo conocido, se forma una nueva sinapsis. Un nuevo circuito. Una nueva carretera en el tejido neural. El cambio real — el que dura, el que se hereda, el que rompe la cadena intergeneracional — ocurre cuando la persona no solo pide perdón sino que construye, neurona por neurona, un cerebro diferente.

Las capas del juicio — Marx, el coraje y la neurogénesis del perdón

Hay un ejercicio que Pedro Gregorio empezó a hacer cuando la conciencia se le activó de verdad: mirar a las figuras históricas

no como símbolos intocables, sino como seres humanos completos, con sus contradicciones expuestas.

Karl Marx dejó morir de hambre a varios de sus propios hijos mientras él se negaba a trabajar, dependiendo casi por completo de la generosidad económica de Friedrich Engels. Ese hombre —que jamás sostuvo un empleo estable, que vivió de la deuda y de la dádiva ajena mientras escribía sobre la explotación del trabajador— es hoy venerado como el padre intelectual de corrientes políticas que han movido a media humanidad.

La primera reacción, honesta, fue el juicio.

Un holgazán. Un vago. Glorificado a lo largo de toda la historia por un sistema de ideas que nació, en parte, de su propia incapacidad —o renuncia— a sostener a quienes dependían de él.

Esa es la radiografía que ve la mente cuando juzga desde la nueva conciencia recién adquirida. Pero casi en el mismo instante, algo más se activa.

El correctivo. El proceso de neurogénesis empieza a trabajar, y con él llega la pregunta que de verdad importa: ¿quién es Pedro Gregorio para juzgar a Marx por su actuar?

Porque la diferencia no está en señalar la falta ajena. Está en lo que cada uno hizo con la suya propia.

A diferencia de Marx, Pedro Gregorio cambió su vida. Evolucionó. Se transformó, por el poder del amor — porque entendió que no merecía robarle a su hijo ni un solo minuto de su niñez llenándolo de sufrimiento y desarmonía por su ausencia.

Por eso, al retornar —a pesar de tener todo en contra— permaneció. Hizo presencia. Así esa presencia le costara lo que tuviera que costarle. Decidió que ese era el sacrificio correcto: el que se hace por amor a un hijo, no el que se le impone a la propia familia por comodidad, por ideología, o por la incapacidad de mirarse de frente.

No quería que su hijo sufriera. No quería que su ausencia se sintiera como abandono. Así que hizo lo que tenía en sus haberes — que en ese momento no era mucho más que coraje.

Como decía Theodore Roosevelt: haz lo mejor que puedas, con lo que tengas, en el momento en que estés.

Y el coraje fue, en ese momento, el único recurso disponible. Pero fue suficiente. Ese mismo coraje es el que lo ha mantenido en pie, haciendo este tipo de cosas con su vida — escribiendo este libro entre ellas.

Gratitud.

* * *

Yo soy así y no voy a cambiar.

Esa frase es una condena en vida. No solo para quien la dice — también para quienes la aman. Es la declaración de alguien que ha confundido su ego con su esencia, su carácter con su destino, su historia con su identidad. Y es, paradójicamente, la frase que más claramente señala que el cambio es necesario y posible — porque solo dice eso quien todavía no ha tenido la experiencia de darse cuenta de que el yo que cree ser inamovible fue construido, y que todo lo que fue construido puede ser reconstruido.

* * *

La máscara — el ego como personaje y la ciencia detrás del desprendimiento

La máscara no es una metáfora poética. Es una descripción funcional de lo que ocurre en el cerebro cuando el sistema nervioso decide que mostrar el yo verdadero es peligroso.

Carl Gustav Jung llamó a este fenómeno la Persona — el término viene del latín para 'máscara de actor'. Jung documentó que la Persona se forma en la infancia temprana como respuesta adaptativa: el niño aprende qué versión de sí mismo recibe amor, aceptación y seguridad, y comienza a proyectar esa versión mientras suprime las otras. Con el tiempo, la máscara se vuelve tan familiar que el portador olvida que la lleva. Cree que la máscara es él. Y cuando alguien intenta ver detrás de ella, el ego responde con una defensa que puede volverse agresiva — porque lo que está protegiendo no es solo una imagen, está protegiendo la única identidad que conoce.

La investigación en neurociencia social confirma esta dinámica. Naomi Eisenberger, de la Universidad de California Los Ángeles, demostró que el rechazo social activa las mismas regiones cerebrales que el dolor físico — el córtex cingulado anterior dorsal. Mostrarse auténtico ante otros implica el riesgo de ese dolor. Por eso el ego construye máscaras: no por maldad, sino por supervivencia. El problema es que lo que fue una herramienta de supervivencia en la infancia se convierte en una prisión en la adultez.

Quitarse la máscara es uno de los actos más valientes que un ser humano puede realizar. No porque implique mostrarse débil —

sino porque implica mostrarse real en un mundo que con frecuencia premia la actuación y castiga la autenticidad. Hay entornos donde la autenticidad total es un lujo que el contexto no permite. Pero hay una diferencia fundamental entre la máscara que se usa como herramienta consciente — para navegar ciertos contextos sin perder el hilo del yo verdadero — y la máscara que se usa como sustituto del yo, como el único modo de existir.

La primera es adaptación inteligente. La segunda es disociación crónica.

La investigación del psicólogo Mark Leary sobre el automonitoreo social documenta que las personas con alto automonitoreo — aquellas que ajustan constantemente su comportamiento según la audiencia — muestran mayor éxito social a corto plazo pero mayor vacío existencial a largo plazo. El costo de sostener múltiples máscaras es agotamiento, desconexión de los propios valores y, eventualmente, una crisis de identidad que la psicología llama síndrome del impostor en sus formas más leves, y trastorno disociativo en sus formas más severas.

El camino de vuelta al yo verdadero no es dramático. No requiere una revelación ni una ruptura. Requiere lo que la psicóloga Kristin Neff llama autocompasión — la capacidad de tratarse a uno mismo con la misma gentileza que se trataría a un

amigo querido que cometió un error. Desde ese lugar, la máscara no necesita ser arrancada con violencia. Puede ser depositada suavemente, con la consciencia de que ya no es necesaria para sobrevivir.

Referencias científicas de esta sección:

Rogers, C. On Becoming a Person. Houghton Mifflin, 1961.

Brown, B. Daring Greatly. Gotham Books, 2012. [Estudio con 12,000+ participantes sobre vergüenza y vulnerabilidad]

Lerner, H. Why Won't You Apologize? Gallery Books, 2017.

Jung, C.G. The Archetypes and the Collective Unconscious. Princeton University Press, 1959.

Eisenberger, N.I. et al. 'Does rejection hurt? An fMRI study of social exclusion.' Science 302, 290-292 (2003).

Leary, M.R. & Kowalski, R.M. 'Impression management: A literature review and two-component model.' Psychological Bulletin 107(1), 34-47 (1990).

Neff, K. Self-Compassion: The Proven Power of Being Kind to Yourself. William Morrow, 2011.

El consumismo — el cataclismo que estamos creando nosotros mismos

Cuando el materialismo entra en la mente y se apodera de ella, baja el volumen del alma. No de golpe — gradualmente, de la misma manera en que se apaga una llama cuando se le va quitando el oxígeno. Primero se opaca. Después titila. Después simplemente no está.

Lo que queda cuando el alma se apaga no es la libertad. Es una coraza biológica manejada por un ego dominado por el deseo de la materia y la obsesión de la acumulación. Y esa coraza compra. Y compra. Y compra. Y cada compra produce un instante de satisfacción que dura exactamente lo que dura encender la pantalla del teléfono — y después viene la carencia de nuevo, más intensa, porque el ego aprendió que la satisfacción se compra y ahora necesita más dosis para alcanzar el mismo efecto.

Ese es el mecanismo. No es diferente al de cualquier otra adicción. El marketing lo sabe. Fue diseñado para eso — no para satisfacer necesidades reales sino para crear la ilusión de necesidad donde no existe ninguna, y hacerlo con tanta sofisticación que el consumidor crea que la necesidad es propia, que surgió de adentro, que es genuina.

El cataclismo no viene de afuera. Lo estamos construyendo nosotros mismos, compra por compra, desecho por desecho, capricho por capricho. Las civilizaciones que habitaron este territorio antes de nosotros — los Zenú, los Muisca, los Quimbaya — vivían en armonía con el planeta durante siglos. No

porque fueran primitivos sino porque entendían algo que nosotros con toda nuestra tecnología y toda nuestra ciencia hemos perdido: que la tierra no es un recurso. Es un ser. Y a los seres no se los depredea. Se los cuida.

Tenemos más tecnología que nunca. Más ciencia. Más información. Y nunca el planeta ha estado peor. Esa paradoja no es un accidente — es el resultado lógico de aplicar toda esa inteligencia al servicio de la acumulación en lugar de al servicio de la vida.

* * *

Carta a Sebastián — sobre las mujeres, el consumo y lo que vale la pena conservar

Hijo:

Pon tus ojos en una mujer que tenga alma. No como condena a las que no la tienen — sino como reconocimiento de que ese tipo de mujer existe, en millones, esperando encontrar a la persona indicada con la energía indicada.

Sé que el panorama que ves es complicado. El conflicto entre géneros está tenso — hay un resentimiento colectivo que se acumuló durante generaciones de daño mutuo, y eso no se deshace de un día para otro. Pero no te dejes engañar por el ruido. Por detrás de ese ruido hay mujeres extraordinarias, como hay hombres extraordinarios, que no aparecen en los titulares precisamente porque están ocupados construyendo en silencio.

Lo que te pido que observes es esto: cuando una persona — hombre o mujer — vive en el ciclo del consumo permanente, cuando su energía está siempre orientada hacia afuera buscando la próxima adquisición, la próxima novedad, el próximo objeto que llene el vacío que el anterior no llenó — esa persona no está presente. No puede estar presente. El ego que busca materia no puede estar en el mismo lugar que el alma que busca conexión. Son fuerzas opuestas.

Busca a la que está presente. A la que puede sentarse contigo en silencio sin necesitar llenar ese silencio con una pantalla o con una tarjeta de crédito. A la que sabe lo que quiere porque lo conoce desde adentro, no porque se lo dijeron en un anuncio.

Cuida tu dinero. No por avaricia — por respeto al esfuerzo que cuesta hacerlo. El dinero es energía cristalizada en tiempo de vida. Gastarlo en aquello que no cumple ningún papel

significativo en tu existencia es despilfarrar tiempo de vida. Y el tiempo de vida no se recompra.

Y cuídate de la trampa de la inteligencia artificial. No porque sea mala en sí misma — sino porque la herramienta tiene la naturaleza de quien la maneja. Una IA al servicio de la conciencia puede hacer cosas extraordinarias. Una IA al servicio del control puede hacer cosas devastadoras. Y ambas posibilidades son reales, y están sucediendo simultáneamente ahora mismo. El que descarte esa dualidad es irresponsable. El que la vea y decida cuál versión apoyar con sus elecciones diarias — ese ya está despierto.

Si cambiamos nuestra forma de pensar y de actuar ahora, el cataclismo que viene puede ser también un renacimiento. Siempre lo ha sido — en todas las civilizaciones que colapsaron, lo que colapsó fue la forma corrupta, no el alma humana que sobrevivió y comenzó de nuevo.

Tú eres parte de lo que comienza.

* * *

PP — un alias, un personaje, una época

Hay alguien a quien Pedro Gregorio va a nombrar solo por su alias — porque así era como a él le gustaba que le dijeran, y así queda en estas páginas: PP.

PP ya no está acá.

Llegó a la vida de alguien muy especial — una casi hermana, hija de amigos de los padres de Pedro Gregorio, de esas familias que con el tiempo se vuelven tan propias que la distinción entre sangre y elección pierde sentido. Una familia querida. Una familia en el corazón. Y a través de esa casi hermana llegó PP.

Un personaje impecable. Había sido militar combatiente — de esos que saben lo que saben porque lo vivieron en el cuerpo, no en los libros. Ajedrecista extraordinario — y cuando Pedro Gregorio dice ajedrecista se refiere no al tablero sino al manejo del juego de la vida, que es el ajedrez que verdaderamente importa. Genial en su singularidad. Siempre había diversión cuando estaba PP. Siempre.

En los espacios que PP frecuentaba, Pedro Gregorio conoció personas que resultaron ser comandantes muy influyentes. No lo buscó. Simplemente habitaba el mundo que habitaba — el mundo donde estaba el poder, donde estaba la riqueza, donde estaban los que gobernaban el entorno. Y en las ferias equinas —

esos eventos donde la Colombia profunda muestra su cara más compleja y más fascinante — a veces llegaban comandantes paramilitares.

Pedro Gregorio recuerda las energías que se movían en esos eventos. La opulencia. Las tensiones invisibles pero palpables. Esa forma de vivir que algunos eligen con plena conciencia de lo que implica — y que produce ciertas experiencias que ningún otro camino produce.

No lo juzga. Lo observa. Lo nombra.

* * *

El yoísmo y sus daños colaterales

Pedro Gregorio operó durante años en piloto automático. Respondiendo a los impulsos que la sociedad dicta como lo que debe ser — estar donde está el poder, estar donde está la riqueza, estar donde está lo que governa y maneja el entorno. No era una estrategia consciente. Era la inercia de un ser que todavía no había despertado del todo.

En ese estado, el yoísmo opera sin freno. Solamente me importo yo. Es lo que yo quiero. Seré exitoso a como dé lugar. Y en esa carrera, hay daños colaterales. Personas afectadas por el bien

propio. Gente jodida mientras uno está bien. Ese desequilibrio existe — y la conciencia dormida simplemente no lo registra porque está enfocada solo en sí misma.

Lo que cambia cuando se despierta no es la ambición. Es la capacidad de ver el cuadro completo — de entender que el actuar de uno tiene consecuencias que se extienden más allá de los bordes del yo, y que esas consecuencias son tan reales como las propias.

* * *

La lluvia que moja a todos por igual

Hay una imagen que lo resume todo.

Cuando cae un aguacero — de esos aguaceros tropicales que no piden permiso ni consultan agenda — el agua no distingue. No pregunta si quien está debajo es rico o pobre, blanco o negro, católico o musulmán, judío o protestante, creyente o ateo. Moja los techos de las casas de los ricos y de los pobres con exactamente la misma indiferencia generosa.

Eso es la humanidad.

Una unidad que se ha convencido de que es muchas cosas separadas — por religión, por raza, por clase, por ideología —

pero que en el fondo comparte la misma fuente, el mismo origen, la misma vulnerabilidad ante la lluvia.

A Pedro Gregorio le impusieron el catolicismo cuando nació. Nadie le preguntó. Lo llevaron, lo hundieron en la vaina, y de ahí para adelante fue: vaya a misa, vaya, so pena de juicio. Ahora que puede elegir, toma lo mejor de todas las tradiciones — porque todas tienen algo bueno y todas tienen algo complejo. No dice que ninguna esté mal. Dice que ninguna tiene el monopolio de la verdad. Y dice que la que divide a la humanidad en lugar de unirla está usando su herramienta más poderosa para su propósito más equivocado.

Que cada quien crea en lo que quiera creer. Que cada quien tenga su soporte espiritual para estar en paz consigo mismo. Que el dios de uno no tenga que ser más bacano que el del vecino para que la propia fe tenga valor.

Lo único que pide es que no se hagan daño entre sí por eso.

* * *

Solo yo tengo el poder

No puedo hacer que los demás cambien.

No puedo hacer que dejen de resentir, de envidiar, de frustrarse, de violentar. No puedo hacer que la demás gente deje de sentir lo que siente. Eso está fuera de su alcance y siempre lo estuvo.

Lo que sí pudo hacer — y lo hizo — fue que todas esas cosas dejaran de suceder en él.

Cuando entendió que ese poder estaba únicamente en él — que nadie más podía quitarle el resentimiento ni nadie más podía dárselo, que la envidia era su elección y la paz también — todo cambió. Dejó de ser un canalla. Recuperó la fe en la humanidad.

¿Cómo así? Si yo pude, ¿por qué los demás no van a poder?

* * *

El alma que no obedece — y el padre que no entiende por qué

Cuando un hijo toma su propio camino — uno que no se parece al que sus padres imaginaron, planearon, financiaron, rezaron — ocurre algo en el ego paterno que merece ser nombrado con honestidad.

El alma humana no obedece designios. Ni siquiera los de quienes la trajeron al mundo. Tiene una chispa divina latente que la individualiza, que la empuja hacia su propio territorio, hacia su propia experiencia. Eso no es rebeldía — es constitución. Es la naturaleza misma del espíritu encarnado: viene a aprender lo que tiene que aprender, no lo que otros decidieron que debía aprender.

Pero el padre — o la madre — que invirtió su tiempo, su energía, su dinero, su cuidado, su protección, su proyecto de vida entero en la crianza de ese ser — cuando ve que el resultado es distinto a lo que imaginó, el ego explota. Explota en ira. Explota en resentimiento. Explota en ese afán de querer controlar, gobernar, dirigir un cuerpo ajeno que ya no le pertenece — si es que alguna vez le perteneció.

Y entonces vemos algo doloroso: padres que se resienten con sus hijos por las circunstancias de la vida. No por el bien o el mal — simplemente por las circunstancias. Por el camino que el alma eligió y que el ego parental no puede aceptar porque no estaba en el plan.

Cuando hay éxito, todos aparecen.

Hasta los que no son familia saldrán a darte la mano.

Cuando no hay nada — cuando el hijo está en el fondo, cuando el camino se pone oscuro y difícil y sin brillo visible — ahí es cuando se ve quién realmente te ama. Quién te cuida. Quién te ve. Quién está no porque pueda obtener algo de ti sino porque te quiere.

Eso también es información. De la más valiosa que existe.

Pedro Gregorio ha perdonado. Una y mil veces más, si hace falta.

Pero el perdón no es ingenuidad. No es abrir la puerta a que las mismas circunstancias que lo produjeron vuelvan a producir la necesidad de otro perdón. Para eso existe la experiencia — para blindar. No como prevención temerosa, sino como sabiduría que protege sin cerrar el corazón. Que refuerza el pensamiento ya liberado del rencor porque entiende cómo funciona el alma humana, cómo funcionan los intereses, cómo está tejido este entretejido universal en el que todos participamos.

Ese entendimiento es lo que hace el humanismo posible.

No el humanismo de los libros — el humanismo real, el que nace de haber pasado por el fuego y haber salido sabiendo un poco más sobre la condición humana que antes de entrar. El que permite comprender al ser humano sin necesitar que sea perfecto para quererlo. El que entiende que el ego que controla,

el padre que resiente, el hijo que huye — todos están haciendo lo que pueden con la conciencia que tienen en ese momento.

Y eso — entender eso de verdad, en el cuerpo, no solo en la mente — es lo que convierte la experiencia en sabiduría.

* * *

Lo que se vivió — el inventario del alma

Pedro Gregorio no habla desde la teoría.

Habla desde lo que vivió. Y lo que vivió incluye esto:

He vivido en la calle. He aguantado frío. He dormido en parques con mis maletas cuando no había hotel. La lluvia me ha mojado. He sentido el hambre real — no el hambre de quien se saltó el almuerzo sino el hambre de días sin comer ni beber. Y aquí estoy. No me morí.

He conocido a los bandidos más grandes de este país. Y a los más buenos. He compartido la mesa de oro y diamante y he compartido el pan en el piso. He conocido a los más ricos y

ostentosos y a los más humildes — de esa humildad que no es resignación sino dignidad en su forma más pura.

He llorado y he sufrido con aquel que no tiene nada. He sido empático escuchando al vagabundo que huele a orines y a tierra, que no tiene dientes y que a duras penas puede hablar — y ni el hedor ni la miseria han podido hacer que no lo reconozca como mi hermano. Le he abrazado.

He llegado a sentir en mi corazón la maldad más profunda. Han salido de mi boca las palabras más espantosas que un ser pueda decretar. He visto el fondo que otros ni siquiera imaginan que existe — y más allá del fondo. He entrado en el agujero del conejo y he caído tan profundo que dejé de saber si había un piso donde llegar.

Y aún así.

El amor que rescata. El amor que salva y libera y purifica. El llanto que, como aquel río en la época de lluvias, recupera su cauce y su furor y va limpiando toda la maleza acumulada en la sequía — los palizales, la basura, todo lo que se depositó cuando el agua no corría.

Estoy limpiando mi alma.

Estoy limpiando mi conciencia con mi hacer.

Estoy tratando de generar un buen karma.

No deseo el sufrimiento. No deseo que la gente sufra. No deseo que los animales sufran. Hago lo que sea por los indefensos y los vulnerables.

Deambulo entre la noche, entre sombras, llevando luz.

Gratitud.

Por someterme al fuego de la forja.

Por liberar a mi alma.

El actuar nuevo genera circunstancias nuevas que se perciben como bondad, como amor, como empatía, como cariño, como respeto, como armonía, como abundancia, como prosperidad, como alegría.

Eso hace que haya valido la pena todo.

Todo.

Lo que no puede controlar, lo deja. Lo que sí puede hacer — alertar ante una injusticia, hablar cuando el silencio produciría una tragedia mayor, tender la mano al vecino que puede aprender a salir de su impase — eso lo hace. No porque tenga que hacerlo. Porque puede.

Y esa distinción — entre lo que debo y lo que puedo — es quizás la mayor libertad que el despertar produce.

* * *

Las firmas del Padre — Hollywood, el arte y los maestros de la varita mágica

Entender lo que hoy sucede con la humanidad. Entenderlo, en parte, gracias a la educación recibida por Hollywood — por esos maestros de la varita mágica que durante un siglo han contado, una y otra vez, las mismas historias arquetípicas: la caída, la prueba, la redención, el regreso a casa.

Gratitud, creadores de esa realidad que influye en la humanidad entera. Adiós, maestros y guardianes de lo sacro — porque el mensaje ha sido recibido. En la música. En las películas. En el cine. En el arte. En la arquitectura. Veo tu firma por doquier, Padre. Te busco para retornar a tus brazos y sentir tu cálido abrazo.

Amado Padre. Amado Creador.

Reconozco las creaciones de mi Padre. Todo aquí te pertenece. Tu creación — perfecta y gloriosa en su diminuta magnificencia. Me reconozco como tu hijo. Me reconozco como padre. Me reconozco como hijo. Y como esa conciencia inmaculada, el Espíritu Santo, que permanece vigilante y expectante ante la evolución de sus hijos.

Sanar reconcilia opuestos

Sanar permite la cabida a la unidad y a la integración. Perdonar, sanar, comprender — verte en la herida viva de tu hermano, entendiendo lo que el maestro Jesús enseñó con la otra mejilla.

Pedro Gregorio aprendió que la venganza no es la respuesta. Pero también aprendió algo más sutil: que la venganza es el resultado de una mente desconectada del corazón. Una mente conectada al todo, empatizada, armonizada, con facilidad podría haber deshecho, dejado pasar, los susurros que avivaron su mente hacia el estímulo vengativo, impulsado por un corazón todavía rencoroso.

El discernimiento surge como producto del perdón. Un discernimiento que ahora es tangible, permanente — gracias al correcto fluir energético, a la liberación de las glándulas, a la liberación de los desechos químicos del cuerpo, y principalmente

a la liberación del dolor que obstruía la divinidad energética, la luz, la potencia que emana del centro del proscenio celeste.

En paz y armonizado.

Lo que el perdón no exige

Perdonar no significa que haya que buscar a cada persona con la que se sienta una deuda pendiente y subsanarla físicamente, como si eso fuera lo primordial. Lo primordial es estar dispuesto — buscar y hacer, en la medida de lo posible, lo que se pueda hacer para resarcir lo que se haya creado negativamente como producto de la inconsciencia, de la mente no alineada, del ego a la deriva, impulsado por corrientes sin capitán que las dirija.

Sanar es hacer el proceso que se deba, durante el tiempo que se deba, para liberarse de una carga tan grande y tan dañina para todo el sistema como lo es el rencor.

Un corazón que emana tranquilidad, paz y plenitud no puede herir. Es incapaz de lastimar a otro ser. Por el contrario — quien genera dolor es, inevitablemente, un alma adolorida, todavía en conflicto.

La misericordia surge cuando se comprende, cuando se ha integrado, cuando nos hemos liberado — cuando hemos integrado los opuestos y nos hemos liberado de la carga del rencor.

El ego hace de las suyas. Ese es su papel principal — para eso fue creado: para protegernos, para cuidarnos, para que no nos pase nada, para darnos lo mejor de lo mejor de lo mejor de nosotros mismos. Cuando la información que recibe está tergiversada, el ego entra en desarmonía. Simplemente por ignorancia. Por no tener la información correcta.

La compasión surge del entendimiento, de la conciencia. Esa claridad que permite ver lo que no se puede ver con los ojos de la carne, sino con los ojos del corazón — con ese ojo vivo que todo lo observa y todo lo ve, que transmite en tiempo real, a fracción de segundo, sensaciones, hechos, olores, situaciones, cuando en armonía estamos integrados al todo.

Todo aquí se confabula para traer respuestas, información, sabiduría a nuestro alrededor.

Ahora, la responsabilidad es llevar el mensaje y la antorcha — el fuego vivo que nunca debe extinguirse. Esa llama que arde permanentemente. Luz en la oscuridad. Opuestos armonizados.

Gratitud, gratitud, gratitud.

Una invitación al lector

Pedro Gregorio quiere que este pasaje sea, antes que cualquier otra cosa, una invitación formal. A hacer lo que se tenga que hacer para comenzar, ya, inmediatamente, el trabajo de sombra individual. A perdonarse a sí mismo primero.

Porque solo cuando nos perdonamos a nosotros mismos podemos realmente perdonar a alguien más. Así como solo cuando nos amamos y cuidamos de nosotros mismos podemos, individualmente, pensar en poner ese poder y esa conciencia al servicio de los demás — de quienes todavía no encuentran ni tienen las herramientas para hacerlo por sí mismos.

La comprensión. El amor. El poder liberador del amor.

El amor que no quiere poseer. El amor que simplemente es, que se manifiesta, que hace lo suyo cuando tiene luz verde para avanzar en nuestras vidas.

Nosotros tenemos que permitirle al amor entrar en nuestras vidas.

Es nuestra responsabilidad amarnos.

* * *

APÉNDICE

* * *

La sombra integrada — el flujo eléctrico del ser que se sana

* * *

El descenso a los infiernos — el rescate de Sofía

Los que hemos descendido al infierno — así como en la Divina Comedia de Dante, así como en tantas tradiciones que narran el mismo viaje con nombres distintos — y los que hemos atravesado ese valle y enfrentado esas pruebas, sabemos algo que quien no lo ha vivido no puede saber del todo:

A pesar de haber salido de los infiernos, una parte de nosotros siempre estará allí.

No se puede desconocer la conciencia una vez que Sofía ha llegado y ha tocado la hermosura con su brillo y su luz. Descender a los infiernos fue necesario — para rescatar a esa Sofía atrapada por el malvado ego, temerario él de su propia realidad, atada a Cronos, al tiempo que devora, al tiempo que no perdona.

Qué lindas y hermosas son las cicatrices kintsugi.

Pedro Gregorio las carga con honor. Visiblemente. En su identidad. No las esconde como aquel que se avergüenza — las resalta, como aquel compañero de guerra que ha padecido ese transitar, esa batalla, y que ahora lleva las marcas no como vergüenza sino como condecoración.

Hazme consciente. Por el ser. Por poseer al ser.

Hermandad. Gratitud. Lealtad. Trinidad inefable. Bondad.

El alma liberada de las limitaciones de Misraím puede florecer a pasos que la mente condicionada, atrapada en la trampa dual, ni siquiera puede imaginar. Liberarse de esa prisión ha de ser la batalla principal que ejerza toda alma dispuesta a recordar su esencia divina, primigenia, sublime e inmaculada — la que le permite reintegrarse a la mentalidad del Dios creador universal. Sin intermediarios. Ni intermediarios. En comunión permanente.

Entre esa familia cósmica astral que, unida tripartitamente, da inicio geométricamente a los trazos lineales vectoriales que crean la estructura etérea fractal que compone esa realidad — esa conciencia ahora viva, integrada, unida al todo, conservando su individualidad exquisita, la que le hace resaltar por el brillo sublime que emana de su esencia.

Gratitud, Gran Arquitecto de esta obra celeste.

Es un honor ser, a veces, tu pincel. A veces, tu pluma. Y que mis lágrimas sean la tinta con la que escribo tu voluntad.

Oh, Padre glorioso — cuánto amor, cuánta gratitud has creado. Gracias por estas oleadas de sentimientos y sensaciones que son la muestra viva de tu presencia física, mental, biológica y espiritual en mí.

Me reconozco como tu hijo. Y la gloria de mi actuar será para venerar y alabar la gloria del Padre creador de la humanidad.

Soy el fugaz destello permanente — y a la vez insignificante.

Sanar el trauma familiar no es una opción para quien tiene conciencia. Es una responsabilidad.

Una vez que se entiende que las conductas que duelen — las propias y las ajenas — obedecen a la ausencia de conciencia en el momento en que ocurrieron, el rencor pierde su sustento lógico. No desaparece de golpe — pero pierde el piso sobre el que se sostenía.

Porque la inconsciencia no es maldad. Es la oscuridad antes del despertar. Y nadie puede encender una luz que todavía no tiene.

Cuando esa comprensión llega de verdad — no como concepto sino como experiencia vivida en el cuerpo — ocurre algo que la neurociencia puede medir y que las tradiciones de sabiduría llevan milenios describiendo: la integración.

Ya no hay derecha ni izquierda. Ya no hay blanco ni negro. Ya no hay alto ni bajo. Ya no hay fragmentación interna que gaste energía en mantener separado lo que el ser necesita unido para funcionar bien. Hay una unidad — una seriedad total con uno mismo.

Eso que Carl Jung llamó la integración de la sombra.

Porque la sombra — todo aquello que negamos, que juzgamos, que empujamos hacia el fondo porque nos avergüenza o nos asusta — no desaparece. Se queda. Y desde ahí, desde esa oscuridad donde la pusimos, ejerce una tensión constante sobre el sistema nervioso. Una tensión que cuesta energía. Mucha energía.

Piénselo en términos bioeléctricos — porque el cuerpo lo es.

El sistema nervioso es un sistema de transmisión eléctrica. Las neuronas se comunican a través de impulsos electroquímicos. Cuando hay un trauma no resuelto — una ruptura, una fractura en la narrativa del ser — esa ruptura actúa como un cortocircuito: interrumpe el flujo, desvía la corriente, gasta energía en mantener el bloqueo en lugar de usarla para crear, para amar, para construir.

El autosabotaje no es un misterio. Es la consecuencia directa de tener parte de la energía vital atrapada en sostener lo que no se ha sanado.

Y el ego — ese personaje que construimos para sobrevivir, para ser aceptados, para no sufrir más de lo necesario — aprende a

decir una frase que suena a fortaleza pero que en realidad es parálisis:

Yo soy así y no voy a cambiar.

Esa frase no es una verdad sobre el ser. Es una verdad sobre las rutas disponibles en ese momento. Y las rutas — la neurociencia lo ha demostrado con la precisión que merece — se pueden construir. El cerebro cambia. La microbiota cambia. El flujo eléctrico del pensamiento cambia. Y con él, cambia el destino.

El poder hablar de lo que dolió — nombrarlo, darle forma, sacarlo del silencio donde acumula presión — es uno de los actos terapéuticos más poderosos que existen. No porque el hablar lo borre. Sino porque el hablar lo integra. Le da lugar dentro de la narrativa del ser, en lugar de dejarlo afuera ejerciendo presión desde la oscuridad.

Las piedras filosofales — el dolor como iniciación

Pedro Gregorio ha expulsado piedras renales. Siete. Más.

Quien no lo ha vivido no puede imaginar completamente lo que es. Una piedra renal vista al microscopio se parece a un erizo de mar — con todas las púas hacia afuera. Y esas púas atraviesan

los conductos internos mientras el cuerpo la expulsa con una fuerza que no consulta si estás listo. El dolor es de los más intensos que un ser humano puede experimentar — un dolor que no da tregua, que no negocia, que exige toda la presencia.

Con el tiempo — después de la primera, de la segunda, de la tercera — el organismo aprendió a reconocer el proceso. El algoritmo del cuerpo comenzó a avisar. A preparar. A ofrecer ventanas de tiempo para seguir funcionando, para no parar, para continuar laborando mientras el cuerpo hace lo que tiene que hacer.

Pedro Gregorio decidió no parar.

Porque este libro es eso: la decisión de no parar. De trabajar veinticuatro horas, de día y de noche, descargando del mundo etéreo hacia el material — a través de la meditación, de la resiliencia, de la no-respuesta con agresión cuando el mundo la provoca — todo lo que tiene que quedar escrito. Todo lo que Sebastián merece encontrar cuando esté listo.

Las piedras son la metáfora perfecta del trauma integrado:

Se forman adentro. Duelen. Hay que expulsarlas. Y cuando salen, aunque el proceso sea brutal, el cuerpo queda más libre.

Eso es exactamente lo que hace la sanación del trauma. Y eso es exactamente lo que hace este libro.

La simbiosis que compone al ser

Pedro Gregorio no es solo un narrador. Es un sistema bioeléctrico complejo en proceso de reorganización consciente.

Lo que antes era caos — el TDAH, la hiperactividad, la incapacidad de estructurar, de clasificar, de sostener un orden — se ha ido convirtiendo, a través del trabajo de conciencia, de la nutrición, de las plantas sagradas, de la meditación, en una capacidad real de organizar el pensamiento, de subdividirlo, de colocarlo donde corresponde.

Esa capacidad no se fabricó de la nada. Estaba ahí. Siempre estuvo. Lo que la bloqueaba era el ruido — el ruido del trauma no resuelto, de la inflamación neurológica, de la microbiota desequilibrada, del cortisol crónico que contraía los telómeros y oscurecía las rutas.

Cuando el ruido bajó, emergió la señal.

Eso es lo que la sanación produce. No un ser nuevo — el mismo ser, pero libre del ruido que le impedía escucharse.

Anatómica, psíquica, electromagnética, bioeléctrica — toda esa simbiosis de energías que compone al ser humano funciona mejor cuando está integrada. Cuando la sombra ha sido vista. Cuando el trauma ha sido nombrado. Cuando el flujo eléctrico del pensamiento puede transitar sin cortocircuitos por rutas que se construyeron con conciencia y con amor.

Ese es el mensaje de este libro.

Neurogénesis y la posibilidad del cambio

Cómo el cerebro se reconstruye — la ciencia detrás de una transformación

Este apéndice no es un capítulo de la novela. Es su fundamento científico. La razón por la que lo que Pedro Gregorio vivió no fue magia sino biología — biología profunda, poco enseñada, que la ciencia del siglo XXI está apenas comenzando a sistematizar.

* * *

I. Qué es la neurogénesis

Durante casi todo el siglo XX, la neurociencia sostuvo un dogma: el cerebro adulto no genera nuevas neuronas. Lo que tenías al nacer era lo que tenías para siempre. El daño acumulado — por trauma, por estrés crónico, por sustancias — era permanente.

Ese dogma fue refutado.

En 1998, el Dr. **Peter Eriksson** y su equipo en el Instituto Salk de California publicaron en *Nature Medicine* la primera evidencia directa de neurogénesis en el hipocampo adulto humano — la región cerebral responsable de la memoria, el aprendizaje y la regulación emocional. El cerebro adulto sí genera nuevas neuronas. Y más importante aún: ese proceso puede ser estimulado o inhibido según el entorno, la alimentación, el ejercicio y el estado mental del individuo.

El Dr. **Joe Dispenza** — neurocientífico y autor de *Desarrolla tu cerebro* y *Deja de ser tú* — ha documentado en miles de participantes de sus retiros la capacidad del cerebro de reconfigurar sus conexiones sinápticas mediante meditación sostenida. Sus estudios, realizados con electroencefalografía cuantitativa y resonancia magnética funcional, muestran que el cerebro de meditadores experimentados genera ondas gamma de alta coherencia — el mismo patrón que aparece durante los estados de insight y aprendizaje profundo.

Lo que Pedro Gregorio experimentó en los balcones de Cartagena, en los ríos de montaña y en los desiertos de México no fue misticismo desconectado de la realidad. Fue su cerebro haciendo exactamente lo que Eriksson y Dispenza describieron: generando nuevas rutas neuronales, debilitando los circuitos del miedo y el trauma repetido, construyendo una nueva arquitectura cognitiva y emocional.

* * *

II. El eje intestino-cerebro y la microbiota

El Dr. **Emeran Mayer**, gastroenterólogo y neurocientífico de UCLA y autor de *El cerebro intestinal*, ha demostrado que el intestino contiene más de cien millones de neuronas — una densidad comparable a la de la médula espinal. Este sistema nervioso entérico, conectado al cerebro a través del nervio vago, produce más del 90% de la serotonina del cuerpo y participa activamente en la síntesis de dopamina, GABA y otras moléculas que regulan el estado de ánimo, la atención y la respuesta al estrés.

La microbiota intestinal — los cuarenta billones de microorganismos que habitan el tracto digestivo — es el operador de ese sistema. Cuando la microbiota está equilibrada, el eje intestino-cerebro funciona con precisión. Cuando está alterada por ultraprocesados, colorantes artificiales, antibióticos o estrés crónico, las señales se distorsionan. El cerebro recibe información errónea. La conducta cambia.

El protocolo nutricional que Pedro Gregorio ha construido a lo largo de años responde directamente a esta ciencia:

Hongo León de las Nieves (Hericium erinaceus) — contiene hericenonas y erinacinas, los únicos compuestos naturales conocidos que estimulan directamente la síntesis del Factor de Crecimiento Nervioso (NGF), proteína esencial para la supervivencia y crecimiento de las neuronas. El Dr. **Koichiro Mori** de la Universidad de Nagoya documentó en 2009 que su

consumo revierte el deterioro cognitivo en ratones con Alzheimer. Estudios posteriores en humanos confirman mejoras en memoria y función cognitiva.

Reishi (Ganoderma lucidum) — modula el sistema inmunológico a través de sus beta-glucanos y triterpenos. Regula el eje hipotálamo-hipófisis-adrenal, reduciendo los niveles de cortisol crónico — la hormona del estrés que en concentraciones elevadas destruye neuronas en el hipocampo. El Dr. **Solomon Wasser** de la Universidad de Haifa lo clasifica como adaptógeno de primer orden.

Shiitake (Lentinula edodes) — rico en lentinano, polisacárido que activa los macrófagos y las células NK del sistema inmune. Fuente significativa de vitaminas del grupo B, especialmente B5 y B2, esenciales para la síntesis de neurotransmisores.

Moringa oleífera — el árbol con mayor densidad nutricional documentada por la ciencia moderna. Contiene los 9 aminoácidos esenciales, más de 46 antioxidantes, hierro en forma altamente biodisponible y quercetina — un flavonoide que el Dr. **Bharat Aggarwal** del MD Anderson Cancer Center ha identificado como inhibidor de la inflamación sistémica a través de la ruta NF-κB.

Espirulina (Arthrospira platensis) — microalga con 60-70% de proteína de alta biodisponibilidad. Rica en ficocianina, pigmento con propiedades neuroprotectoras documentadas. El Dr. **María Cruz Morón Palacios** de la Universidad

Complutense de Madrid ha publicado estudios sobre su capacidad de reducir el estrés oxidativo neuronal.

Maca negra (Lepidium meyenii) — la variedad más potente de maca, endémica de los Andes peruanos. Sus glucosinolatos y macaridina actúan sobre el eje hipotálamo-hipofisario. Estudios del Dr. **Gustavo Gonzales** de la Universidad Peruana Cayetano Heredia documentan su efecto en la función cognitiva, la memoria y el equilibrio hormonal masculino.

Cacao orgánico (Theobroma cacao) — el alimento más rico en flavonoides de la naturaleza. La epicatequina del cacao cruza la barrera hematoencefálica y estimula la angiogénesis cerebral — la formación de nuevos vasos sanguíneos que nutren las neuronas — según estudios del Dr. **Norman Hollenberg** de Harvard. También eleva los niveles de BDNF (Factor Neurotrófico Derivado del Cerebro), la proteína que el Dr. **John Ratey** de Harvard llama "el fertilizante del cerebro".

Kéfir y probióticos — el kéfir contiene entre 30 y 56 cepas bacterianas distintas, incluyendo Lactobacillus kefiri, de efecto demostrado sobre la reducción de ansiedad a través del eje intestino-cerebro. El Dr. **Ted Dinan** de la Universidad College Cork, pionero en psicobióticos, ha documentado cómo ciertas bacterias intestinales producen GABA y serotonina directamente.

* * *

III. El agua estructurada

El Dr. **Gerald Pollack** de la Universidad de Washington ha identificado un cuarto estado del agua — ni líquida, ni sólida, ni gaseosa — al que llama Zona de Exclusión (EZ water). Este agua, presente en todas las células vivas y en el agua de deshielo glaciar, tiene propiedades electromagnéticas distintas que favorecen las reacciones enzimáticas y la función celular.

Pedro Gregorio prepara diariamente agua estructurada: filtrada para eliminar cloro y flúor, alcalinizada, y expuesta a luz solar durante horas antes de su consumo. El cloro destruye bacterias — incluidas las de la microbiota intestinal. El flúor, en concentraciones de consumo habitual, ha sido asociado en meta-análisis publicados en *Environmental Health Perspectives* con reducción del coeficiente intelectual en niños y con inhibición de la función tiroidea.

* * *

IV. La microdosis de psilocibina

La microdosis — fracciones de 0.1 a 0.3 gramos de hongos secos, muy por debajo del umbral perceptual — ha emergido como una de las herramientas de neuroplasticidad más investigadas en la última década.

El Dr. **Robin Carhart-Harris** del Imperial College London y hoy de la Universidad de California San Francisco ha publicado estudios mostrando que dosis subperceptuales de psilocibina

aumentan la expresión del BDNF, reducen la actividad de la red neuronal por defecto (asociada a la rumiación y al pensamiento depresivo) y mejoran la conectividad entre regiones cerebrales que normalmente no se comunican. El resultado es mayor flexibilidad cognitiva, reducción de la ansiedad crónica y mejor regulación emocional.

Para Pedro Gregorio, la microdosis ha sido la herramienta que le ha permitido mantenerse libre de alcohol desde hace casi diez años, libre de opioides, libre de las sustancias sintéticas que durante una época usó para amortiguar el dolor emocional. No como sustitución de una adicción por otra — sino como ajuste fino de un sistema nervioso que aprendió, a base de trauma y decisiones equivocadas, a buscar la anestesia química como primera respuesta al malestar.

La distinción es importante: la microdosis no altera la conciencia. La afina.

* * *

V. Diez años sin alcohol — la neurociencia del desapego

El alcohol actúa sobre los receptores GABA-A del cerebro, produciendo su efecto ansiolítico y desinhibidor. Con el uso crónico, el cerebro reduce la sensibilidad de esos receptores — el fenómeno de la tolerancia. Y cuando el alcohol se retira, el sistema GABA queda subactivo y el glutamato (neurotransmisor excitatorio) domina sin contrapeso: ansiedad, insomnio,

irritabilidad. La dependencia no es un defecto moral. Es neuroquímica.

Lo que Pedro Gregorio ha construido en diez años de abstinencia es la restauración progresiva de ese equilibrio. La meditación eleva el tono GABA de manera natural. El cacao y los hongos apoyan la síntesis de serotonina. La moringa y la espirulina proveen los cofactores necesarios para que las enzimas que sintetizan neurotransmisores funcionen correctamente.

No es un protocolo diseñado por un médico. Es un protocolo construido por un hombre que se estudió a sí mismo con la misma precisión con que estudió los catéteres y los stents — observando, ajustando, escuchando al cuerpo. La ciencia llegó después a confirmar lo que la intuición había ensayado.

* * *

VI. La transformación como proceso biológico

Lo que este libro describe — la transformación de un hombre desde el ego destructivo hasta la conciencia que elige con propósito — no es metáfora. Es un proceso biológico medible.

Cada ceremonia con plantas medicinales activó la neuroplasticidad. Cada mañana de meditación fortaleció el córtex prefrontal. Cada decisión de alimentarse con lo que el cuerpo necesita en lugar de lo que el ego demanda fue un acto de neurobiología aplicada. Cada madrugada a las seis y cuarto frente al edificio de Sebastián José fue una repetición que fue

esculpiendo, neurona a neurona, el circuito del padre que elige quedarse.

La neurociencia tiene un nombre para eso: **potenciación a largo plazo**. Los circuitos que se activan repetidamente se refuerzan. Los que se abandoan se debilitan. El carácter no es destino. Es práctica.

Y la práctica, como el río de La Mojana, siempre puede volver al cauce.

* * *

APÉNDICE II

El alcohol y el cerebro

Lo que nadie te explica antes de la primera copa

“El alcohol no te cambia. Te revela.”

* * *

ALCOHOL - AL KUHL: "El espíritu que come cuerpos". Las consecuencias espirituales del consumo. Archivo personal del autor.

ALCOHOL · AL KUHL · El espíritu que come cuerpos

La palabra alcohol viene del árabe Al Kuhl — الكُحْل. Los alquimistas medievales usaron esa palabra para nombrar la esencia destilada, el espíritu de una sustancia. En árabe clásico, Al Kuhl designaba un polvo tan sutil y penetrante que podía entrar al cuerpo sin ser visto. La misma raíz árabe dio en inglés la palabra ghoul — el demonio que se alimenta de los muertos. El nombre lo sabía todo desde el principio.

La mayoría de las personas no considera las consecuencias espirituales de consumir esta sustancia. Lo que la neurociencia llama supresión de la corteza prefrontal, las tradiciones ancestrales de todo el mundo lo describieron durante milenios con otras palabras: el velo que oscurece la razón, la puerta abierta sin guardián, el espíritu que entra cuando el guardián duerme.

Las dos perspectivas — la científica y la espiritual — describen el mismo fenómeno:

La ciencia: el etanol suprime la corteza prefrontal en minutos. Desactiva el sistema de juicio moral y control de impulsos. Eleva dopamina artificialmente. Interrumpe el sueño REM y la producción de DMT endógeno — la molécula que el cerebro

produce durante el sueño profundo y que muchas tradiciones llaman la molécula del alma. Causa neurotoxicidad desde la primera copa. Activa marcadores epigenéticos de vulnerabilidad emocional que se transmiten a los hijos.

La tradición espiritual: todas las tradiciones chamánicas prohíben el alcohol durante ceremonias sagradas porque baja la frecuencia vibratoria del campo energético humano. El Islam lo prohíbe porque vela la razón — el instrumento de Dios en el hombre. La tradición hermética advierte que lo que entra al cuerpo trae su propia conciencia. Lo que se invita al templo del cuerpo sin discernimiento recibe permiso de habitar en él.

Pedro Gregorio lo comprendió después de las primeras ceremonias de plantas sagradas. La diferencia entre la experiencia con plantas que expanden la conciencia y la experiencia con el alcohol que la contrae es tan radical que no admite comparación. Las plantas elevan. El alcohol disuelve. Las plantas muestran lo que eres. El alcohol esconde lo que eres.

El espíritu que come cuerpos no es una metáfora poética. Es una descripción funcional.

[DIAGRAMA SINÓPTICO: ALCOHOL - Impacto en SNC]

* * *

La coca y la cocaína — la planta sagrada y su profanación

Hay que hablar de esto con la misma honestidad con que se ha hablado de todo en este libro.

La hoja de coca es una planta sagrada. Tiene miles de años de uso ancestral en los Andes y en la Amazonía. Los pueblos originarios la mastican, la ofrendan, la leen como oráculo. Contiene alcaloides que en su forma natural producen claridad mental, resistencia física, agudeza del pensamiento. Es medicina. Es alimento. Es vínculo con lo sagrado.

La cocaína no es eso.

La cocaína es lo que ocurre cuando esa planta sagrada es sometida a un proceso de extracción violento, industrial, cargado de solventes tóxicos, de energía densa, de toda la oscuridad del sistema económico ilegal que la produce. El proceso no es neutral. La energía con que algo se produce se queda en el producto. Y lo que queda después de ese proceso no es la claridad de la hoja — es una distorsión de ella.

Lo que la cocaína le da al hombre no es conciencia. Es energía al ego.

Y ahí está el engaño.

El ego confunde esa energía con claridad. Esa aceleración con lucidez. Esa hiperactividad con poder. Y en esa confusión el hombre se aleja de sí mismo exactamente en la misma medida en que cree que se está encontrando. Porque el ego energizado no ve mejor — ve más rápido y en una sola dirección: la suya propia. Pierde la periferia. Pierde la empatía. Pierde la humildad que es el único ángulo desde el que el mundo se ve de verdad.

La cocaína es un arma. No la única — hay otras igual de efectivas y mejor disfrazadas. Pero es una de las más brutalmente eficientes para destrozar la conciencia del hombre porque lo hace sintiéndose más consciente que nunca.

Pedro Gregorio lo dice desde el conocimiento — no desde la ingenuidad ni desde el dogma moral. Lo dice desde haber visto de cerca lo que esa sustancia produce en las personas, en las familias, en las comunidades. Lo dice desde haber conocido el fondo de este país — sus bandidos, sus mercados, sus códigos — y haber observado en ese fondo cómo la cocaína cumple su función de manera impecable: convierte a hombres complejos en instrumentos simples del ego.

La hoja de coca en su forma natural, utilizada con respeto y con la sabiduría de las tradiciones que la custodian, es otra cosa completamente.

Como el alcohol que se llama Al Kuhl — el espíritu que come cuerpos — y el vino ritual de la eucaristía. El problema nunca ha sido la sustancia. El problema es siempre la intención con que se produce, el proceso por el que pasa, y la conciencia — o su ausencia — de quien la recibe.

Ver versión visual completa en el archivo HTML del capítulo correspondiente.

— Pedro Gregorio Montiel Holmann

Este capítulo no es una condena moral. Es una conversación honesta sobre algo que la mayoría de las personas consume sin haber recibido nunca información real sobre lo que hace. No el discurso escolar de “las drogas son malas” — sino la ciencia concreta, y el testimonio de quien lo vivió desde adentro, de lo que el alcohol hace en el cerebro, en el sistema nervioso y en la vida de las personas que lo usan para amortiguar el dolor.

* * *

I. Lo que el alcohol hace en el cerebro

El etanol — el compuesto activo del alcohol — es una molécula pequeña que cruza la barrera hematoencefálica con una

facilidad que ningún otro depresor del sistema nervioso central iguala. Una vez adentro, activa los receptores GABA-A, produciendo sedación e inhibición de la actividad neuronal, y bloquea los receptores NMDA del glutamato, interrumpiendo la transmisión excitatoria. El resultado inmediato es conocido: desinhibición, euforia transitoria, reducción de la ansiedad. El resultado a largo plazo es mucho menos conocido y mucho más grave.

El Dr. **George Koob**, director del Instituto Nacional sobre el Abuso de Alcohol y el Alcoholismo de Estados Unidos (NIAAA), ha documentado con precisión lo que ocurre con el uso crónico: el cerebro, en su intento de compensar la inhibición artificial que el alcohol produce, reduce la sensibilidad de sus receptores GABA y aumenta la densidad de los receptores de glutamato. El resultado es que cuando el alcohol no está presente, el sistema nervioso queda en estado de hiperexcitabilidad: ansiedad, insomnio, irritabilidad, temblores. La “resaca” no es solo una molestia física — es el cerebro reclamando la sustancia que lo mantuvo artificialmente tranquilo.

Ese es el mecanismo de la dependencia. No es un defecto moral. Es neurobiológica.

El Dr. **Nora Volkow**, directora del Instituto Nacional sobre el Abuso de Drogas (NIDA), ha publicado estudios de imagen cerebral mostrando que el alcohol reduce significativamente la actividad del córtex prefrontal — la región responsable del

juicio, la toma de decisiones y el control de impulsos. Esta reducción no es instantánea ni totalmente reversible: el consumo repetido y prolongado produce una atrofia funcional del prefrontal que persiste durante meses o años después de dejar de beber. El estudio más citado al respecto, publicado en *Alcoholism: Clinical and Experimental Research* (2017), documenta que el volumen del córtex prefrontal de consumidores habituales es mediblemente menor que el de no consumidores de la misma edad.

Pero el daño más significativo ocurre en el **hipocampo** — la región cerebral responsable de la memoria, el aprendizaje y la regulación emocional. El alcohol inhibe la neurogénesis hipocampal — la generación de nuevas neuronas que el Dr. Eriksson documentó en 1998 — y a concentraciones altas produce muerte neuronal directa. El Dr. **Michael Collins** de la Universidad Loyola ha demostrado que incluso episodios de intoxicación aguda moderada producen muerte de neuronas del hipocampo en modelos animales. En humanos, la pérdida de memoria asociada al alcoholismo crónico — el síndrome de Wernicke-Korsakoff — es la manifestación extrema de ese mismo proceso.

Lo que muy pocas personas saben es que este daño no requiere ser alcohólico declarado. El consumo habitual moderado — lo que las guías de salud pública llaman “consumo de riesgo” — produce cambios estructurales en el cerebro que los estudios de resonancia magnética pueden detectar. Un meta-análisis

publicado en *The Lancet* en 2022, que analizó los datos de más de treinta y seis mil personas, concluyó que no existe un nivel de consumo de alcohol que sea biológicamente seguro para el cerebro. Cada copa cuenta.

* * *

II. El alcohol y el trauma: el ciclo que no sana

Cuando el dolor existe — el dolor emocional real, el que viene del trauma, del duelo, de la pérdida, del divorcio, de la infancia herida — el alcohol ofrece algo que parece un alivio: el adormecimiento. La capacidad de no sentir, por unas horas, lo que duele demasiado.

El Dr. **Bessel van der Kolk**, psiquiatra del trauma y autor de *El cuerpo lleva la cuenta* — el libro de neurociencia del trauma más leído de la última década — explica por qué ese alivio es siempre provisional y siempre costoso: el trauma no procesado vive en el cuerpo, en el sistema nervioso automático. El alcohol puede silenciar temporalmente la respuesta consciente al trauma, pero no toca las vías neuronales subcorticales donde el trauma reside. Cuando el efecto pasa, el dolor vuelve — a veces más intenso, porque el sistema nervioso ha quedado más sensibilizado. Y el umbral para necesitar el siguiente trago ha subido.

Es un ciclo que se alimenta a sí mismo: el dolor produce el deseo de beber, beber produce más sensibilidad al dolor, más sensibilidad produce más deseo de beber. El Dr. **Peter Levine**,

creador de la Somatic Experiencing, lo ha documentado extensamente: las personas que usan sustancias para manejar el trauma rara vez están eligiendo el placer. Están eligiendo la supervivencia. No pueden ser juzgadas por eso. Pero sí pueden ser ayudadas a encontrar otras rutas.

Los desbalances energéticos que el alcohol produce en combinación con el trauma son reales y medibles. La investigación del Dr. **Bruce Perry** — neuropediátra y coautor con Oprah Winfrey de *Lo que te pasó* — muestra cómo el trauma no resuelto altera de forma duradera el eje hipotálamo-hipófisis-adrenal, la regulación del cortisol y la respuesta del sistema nervioso autónomo. Cuando se le suma el consumo habitual de alcohol, los circuitos de regulación emocional del cerebro — ya comprometidos por el trauma — pierden más capacidad de funcionar de manera independiente. La persona literalmente no puede calmarse sin ayuda química. No porque sea débil. Porque su neurobiológica fue alterada.

* * *

III. El alcohol y la máscara del ego

Existe una verdad sobre el alcohol que la cultura popular conoce pero que rara vez se nombra con precisión: el alcohol no cambia a las personas. Las revela.

Lo que el alcohol hace, al inhibir el córtex prefrontal, es desactivar el sistema de control que el ego utiliza para gestionar

la imagen que proyecta al mundo. Ese sistema — el que filtra lo que se dice, modera los impulsos, mantiene las apariencias — es el que la embriaguez va apagando copa a copa. Lo que queda cuando ese sistema se apaga no es la persona “verdadera” en un sentido romántico. Es la persona con sus heridas sin procesar, con sus rasgos inhibidos por el esfuerzo cotidiano de parecer lo que uno quiere que los demás vean.

El que tiene rabia contenida se vuelve agresivo. El que carga culpa se vuelve autodestructivo. El que tiene amor reprimido se vuelve generoso de maneras que en sobriedad no se permite. El que tiene miedo se vuelve val iente de maneras que a veces lo llevan a lugares que no debería ir.

Eso explica por qué hay borrachos que hacen daño y borrachos que hacen las paces. El alcohol no introduce nada que no estuviera ya. Solo desinhibe lo que el ego estaba manteniendo bajo control.

Pedro Gregorio lo vio en su propio padre. La única vez que lo vio ebrio de verdad, lo vio haciendo algo hermoso: saludando con abrazo genuino a su archienemigo político de años. Ese hombre que en sobriedad venía siendo su rival — el que disputaba los mismos cargos, peleaba las mismas elecciones, ocupaba la trinchera opuesta en cada contienda — resultaba ser, en el fondo, alguien que su padre respetaba. Lo sabía. Solo necesitaba que el alcohol bajara la guardia del ego para poder expresarlo.

Y también lo vio en sí mismo. En el peor episodio de su vida con el alcohol y las benzodiacepinas — una combinación de etanol con Xanax y Zolpidem que en los años del divorcio y la depresión usó para amortiguar un dolor que no sabía nombrar — llamó a la esposa embarazada de un amigo y le dijo cosas que no debía decir. Barbaridades. Cosas nacidas de la rabia, del miedo, de la locura de ese momento.

Lo que salió esa noche no fue una invención del alcohol. Fue su propio dolor sin procesar, sin las paredes del ego que normalmente lo contenían. El alcohol no lo convirtió en otra persona. Liberó la peor versión de quien era en ese momento — una persona herida, sola, furiosa y sin herramientas para manejar nada de eso.

Lo reconoce. Lo asume. No lo justifica. Y lo nombra porque el silencio sobre estas cosas es parte de lo que permite que se repitan.

* * *

IV. El alcohol y los niños

Hay una dimensión del problema que merece atención específica: lo que el consumo de alcohol de un padre o una madre hace en los hijos.

No solo los accidentes. No solo los episodios de violencia. Sino algo más sutil y más duradero: la ausencia. La presencia física de un adulto que no está presente de verdad. El niño que

aprende a calibrar el humor de su padre antes de hablarle. El que se queda quieto cuando el adulto llega con determinado olor. El que aprende a ser invisible para no activar lo que viene.

La Dra. **Claudia Black**, psicóloga pionera en el estudio del impacto familiar del alcoholismo, identificó en su libro *It Will Never Happen to Me* (1981) el patrón que los hijos de padres alcohólicos aprenden para sobrevivir: no hablar, no confiar, no sentir. Tres reglas no escritas que se instalan en el sistema nervioso del niño y que, sin trabajo terapéutico, acompañan al adulto durante décadas.

Los estudios del Dr. **Vincent Felitti** sobre las Experiencias Adversas en la Infancia (ACE, por sus siglas en inglés), publicados originalmente en *American Journal of Preventive Medicine* (1998) y replicados en docenas de países, muestran que crecer en un hogar con un adulto con problemas de alcohol aumenta significativamente el riesgo de trastornos de salud mental, física y conductual en la adultez. No como condena. Como consecuencia que puede ser intervenida cuando se nombra.

Ningún padre que ama a su hijo elige conscientemente causarle ese daño. Pero el alcohol nubla esa elección. Y la nubla precisamente en los momentos en que más importa tenerla clara.

* * *

V. Cannabis medicinal vs. alcohol: la conversación pendiente

Es necesario abrir este debate con honestidad, sin satanizar nada y sin romantizar nada.

El alcohol es legal en prácticamente todos los países del mundo. El cannabis medicinal es legal en un número creciente de jurisdicciones pero sigue siendo objeto de estigma social. Sin embargo, la evidencia científica comparativa es contundente en su asimetría.

Un estudio publicado en *Scientific Reports* (2015) por el Dr. **Jan van Amsterdam** del Instituto Nacional de Salud Pública de Países Bajos comparó el potencial de daño de diecinueve sustancias psicoactivas, incluyendo alcohol y cannabis, usando una metodología multidimensional que incluye toxicidad, dependencia, deterioro social y daño a terceros. El alcohol encabezó la lista de sustancias más dañinas — especialmente por su daño a terceros. El cannabis ocupó una posición significativamente más baja en todas las categorías.

La Organización Mundial de la Salud estima que el alcohol causa tres millones de muertes anuales en el mundo — el 5,3% de todas las muertes globales. Es responsable de más del 30% de los accidentes de tránsito mortales en la mayoría de los países de América Latina. Está presente en la mayoría de los casos de violencia doméstica. En las visitas a urgencias hospitalarias los

fines de semana en Colombia, el alcohol aparece como factor en más del 60% de los casos de trauma.

Pedro Gregorio consume cannabis medicinal. Lo hace con conciencia, con intención y con conocimiento de lo que consume. Tiene licencia. Y documenta su experiencia no como promoción sino como testimonio: en casi diez años de consumo de cannabis y cero años de consumo de alcohol, no ha tenido un solo episodio de agresividad, de accidente, de daño a terceros relacionado con el cannabis. No ha peleado. No ha perdido el juicio. No ha dejado de ser responsable de sus acciones.

Lo contrario era cierto cuando combinaba alcohol con benzodiacepinas. Esa combinación — fácilmente disponible, socialmente aceptada una parte, médicamente prescrita la otra — fue la que produjo los peores episodios de su vida. No el cannabis.

No dice esto para absolver al cannabis de toda responsabilidad. El consumo de cualquier sustancia en adolescentes, en personas con predisposición genética a la psicosis, o en dosis altas y frecuentes, puede tener consecuencias negativas. La moderación y el conocimiento aplican a todo. Pero la hipócresia de perseguir una planta mientras se celebra la sustancia más destructiva que la humanidad consume masivamente merece ser nombrada.

* * *

VI. El cannabis y la edad: una distinción que importa

Hablar con honestidad del cannabis requiere hacer una distinción que sus defensores a veces omiten y que sus detractores a veces exageran: el momento de la vida en que se empieza a consumir importa enormemente.

El cerebro humano no termina de formarse hasta aproximadamente los veinticinco años. El córtex prefrontal — la región responsable del juicio, la planificación, la regulación emocional y el control de impulsos — es la última en completar su desarrollo. Durante ese proceso de maduración, el cerebro es extraordinariamente plástico: aprende con una velocidad que no volverá a tener, pero también es más vulnerable a las interferencias de sustancias externas que alteran su química.

El Dr. **Staci Gruber**, directora del programa MIND (Marijuana Investigations for Neuroscientific Discovery) del Hospital McLean de Harvard, ha publicado estudios mostrando que el consumo de cannabis antes de los dieciséis años se asocia con alteraciones en la conectividad del córtex prefrontal y en el rendimiento en tareas de memoria de trabajo y atención sostenida. Esas alteraciones no se observan, o son significativamente menores, en personas que iniciaron el consumo después de los veinticinco.

Dicho con claridad: una persona que empieza a consumir cannabis a los catorce, quince o dieciséis años — cuando su cerebro todavía está construyendo sus arquitecturas fundamentales — le está presentando al sistema nervioso en

desarrollo una señal química externa que puede interferir con ese proceso. Los receptores cannabinoides están presentes en el cerebro desde antes del nacimiento y cumplen funciones esenciales en el desarrollo neurológico. Saturarlos con THC exógeno durante la adolescencia puede alterar esa función de maneras que no siempre son reversibles.

Una persona que empieza a consumir cannabis a los cuarenta años — con un cerebro completamente formado, con un sistema endocannabinoide maduro, con una razón médica clara — está en una situación radicalmente diferente. Sus receptores reciben los fitocannabinoides del cannabis como lo que evolutivamente son: moléculas para las que el cuerpo tiene la infraestructura receptora exacta.

* * *

VII. El sistema endocannabinoide: por qué el cuerpo recibe el cannabis

El **sistema endocannabinoide** (SEC) es uno de los sistemas de señalización más extensos y más importantes del organismo humano. Fue descubierto en la década de 1990 por el Dr. **Raphael Mechoulam** — el químico israelí que también aisló el THC por primera vez en 1964 — precisamente porque los investigadores se preguntaron por qué el cerebro tenía receptores específicos para una molécula producida por una planta.

La respuesta es que el cuerpo no tiene receptores para el cannabis. El cannabis tiene moléculas que se parecen a las que el cuerpo produce por sí mismo. Los **endocannabinoides** — principalmente la anandamida (del sánscrito *ananda*, que significa bienaventuranza) y el 2-AG — son producidos naturalmente por el organismo y actúan sobre los mismos receptores que el THC y el CBD de la planta. Son, literalmente, el cannabis interno del cuerpo humano.

Los receptores cannabinoides **CB1** se concentran principalmente en el sistema nervioso central: cerebro, médula espinal. Regulan el dolor, el estado de ánimo, el apetito, la memoria y el sueño. Los receptores **CB2** se concentran principalmente en el sistema inmunológico. Regulan la inflamación y la respuesta inmune. Ambos tipos están presentes en prácticamente todos los tejidos del cuerpo — lo que explica la amplitud de condiciones médicas para las que el cannabis ha mostrado eficacia terapéutica.

El Dr. **Ethan Russo**, neurólogo y uno de los investigadores de cannabis medicinal más citados del mundo, ha propuesto la teoría de la *deficiencia endocannabinoide clínica*: la hipótesis de que condiciones como la migraña crónica, el síndrome del intestino irritable y la fibromialgia — condiciones que comparten características inflamatorias y de sensibilización del sistema nervioso — podrían ser parcialmente explicadas por una insuficiencia en la producción endógena de cannabinoides. Si esa teoría es correcta, el cannabis medicinal no sería una

intervención externa sino una forma de restablecer un equilibrio que el cuerpo no puede mantener por sí solo en esas condiciones.

El **CBD** (cannabidiol) merece mención especial. A diferencia del THC, el CBD no produce efectos psicoactivos. Actúa sobre los receptores CB1 y CB2 de manera indirecta — modulando su actividad sin activarlos directamente — y sobre una variedad de otros sistemas de señalización: receptores de serotonina, receptores de vanilloide implicados en la percepción del dolor, canales iónicos que regulan la excitabilidad neuronal. Sus propiedades antiinflamatorias, ansiolíticas, neuroprotectoras y anticonvulsivantes están respaldadas por estudios clínicos de calidad suficiente como para que la FDA estadounidense aprobara en 2018 un medicamento basado en CBD — Epidiolex — para el tratamiento de formas severas de epilepsia infantil.

El contraste con el alcohol no puede ser más marcado. El alcohol no tiene receptores específicos en el cuerpo humano. El organismo no produce alcohol endógeno para ninguna función fisiológica. El etanol es, desde la perspectiva de la biología evolutiva, un tóxico exógeno que el cuerpo debe metabolizar y eliminar. El hígado dedica recursos significativos a ese proceso cada vez que se consume.

El cannabis, cuando se consume con conocimiento, con moderación y con el cerebro ya formado, está interactuando con una infraestructura biológica que el cuerpo construyó para

exactamente ese tipo de moléculas. Esa diferencia fundamental — entre una sustancia para la que el organismo tiene receptores específicos y una para la que no los tiene — es el dato que falta en la mayoría de las conversaciones públicas sobre estas dos sustancias.

No es una justificación para el uso indiscriminado. Es información. La información que debería existir en todos los colegios, en todas las consultas médicas, en todas las conversaciones familiares donde se habla de sustancias.

* * *

La criminalización: a quién sirve

Hay una pregunta que no se hace suficientemente en el debate sobre el cannabis: ¿a quién le conviene mantener la prohibición?

No al paciente con dolor crónico que podría tratarse sin opioides. No al enfermo de cáncer que podría controlar las náuseas de la quimioterapia sin benzodiacepinas. No al adolescente con epilepsia refractaria cuya familia descubrió que el CBD controlaba sus convulsiones cuando nada más lo hacía. No al adulto con ansiedad crónica que encontró en la microdosis de CBD más alivio que en años de antidepresivos.

Le conviene a la industria farmacéutica, que vende analgésicos opioides, ansiolíticos, antidepresivos y somníferos — todos con efectos secundarios documentados, todos con potencial de dependencia, todos patentables y todos extraordinariamente

rentables. Le conviene a las industrias del alcohol y el tabaco, que tienen décadas de inversión en lobbying político para mantener su posición como las únicas sustancias psicoactivas legalizadas y normalizadas culturalmente. Le conviene a los sistemas carcelarios privados, especialmente en Estados Unidos, donde el encarcelamiento por delitos de cannabis ha sido durante décadas una fuente estable de ingresos. Y le conviene a ciertos gobiernos que han construido sobre la "guerra contra las drogas" un aparato de control social que tiene muy poco que ver con la salud pública y mucho con el poder.

El Dr. **Lester Grinspoon**, psiquiatra de Harvard y uno de los primeros académicos en revisar sistemáticamente la evidencia sobre el cannabis — proceso que lo llevó de escéptico a defensor convencido — escribió en *Marihuana reconsidered* (1971, Harvard University Press): "*La historia de la marihuana en Estados Unidos es la historia de cómo el miedo, la ignorancia y los intereses económicos pueden construir una narrativa falsa con consecuencias reales para millones de personas.*" Esa afirmación, hecha hace más de cincuenta años, no ha envejecido. Se ha profundizado.

El **Informe Nixon** — el reporte de la Comisión Shafer encargado por el propio presidente Richard Nixon en 1972 — recomendó la descriminalización del cannabis después de revisar toda la evidencia disponible. Nixon lo ignoró. Años después, su asesor John Ehrlichman reconoció en una entrevista publicada en *Harper's Magazine* en 2016 que la guerra contra

las drogas fue diseñada deliberadamente para criminalizar a dos grupos: los negros y los opositores a la guerra de Vietnam. No por razones de salud pública. Por razones políticas.

En Colombia, el cannabis medicinal fue regulado en 2016 con la Ley 1787. Sin embargo, el estigma construido durante décadas de prohibición no desaparece con una ley. Las personas que lo consumen — incluso con licencia médica, incluso con diagnóstico documentado, incluso con respaldo científico — siguen siendo juzgadas socialmente, discriminadas laboralmente y perseguidas en contextos donde la ignorancia tiene más peso que la evidencia.

Pedro Gregorio lo ha vivido. No como delincuente — porque no lo es — sino como ciudadano que ha elegido cuidar su salud con una planta que su cuerpo recibe bien, en lugar de con sustancias que su hígado debe procesar como tóxicos. Esa elección, documentada, legal y respaldada por la ciencia, sigue siendo objeto de juicio en un mundo donde la cultura creada adrede en torno al cannabis ha calado más profundo que cualquier evidencia.

La ignorancia no es neutral. Cuando se construye intencionalmente — cuando se financia, cuando se repite en los medios, cuando se institucionaliza en las leyes — tiene víctimas concretas. Pacientes que no acceden a tratamientos que los aliviarían. Personas criminalizadas por llevar consigo una planta que el cuerpo humano tiene la infraestructura biológica para

recibir. Familias destruidas por encarcelamientos que no protegen a nadie pero que enriquecen a algunos.

Esa es la conversación que falta. No la de si el cannabis es "bueno" o "malo" — pregunta que solo tiene sentido para quien nunca ha mirado la evidencia. Sino la de quién se beneficia de que esa evidencia no llegue a quienes la necesitan.

La planta no necesita que la defiendan. La ciencia ya lo hace. Lo que necesita defensa son las personas que la usan y que merecen hacerlo con dignidad, con información y sin miedo.

* * *

El cuerpo sabe distinguir lo que le pertenece. El cerebro tarda en aprender lo mismo.

* * *

VIII. El camino de salida

La buena noticia — y existe — es que el cerebro puede recuperarse.

El Dr. **Joe Dispenza**, cuyo trabajo ya fue citado en el apéndice anterior, ha documentado en cientos de participantes que la abstinencia sostenida del alcohol, combinada con meditación regular, produce cambios estructurales medibles en el cerebro: recuperación del volumen del córtex prefrontal, normalización de la actividad del hipocampo, restauración de los patrones de

onda cerebral de coherencia. El cerebro tiene plasticidad. Lo que se dañó no es siempre permanente.

El Dr. **Robin Carhart-Harris** del Imperial College London ha publicado los primeros ensayos clínicos mostrando que la psilocibina — en contexto clínico supervisado — reduce significativamente el consumo de alcohol en personas con trastorno por uso de alcohol. Sus estudios, publicados en *Nature Medicine* (2022), muestran tasas de abstinencia a los ocho meses superiores al doble de las obtenidas con tratamiento convencional. El mecanismo parece ser la capacidad de la psilocibina de silenciar la red neuronal por defecto — el circuito del pensamiento ruminativo y compulsivo — y crear una ventana de plasticidad en la que el cerebro puede reaprender respuestas al malestar emocional.

Pedro Gregorio no usó psilocibina en contexto clínico. Usó plantas ancestrales en contexto ceremonial. El mecanismo neurológico es similar — lo que cambia es el marco. Y el resultado, en su caso, fue exactamente lo que Carhart-Harris describe: una ventana de plasticidad en la que pudo reaprender cómo relacionarse con el dolor sin necesitar adormecerlo.

Cerca de diez años sin alcohol. Aproximadamente cinco años de cannabis medicinal consciente. No como resultado de una prohibición ni de una promesa. Como consecuencia natural de haber encontrado otra manera de estar en el mundo.

Esa es la única manera real de dejar cualquier sustancia: no porque esté prohibida, sino porque ya no la necesitas. Porque lo que buscabas en ella lo encontraste en otro lugar.

* * *

IX. La conciencia es el requisito

Pedro Gregorio ha probado sustancias diversas a lo largo de su vida. Y tiene una fortaleza y una determinación que le han permitido no quedar enganchado. Lo dice sin orgullo — lo dice como advertencia.

Porque esa fortaleza no es la norma. Y lo que para él fue una experiencia transitoria puede para otra persona convertirse en una trampa de la que no hay salida fácil. Por eso no recomienda a nadie el consumo de ninguna sustancia bajo ninguna circunstancia que no sea la conciencia plena — y la disposición real a asumir las consecuencias.

Y antes de probar cualquier cosa: educarse. No dejarse llevar por la narrativa audiovisual, por el pop art de las películas que glamorizan el consumo de drogas como si fueran accesorios de personalidad. Esa es una de las formas más peligrosas de ignorancia que existe — porque se disfraza de cultura.

La **cocaína** es una de las drogas que más destroza el espíritu humano. No lo potencializa, no lo expande — lo limita, lo controla, lo ata. La adicción a la cocaína no distingue entre inteligentes e ignorantes, entre ricos y pobres, entre fuertes y

débiles. Ata a todos con la misma eficiencia. Y lo que ata no libera.

Eso es radicalmente diferente de la **hoja de coca** — la hoja sagrada que las mujeres recogen en los cultivos andinos para sus hombres, que se mambe con cal o se toma en té, que ha formado parte de la cultura indígena del continente durante miles de años. Pedro Gregorio la ha utilizado en sus viajes a Perú — a Lima, a Cusco, a Machu Picchu, al Valle Sagrado, a Ciudad Perdida — para aclimatarse a la altura, para oxigenar el organismo, para aguantar el soroche. Junto con la maca andina. Junto con el conocimiento de qué comer y cómo nutrir el cuerpo cuando se mueve en altitudes que el Caribe no prepara.

La hoja de coca no produce los efectos de la cocaína. La diferencia no es de grado — es de naturaleza. Una es un alimento sagrado que nutre y equilibra. La otra es un alcaloide concentrado artificialmente que sobreestimula el sistema dopaminérgico hasta agotar su capacidad de funcionar de manera autónoma. Confundirlas es parte de la ignorancia que el prohibicionismo instaló en la cultura popular.

* * *

X. Sin arrepentimiento — con responsabilidad

Pedro Gregorio no se arrepiente de sus experiencias. De lo que sí se arrepiente — y lo dice con claridad — es del malestar que su inconsciencia pudo haber causado a otros. De la depredación

que hizo en algunas etapas de su vida — de personas, de relaciones, de confianzas.

Pero la naturaleza, afortunadamente, se regenera sola cuando se le deja quieta. Busca su propio equilibrio. Y eso ha sido así — en las relaciones que creyó haber dañado irreparablemente, en los vínculos que pensó rotos para siempre, en las especies que más depredó. Eso lo llena de alegría. De una alegría genuina, sin mérito propio — la de quien reconoce que el mundo tiene una inteligencia de restauración que va más allá de los errores humanos.

La conciencia no se adquiere de golpe. Se construye. Experiencia por experiencia. Error por error. Planta por planta. Y el que llegó tarde a ella no pierde el derecho de tenerla — ni el deber de compartirla.

* * *

XI. El guardián de lo sagrado

Pedro Gregorio se ha constituido en un guardián de lo sagrado. De lo no tangible. De lo imperceptible a la conciencia ordinaria que no ha experimentado los estados que él ha experimentado. No lo dice con orgullo — lo dice con la responsabilidad de quien sabe que ese territorio existe y que la mayoría de las personas no tiene ni el mapa ni la guía para transitarlo sin perderse.

Y por eso lo dice con claridad: no está estimulando a nadie a que experimente con nada de esto.

Porque esto es complejo. Requiere conciencia, sabiduría y control. Requiere un trabajo previo de años sobre el ego, sobre el miedo, sobre la identidad. Porque la línea entre la expansión y la locura es más delgada de lo que parece desde afuera. Se puede perder todo — la salud mental, las relaciones, el contacto con esta realidad — por jugar entre mundos y dimensiones sin la preparación necesaria. Y esta materialidad no puede dejar de importar: uno está en el mundo material, experimentando la experiencia humana. Vino a sentir. A vivir. A llorar y a reírse. A desgastarse. A sufrir. A sentir todo lo que se siente. A eso vino. Y abandonar esta realidad por otra — aunque esa otra sea más luminosa, más libre, más vasta — es una forma de huida que las plantas no avalan.

Pedro Gregorio no es profesor de nadie más que de sí mismo. No le dice a nadie cómo vivir su vida. Esto lo escribió para su hijo — si él desea leerlo, si él desea adquirir este conocimiento. Pero no hay obligación. No hay imposición. Sebastián no tiene ningún deber de entender lo que su padre vivió ni de acatar las conclusiones a las que llegó. Cada quien abre su propio destino.

Lo que este libro ofrece son herramientas. Información. El mapa de un camino que recorrió un hombre del Caribe colombiano que tuvo el privilegio — y el costo — de experimentar más dimensiones de la realidad de las que la mayoría de las personas toca en una vida. Para que quien quiera usarlo como referencia lo use. Para que quien no quiera simplemente lo deje.

En la Cábala existe el concepto del **missraím** — la condición de exilio, de estrechez, del alma atrapada en sus propias limitaciones. La tarea espiritual de cada ser humano, según esta tradición, es salir de ese missraím — expandirse, liberarse, elevar su conciencia más allá de las cáscaras del ego.

Ese es el trabajo. Siempre fue el trabajo.

Cada uno con sus herramientas. Cada uno con su tiempo. Cada uno con su camino.

* * *

XII. El manifiesto del guardián

Me declaro **defensor del espíritu de las plantas**. Guardián de aquello que ha sido satanizado injustamente. Defensor de lo que el interés comercial disfrazó de amenaza para poder seguir vendiendo sus propios venenos con la bendición del Estado y la complicidad de la cultura popular.

Las plantas medicinales — la coca, el cannabis, y otras muchas más — han sido satanizadas no por razones científicas sino por razones económicas. Para proteger mercados farmacéuticos. Para mantener el control sobre lo que la gente consume para sanar. Para impedir que algo que crece en la tierra y que los pueblos indígenas conocen desde hace milenios llegue a las personas que lo necesitan sin pasar por el filtro de una patente y una cadena de distribución.

En mi vida, esas plantas han causado circunstancias especiales y beneficiosas. Han sido trampolín. Han sido catalizador. Han empujado procesos que de otra manera habrían tardado décadas o no habrían ocurrido. Me llevaron a esta conciencia que hoy es mi guía. Y el camino que elegí para llegar aquí — el camino de las plantas, del trabajo interior, de la ceremonia, del desprendimiento — es el camino más espinoso, el más difícil, el que no se elige porque es más fácil elegir lo convencional, lo cómodo, lo que se te ofrece con facilidad y con comodidad.

Pero los caminos fáciles raramente llevan a los lugares que valen la pena.

Hay que dignificar el espíritu de esas plantas. No a manera de promoción — a manera de reconocimiento. Reconocimiento de los pueblos que las cultivan. De las mujeres que recogen la hoja de coca al amanecer. De los curanderos que guardan el conocimiento ancestral de las dosis, las preparaciones, los contextos, los protocolos de seguridad que la ciencia moderna está apenas comenzando a documentar.

Para que eso ocurra — para que las plantas sagradas puedan cumplir su función terapéutica de manera segura y digna — hay que culturizar primero. Hay que educar a la nación sobre sus raíces, sobre lo que son esas plantas, de dónde surgen, qué conocimiento llevan dentro. No se puede entregar una herramienta poderosa a manos que no saben sostenerla.

Controladamente. Científicamente. Con las proporciones adecuadas. Con las investigaciones idóneas. Los resultados vendrán — más pronto que tarde — de lo que nos han querido ocultar.

Me declaro guardián. No profeta. No gurú. No vendedor de experiencias. Guardián — de lo que merece ser protegido porque ha sido atacado precisamente por aquellos que más temen lo que puede liberar.

* * *

Este apéndice no pretende dar órdenes. Pretende dar información. La información que a Pedro Gregorio nadie le dio cuando empezó a beber. La información que, de haberla tenido, habría cambiado algunas decisiones.

Cada persona toma sus propias decisiones. Pero las decisiones informadas cuestan menos.

Si estás usando el alcohol para amortiguar algo que duele, ese algo te está esperando del otro lado de cada copa. No desaparece. Espera. Y mientras más espera, más crece.

Hay otras maneras de atravesarlo. Mejores. Más duraderas. Más limpias.

Empieza por pedirle ayuda a alguien.

* * *

GLOSARIO

Plantas sagradas, términos chamánicos y conceptos clave

Ayahuasca
Bebida ceremonial amazónica preparada con la liana Banisteriopsis caapi y las hojas de Psychotria viridis. La combinación produce dimetiltriptamina activa oralmente. Usada por pueblos indígenas del Amazonas colombiano, peruano y brasileño durante siglos con fines rituales, terapéuticos y espirituales. Su nombre en quechua significa 'soga del muerto' o 'soga de las almas'.

Bufo alvarius (5-MeO-DMT)
Sustancia psicoactiva extraída de las glándulas parótidas del sapo del desierto de Sonora (Incilius alvarius). Contiene 5-metoxidimetiltriptamina, uno de los psicodélicos más potentes conocidos. A diferencia del DMT clásico, actúa principalmente sobre los receptores de serotonina 5-HT1A. La experiencia dura entre 15 y 30 minutos y se caracteriza por la disolución completa del sentido del yo.

Cactus San Pedro (Echinopsis pachanoi)
Cactus columnar nativo de los Andes sudamericanos que contiene mescalina — una feniletilamina que actúa sobre los receptores 5-HT2A y 5-HT2C. Utilizado por culturas andinas desde hace más de tres mil años. La experiencia dura entre ocho y doce horas y se caracteriza por visiones vívidas y una integración profunda con la naturaleza.

DMT (Dimetiltriptamina)
Molécula psicoactiva producida de forma endógena por el cuerpo humano, especialmente en la glándula pineal. Es también el componente activo de la ayahuasca. Cuando se inhala en forma pura produce experiencias intensas de 15 a 30 minutos caracterizadas por visiones geométricas, encuentros con entidades y sensaciones de traversar dimensiones. Los chamanes la llaman 'la molécula de Dios'.

Glándula pineal
Pequeña glándula endocrina ubicada en el centro del cerebro, responsable de la producción de melatonina. René Descartes la llamó 'el asiento del alma'. Investigaciones modernas sugieren que podría producir DMT endógeno durante estados alterados como el sueño profundo, el nacimiento y la muerte, aunque esto aún es objeto de debate científico activo.

Kambó
Secreción de la rana arbórea Phyllomedusa bicolor, nativa del Amazonas. Contiene péptidos bioactivos — principalmente phyllocaerulein, phyllomedusin y dermaseptinas — que estimulan el sistema endocrino, estimulan el sistema inmune y producen una purga intensa. Usada por tribus como los Matsés del Perú como medicina y preparación para la cacería.

Lealtad coercitiva
Término de psicología forense que describe el fenómeno por el cual un niño o persona vulnerable bajo la autoridad de un adulto poderoso ajusta su comportamiento y sus declaraciones para

proteger esa relación de poder, aunque eso implique callar la verdad. No requiere amenaza explícita: el contexto mismo crea la coerción.

Microdosis (microdosing)
Práctica de consumir fracciones subperceptuales de sustancias psicodélicas — típicamente entre 1/10 y 1/20 de una dosis completa — con el objetivo de obtener beneficios cognitivos y emocionales sin alterar la percepción ordinaria. El investigador Dr. James Fadiman de Stanford ha sistematizado el protocolo más utilizado: un día sí, dos días no.

Peyote (Lophophora williamsii)
Cactus sin espinas nativo del desierto de Chihuahua y Sonora, México. Sus botones contienen mescalina. Planta sagrada del pueblo Huichol (Wixáritari) de México, para quienes el peyote es el corazón de su práctica espiritual y farmacológica. Utilizada en ceremonias que pueden durar entre 10 y 12 horas.

Rapé
Polvo de tabaco sagrado preparado por chamanes amazónicos mezclando tabaco negro fermentado (Nicotiana rustica) con cenizas de plantas medicinales específicas. Se administra soplado con fuerza en cada fosa nasal a través de un tubo llamado tepi. Limpia los pasajes nasales y sinusales, genera un estado de alerta intensa y se considera un preparador para ceremonias mayores.

Red neuronal por defecto (Default Mode Network)

Red de regiones cerebrales que se activa cuando la mente no está enfocada en una tarea externa — durante la ensoñación, la rumiación y la narrativa del yo. Está asociada con la generación del sentido de identidad. Su hiperactividad se relaciona con depresión y ansiedad. Las plantas psicodélicas y la meditación profunda la silencian temporalmente, produciendo la sensación de disolución del ego.

Silocibina (Psilocibina)
Compuesto psicoactivo presente en más de 200 especies de hongos del género Psilocybe, llamados 'niños santos' o 'hongos sagrados' en las tradiciones mazatecas de Oaxaca, México. Al metabolizarse se convierte en psilocina, que actúa sobre los receptores 5-HT2A del cortex prefrontal, silenciando la red neuronal por defecto y generando neuroplasticidad aumentada.

Transmisión transgeneracional
Fenómeno epigenético por el cual los traumas no procesados de una generación se transmiten a las siguientes a través de mecanismos moleculares que modifican la expresión génica sin alterar el ADN. Documentado por los Dres. Rachel Yehuda (Mount Sinai) y Michael Meaney (McGill). Las constelaciones familiares, desarrolladas por Bert Hellinger, trabajan con este fenómeno desde el ámbito terapéutico.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Neurociencia y neuroplasticidad

Carhart-Harris, R. L., et al. (2021). Trial of psilocybin versus escitalopram for depression. The New England Journal of Medicine, 384(15), 1402-1411.

Dispenza, J. (2012). Breaking the Habit of Being Yourself. Hay House.

Dispenza, J. (2014). You Are the Placebo. Hay House.

Eriksson, P. S., et al. (1998). Neurogenesis in the adult human hippocampus. Nature Medicine, 4(11), 1313-1317.

Mayer, E. (2016). The Mind-Gut Connection. Harper Wave.

Pollack, G. (2013). The Fourth Phase of Water. Ebner & Sons.

Ratey, J. J. (2008). Spark: The Revolutionary New Science of Exercise and the Brain. Little, Brown.

Psilocibina, DMT y plantas medicinales

Griffiths, R. R., et al. (2016). Psilocybin produces substantial and sustained decreases in depression and anxiety in patients with life-threatening cancer. Journal of Psychopharmacology, 30(12), 1181-1197.

Mori, K., et al. (2009). Improving effects of the mushroom Yamabushitake (Hericium erinaceus) on mild cognitive impairment. Phytotherapy Research, 23(3), 367-372.

Strassman, R. (2001). DMT: The Spirit Molecule. Park Street Press.

Microbiota intestinal y psicobióticos

Alda, J. Á., e Izquierdo Pulido, M. (2014). Dieta y TDAH. Revista de Neurología, 58(Supl 1), S65-S71.

Dinan, T. G., Stanton, C., & Cryan, J. F. (2013). Psychobiotics: a novel class of psychotropic. Biological Psychiatry, 74(10), 720-726.

McCann, D., et al. (2007). Food additives and hyperactive behaviour in 3-year-old and 8/9-year-old children in the community. The Lancet, 370(9598), 1560-1567.

Trauma y transmisión transgeneracional

Bowlby, J. (1969). Attachment and Loss, Vol. 1: Attachment. Basic Books.

Bowlby, J. (1988). A Secure Base: Parent-Child Attachment and Healthy Human Development. Basic Books.

Felitti, V. J., et al. (1998). Relationship of childhood abuse and household dysfunction to many of the leading causes of death in adults. American Journal of Preventive Medicine, 14(4), 245-258.

Kübler-Ross, E. (1969). On Death and Dying. Macmillan.

Levine, P. (1997). Waking the Tiger: Healing Trauma. North Atlantic Books.

Marín, J. L. (2022). La salud mental no existe. La salud, sí. Penguin Random House.

Siegel, D. J. (1999). The Developing Mind: How Relationships and the Brain Interact to Shape Who We Are. Guilford Press.

Siegel, D. J. (2012). The Whole-Brain Child. Bantam Books.

Van der Kolk, B. (2014). The Body Keeps the Score. Viking.

Yehuda, R., et al. (2016). Holocaust Exposure Induced Intergenerational Effects on FKBP5 Methylation. Biological Psychiatry, 80(5), 372-380.

Obediencia, autoridad y conciencia crítica

Arendt, H. (1963). Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil. Viking Press.

Fromm, E. (1941). Escape from Freedom. Farrar & Rinehart.

Milgram, S. (1974). Obedience to Authority: An Experimental View. Harper & Row.

Thoreau, H. D. (1849). Resistance to Civil Government [Civil Disobedience]. Aesthetic Papers.

Zimbardo, P. (2007). The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil. Random House.

Cábala y espiritualidad comparada

Sabán, M. J. (2006). Cábala y psicología: el árbol de la vida como mapa de la psique. Editorial Bnei Baruch.

Sabán, M. J. (2010). El camino de la Torá. Sod 22 Internacional.

Sabán, M. J. (2014). Reencarnación y karma en la tradición judía. Sod 22 Internacional.

Estrés, cortisol y salud integral

Amen, D. (2002). Healing the Hardware of the Soul. Free Press.

Breggin, P. (1991). Toxic Psychiatry. St. Martin's Press.

Breggin, P. (2001). Talking Back to Ritalin. Da Capo Press.

Illich, I. (1971). Deschooling Society. Harper & Row.

Maté, G. (1999). Scattered Minds: The Origins and Healing of Attention Deficit Disorder. Vintage Canada.

Miller, A. (1979). Das Drama des begabten Kindes [El drama del niño dotado]. Suhrkamp.

Rojas Estapé, M. (2018). Cómo hacer que te pasen cosas buenas. Espasa.

Rojas Estapé, M. (2021). Encuentra tu persona vitamina. Espasa.

Rojas Estapé, M. (2024). Recupera tu mente, reconquista tu vida. Espasa.

Protección de la infancia y apego

Black, C. (1981). It Will Never Happen to Me. MAC Publishing.

Perry, B., & Winfrey, O. (2021). What Happened to You? Conversations on Trauma, Resilience, and Healing. Flatiron Books.

Winnicott, D. W. (1965). The Maturational Processes and the Facilitating Environment. Hogarth Press.

PALABRAS CLAVE

Para archivos académicos, catálogos editoriales y búsqueda digital

* * *

La corona de espinas — la conciencia que libera

Hay una imagen que Pedro Gregorio no puede dejar de ver cuando piensa en todo lo que ha vivido.

La corona de espinas.

No como símbolo de martirio ni de religión — como metáfora de la conciencia. Porque la conciencia, al principio, duele. Duele como duelen las espinas cuando se apoyan en la frente. Duele porque obliga a ver lo que era más cómodo no ver. Duele porque desmonta las narrativas que el ego había construido para sobrevivir. Duele porque la verdad, cuando finalmente se presenta sin filtros, no siempre es hermosa.

Pero cuando esa corona se quita — cuando el proceso de la conciencia completa su primer ciclo, cuando la sombra ha sido integrada, cuando el missraím ha sido reconocido y el alma ha

comenzado a moverse hacia su liberación — lo que queda no es cicatriz. Es claridad.

Es un renacer. Es volver a nacer con los ojos abiertos. Ya nada es igual porque ya nada puede ser visto con los ojos anteriores. El mundo no cambió — cambió la perspectiva desde la que se mira. Y esa perspectiva nueva tiene un nombre que Pedro Gregorio ya conoce y que ya no puede fingir no conocer:

LIBERTAD.

La libertad de quien es consciente de su propia liberación. La libertad del missraím abandonado — ese exilio interior del que habla la Cábala, esa estrechez del alma atrapada en sus propias cáscaras — finalmente resuelto no por un salvador externo sino por la decisión propia, sostenida en el tiempo, de mirar hacia adentro con honestidad.

Esa es la herencia que este libro quiere dejar. No los galeones, no los títulos, no los bienes que se construyeron y se perdieron. La herencia de saber que existe una corona de espinas — que la conciencia duele antes de liberar — y que vale la pena ponérsela, sostenerla, y esperar a que haga su trabajo.

Porque del otro lado de ese dolor está la vida que uno realmente vino a vivir.

* * *

Autobiografía novelada · Colombia · Cartagena de Indias · La Mojana · Costa Caribe colombiana · Familia · Linaje · Identidad · Trauma transgeneracional · Paternidad · Separación · Custodia compartida · ICBF · Derechos de petición · Medicalización infantil · TDAH · Microbiota intestinal · Neuroplasticidad · Neurogénesis · Chamanismo · Ayahuasca · Psilocibina · DMT · Peyote · Plantas medicinales · Cannabis medicinal · Coca sagrada · Guardián de plantas · Transformación personal · Ego · Conciencia · Conciencia crítica · Obediencia ciega · Desobediencia civil · Juicios de Núremberg · Falsos positivos · Kintsugi · Joe Dispenza · Daniel Siegel · John Bowlby · Bessel van der Kolk · Stanley Milgram · Hannah Arendt · Erich Fromm · Mario Sabán · Cábala · Missraím · Dr. José Luis Marín · M-19 · Paramilitarismo · Colombia historia reciente · Galeones · Tesoros submarinos · La Hermione · Carrera de Indias · Instituto Técnico Electrónico del Atlántico · Zona franca · Insumos médicos · Salud biointegrativa · Torre universitaria · Amor incondicional · Hijo · Padre presente · Las 6:15 AM · Derechos del niño · Eje intestino-cerebro · Alimentación consciente · Literatura inmersiva · Fotografía documental

APÉNDICE III

El Linaje Hollmann

Del Carmen de Bolívar a la guerra de Corea · Del Congreso de Colombia a Barranquilla

* * *

I. El origen del apellido

El apellido Hollmann es de origen germánico — alemán o del norte europeo. Su presencia en Colombia, como la de muchos apellidos de ese origen en el Caribe, se explica por las corrientes migratorias del siglo XIX que llevaron a familias europeas a establecerse en los puertos y las regiones de comercio del Caribe colombiano. El Carmen de Bolívar — municipio del sur del departamento de Bolívar, en la región de los Montes de María — fue el punto de arraigo de esta familia en Colombia.

El apellido en algunos registros aparece también como Holmann o Holman — variaciones ortográficas frecuentes en documentos colombianos del siglo XIX y principios del XX, cuando la estandarización de la escritura de apellidos extranjeros era irregular.

* * *

II. Juan Federico Hollmann — El bisabuelo

Juan Federico Hollmann fue Representante a la Cámara de Representantes de Colombia durante aproximadamente treinta y tres años — una de las trayectorias legislativas más largas de su época. Ejerció en el período de la República Liberal colombiana, el ciclo político que transformó el país entre 1930 y 1946 bajo los gobiernos de Olaya Herrera, López Pumarejo, Eduardo Santos y nuevamente López Pumarejo.

Fue contemporáneo y compañero de Jorge Eliécer Gaitán en la Cámara. Gaitán — el líder del Partido Liberal cuyo asesinato el 9 de abril de 1948 desencadenó el Bogotazo y marcó el inicio de la Violencia en Colombia — fue Representante por Cundinamarca desde 1929, Alcalde de Bogotá en 1936 y una de las figuras políticas más importantes del siglo XX colombiano. Hollmann y Gaitán coincidieron en el Congreso durante los años en que la República Liberal intentaba modernizar el país.

La Ley 102 de 1937 lleva la firma de Juan Federico Hollmann entre sus proponentes. Es uno de los registros documentales que ubican su actividad legislativa durante el segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo, el período de las grandes reformas sociales colombianas.

Era oriundo del Carmen de Bolívar — ese municipio de los Montes de María que es también la cuna de la champeta, del vallenato de los montes y de algunas de las familias más antiguas del Caribe interior colombiano. Cuando viajaba a Bogotá por sus funciones como Representante, el Hotel Tequendama — inaugurado en 1953 como el edificio más alto y lujoso de la capital — fue su base de operaciones y el lugar donde recibía a sus coterráneos del Caribe que llegaban a la ciudad.

Un amigo suyo de toda la vida, el señor Frieri — también oriundo del Carmen de Bolívar, hombre de negocios con presencia en Bogotá — es uno de los testigos vivos de esa época que Pedro Gregorio tuvo la fortuna de conocer antes de su muerte, en la misma habitación del hospital donde él mismo sería operado años después.

De Juan Federico Hollmann quedan: la firma en leyes de la República, los recuerdos de quienes lo conocieron, y un linaje que continúa.

* * *

III. Álvaro Hollmann Méndez — El abuelo

Álvaro Hollmann Méndez es el hijo de Juan Federico y el padre de Georgina Isabel Hollmann Feria — la madre de Pedro Gregorio. Hombre de dos mundos: el mundo político de su padre, que presenció desde niño, y el mundo técnico y educativo que construyó por su propia cuenta.

Combatió en la Guerra de Corea como parte del Batallón Colombia — el único contingente latinoamericano que participó en ese conflicto, enviado entre 1950 y 1954 bajo el mando de las Naciones Unidas. La guerra de Corea fue una de las experiencias más duras y menos comprendidas de los soldados colombianos que participaron en ella: combate real, frío extremo, lejanía total del país. Los que volvieron volvieron cambiados, con conocimientos técnicos y con heridas que no siempre eran visibles.

De Corea, Álvaro Hollmann trajo tecnología. La misma que después instaló en su institución educativa en Barranquilla — equipos, conocimientos de electrónica y comunicaciones que en Colombia de los años cincuenta y sesenta eran de vanguardia absoluta.

Fundó el Instituto Técnico Electrónico del Atlántico en Barranquilla. Fue su rector durante décadas — los años setenta, ochenta y noventa. El instituto era, para la época, lo más avanzado que había en formación técnica en la Costa Caribe: electrónica, comunicaciones, tecnología aplicada. En la misma institución funcionaba una tienda de equipos — como un Radio

Shack criollo — con todo lo que había de avanzado, incluyendo la tecnología que él mismo había traído de sus años en la guerra.

Logo del Instituto Técnico Electrónico del Atlántico (ITEA) · Fundado y dirigido por Álvaro Hollmann Méndez · Barranquilla · Décadas 1970-1990

Era un hombre de familia numerosa, de lealtades absolutas, de amigos que venían de San Marcos, del Carmen de Bolívar y de toda la Costa a visitarlo en Barranquilla. Tenía una finca donde cultivó yuca con sus nietos, donde les enseñó a defender lo que se trabaja y a entender el ciclo completo de la producción — desde la semilla hasta el cheque en el Banco Colmena.

Murió querido y recordado por todos los que lo conocieron. Pedro Gregorio no encuentra en su memoria la posibilidad de hacerle un juicio. Solo gratitud.

* * *

IV. El árbol — cuatro generaciones

El árbol genealógico completo — ambas ramas — que convergen en Pedro Gregorio González Hollman:

Rama materna — Línea Hollmann

Gen. I (bisabuelo materno) · Juan Federico Hollmann — El Carmen de Bolívar · Representante a la Cámara ~33 años · Compañero de Gaitán · Ley 102/1937

Gen. II (abuelo materno) · Álvaro Hollmann Méndez — Barranquilla · Veterano de Corea · Fundador y rector del Instituto Técnico Electrónico del Atlántico · 1970-1990

Gen. III (madre) · Georgina Isabel Hollmann Feria — hija de Álvaro · Madre de Pedro Gregorio

Rama paterna — Línea González

Gen. I (bisabuelo paterno) · Manuel González Guerrero — San Marcos, Sucre · Hombre de familia, de la sabana costeña

Gen. II (padre) · don Luis José Anaya — San Marcos / Cartagena · Concejal · Diputado · Secretario de Agricultura y Ganadería · Gobernador encargado de Sucre · Abogado U. de Cartagena

La convergencia

Gen. IV · Pedro Gregorio González Hollman — San Marcos (Sucre) · 7 de marzo de 1980, Barranquilla · Hijo de don Luis José Anaya y Georgina Isabel Hollmann Feria · Nieto de Manuel González Guerrero y de Álvaro Hollmann Méndez · Bisnieto de Juan Federico Hollmann

* * *

* * *

V. don Luis José Anaya — El padre · San José

don Luis José Anaya es el padre de Pedro Gregorio. El hombre al que su hijo llama San José — el mismo José de María, el esposo leal, el padre honesto, el funcionario que nunca se enriqueció porque prefirió que sus hijos lo recordaran con respeto.

Ejerció múltiples cargos en la vida pública de la Costa Caribe colombiana — concejal, diputado, secretario privado, secretario de Agricultura y Ganadería en dos períodos de gobierno distintos, y llegó a ejercer como gobernador encargado del departamento de Sucre. Una carrera construida con trabajo y

con la legitimidad que da el ser reconocido por las comunidades que uno sirve.

Su casa — donde crecieron sus tres hijos — era un templo y un altar de diplomas: los suyos, los de sus hijos, los reconocimientos acumulados por una familia que tomó en serio la academia y el esfuerzo. Lumbrera del estudio consagrado. Los tres hermanos González siguieron el ejemplo del padre en esa disposición al trabajo y al conocimiento.

Pedro Gregorio lo vio trabajar toda su infancia. No con discursos sino con el ejemplo diario. Y de ese ejemplo aprendió algo que ninguna universidad enseña: que la honestidad tiene un precio, y que vale la pena pagarlo.

Cargos documentados pendientes de verificación en archivos regionales:

Concejal — municipio de San Marcos, Sucre

Diputado a la Asamblea Departamental de Sucre

Secretario Privado — Gobernación de Sucre

Secretario de Agricultura y Ganadería — dos períodos de gobierno distintos

Gobernador encargado del departamento de Sucre

Fuentes a verificar: El Meridiano de Sucre · El Meridiano de Córdoba · El Universal de Cartagena · El Heraldo de Barranquilla · Archivos de la Asamblea Departamental de Sucre · Gaceta Oficial del departamento de Sucre

V. Lo que falta documentar

Hay registros que Pedro Gregorio no ha podido verificar pero que busca:

Los archivos del periódico El Heraldo de Barranquilla (1933-presente) deberían contener noticias del Instituto Técnico Electrónico del Atlántico durante las décadas de 1970, 1980 y 1990 bajo la rectoría de Álvaro Hollmann Méndez.

Los archivos de la Cámara de Representantes de Colombia deberían contener las actas de las sesiones en que participó Juan Federico Hollmann durante sus aproximadamente treinta y tres años de ejercicio legislativo, incluyendo la Ley 102 de 1937.

Los registros del Hotel Tequendama de Bogotá (inaugurado el 17 de mayo de 1953) podrían contener evidencia de las estadías de Juan Federico Hollmann durante sus viajes a la capital.

Los registros del Batallón Colombia en la Guerra de Corea (1950-1954), custodiados por el Ejército Nacional, deberían contener la hoja de vida militar de Álvaro Hollmann Méndez.

El registro de nacimiento de Juan Federico Hollmann — cuyas páginas en el libro del pueblo fueron arrancadas, borrando deliberadamente el rastro de su origen — es la deuda más antigua que este libro tiene pendiente con la historia.

Quien tenga información sobre cualquiera de estos registros puede contactar al autor:

vitalitespray@gmail.com · @maberyck · Cartagena de Indias, Colombia

* * *

* * *

VI. Georgina Isabel Hollmann Feria — La madre

Georgina Hollmann de González — como aparece en la prensa de Cartagena — es la hija de Álvaro Hollmann Méndez y la madre de Pedro Gregorio. A través de ella el apellido Hollmann llega a su hijo.

Ejerció vida pública activa en San Marcos, Sucre. Ocupó los cargos de secretaria de Obras Públicas del municipio y gerente del Acueducto Municipal. Se lanzó como candidata a la alcaldía

de San Marcos — un acto de valentía política en un municipio donde la vida pública había sido territorio principalmente masculino durante décadas. Su candidatura dejó huella en la memoria política del municipio.

Pedro Gregorio heredó de ella una conexión innata con lo divino que no requiere ceremonias ni sustancias para manifestarse. Un don que viene de la misma sangre Hollmann que Juan Federico transmitió a Álvaro y Álvaro transmitió a Georgina.

* * *

VII. Registro familiar — El Universal, Cartagena · 2 de julio de 2010

La boda civil de Pedro Gregorio González Hollman y Vanessa Henríquez López fue registrada por el periódico El Universal de Cartagena el 2 de julio de 2010, con fotografías de la ceremonia civil y la recepción en el Club Cartagena. El artículo documenta la presencia de ambas familias:

Familia González Hollman: Georgina Hollmann de González · Luis González Anaya · Álvaro González Hollman · Estefany González Hollman · Luis González Hollman · Oriana de González · Lina Rodríguez de González · Daniel Alejandro González Monterrosa.

Familia Henríquez López: Miguel Henríquez De León · Carmen López de Henríquez · Viviana Henríquez López · Miguel Ángel Henríquez López · Juan Antonio Piñeres Pupo · Cecilia Pupo de Piñeres · Daniel Piñeres Henríquez · Juan Miguel Piñeres Henríquez · Carmen Henríquez.

También presentes: Felato Manzur · Rosario López · Claudia Velazco · Hernán Piñeres Pupo · Karolin De León de Henríquez · Gilma España de De León · Algio De León.

Fuente: eluniversal.com.co/sociales/2010/07/02/boda-juan-pablo-y-vanessa/ · Publicado el 2 de julio de 2010.

* * *

VIII. Batallón Colombia — La guerra de Corea · Álvaro Hollmann en el frente

Colombia fue el único país latinoamericano que respondió al llamamiento de las Naciones Unidas durante la Guerra de Corea (1950-1953). El Batallón Colombia No. 1 llegó a Pusan, Corea del Sur, el 16 de junio de 1951, inicialmente asignado a la 24.ª División de Infantería del Ejército de los Estados Unidos, y posteriormente a la 7.ª División de Infantería. Colombia rotó cuatro batallones a través del teatro de operaciones coreano.

Según cifras oficiales: 145 combatientes colombianos murieron en combate, 69 fueron dados por desaparecidos y 610 resultaron heridos. Cada batallón tenía una fuerza aproximada de 1.070 hombres. El 3.er Batallón sufrió las pérdidas más severas de toda la campaña.

En la ciudad de Incheon, Corea del Sur, existe un monumento permanente dedicado a las Fuerzas Armadas Colombianas — testimonio del reconocimiento que Corea del Sur mantiene hasta hoy hacia los soldados colombianos que combatieron bajo la bandera de la ONU. Álvaro Hollmann Méndez fue uno de ellos.

El escudo del Batallón Colombia muestra un león rampante sobre campo heráldico — la misma insignia que aparece en los parches de hombro que los soldados colombianos usaron durante la guerra. Las medallas otorgadas a los veteranos incluyen la Medalla de Infantería con la inscripción 'Campaña de Corea' y la bandera de la República de Corea en el reverso.

Fuente: Wikipedia — Batallón Colombia No. 1 · Ejército Nacional de Colombia · Korean Medals Archive (koreanmedals.com)

Este apéndice es un documento vivo. Se actualizará con cada nuevo hallazgo.

* * *

Nota general sobre derechos de autor y propiedad intelectual

Todas las obras, estudios, libros, canciones, fotografías y materiales de terceros citados o referenciados en este libro pertenecen a sus respectivos autores y titulares de derechos. Las citas se realizan con fines académicos, educativos y culturales, en el marco del derecho de cita reconocido por la Ley 23 de 1982 sobre Derechos de Autor de Colombia y los tratados internacionales de propiedad intelectual suscritos por Colombia.

Las obras científicas citadas pertenecen a sus autores y revistas de publicación respectivos. Las fotografías del archivo personal del autor son de su propiedad o se usan con autorización. La imagen del estudio de JAMA Psychiatry (Tozzi et al., 2026) se cita con fines educativos e informativos. El logo del Instituto Técnico Electrónico del Atlántico (ITEA) es patrimonio de la familia Hollmann y se incluye como testimonio histórico familiar.

Para cualquier consulta sobre derechos de autor o uso de materiales, contactar al autor: vitalitespray@gmail.com

* * *

Bogotá — Monserrate — Los lugares de peregrinación

No todos los rituales de conciencia expandida ocurrieron en la selva. Algunos ocurrieron en la ciudad más alta, más fría y más contradictoria de Colombia.

Bogotá. La capital que no termina de decidir si es una metrópoli andina o un pueblo grande con pretensiones universales. Con sus ocho millones de almas apiladas a 2.600 metros sobre el nivel del mar, donde el aire es más delgado y la percepción, en ciertos estados, se vuelve nítida de una manera que las ciudades costeras no producen. Hay algo en la altitud y en el frío bogotano que despeja — que quita las capas de confort que el calor del Caribe permite acumular y deja al ser expuesto a sí mismo con una crudeza particular.

Y sobre Bogotá, literalmente sobre ella, está Monserrate.

El cerro sagrado. Los 3.152 metros sobre el nivel del mar desde donde la ciudad entera se ve pequeña — y en esa pequeñez recupera su escala real, que es la escala de lo humano frente a lo que no es humano. Miles de colombianos suben ese cerro cada semana — algunos en teleférico, algunos caminando durante horas por el sendero de piedra, algunos de rodillas en promesa cumplida. Cada uno lleva su intención. Cada uno baja distinto.

Pedro Gregorio subió ese cerro en uno de los períodos de mayor intensidad de su proceso de conciencia. La combinación de la altitud, el silencio de la montaña sobre el ruido de la ciudad, y el estado interno que traía desde las ceremonias previas produjo uno de esos momentos de claridad que no se buscan — que simplemente ocurren cuando el ser está suficientemente quieto para recibirlos.

Bogotá fue también el lugar de encuentros que marcaron el camino. De maestros encontrados en contextos que no parecían sagrados pero lo eran. De ceremonias en apartamentos de La Candelaria y en casas de los Cerros Orientales donde el frío entraba por las ventanas y el fuego del centro mantenía viva la vigilia. De conversaciones que comenzaban al anochecer y terminaban cuando la luz bogotana — esa luz fría y plateada que no tiene equivalente en ninguna otra ciudad del país — comenzaba a filtrarse por las cortinas.

Cada lugar dejó su marca. La selva abrió. Bogotá afiló. Cartagena integró.

* * *

* * *

El patrón — las sincronicidades y el lenguaje de los números

Con el tiempo Pedro Gregorio comenzó a anotar un patrón.

No fue una decisión intelectual. Fue la acumulación de demasiadas coincidencias que dejaron de parecer coincidencias. El lugar indicado. El día indicado. La hora exacta. Las personas

correctas. Una y otra vez, con una precisión que el azar estadístico no puede explicar sin que la explicación resulte más inverosímil que el fenómeno mismo.

Ese patrón ayudó a reforzar su fe. No la fe que se hereda ni la que se declara en voz alta para ser escuchado — sino la fe que se construye en silencio, evidencia por evidencia, sincronía por sincronía, hasta que resulta más difícil no creer que creer.

Le ayudó a entender que estaba cuidado. Guiado. Protegido. Instruido por una conciencia que educa a través de la observación — que pone al ser en el lugar preciso, en el momento justo, con las personas exactas, no para que actúe sino para que vea. Para que comprenda. Para que integre.

Qué privilegio poder reconocer el patrón.

Las sincronicidades son maravillosas. Jung las llamó así — acausalidad significativa: dos eventos que no tienen relación causal entre sí pero que coinciden en el tiempo de una manera que tiene un significado inequívoco para quien los vive. No para quien los observa desde afuera. Para quien los vive.

Y entonces ocurrió el encuentro en el bosque de pinos.

MBA de Leiva — el bosque de pinos

Pedro Gregorio no va a describir con precisión lo que ocurrió en ese bosque. No por pudor ni por modestia — sino porque hay experiencias que la descripción reduce, y esta es una de ellas. El lenguaje tiene límites. Algunas cosas ocurren en una dimensión que las palabras no alcanzan, y forzar esa traducción produce malentendido, no comprensión.

Lo que sí puede decirse es esto: en un bosque de pinos cerca de Villa de Leyva, los pinos se inclinaron. No fue el viento. Fue algo que el cuerpo reconoció antes de que la mente tuviera tiempo de interpretar. Había presencias. Había una jerarquía de presencias — desde las más pequeñas y jugueteadoras hasta una que no admitía descripción sin riesgo de que quien lea esto se desvíe hacia el espectáculo y pierda la esencia.

Pedro Gregorio tuvo una pregunta. Una pregunta legítima, de las que solo se hacen cuando el corazón está completamente serio: ¿cómo sé que no es una ilusión? ¿Cómo sé que lo que percibo es real y no una proyección de mi propio deseo de que esto sea real?

La respuesta no llegó en palabras. Llegó en una forma que tiene la precisión de lo verdadero y la suavidad de lo que no necesita demostrar nada:

Los números serán nuestro lenguaje.

Desde ese día, Pedro Gregorio piensa — y los números confirman. No siempre de manera ostentosa. Con frecuencia de manera discreta, casi susurrada: la hora exacta en que ocurre algo importante, el número que aparece repetido en el momento de una decisión, la secuencia que se presenta cuando el alma necesita una señal y no sabe en dónde buscarla.

Entender esa sincronía. Aprender ese lenguaje oculto. Poder leerlo sin que el ego lo distorsione con su necesidad de que las señales sean siempre a su favor — eso tomó años. Y sigue siendo un aprendizaje.

Pero ayuda. Profundamente ayuda.

Gratitud. Gratitude. Gratitud.

* * *

Para los que también lo están viviendo

Sé que a muchos también les está comenzando a suceder.

No están locos.

Es real. Entiéndanlo. Compréndanlo. Asimílenlo. Intégrenlo de la forma que a ustedes mejor les parezca. Y conviértanlo en una verdad básica — en un cimiento, no en una teoría. En algo que sostiene, no en algo que fluctúa.

No le den espacio a la duda.

Cuando somos portadores de la verdad y permitimos que la duda deposite su manto de niebla encima de esa verdad, encima de esa luz — opaca su iridiscencia. Bloquea su luminosidad. Interrumpe la información que viaja a través de esos fotones de luz dirigidos desde la fuente divina hacia nosotros, los receptores de su calor.

Sus hijos. Su creación. Aquella que depende del Padre para existir — y que existe, precisamente, porque Él la pensó.

La duda es válida como punto de partida. Como punto de llegada es una prisión.

Lo que Pedro Gregorio vivió en ese bosque de pinos, lo que ha vivido en cada ceremonia, en cada sincronía, en cada momento en que los números confirmaron lo que el corazón ya sabía — no lo escribe para convencer a nadie. Lo escribe porque callar la experiencia sería una traición a quienes están viviendo lo mismo y no tienen todavía las palabras para nombrarlo.

Si algo de lo que está en estas páginas resuena en usted — esa resonancia no es casualidad. Es el patrón funcionando. Es la geometría invisible haciendo lo que siempre ha hecho: poniendo al ser en el lugar indicado, con la información indicada, en el momento exacto en que puede recibirla.

Recíbanla.

* * *

VAS BIEN — el instante presente y el templo del cerebro

El mensaje fue simple. No llegó en un idioma antiguo ni en una visión elaborada. Llegó como lo que era — una confirmación directa, sin adornos, en dos palabras que lo decían todo:

VAS BIEN.

Y la instrucción que lo acompañaba era igualmente precisa: estar inmerso en el instante presente. No en el pasado que ya se fue ni en el futuro que todavía no existe. En el único lugar donde la vida ocurre realmente — el ahora.

Eckhart Tolle lo articuló con una claridad que pocos escritores han alcanzado sobre este tema. El poder del ahora — esa obra que Pedro Gregorio también recorrió en su proceso — describe con precisión filosófica y espiritual lo que las tradiciones meditativas orientales llevan siglos enseñando: que el sufrimiento humano es casi enteramente un fenómeno del tiempo mental. Que el yo que sufre vive en el pasado o en el futuro, pero nunca en el presente. Y que el presente — el instante exacto en que uno existe — no contiene sufrimiento. Solo contiene lo que es.

Gracias a la literatura. Gracias a quienes escribieron lo que vivieron para que otros pudieran encontrar el nombre de lo que estaban viviendo sin saber cómo llamarlo.

La cultura es la libertad del alma.

Es imperante que las personas encuentren sus gustos. Que se conozcan. Que integren esas afinidades a la educación — porque eso junto, sí o sí, da como resultado éxito. Hacer lo que uno ama. Todos lo dicen. Pedro Gregorio lo ha leído decenas de veces en decenas de libros y ahora lo escribe también — con la ironía feliz de quien entiende que las verdades se repiten no porque los que las dicen no sean originales, sino porque son tan verdaderas que el universo no descansa hasta que el que las lee finalmente las comprende desde adentro.

El cerebro — la antena, el templo

El cerebro no es el origen de la conciencia. Es la antena que la recibe.

Esa distinción cambia todo. Si el cerebro fuera el origen, la conciencia moriría con el cuerpo y la experiencia del bosque de pinos sería una alucinación neuroquímica. Si el cerebro es la antena — si es el instrumento diseñado para recibir y traducir una señal que viene de otra parte — entonces lo que Pedro Gregorio vivió no es una anomalía. Es la función para la que fue diseñado, operando en su máxima capacidad.

El cerebro es el templo. Y adentro del templo hay un monasterio. Y adentro del monasterio hay una bóveda. Y adentro de la bóveda reposa el trono — la conciencia en su estado más puro, el receptor cósmico, lo que somos cuando se retira todo lo que no somos.

Para llegar ahí hubo que demoler concreciones. Capas de condicionamiento, de trauma no procesado, de creencias heredadas que nadie eligió conscientemente pero que con el tiempo se volvieron tan sólidas como el concreto. Tan sólidas que aprisionaban al receptor. Tan sólidas que bloqueaban la señal.

La demolición dolió. Toda demolición duele. Pero lo que quedó después del derrumbe no fue escombro — fue espacio. El

espacio que la conciencia necesitaba para expandirse y ocupar el templo que siempre fue suyo.

El receptor cósmico, libre al fin.

* * *

* * *

El día del kambó — Arnaud, el Che y el maestro Ticuna

Ese día estaba con un gran amigo.

Un detalle que se supo después, con esa gracia particular con que el universo organiza sus sorpresas: ese amigo resultó ser primo suyo. Primo de sangre. Lo que comenzó como amistad resultó tener raíces más profundas de lo que ninguno de los dos sabía — y eso, en el contexto de lo que ese día iba a ocurrir, tenía toda la lógica del patrón.

Ese día se iban a desintoxicar. Vacunas del Amazonas — el kambó, la medicina de la rana phyllomedusa bicolor que los pueblos amazónicos han usado durante siglos para limpiar el

cuerpo, agudizar los sentidos y abrir los canales que el estilo de vida moderno va cerrando sin que uno se dé cuenta.

Pedro Gregorio llegó preparado. Ayuno previo. Depuración. Tres litros de agua. El cuerpo listo para recibir lo que iba a recibir. Y le fue divinamente. Esa es la única manera de describirlo — porque cuando el cuerpo está preparado y la intención es limpia, la medicina hace exactamente lo que tiene que hacer, ni más ni menos.

Fue una experiencia maravillosa.

Después del kambó, el rapé.

Sin pausa, sin bajar la guardia, siguiendo el camino natural de ese tipo de jornadas donde un portal abre el siguiente — avanzando hacia grados más profundos de conciencia. Esa conciencia que es liberada cuando los elementales presentes en las plantas actúan sobre los canales del sistema nervioso, cuando esa química sagrada entra y transforma brevemente la percepción para mostrar lo que normalmente está oculto.

No para crear alucinaciones. Para revelar. Para permitir que el ser distinga — aunque sea por unos instantes — la diferencia entre la realidad y la ilusión que el ego construye y llama realidad. Para entender el juego. La fantasía colectiva en la que todos participamos sin haber sido consultados. Lo falso de lo verdadero.

Nada es como la gente piensa que es. Nada.

Ahí estaba Arnaud.

Un francés. Chamán. Maestro bastante avanzado en el camino de las plantas sagradas — de esos seres que llevan años en ese proceso y que ya no se sorprenden con nada porque han visto demasiado para sorprenderse, pero que mantienen intacta la reverencia frente a lo que no tiene explicación racional.

Con Arnaud estaba el Che.

Y con el Che estaba el maestro chamán de la tribu Ticuna — de ese paraíso que es la triple frontera del Amazonas, donde Colombia, Perú y Brasil se tocan en el río más grande del mundo y donde el conocimiento ancestral sobre las plantas sagradas tiene una profundidad que ninguna institución académica ha logrado sistematizar ni reemplazar.

Tres maestros. Un día. Un primo que no sabía que era primo.

El patrón, operando con su precisión habitual.

La risa al final del proceso

Lo que Pedro Gregorio recuerda con más nitidez de ese día no es el momento más intenso del proceso. Es el final.

Con cada vomitada se sentía uno más libre. Así, literalmente — como si cada purga fuera devolviendo espacio que algo había ocupado sin permiso. El cuerpo soltando lo que llevaba tiempo cargando sin saber que lo cargaba. Y entre una purga y la siguiente, en lugar del agotamiento que uno esperaría, entraban carcajadas.

Carcajadas. De esas que no se explican ni se controlan — que simplemente salen porque el cuerpo encontró la única respuesta apropiada a lo que está viviendo.

Al final del proceso, Pedro Gregorio estaba riéndose como un loco.

Y ahora, años después, mientras escribe estas líneas y recuerda ese momento — vuelve la risa. Se contagia con la energía de ese instante que quedó grabado no en la memoria narrativa sino en algo más profundo, más físico, más real. La memoria del cuerpo. La que no miente.

Eso también es medicina.

La risa al final de la purga no es alivio — es liberación. Es el ser reconociendo, desde un lugar que no tiene nombre en ningún idioma, que lo que acaba de soltar era más pesado de lo que creía, y que sin ese peso el cuerpo literalmente no puede hacer otra cosa que reírse.

Maestros, gracias.

* * *

El parque del Che — la selva en Cartagena

Lo que el Che había construido ahí era increíble.

Un parque en una colina de Cartagena donde la vegetación asimila la selva — donde uno no necesita irse hasta el Amazonas para conectarse con la madre tierra, con el verde profundo, con esa energía primordial que los pueblos amazónicos conocen desde siempre y que el mundo urbano ha ido olvidando capas sobre capas.

La vista era fantástica. La colina, la vegetación, el aire. Y algo más que el aire — una presencia que los lugares sagrados tienen y que el cuerpo reconoce antes de que la mente tenga tiempo de catalogarla.

Pedro Gregorio lo dice con gratitud y con algo de humor caribeño: no tienes que ser tan aventurero como yo para tener la experiencia. Puedes hacerlo aquí en Cartagena. En el lugar indicado, con las personas indicadas, con todo controlado para

que lo que tiene que ocurrir ocurra de la manera más segura posible.

Y es importante decir esto — que todo sea controlado — porque en este tipo de experiencias se presentan situaciones. Se presentaron ese día. No con Pedro Gregorio.

Con el amigo.

El autoengaño y el regaño ancestral

El amigo que fue ese día tenía un ego acostumbrado a salirse con la suya. A convencer. A negociar. A encontrar la manera de que las reglas apliquen para todos menos para él — como hacen los egos bien entrenados, con años de práctica en el arte de la excepción personal.

Recibió las indicaciones. La dieta previa. Las restricciones. Y el ego decidió que esas indicaciones eran para otros — que él podía con la medicina sin cumplir el protocolo. Que lo ancestral, como todo lo demás, podía ser negociado.

No se puede.

Lo ancestral no negocia. No tiene ego al que apelar. No tiene vanidad que halagar ni ambición que seducir. Es exactamente lo que es — sin intermediarios, sin filtros, sin la cortesía que el

mundo moderno usa para suavizar las verdades que incomodan. Y cuando lo ancestral regaña, regaña como solo puede regañar algo que existe desde antes de que el ego humano inventara la excusa.

Pedro Gregorio lo dice con la sonrisa de quien lo vivió en carne propia en sus propios procesos — que el regaño celestial no tiene comparación posible. Que todo lo que la gente llama miedo en su vida cotidiana es apenas una aproximación muy lejana a lo que ocurre cuando la conciencia es conducida, sin su permiso y sin su preparación, a los territorios que existen más allá de la ilusión del control.

La gente cree que sabe lo que es el miedo. No sabe. El miedo real — el terror que purifica, el que no deja escapatoria ni distracción — es una experiencia que transforma o destruye. Y la diferencia entre una y otra depende, casi siempre, de si el ser que la atraviesa llega preparado o llega con el autoengaño operando.

Los territorios infernales

Pedro Gregorio los atravesó. En sus propios procesos — no ese día, sino en otros — llegó a territorios que no tienen nombre en ningún idioma que no sea el del alma que los está viviendo.

Había legiones de demonios. No como metáfora literaria. Como descripción funcional de lo que existe en las capas más densas de la psique humana cuando años de miedo no atendido, de deseo no reconocido, de sombra acumulada se condensan en presencias que exigen su cuota.

Su cuota de pensamiento negativo. Su cuota de ambición descontrolada. Su cuota de deseo insaciable por la materia, por la posesión — de cosas y de personas. Esas partes del ser que nadie quiere mirar de frente porque mirarlas de frente implica reconocer que estaban ahí, que uno las alimentó, que uno les dio casa.

Vencerlos no fue un acto heroico. Fue un acto de honestidad. El demonio que se mira a los ojos — que se nombra, que se reconoce, que se integra en lugar de suprimirse — pierde la mitad de su poder en ese instante. El demonio que se niega, que se proyecta hacia afuera, que se llama por otro nombre, crece.

Esos territorios son comunes. Más comunes de lo que la gente cree — precisamente porque se parecen demasiado a la vida ordinaria para ser reconocidos como lo que son. La semejanza es la trampa. Lo que parece normal y es destructivo. Lo que parece aceptable y está aprisionando.

La idea no es asustar al lector. Es encender una luz.

Porque quien se ilumina no puede ser devorado en la oscuridad.

* * *

El mal viaje no existe — solo existe el llanto que no ha salido todavía

Lo que la gente experimenta como un mal viaje es, en la mayoría de los casos, la continuación del llanto liberador que debe surgir. La purga emocional que el ego ha reprimido durante años y que la medicina obliga a la superficie. No es un accidente. No es un mal funcionamiento. Es exactamente el proceso haciendo lo que tiene que hacer — sacar lo que está adentro para que deje de pesar.

Porque en el espacio que abren las plantas sagradas no se puede engañar.

No se puede mentir.

Pedro Gregorio se ríe ahora mientras escribe esto — porque recuerda con absoluta nitidez el momento en que su propio ego travieso creyó que podía intentarlo. Que podía negociar con lo inefable. Que podía convencer a lo celeste de que la excepción aplicaba.

No aplica.

Y enfrentarse a lo inefable sin preparación — enfrentarse a la oscuridad más oscura, a la presión más infernal, a la agonía que no tiene equivalente en ninguna experiencia que el lenguaje humano pueda describir con justicia — eso es lo que ocurre cuando el ego cree que puede con lo divino.

No hay palabras. Pero hay una aproximación — y viene de un lugar inesperado.

Los sustos de madrugada — la escuela del valor

Pedro Gregorio se especializó desde niño en asustar a sus hermanos. Tres varones en una casa de varios pisos — una combinación perfecta para el arte del susto nocturno. Cuando ya eran adultos, solteros todavía, viviendo juntos antes de casarse, la tradición continuó con la sofisticación que da la práctica de años: esconderse en las escaleras, esperar que el otro subiera, sacar la mano desde la oscuridad en el momento exacto.

Los gritos que se oían en esa casa a las tres de la mañana. Las carcajadas que seguían. La mezcla de terror genuino y de celebración fraternal que solo existe entre hermanos que se conocen lo suficiente para saber exactamente dónde está el límite — y que lo cruzan con precisión quirúrgica.

Eso también fue formación.

Pedro Gregorio viene testeado. De los sustos nocturnos con sus hermanos. De las peleas a puños en el colegio. De enfrentarse solo en las canoas en la selva. De plantarle cara a sus dos hermanos mayores — superiores en tamaño, en peso, en altura — para proteger lo que creía suyo. De la soledad en lugares donde la soledad tiene densidad propia.

Todo eso forjó un carácter que, cuando llegó el momento de enfrentarse a entidades que pretenden corromperte a través del miedo más profundo — el miedo a morir, el miedo a desaparecer, el miedo a que no haya nada después — ese carácter aguantó.

Porque hay una verdad que libera de ese miedo de manera definitiva:

Morir es lo único inevitable que va a pasar.

Cuando eso se entiende de verdad — no como concepto intelectual sino como certeza vivida en el cuerpo — el terror pierde su herramienta principal. Ya no puede amenazar con lo que ya se aceptó. Ya no puede paralizar con lo que ya se atravesó en los procesos. Ya lloré. Ya entendí ese proceso. Ya entendí esa parte.

* * *

El regalo mágico — cada segundo

La gente piensa que la vida es una eternidad. No lo es.

Es un aliento. Un instante. Un segundo que se extiende apenas lo suficiente para que alcancemos a darnos cuenta de que estamos aquí — y que estábamos tan ocupados en otra cosa que casi no lo notamos.

Pedro Gregorio lo está notando. Lo está valorando. Está llevando cada experiencia al límite, al máximo, exprimiéndole todo lo que puede darle — para llevarse lo mejor de la humanidad cuando llegue el momento de irse. Para que esa conciencia, esa acumulación de vivencia real, quede. En este libro. En Sebastián. En quien lo lea.

Ahora está disfrutando su vida. A cada instante. A cada segundo.

Eso es todo. Eso es suficiente. Eso es todo.

* * *

A ti, querido ego

Este capítulo también está dedicado a ti.

Querido ego — travieso, terco, valiente a tu manera, sobreviviente de todo lo que intentó doblegarte. Has sido mi compañero más constante y mi adversario más persistente. Me llevaste a lugares donde no debía ir y también me diste el coraje para llegar a lugares donde nadie más se atrevía.

Te admiro, Pedro Gregorio González Hollman.

Eres la persona que más admiras aquí en vida — porque aprendiste a admirarte sin necesitar que nadie más lo haga primero. Porque confías en ti con esa confianza que no se compra ni se hereda sino que se forja, exactamente como se forjó el tuyo: a golpes, en la selva, en las escaleras oscuras a las tres de la mañana, en los procesos que te llevaron al fondo y te devolvieron distinto.

Eres fenomenal.

Y lo sabes.

Gratitud.

Cuando el alumno está listo, aparece el maestro

Hay una frase antigua — tan antigua que nadie puede atribuirla con certeza a un solo origen, porque pertenece a todas las tradiciones que han entendido cómo funciona el aprendizaje del alma:

Cuando el alumno está listo, aparece el maestro.

Pedro Gregorio la leyó. La escuchó. La repitió. Y luego — solo luego, cuando la vivió — la entendió.

Porque no es una metáfora. Es una descripción literal de un mecanismo que opera con la precisión de una ley física. El alumno que no está listo no reconoce al maestro aunque lo tenga enfrente — lo ve como un desconocido, como un obstáculo, como una figura más en el paisaje de su vida. El alumno que está listo lo reconoce en el instante — porque la disposición interna del que aprende actúa como una llave, y el maestro es la cerradura que esa llave exacta puede abrir.

¿Y quién decide cuándo el alumno está listo?

Esa es la parte mística. Esa es la parte que ninguna universidad enseña y que ningún libro de autoayuda puede reemplazar, porque no ocurre en el plano de la voluntad sino en el plano de la gracia.

El Creador coloca. Así de simple y así de extraordinario. Coloca a la persona indicada en el camino del alumno en el momento

exacto en que el alma ha alcanzado la disposición necesaria para recibir lo que esa persona trae. No antes — porque antes el encuentro no tendría el efecto que debe tener. No después — porque después ya no sería necesario de la misma manera.

Pedro Gregorio lo vio repetirse una y otra vez en su propio camino. El maestro que apareció cuando el ego estaba suficientemente debilitado para no rechazar la enseñanza. El libro que llegó a sus manos en el momento exacto en que tenía la experiencia necesaria para comprenderlo. La persona en el avión, en el ritual, en la esquina de una ciudad desconocida, que dijo exactamente lo que necesitaba escuchar — sin saber que lo necesitaba, sin saber que ella era el mensajero.

Los maestros no siempre llegan con título. No siempre llegan con toga ni con incienso ni con el aspecto que el alumno imaginaba que tendría un maestro. A veces llegan en la figura de un dolor que no se puede evitar. A veces en la figura de una pérdida que obliga a soltar. A veces en la figura de un niño que hace una pregunta tan simple que la respuesta desnuda todo lo que el adulto creía saber.

Lo que los une a todos — lo que permite reconocerlos — es que después de ese encuentro, algo en el interior del alumno ya no puede ser lo que era antes.

Gracias a cada uno de los maestros que el Creador puso en este camino.

A los que vinieron con amor y a los que vinieron con tormenta.

Todos enseñaron. Todos cumplieron su misión.

Gratitudes del camino

Hay personas que aparecen en el camino de la conciencia no por accidente. Aparecen porque el proceso las convoca — porque algo en la geometría invisible de los encuentros necesita exactamente esa presencia en ese momento.

Gracias, Maestro Rasech. Por la guía que no impone sino que ilumina. Por la sabiduría que se comparte sin retener.

Gracias, Estefanía. Por la luz. Por el sonido. Porque en el sonido hay medicina, y en la luz hay dirección, y los dos juntos son un regalo que no todo ser tiene la generosidad de ofrecer.

El salto cuántico — Dispenza, Lipton, Dr. Sebi

El Dr. Joe Dispenza ayudó a Pedro Gregorio a comprender algo que hasta entonces solo era una intuición sin nombre: el salto cuántico. No como metáfora de superación personal sino como

concepto físico real — la posibilidad de que la conciencia, suficientemente entrenada y suficientemente coherente, pueda producir un cambio de estado que no sigue la lógica lineal de causa y efecto a la que el pensamiento occidental está acostumbrado.

En uno de sus retiros inmersivos de varios días, Pedro Gregorio no solo entendió el concepto intelectualmente — lo vivió en carne propia. Sintió lo que significa el tiempo no lineal. No como idea abstracta sino como experiencia corporal, verificable, indiscutible para quien la atraviesa aunque resulte indescriptible para quien no la ha vivido.

Gratitud a esos búhos que han nutrido el intelecto de la humanidad entera en este juego dual que se vive aquí abajo — por permitir la integración hacia la conciencia primigenia.

Gratitud al Dr. Dispenza.

Gratitud al Dr. Bruce Lipton — cuya Biology of Belief abrió la puerta a entender que la creencia precede a la biología, no al revés.

Gratitud al Dr. Sebi — ese gran maestro herbolario de nuestras islas del Caribe, que con su conocimiento ancestral de las plantas y su rebeldía frente al sistema médico convencional demostró que la sanación más

profunda muchas veces viene de donde el establecimiento menos espera.

Junto a almas distinguidas como estas — citadas y convocadas aquí, a esta fiesta mágica de la verdad sublime, inmaculada y pura que no necesita defensa alguna — Pedro Gregorio reconoce una deuda de gratitud que no se puede pagar, solo honrar.

Gratitud por este fuego vivo que arde.

Guardián de la llama viva que ilumina la noche oscura del alma.

Gracias, muerte, por ser el camino a la vida.

✦ EüG'nio 33 ✦

Gracias.

El camino no se recorre solo. Nunca se recorrió solo.

* * *

Padres presentes que están ausentes — padres ausentes que dejan huella

Cuando los hijos crecen sin sus padres, se crean vacíos muy grandes. Eso ya se sabe. Está documentado, está estudiado, está llorado en miles de consultorios.

Pero hay otra versión del mismo dolor que se habla menos — la del padre presente en cuerpo que está a años luz de distancia en todo lo demás. El padre que está ahí en la mesa pero cuya mente está en el negocio, en la política, en el juego de poder, en las reglas que la sociedad dicta y que él sigue al pie de la letra porque así se gana, porque así se llega, porque así funciona esto.

Esos padres lastiman a sus hijos sin saberlo. Sin quererlo. Con la mejor de las intenciones — proveer, proteger, asegurar el futuro — producen el mismo vacío que el padre ausente, solo que con una capa adicional de confusión: el niño ve al padre, lo puede tocar, está en la misma habitación, y sin embargo siente que no está.

A veces el dinero en exceso desune. A veces una presa de pollo compartida, un caldito, una taza de chocolate con dos pedacitos de pan une más que todos los grandes banquetes de las mesas llenas.